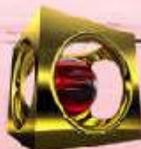


Sinti
na sé
vivir



Angy Skay



Bookit

Sin ti
no sé
vivir



Angy Skay



Bockit

Sin ti
no sé vivir

Sin ti

*no sé
vivir
Angy Skay*

Lxl
EDITORIAL
Romantic

1.^a edición: Julio 2017

Copyright

© Angy Skay 2017

© Editorial LxL 2017

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-17160-03-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

*Si crees en tu corazón, no busques más y
déjate llevar por él.
Disfruta de la vida, porque solo tienes una para
hacerlo.
Angy Skay*

*A ti, mi querido lector, te doy las gracias una vez más, por seguir
confiando en mí, de esa manera tan especial.*

*A mi grupo de provocadoras, que han estado al pie
del cañón cuando todo comenzó sin más.*

*A mis confidentes,
las que me han ayudado cada vez que la cosa se torcía,
las que han escuchado mis dudas y han compartido mis bajones,
las que nunca se cansan...*

*Mercedes, Patri, Ma Mcrae, Noelia Medina, R. Cherry,
Lourdes García, Mayte García, Pili Doria e
Isa Jaramillo.*

Sois especiales, y nadie mejor que vosotras sabéis cuánto.

Angy Skay

Este libro va por todas vosotras, por darle el empujón que necesitaba, por dármelo a mí.

Inma Ferreres Molés, Beatriz Jiménez Navarro, Rocío Pérez Rojo, Afy Moreno, Fina Andrés García, Mar Mateos Vera, Leticia León, María Del Prado Blázquez Torres, Virginia Reche, María José Valiente García, Ángeles Puertas, Vanessa Castro, Florencia Batista Cruz, Quini Amorós, Joana Valdayo, Pilar Sanabria, Ester María Aina García, Macarena Abarca Gómez, Teresa Alfonso Fernández, Bea Alarcia, Isabel Juárez Lecegui, Vanessa Martínez Bacas, Carmen Ruiz Gutiérrez, Patry Leyre Fernández Andreu, Isabel Mayorga Núñez, Sonia Fernández, Yumelys Castillo, María Méndez, Cintia Chávez, María Fernanda Osinaga, Esther Asensio Pérez, Rocío Pacheco, Lorena Ariza, Isabel Cruz Boj, Iani Monteleone, Inma Villas Febas, Rosa González González, María Garabaya Budis, Susana Guerrero Nava, Mary García García, Olga Gallego Díaz, Encarna Prieto, Alma María Sánchez Mateos, Brendy Jiménez, Ana Rego Santos, Gina Mercado, Silvia García, María Alejandra Suarez Novoa, Celia López Carmona, Viviana Salazar, Patricia López Cordero, Ma Mcrae, Mari Carmen Ramírez Luque, Mertxe Ortíz, Esther Rivera, Lourdes Medina Bueno, Yanira Marrero, Raquel Montero, Verónica Núñez Mrt., Angelly Hidalgo, Giselle Murcia, Adriana María Cristiano López, Esperanza Valladares Márquez, María M. Constanacia Hinojosa, Fabys Chow, Rocío García Pérez, Rhona Ann, Mar Leiva González, Verónica Linares Cazalla, Pili Jiménez, Jennifer Parra, Mari Ángeles Rodón, Thais Contreras, Erika Ortega Santana, Kina Morales Morales, Julia Jiménez Martín, Andrea Zarriello, Raquel Bonilla, Evelyn Amenyro, Esther Kleido Almería, Patricia González, Teresa López, Mikita Leal, Laura Perezagua, Niyireth Urrea Gutiérrez, Hilda Josefina García, Miriam López Montes, Esther López, Isabel Márquez Gamero, Adriana Navarrete, Gaby Freira, Almudena González Martínez, Isabel Sánchez Berbayes, Vanessa Félix Gomes Ramos, Aurora Consultora de Belleza, Paula Souza, Grizeldy Centurión, Laura Bassi Galloway, Alejandra Luengo, Bárbara Reyes, Carlennys Vallenilla, Mari Chacón Fernández, María Dolores Hoyo Diañez, Aye Reynozo, Olga Uribe, Angly Fuenmayor, Medie, Mónica Tort, Juani Medina Medina, Inmaculada Guerrero Luna, Marly Juliana Sanjuán, Nohemi, Susana Jiménez García, Susana Saucedo, Rosita Cíaa, Fina Vidal García, Cristina Pacheco Ramírez, Menchu, Yolanda Berastain, María Jesús Ariza Gómez, Elisabet Martín, Susana, Mónica Benítez, María Davinia

Andrés García, Elisenda Fuentes Juan, Juani Ballesteros Villena, Rocío Navarro Montoya, Sandra Koscak, Gretty Medina, Karian Freeman, Judith Figueroa, Mayte García García, Cristina Díaz, Ana Presas Villamarín, Montse Vílchez, María Vila Parra, Mary Sandos Lectora, Rosario Díaz Villa, Val, Sandra Guerrero Rodriguez, Silvia Alcon Ruiz, Mónica Martínez, Ana Ruiz Domínguez, Noelia Olle, Quini Amorós, Pili Iglesias Ludeña, Miriam Bosch Pineda, Ana Ruiz Domínguez, Cristina Oliver Arboleda, Cecilia Tirado Cedano, Silvia Pangrazi y Beatriz Parrales Moreno.

Prólogo

No puedo explicar cómo ni por qué llegué aquí, en mi mente solo aparecían pequeñas lagunas de esa noche, lo único que sé, es que cuando reaccioné, tenía a un hombre impresionante encima de mí, moviéndose a una velocidad de vértigo en mi interior. Me escuchaba jadear, clavaba mis uñas en sus fuertes hombros tatuados e incluso le hice algún que otro arañazo, por donde vi que le salía sangre. No cesaba en sus envites, cada vez eran más fuertes, más rudos, más... intensos.

Notaba su aliento en mi oído, y cómo me agarraba la cadera con su mano derecha para mantenerme firme. Su respiración era descompasada, pero no aminoraba el ritmo. Me estaba volviendo loca.

—¡Dios! —exclamé en un gemido.

De mi boca no salía ni una sola palabra, no necesitaba hablar, quería tenerlo completamente en mí, así que agarré su trasero con ambas manos y le obligué a que se introdujera más si es que era posible.

—¿Quieres más? —preguntó con chulería.

—¡Sí! —afirmé entrecortadamente.

Separó su cuerpo del mío durante dos segundos exactos, levantó mi pierna y la colocó en su hombro izquierdo. Con la rodilla, separó la otra pierna que le obstaculizaba el paso y, sin decir nada, me penetró bestialmente.

Mi cabeza chocó contra el cabezal de la cama, pero no me importó, lo necesitaba, me urgía. Empecé a notar un cierto cosquilleo en mi cuerpo que me pedía que no parase, que siguiera. Me aprisioné junto a él, deseando, por fin, saber qué era el ansiado orgasmo.

Sí..., nunca antes lo había sentido.

—No pares... —casi le supliqué.

—No lo haré —aseguró.

Dos embestidas más, y mi cuerpo se rompió en mil pedazos. Dando paso a un increíble placer que me desbordó en aquel momento.

Mis pulmones no se llenaban de aire, no podía respirar. El individuo que tenía a mi lado, se desplomó en la cama, apartó las gotas de sudor, que caían por su frente, y colocó su brazo derecho encima. Estaba segura de que se encontraba agotado, como yo.

A los pocos minutos me levanté. Agarré una sábana de la cama y tiré de ella para cubrir mi figura.

—¿Te da vergüenza? —preguntó de repente.

No le contesté.

Arrastré mis pies hacia el cuarto de baño de la pequeña habitación del hostel, y cerré la puerta. No era un sitio con lujos, pero para un revolcón era más que suficiente. Observé mi rostro en el espejo unos segundos, ¿desde cuándo me acostaba con el primer hombre que encontraba a mi paso?

Semanas atrás había discutido con Joan. Un año de relación para nada. Él y sus tonterías me mataban. Teníamos pendiente una conversación «para arreglar las cosas», según él. Me quería y, en cierto modo, yo también, pero la vida que estaba descubriendo ahora, me encantaba. No tenía que dar explicaciones a nadie, podía salir, ir con mis amigas sin tener que estar vigilada por alguien, por tu novio.

Abrí la mampara de la ducha que era bastante pequeña a decir verdad. Elevé el grifo y el agua helada cayó sobre mí como una cascada. Pegué un respingo al notar el frío, pero inmediatamente me repuse. Apoyé mi cabeza en el mármol blanquecino de la pared y suspiré agotada.

—¿Qué estás haciendo? —murmuré tan bajo que ni yo misma me escuché.

Estaba en la habitación de un hostel, con un tío que acababa de conocer en un bar de copas, un hombre que saltaba a la vista por su atractivo y, encima, borracha como una cuba. No podía pensar en nada más, simplemente, estaba loca.

Oí cómo la mampara se abría y entraba... ¿él? ¡Por el amor de Dios! ¡No sabía ni cómo se llamaba! Se pegó a mi espalda, noté su duro y erecto miembro golpeándomela. Era alto, sí, demasiado alto comparado con mi metro sesenta. Más bien me sacaba dos cabezas, pero era increíblemente atractivo, atlético y musculado. No sé dónde estaría este hombre el día que decidí mantener una relación con alguien.

—¿Te encuentras bien? —susurró en mi oído.

—Sí... —contesté sin convicción.

—¿He hecho algo mal? —No sé por qué notaba cierta preocupación en su voz.

—¿Acaso te importa? —pregunté con retintín.

—Claro —respondió de manera cariñosa.

A lo que me sorprendí. No me conocía de nada.

Mi mirada seguía perdida en la nada. No me dio tiempo a reaccionar cuando me giró por completo y cogió mi cara entre sus manos.

—¿Estás bien de verdad? —Quiso saber, de nuevo.

—¿Por qué tanta preocupación?

—No sé si he sido demasiado...

—Ha estado bien.

Me atreví a mirarle a los ojos, unos profundos prados en los que me perdía. Era increíblemente guapo, no podía dejar de fijarme en ese mentón fuerte e insinuante, en esa barba incipiente que raspaba levemente cuando sus labios me rozaban. El vello se me ponía de punta en cuanto respiraba cerca de mí.

Fijamente nos mantuvimos la mirada durante lo que pareció una eternidad. Noté cómo su mano se posaba en mi cadera y la otra me arrastraba junto a su cuerpo. Suspiró con fuerza sin apartarme la vista, descendió su rostro por mi cuerpo y se paró en mi cuello durante un rato. Con ambas manos, me elevó hasta quedar a su altura, y lo dejó deslizarse por la pared, mientras seguía teniéndome atrapada.

—Vamos a ver ese «ha estado bien» —comentó con cierto tonito.

Sin más se introdujo en mí y comenzó un fuerte y potente baile que me dejó incapaz de moverme, ni siquiera podía seguir su ritmo. Mi respiración se agitó a grandes escalas, sentía cómo resbalaba dentro de mí sin piedad alguna, y eso me desarmó de tal manera que creí morir de placer en aquel instante. ¿Cómo había podido estar con Joan durante un año sin saber qué era realmente el sexo? Quizás fuese el simple hecho de no haberlo experimentado nunca. Y esta vez, me dejé llevar, y de qué manera.

Cuando desperté, moví mi mano repetidas veces. Las sábanas estaban frías, y un helor se apoderó de mi cuerpo al no notar a nadie a mi lado. No había ni rastro del hombre con el que había estado toda la noche.

Busqué con la mirada, entré en el baño, nada... Se había ido.

Me vestí lo más rápido que pude, sin importarme las pintas que pudiera llevar, bajé a la recepción y le pregunté a la chica que estaba en el mostrador:

—Buenos días, ¿el chico que estaba en la habitación diez...?

Me daba un poco de vergüenza preguntar si se había marchado, pero no me quedaba otro remedio. La chica no me dejó terminar de hablar, me cortó antes de tiempo:

—Se fue hace una hora aproximadamente. Ha dejado la habitación pagada, cuando se marche, deme la tarjeta y listo. —Sonrió.

—Ah...

Me decepcionó, pero a la misma vez me alegró. No quería ataduras y menos después de haberme peleado con Joan. Necesitaba mi espacio, y no quería que otro hombre lo ocupara.

Salí de la habitación cuando terminé de recoger mis pertenencias. Antes de cerrar la puerta, miré por última vez el sitio donde había recibido orgasmos como para estar servida durante un tiempo. La única duda que me quedó fue si... lo volvería a ver.

1

Malditos tacones, maldito vestido y maldita sea la hora en la que me decidí a salir. Llegando a la discoteca, me llama Joan, mi marido.

—¿Diga?

—¿Por qué me dices «diga», si sabes perfectamente quién soy? —pregunta con su particular tonito.

—Es la costumbre, Joan.

Joan y yo llevamos tres años juntos, en realidad, llevaríamos cuatro de no ser porque hace tres años dejamos la relación durante seis meses. Tenemos un pequeño apartamento en la ciudad, nada de niños, ni perros, ni cariño... Sí, puede que estemos en crisis o pasando un «pequeño» bache, solo rezo porque lo superemos, él no era de esta manera, antes era diferente, pero desde hace cosa de unos pocos meses, se torció. Y encima, la rutina ha hecho que sea imprescindible en mi vida.

—Bueno, a lo que iba —continúa ignorándome—, mi hermano llega mañana, le hemos preparado la fiesta que te comenté, no hagas planes.

—¿Para eso me llamas? —pregunto extrañada—. Podrías habérmelo dicho en casa.

—No, para eso y para saber a qué hora vendrás.

—No lo sé, Enma, Ross y Dexter estarán esperándome, aún no he hablado con ellos. Ya sabes que Dexter se marcha dentro de dos días a Australia, quiero aprovechar el tiempo que me queda con él.

Me excusé sin saber por qué, ya que uno de mis mejores amigos se marchaba por trabajo, durante una larga temporada, y sería bastante difícil vernos.

—Ah, sí..., el amiguito... Qué poco me gusta ese maricón.

—Joan, no empieces, y no le faltes al respeto, es mi amigo. —Me enfado.

—Como si quiere ser tu primo. No me gusta, seguro que lo hace porque quiere conseguir que las tías se acerquen a él.

—Eso no le hace falta, no inventes cosas, Joan —le advierto.

Y es cierto. Dexter es un hombre que emana erotismo por todos los poros de su piel. En demasiadas ocasiones he visto cómo las mujeres se deshacen por sus huesos. Es moreno, de pelo negro, mide un metro ochenta y esos ojos

verdes como prados, solo lo hacen más atractivo. Por no hablar de su perfecto y duro cuerpo, machacado por dos horas diarias de gimnasio... Dejo de desvariar cuando Joan me habla.

—No me invento las cosas y tú, no le defiendas. —Noto en su voz cómo se enfada.

Suspiro fuertemente y él hace un ruido al teléfono, dándome a entender que no le ha sentado bien.

—Antes de las tres quiero que estés de vuelta o te dejaré en la calle — asegura siguiendo la conversación cuando no le contesto.

Me río ante ese comentario. ¿Qué está diciendo? ¡Es absurdo!

—¿No serás capaz? —pregunto con gracia, pensando que es una de sus bromas.

—¿Tengo que recordarte que el apartamento es mío? —dice seriamente.

—No —contesto tímida.

Me doy cuenta de que va en serio, y no entiendo el motivo, ni a qué ha venido eso, pero no me apetece discutir en mi noche de «chicas».

—Pues ya sabes. Venga, adiós.

—Te quiero...

Pero el «te quiero» se va junto con el pitido del teléfono al colgar... Raramente me dedica algún apelativo cariñoso, solo cuando le interesa algo. Cosa que antes no tenía ni que pedir, ya que desde siempre había sido un chico cariñoso, detallista y atento.

Decido dejar mis pensamientos a un lado y pasármelo bien, como me propongo cuando salgo de mi casa. Llego a la puerta y me encuentro a los tres mirándome a la vez que me señalan el reloj; yo levanto las manos a modo de disculpa.

—Lo siento —me disculpo cuando estoy frente a ellos.

—¿Por qué llegas tarde siempre? —pregunta Enma resoplando.

—Es que..., por los pelos, no vengo... —Miro hacia el suelo.

—Vaya, ¿y eso? —pregunta Ross.

—¡Pues por qué va a ser! ¡Por el cabrón de su marido! —contesta exasperado Dexter.

—¡Dexter! —le regaño—. No es un cabrón. Tiene su manera de ser y no le gusta que salga.

—Ya claro. No le gusta que salgas, no le gusta que tomes cafés con tus amigos, no le gusta que te pongas un vestido demasiado corto, no le gusta

que tengas amigos, masculinos, he de apostillar, ¡no le gusta nada! ¿Cuánto tiempo llevamos así? ¡Desde que volviste con él! ¡Te está absorbiendo la vida!

—No dramatices... Tiene su manera de ser, y también hay que entenderlo. Nadie es perfecto —le defiende.

—Sabes que llevo razón —me agarra por los hombros y besa mi pelo—, pero te quiero igualmente.

Le sonrío con cariño.

—Yo también te quiero.

Entramos en la discoteca, y pasan dos horas en las que no paramos de bailar y... beber. Como llegue pedo a casa, Joan se va a enfadar y con razón. Él siempre dice que la bebida es para los alcohólicos, y que una señora como yo, no debería de ir borracha como una cuba.

—Hay un tío que no te quita ojo de encima —comenta Dexter.

—¿Qué dices? —Me sonrojo más de la cuenta en décimas de segundo.

—Sí, cariño, y... viene hacia aquí.

Me pongo nerviosa y tiro mi copa en lo alto de la barra sin querer. Entre los nervios y lo achispada que voy, no doy pie con bola. Comienzo a reír a carcajadas como una idiota y mi amigo me sigue la corriente.

El chico llega hasta nuestra altura y me sonrío.

—Póngale otra —le dice al camarero.

—Vaya, ¡gracias! —contesto envalentonada.

Me giro para mirar de nuevo a Dexter, que no le quita ojo de encima. El camarero me trae la copa y la deposita sobre la barra. La cojo y miro al tipo que tengo al lado, no es que sea un adonis, pero es atractivo. Aunque pensándolo bien, ¿a mí qué me importa? Yo solo quiero a Joan.

—Gracias. —Le sonrío tímidamente.

—De nada, guapa —contesta un tanto borracho.

Noto cómo Dexter me agarra de la cintura de manera posesiva. El hombre que tengo frente a mí mira su agarre y pone las manos a modo de rendición.

—No sabía que estaba contigo —se disculpa con Dexter.

Mi amigo no le contesta, simplemente asiente. Cuando el chico se va, me giro rápidamente para mirarle.

—¿Y esto? —pregunto señalando sus manos.

—Iba como una cuba, solo te traería problemas.

—Bueno..., gracias. Tampoco pensaba hacer nada más que aceptar esa

copa.

—Él no venía con las mismas intenciones.

Hago un gesto de indiferencia y salto de mi taburete. Me dirijo hacia la pista donde Enma y Ross están desmelenándose. Entre baile y baile me olvido del mundo por completo. Nos ponemos en círculo, contoneándonos entre nosotras de manera provocativa, arriba y abajo, sin miramiento. Pegamos nuestros cuerpos y llegamos hasta el suelo bajo la mirada graciosa de Dexter, que se niega a bailar con nosotras. Cuando nos incorporamos de nuevo, una mano tira de mí hacia atrás y toda la diversión, que minutos antes tenía, se esfuma de un plumazo.

—¿Qué coño haces bailando como una puta? —gruñe Joan en mi oído.

Le miro sorprendida. ¿Qué hace aquí? Cuando decidimos darnos la oportunidad de continuar con la relación hace tres años, la primera condición fue que no sería tan posesivo. Hasta ahora mismo era una cosa que no había incumplido.

—¿Qué me has llamado? —le pregunto altiva por los cubatas que llevo encima.

—Que qué haces bailando como una puta —repite esta vez más alto.

Varias personas se giran para mirarnos. Dexter se acerca hasta nosotros e intenta que suelte mi codo, lo que recibe a cambio es una mirada asesina por parte de Joan.

—¿Quién cojones te piensas que eres? —escupe de golpe mi marido.

—Su amigo, suéltala ahora mismo —contesta de manera tajante.

Joan se aparta de mí y lentamente deshace su agarre. Toco la zona afectada, ya que debido a la presión me duele bastante. Sin quitarle los ojos de encima, pega su cara a la de Dexter, quien no menea un músculo bajo su mirada intimidatoria.

—Me importa una mierda que sea tu amiga o no, es mi mujer y haré con ella lo que me dé la gana, ¿te queda claro, maricón?

Sin contestarle, Dexter le pega un empujón que le hace dar dos pasos atrás, por poco no cae de espaldas contra el suelo.

—Eh, eh, tranquilos —les pido a ambos extendiendo mis manos para separarles.

—La próxima vez que me llames maricón, te voy a partir la cara —le advierte echando espumarajos casi por la boca.

Miro a Joan rogándole que no continúe, pero él parece no verme. Eleva su

mentón para darle más énfasis a lo que sus labios pronuncian a continuación.

—¡Maricón! —le reta bien alto y, para más inri, le dedica una sonrisa.

Dexter se muerde el labio, presionando toda la rabia contra él. Sin esperármelo, veo cómo el vaso que mi amigo tiene en la mano, se estampa contra la cabeza de Joan. Y entonces se arma un revuelo, en el que todos salimos pagando.

Mis amigas tiran de mí hacia atrás, mientras los dos se pegan de hostias sin detenerse, llevándose a su paso al resto de gente. Dos hombres de seguridad aparecen de la nada y los consiguen separar. A rastras, literalmente, los llevan hasta la salida y, una vez allí, vuelven a intentar pegarse. Por suerte consigo ponerme en medio antes de que eso ocurra.

—¡Ya basta! —Miro a Joan, que tiene los ojos inyectados en sangre—. Joan, por favor, vámonos a casa. —Nada, no me mira—. ¡Joan! —le vuelvo a llamar.

Asiente sin mucho convencimiento.

—No quiero volver a verte con él, nunca —sentencia y echa a andar sin esperarme.

Me quedo mirando a Dexter, quien hace amago de ir tras él. Enma lo para a tiempo.

—Dexter, yo... —Miro hacia el suelo, me agarra la barbilla y la eleva.

—No te merece, Katrina —dice desesperado—, ¡estás echando tu vida a perder!

—Yo... espero que todo te vaya genial en Australia, ya hablaremos.

Me agarra de los hombros y me zarandea un poco, mi mirada se dirige hacia el suelo. Sé que Joan no tiene los modales que quizás debería, pero... le quiero.

—¡Katrina, vamos! ¡No te lo digo más veces! —Oigo que vocifera desde el coche.

Suspiro varias veces antes de girarme.

—Os llamaré... —les digo a las chicas que no han abierto la boca hasta el momento.

—Katrina...

—No, Ross, me voy, ya hablaremos.

—No sé si es mejor que te quedes en mi casa esta noche, está muy alterado... —comenta Enma.

La corto antes de que continúe.

—No me pondrá una mano encima, nunca lo ha hecho pese a su carácter.

Todos me miran sin creérselo, pero es cierto. Joan tiene un carácter de mil demonios, aun así, jamás me ha pegado. Dirijo mis pasos hasta el Porsche Carrera plateado y me subo. Dexter me mira sin poder creerse que no le haga caso, que no escuche sus palabras; por más que lo intento, el corazón me pide que haga otra cosa.

El camino hasta casa lo hacemos en silencio, pero cuando entro, como de costumbre, paga su cabreo conmigo, de una manera que me gusta, aunque a veces me asusta. Lo veo venir a distancia.

—Ahora que estamos en casa, ¿me vas a explicar qué hacías?

Se pone detrás de mí y de un tirón me baja uno de los tirantes del vestido.

—Bailando.

—¿Y tienes que provocar de esa manera? —pregunta serio.

—Yo no estaba provocando —me defiendo.

Me mantengo quieta en la entrada de casa sin pestañear. Me baja el otro tirante del vestido de la misma forma: sensual, atrevido, y de manera perturbadora.

—Joan, no tengo ganas de discutir.

Me aparto de él y me voy hacia el dormitorio. Noto cómo me sigue, de un portazo cierra la puerta de la habitación y me mira fríamente. Comienzo a quitarme los pendientes, depositándolos en lo alto de un pequeño tocador de madera antigua que viste la estancia.

—No quiero que vuelvas a salir —sentencia.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, te lo estoy diciendo en serio.

—Te he dicho que no quiero discutir.

—Me parece muy bien —contesta con desgana—, no estoy discutiendo.

Voy hacia el armario, ignorándolo por completo, cojo mi pijama, e inmediatamente desaparece de mis manos.

—¿Qué haces? —Me gira, y le miro fijamente.

No me contesta. Se limita a empotrarme en la puerta del armario y a morder mi cuello desesperado, con una brutalidad que me abrasa.

—Joan..., estamos hablando.

—Yo no quiero hablar —reniega junto a mi cuello.

Coloca mis manos a ambos lados de la cómoda que tengo al lado y separa mis piernas con su pie. Oigo la hebilla de su cinturón abrirse y seguidamente

noto sus manos elevando mi vestido hasta hacerlo un gurrño en mi cintura. Separa mi tanga y, sin decir nada más, se introduce en mí bruscamente.

—Te dije que no te pusieras vestidos tan cortos —gruñe.

Comienza su ataque y solo puedo apretar mis manos a la madera y observar cómo poco a poco se me van poniendo los nudillos blanquecinos. Jadeos ahogados salen de mi garganta una y otra vez y, sin quererlo, recuerdo lo mucho que me costó llegar a este punto con Joan. Siempre buscaba su placer y no el mío, ese fue uno de los motivos por los que hace tres años dejamos la relación. Pero después todo cambió de manera radical, ya no era el mismo hombre que conocí con veinticuatro años.

—No quiero que nadie te mire, que nadie te toque... —susurra en mi oído de forma posesiva, mientras continúa con sus envites.

—Na... nadie lo ha... hecho —tartamudeo.

Nuestros sexos chocan con locura y me pierdo en un abismo de placer al igual que él. Con dos sacudidas más, culmina y se apoya sobre mi espalda. Oigo cómo respira entrecortadamente y, con un leve movimiento, roza su cara con mi espalda. Me gira, y besa dulcemente mis labios.

—Lo siento, no quiero ser tan brusco, pero...

—Es tu forma de desahogarte, lo sé —termino la frase por él.

—Sí.

Sonrío tímidamente y me abrazo a su cuerpo. Me responde durante un segundo y se separa de mí para coger mi cara con ambas manos.

—Sabes que te adoro, que no puedo vivir sin ti, pero los celos me matan —asegura—, quiero que esto funcione y no deseo perderte de nuevo, Katrina. Lo único que necesitamos es poner de nuestra parte los dos.

—Siempre he estado dispuesta a hacerlo.

—Pues entonces continuemos de esa manera —comenta con dulzura.

Pero sus palabras, sé de sobra que encierran otro significado. Algo que no tarda mucho en llegar.

—Katrina... —Mira hacia la derecha, agazapando un poco su rostro entre mi cuello—, no quiero que salgas por las noches si no es conmigo, no lo soporto.

—Llevaba meses sin salir, ¡no exageres! —Me molesto.

Suspira fuertemente. Cuando digo «meses», no me refiero a dos, ni a tres, sino a ocho.

—Piénsalo de esta manera —me contempla fijamente—, imagina que yo

saliera, ¿cómo te sentirías?

—Eso ya lo haces.

—No. Yo salgo con gente de mi trabajo, por negocios, no por gusto.

—Tus amigos son las personas que trabajan contigo, no me vengas con cuentos, Joan. —Me separo un poco de él.

Sonríe de medio lado, se acerca y besa mis labios. Está intentado que lo acepte sin más. Sé que, por mucho que me resista, no servirá de nada, porque al final terminaré sucumbiendo a lo que me diga.

—Haremos una cosa, cuando salgas, saldré yo contigo. De esa manera no tendremos por qué discutir, ni tendré que ir como un marido capullo a buscarte porque me consuman los celos. ¿Qué te parece?

—Tú nunca quieres salir conmigo. ¡Si no soportas a mis amigos! —reniego.

—Por ti lo haré, de verdad. —Pone ojitos.

Y bajo esos ojos negros y esa mirada hipnotizadora, no puedo hacer otra cosa que asentir como una tonta.

—Venga, ven —extiende su mano—, vamos a la cama, mañana tenemos una fiesta a mediodía.

Ese detalle, que antes pasé por alto, me viene a la mente.

—Joan —le llamo.

—Dime.

—El hermano que viene, ¿es tu hermanastro realmente, no? Creo recordar que eso me dijiste hace tiempo.

—Sí —contesta tajante.

—¿Por qué nunca me hablas de él? No vino ni a tu boda.

—Porque no me llevo bien con él, y si esta fiesta se hace es por mi padre. Mi madre no quiere tampoco, en realidad, no quiere ni verle.

—Pero ¿por qué?

—Ya está bien de preguntas, vamos a la cama, estoy cansado —me corta tirando de mi mano.

¡Ahg! Mañana conoceré al hermano desaparecido de Joan, del que nadie quiere hablar y al que nadie soporta. Algo un tanto extraño, que intentaré averiguar cuando por fin le conozca.

2

—¿Que te ha dicho qué?

—Pues eso, Enma, que no quiere que salga sin él. —Miro hacia el techo.

—¿En serio? —pregunta sin poder creérselo.

—Y tan en serio.

Coloco delante de mí un vestido negro de raso con escote de pico, que está colgado en una percha. No tiene ningún adorno y a simple vista se ve un poco soso. Lo aparto y coloco otro de color crema con purpurina en la parte derecha. Haciendo una especie de estrella hasta la cintura. Tiene una sola manga, el otro hombro va completamente al descubierto.

—¿Y vas a hacerle caso?

—Ya le he dicho que sí —contesto como si nada, poniéndome ambos vestidos frente al espejo, la miro—. ¿Cuál me pongo?

—El crema es más bonito, además es mediodía. Y con este recogido que quieres hacerte —dice señalándome la revista de moda—, estoy segura de que irás espectacular.

Me pongo el vestido y termino de arreglarme mientras Enma me hace el recogido que vimos. Saco un pequeño adorno de la caja plateada que Joan trajo el otro día y, casualmente, tiene toques en color crema, por lo tanto, ya no tengo nada más que pensar.

—Entonces, ¿cada vez que salgamos lo tendremos pegado a nuestro trasero?

—Más o menos.

—¡Pues vaya! —Se fastidia.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos. Parece concentrada en su tarea, pero sé que en el fondo está pensando algo y no sabe cómo decírmelo, hasta que, por fin, me observa de reojo y habla:

—Katrina, te lo pregunté cuando volviste con él, pero... ¿estás segura de querer seguir con esta relación?

—Me casé con él en cuanto arreglamos lo nuestro, ¿cómo me haces esa pregunta? —Me molesto.

—No lo sé, simplemente veo que te estás dejando guiar por él. Todo lo que dice lo haces.

—Eso no es cierto —aseguro.

Enma pone mala cara, fijando su vista hacia otro punto que no sea yo. No volvemos a sacar el tema en la hora siguiente.

A la media hora Joan entra en el apartamento, arreglado.

—¿Dónde te has cambiado? —pregunto sorprendida.

—En el trabajo, ¿dónde si no?

Enma me mira, pero enseguida quita sus ojos de mí, para mirar hacia otro lado. No le gusta Joan, y sé que intenta evitarlo a toda costa. Creo que el amor es mutuo, porque cuando mi marido se fija en ella, no puede hacer otra cosa que mirarla con sumo desprecio.

—Ah.

—¿Ese es el vestido que vas a llevar? —Arquea una ceja.

Avanza hasta el tocador y coge la otra caja, en esta ocasión de color negra, imagino que cualquier detalle para regalarle a sus hermanas.

—Sí. ¿No te gusta?

—¿Tienes más opciones? —ironiza.

—Sí, este. —Levanto el vestido negro que he dejado, en la puerta del dormitorio, colgado.

Asiente y me mira de arriba abajo.

—Cámbiatelo. Te espero abajo. Cinco minutos —me advierte tajante.

—Pero si este es muy bonito, además, siempre voy de negro y...

—Cámbiatelo —repite.

Sale del apartamento dejándome con la palabra en la boca. Exhalo una gran bocanada de aire y consigo llenar mis pulmones. ¿Por qué demonios no le gusta mi vestido?

—Yo creo que me voy, ya sabes que no soy plato de buen gusto para tu marido.

—Lo sé y lo siento —me disculpo.

—No te preocupes, no es culpa tuya.

Le sonrío. Antes de salir por la puerta, se gira y me mira.

—Katrina, a esto me refería.

Me señala mientras me cambio el vestido, tal y como me ha dicho. Observo mi cuerpo durante un segundo. Lleva razón, ¿por qué demonios me estoy cambiando? Quito el vestido negro de mi cuerpo y vuelvo a ponerme el de color crema. Enma me sonrío y asiente satisfecha.

—Gracias.

—Eres mi mejor amiga, Katrina, no me las des. Se tú y yo seré feliz.

Sale del apartamento sin decir ni una sola palabra más. Recojo mi bolso y guardo en él mi móvil, el tabaco y las llaves. A toda prisa, bajo las escaleras hasta llegar a la calle, donde Joan me espera apoyado en el capó de su bonito coche. En cuanto aparezco, arruga el entrecejo.

—¿Qué haces con ese vestido?

—No quiero ir de negro a una comida de mediodía, además, me pega con el adorno que me regalaste.

—Pero yo te he dicho...

Le corto.

—¿Quieres llegar tarde? —Arqueo una ceja.

—No.

—Pues entonces deja de discutir y vamos —añado tajante sentándome en mi asiento.

Arranca el coche y salimos a gran velocidad sin añadir nada más. Si llegamos tarde, la señora Johnson se enfadará, véase la ironía.

Veinte minutos después nos encontramos a las afueras de la ciudad, frente a una hermosa verja blanca, con una casa rodeada de jardines y flores silvestres. La vivienda consta de dos plantas: en la primera se encuentra el salón, la cocina, dos baños y dos dormitorios; y en la parte de arriba, seis habitaciones, otros tantos baños y dos despachos. Es una casa muy amplia, dado el caché y la posición económica que tienen los padres de Joan.

Bajamos del vehículo, y nos dirigimos hacia el interior. Está todo abarrotado de gente. Se nota que los padres de Joan, Paul y Silvana Johnson, son personas muy conocidas en esta y muchas más ciudades, ya que amigos o «conocidos» no les faltan. El padre de mi marido es el dueño de una de las entidades bancarias más conocidas en todo el mundo, Joan trabaja para él: tiene su propia sucursal en nuestra ciudad. Cuando nos ve, se dirige hacia nosotros.

—Buenas tardes, chicos.

—Padre —saluda Joan.

—Señor Johnson —digo dándole la mano.

Aunque parezca mentira, ya que me conocen desde hace cuatro años, los formalismos no han cambiado entre nosotros, ni siquiera el día de nuestra boda. Es más, el padre de Joan apenas me dirige la palabra, a no ser que sea estrictamente necesario. Por no hablar de los formalismos que se traen entre

ellos mismos. «Padre», ojalá estuviera mi padre vivo, para poder volver a decirle papá o papi, como solía hacer de manera cariñosa.

—Tu madre está en la cocina con sus amigas, espero que paséis una buena comida.

—Claro, iré a buscarla. Por cierto, ¿ha llegado ya?

—Sí, tu hermano anda hablando con todo el mundo. La gente está ilusionada de poder volver a verle. —Sonríe encantado con su comentario.

—Ya, claro —gruñe.

—No pongas esa cara, Joan —le regaña.

Paul Johnson es el típico hombre serio, un hombre de negocios en toda regla. Mide un metro ochenta, tiene los ojos negros como los de Joan, el pelo está completamente blanco, pero su fuerte y duro mentón, junto con las facciones de su cara, hace que siga siendo el hombre más respetable del planeta.

Mi marido suelta mi mano, se ajusta la chaqueta y da un paso hacia él. Le habla tan flojo que apenas puedo escucharlo.

—Padre..., es su hijo, no mi hermano —dice maliciosamente.

—No me des la fiesta, Joan, por la cuenta que te trae —le advierte.

Sin más se da la vuelta y se marcha junto con el resto de invitados.

—Cariño, ve a la cocina a saludar a mi madre. Yo iré a hablar con el resto.

Asiento como de costumbre. Giro mis talones y me encamino hacia la cocina de mi querida suegra, intentando sacar la mejor de las sonrisas. Pero cuando estoy llegando, escucho una estridente carcajada que perfora mis oídos: la típica risa falsa y, encima, gritona... ¡No la soporto! Silvana Johnson es una mujer rubia, con una estatura normal, un poco regordeta y con una cara de lagarta que no puede con ella. Se la ve mala persona a distancia. Es avariciosa, envidiosa y no soporta que nadie, nadie, nadie, quede por encima de ella nunca. Abro las puertas batientes de madera blanca, y paso; me encuentro a la señora Johnson y a cuatro de sus amigas, las cuales solo están con ella por el dinero que posee y la fama.

—¡Oh, querida Katrina!

—Señora Johnson. —Hago una inclinación con la cabeza.

—Hola, Katrina, qué bien te veo, parece que los años no pasan por ti —comenta una amiga de mi suegra.

—Hola, señora Foxter, tengo veintiocho años, no es para menos.

—La verdad es que sabe conservarse bien, Silvana. Tienes suerte de tener a una nuera así de guapa, seguro que tiene a tu hijo embelesado —le comenta otra de las amigas, ya que a mí ni me mira.

—Sí, claro —contesta Silvana con desgana—. ¿Quién quiere champán?

Cambiando de tema. No soporta que nadie le diga que otra mujer es más guapa que ella. Es insoportable. Menos mal que la veo poco. La boda fue un sufrimiento, al final, pusimos e hicimos todo como ella quiso. No nos dio lugar a réplica y, claro, como es la madre de Joan, no pude llevarle la contra en ningún momento.

Reparte las copas de champán en la mano de cada una de sus amigas y la mía la deja en la isla que hay justo en el centro de la cocina. Me sonrío, con maldad, al tiempo que la apoya en el mármol. Lo está haciendo a posta. No muevo ni un músculo de mi cara, mientras tiene ese feo detalle conmigo.

—Se dice gracias, por lo menos, querida —me suelta yéndose hacia la cuadrilla de sus amigas.

—Gracias —respondo con un hilo de voz.

En ese momento tan incómodo las puertas de la cocina vuelven a abrirse y entran las alocadas gemelas Johnson, pegando voces eufóricas. Son dos gotas de agua. Tienen la tez morena, sumamente cuidada, su cabello negro les llega a ambas hasta la cintura y sus ojos son exactamente iguales que los de Joan. Las tres usamos la misma talla, ya que nuestros cuerpos son prácticamente iguales; delgados pero moldeados. Susan es más como Silvana: envidiosa e insoportable. Erika es más «buena», por así decirlo. Ella te escucha, te aconseja y no le da envidia ni una mosca que pase por su lado.

—¡Niñas! —les chilla Silvana—. ¿Por qué narices pegáis esas voces?

—Tienes el gallinero revolucionado —comenta la señora Foxter.

—Rachel, estás que te sales hoy, ¿eh? ¿Por qué no te callas un rato? —le reprende Silvana.

La señora Foxter, como yo la llamo, cierra la boca entre risas. Yo no puedo evitarlo y, cuando me mira de reojo, tengo que reírme también. Mi suegra nos mira a las dos y bufa exasperada.

—¡Contestad! —vuelve a vociferar a las gemelas.

Las dos se quedan en silencio, con una risa juguetona en sus caras infantiles. Tienen veinticinco años, pero son demasiado pequeñas de mentalidad, por así decirlo. Las dos se miran y sueltan una carcajada, lo que desespera más a su madre, que está a punto de echar fuego por la boca.

—¡Madre! No se enfade, es que... Susan es muy tonta.

—¿Yo? ¡Dime que tú no has pensado lo mismo! —contesta Susan riéndose sin parar.

—Bueno..., la verdad es que sí —responde entre carcajadas.

—¡Niñas!! —chilla esta vez más alto.

Un silencio se apodera de la cocina, y con él se van todas las risas anteriores y las miradas cómplices, dando paso a una señora Johnson cabreada a más no poder.

—Madre, nunca nos dijo que el hijo de padre fuera tan guapo —suelta de repente Erika, en un susurro apenas audible.

Silvana torna su cara roja como un tomate y, dadas las circunstancias, creo que está a punto de estallar. Mira a una y después a otra, todo el mundo la observa a ella y nadie pierde detalle de lo mal que le ha sentado el comentario de su hija pequeña.

—Nunca, y cuando digo nunca, ¡es nunca!, volváis a hacer ningún comentario respecto a ese bastardo. ¿Me habéis entendido? —escupe.

—Sí —afirman con timidez las dos al unísono.

—Silvana, no regañes a las niñas, además, es tu hijastr... —Intenta apaciguar la situación la señora Foxter.

—¡No!! —chilla fuera de sí—. No quiero que nadie más hable del tema. Estamos haciendo una fiesta por su llegada, porque el señor Johnson es su padre, ni más ni menos.

—Pero, madre... —intenta replicar Erika.

—¡Ni madre ni leches! Ese desgraciado no es mi hijastro, ni mucho menos mi hijo. Fin de la discusión.

Me sorprende lo mal que lleva el tema. No entiendo el porqué, lo que sí sé es que mi marido habla igual de despectivo que ella. Nunca, en cuatro años, he oído hablar de este «hijo» del señor Johnson, y mucho menos le he visto. Supongo que el hecho de que Silvana no sea la madre influirá bastante, pero lo veo demasiado extremista para tratarlo como ella lo hace. Ni siquiera sé cómo se llama el susodicho. Me disculpo e inmediatamente salgo de la cocina. No me gusta el ambiente que se ha creado y las gemelas me siguen, buscando una forma de huir de las garras de su madre.

—Creo que hubiera sido mejor no decir nada —comenta Erika detrás de mí.

Me giro para mirarlas y ambas me observan. Erika es la primera en poner

una cara triste, sin embargo, Susan tiene la misma de siempre: fría y distante.

—¿Por qué nunca habláis de él? —me atrevo a preguntar.

—Es que no hay nada de qué hablar —me corta Susan.

—Ah...

—¡No seas borde, Susan! Katrina no tiene la culpa de nada.

—Es algo que no se habla nunca y no tenemos por qué contárselo a nadie —le replica.

La gemela le pone los ojos en blanco y me mira.

—Padre tuvo un pequeño desliz con otra mujer hace muchos años, ni siquiera estábamos nosotras en creación —contempla a Susan, que la observa con cara de reproche—, ni siquiera existía Joan.

—Vaya, no tenía ni idea.

—No tenías por qué —contraataca Susan.

Erika le da un manotazo, pero su hermana se suelta de su agarre y se va enfadada.

—¡Susan! —la llama—. Discúlpame, Katrina, voy a hablar con la cabezona de mi hermana.

—No te preocupes, ve.

Busco por el salón a Joan, y no logro verlo por ninguna parte. Cansada de llevar más de quince minutos andando por todos los rincones de la casa, salgo al jardín, y me siento en el primer banco que hay. Los pies me están matando. Saco el paquete de tabaco de mi pequeño bolso y, cuando elevo la cabeza, miro hacia la gran piscina que tengo delante.

Noto cómo el banco se hunde, giro mi cara para mirar de quién se trata y me quedo boquiabierta, a punto de sufrir un espantoso infarto.

—Hola, soy Kylian Johnson.

3

—Ho... hola —tartamudeo sin poder evitarlo.

Solo me da tiempo a mirar su cara y empiezo a palidecer por segundos. Esos ojos verdes como prados...

No puede ser.

Me levanto de golpe de mi sitio y me alejo unos pasos involuntariamente.

—¿Te he asustado? —pregunta levantándose de su asiento.

—No —contesto demasiado deprisa.

Me observa sin menear ni una sola pestaña; mis ojos no se apartan de los suyos. Intento evitarlo, pero me es imposible, estoy petrificada. Noto cómo una mano se posa en mi cadera y ruge con fuerza:

—¿Algún problema?

Joan.

—Ninguno, hermanito —contesta Kylian con sarcasmo.

Y es entonces cuando me tambaleo y tengo que agarrar la mano que Joan tiene en mi cadera. Es su hermano, su hermano...

—¿Te encuentras bien? —pregunta mi marido al ver un movimiento extraño en mí.

—Sí, necesito ir un momento al servicio.

Me disculpo y, cabizbaja, salgo a toda prisa de allí, dejándolos a los dos mirándose como auténticos enemigos. Entro en el primer aseo que encuentro a mi paso y abro el grifo.

—Esto no me puede estar pasando —susurro para mí misma.

Mojo mi nuca, mi cara, mi frente. Dios mío, ¡estoy temblando! ¿Cómo puede ser que estas casualidades existan? ¡Con lo grande que es el mundo!

Cuando volví con Joan, nos sinceramos por completo. Él me dijo que había estado con más mujeres y yo le dije que había estado con un hombre, pero nunca pude decirle con quién, puesto que ni yo misma lo sabía, pero, ahora... ¿Cómo puedo mirar a su hermano? O mejor dicho, ¿cómo puedo mirarle a él?

Salgo del aseo a toda prisa y, sin querer, me topo con mi suegra, ¡qué bien!

—¡Uy, querida! ¿A dónde vas tan rápido? —pregunta extrañada.

Y cada vez que sus labios pronuncian la palabra «querida», todo el vello de mi cuerpo se pone de punta.

—Perdone, señora Johnson, no me he dado cuenta.

—No pasa nada, ¿dónde está mi hijo?

—Fuera, con... —dudo sobre cómo llamarle— con Kylian.

La mujer arquea una ceja extrañada y pone mala cara seguidamente.

—¿Y se puede saber qué hace con ese malnacido?

—Señora Johnson, no lo sé, pero creo que no debería de hablar así de su...

—De mi nada —sentencia—, ¿me vas a decir tú cómo tengo que hablar de él? —Da un paso hacia mí.

—No, claro que no, no pretendía...

—Mejor —me corta.

Se da la vuelta y se gira sin decirme ni una sola palabra más, pero si las miradas mataran..., yo estaría muerta ya. Salgo de nuevo al gran salón, donde la gente ríe sin parar. Me fijo en el reloj, solo son las dos de la tarde, no tengo hambre ni ganas de nada. Solo de marcharme.

—¿Estás bien? —pregunta Joan apareciendo ante mí.

—Sí.

—¿Te ha hecho algo Kylian?

—No.

Me observa de manera extraña, pero no dice nada más. Veo cómo el señor Johnson se sube en las escaleras principales con una copa de champán en la mano. Da un par de toquecitos para que todo el mundo le preste atención y, seguidamente, cuando la gente se ha callado, hace un gesto con la mano para que su hijo Kylian suba con él.

—Muchas gracias por estar en este día con todos nosotros. Solo quiero decir dos palabras, no os aburriré. —La gente se ríe y no sé dónde le ven la gracia—. Como todos sabéis, mi hijo Kylian ha regresado de Irlanda. Y esta comida es por y para él. Muchas gracias, hijo, por hacernos el honor de dejarte ver de vez en cuando.

Le aprieta uno de los hombros en señal de cariño y le sonrío de una manera un tanto especial. Noto cómo Joan se pone tenso a mi lado y su cara se torna roja por segundos. Le aprieto la mano y me mira. Le sonrío de medio lado, y la contestación que recibo por su parte es la de apartar su mano, mirarme mal y salir como el humo del salón. Lo contemplo mientras se aleja y las gemelas aparecen a mi lado.

—No lo soporta, no se lo tomes en cuenta —comenta Erika.

—Ya veo.

—La verdad es que más bueno no podría estar, me dan ganas de tirármelo ahí mismo —dice de repente Susan.

—¡Susan! —le regaña Erika y me tengo que reír.

—¿Te ríes? ¿Acaso tú no te lo tirarías? —pregunta con malicia.

—Pues no —contesto rápidamente—, para eso tengo a tu hermano, ¿no crees?

Sonríe satisfactoriamente.

—Creo que nos vamos a llevar mejor... —Sonríe de manera despectiva—. He visto que no te ha quitado ojo desde que has llegado.

—¿Quién? —pregunto de nuevo, al ver que Erika no intercede en la conversación tan incómoda que estamos teniendo.

—Kylian, ¿de quién estamos hablando?

Elevo mi cabeza un poco, como contestando que me da igual, y ella vuelve su mirada a los dos hombres que están en las escaleras. Cuando el discurso termina, nos dirigimos a las mesas que han preparado en el jardín y, casualmente, me toca sentarme en medio de Joan y Kylian.

El adonis de ojos verdes y cuerpo de infarto llega y sonríe al ver el sitio libre. Joan le lanza una mirada asesina mientras corta su bistec de ternera: la batalla de pullitas entre ambos comienza.

—Bonito discurso de bienvenida.

—Gracias, quizás me ha faltado el tuyo —apostilla el hermanastro.

—Ajá... La verdad es que no me apetecía —contesta Joan mirándole retador.

—No te preocupes, creo que ha sido más que suficiente.

—Ya veo, después de tres años, es todo un detalle por parte de mi padre. ¿Cómo es que te has dignado a aparecer por aquí?

Kylian corta su filete tranquilamente, se mete un trozo en la boca y, después de masticarlo, tragarlo y beber un sorbo de vino, se decide a contestar:

—No sé, puede que te echara de menos. —Sonríe con malicia.

—Yo no te he echado de menos —contesta tajante.

—¡Vaya! Qué sorpresa. No te preocupes, me encanta saber que me tienes tanto amor.

Después de un incómodo silencio, Kylian vuelve al ataque y, esta vez, el

centro de atención soy yo.

—Y, dime, ¿cómo se llama tu preciosa mujer? Porque tengo entendido, por el anillo que lleva y los comentarios de la gente, que estáis casados, ¿me equivoco? —pregunta mirándome.

No contesto, ni siquiera me da tiempo.

—Sí, es mi mujer. ¿Acaso no te gusta? —ironiza.

—He de reconocer que la muchacha es atractiva, por cierto, tu cara me suena mucho, ¿te he visto alguna vez?

Noto cómo mis mejillas se tornan rojas y el rubor me sube hasta la frente. No, no, no, no me puede estar pasando esto a mí.

—Lo dudo mucho. Katrina no es una de esas mujeres que suelen irse acostando con cualquier tipo que encuentran a su paso, a lo que tú estás acostumbrado, claro.

Ahora sí que se me quita el apetito del todo. Dios mío, si Joan se enterara alguna vez... Necesito salir de aquí ahora mismo o todo se irá al traste como Kylian siga por el mismo camino.

—No, es cierto, no tiene cara.

Joan le lanza una mirada más asesina todavía si cabe, y Kylian sonrío como un triunfador que acaba de conseguir un premio. Se acuerda de mí, de eso no cabe la menor duda.

—¿Y qué has estado haciendo estos tres años, Kylian? —pregunta coqueta Susan, que no ha perdido detalle de toda la conversación mientras me clavaba puñales con sus ojos negros.

—He estado en Irlanda como bien sabéis.

—Pero habrás estado trabajando o haciendo algo, ¿no? —vuelve a preguntar.

—¿Y a ti que más te da a lo que se haya dedicado? —pregunta Silvana molesta—. Termina de comer, se te va a enfriar. Bueno, hijo —se dirige a Joan—, ¿cómo van las cosas en la sucursal? No me has contado nada desde hace días.

De reojo puedo ver la mala cara de Susan, y también una sonrisa pícaro de Kylian. Sabe que Silvana no puede verlo, y este detalle solo hace más que reafirmarlo. Paso lo que queda de comida en silencio, escuchando varias conversaciones sobre el mundo de la banca, como de costumbre. Cosa que me aburre como una ostra, pero no puedo hacer nada más, ya que mi marido y su familia se dedican a eso. También puedo observar cómo hacen invisible

a Kylian, y ese detalle me molesta bastante, sin tener por qué. Nunca me ha gustado que la gente con poder desplace a otras personas y, ahora mismo, mi suegra y mi marido se llevan la palma.

Me levanto del asiento para dirigirme a otro sitio y poder fumarme un cigarro tranquilamente, sin que nadie me esté diciendo que le molesta el humo, que no fume y me dé el sermón del quince sobre el tabaco. Joan me coge de la mano en cuanto me incorporo.

—¿Dónde vas? No has comido nada.

—No me apetece —observo su agarre—, voy a fumarme un cigarro.

Pone los ojos en blanco y, cuando va a rechistar, su madre interviene:

—Joan, vamos a saludar a tus primos, acaban de llegar con su pequeña, no han podido venir antes, ¡míralos! —comenta entusiasmada.

Por primera vez me alegro de que intervenga. Joan me suelta y, sin decir ni media palabra más, se va con su querida madre.

Cojo mi bolso y me voy a una de las tumbonas que hay en la parte trasera de la casa, junto a la gran piscina olímpica, donde me encontraba antes. En la parte derecha tiene una amplia cabaña de madera oscura con barra y taburetes por fuera, estilo bar. Dentro de ella hay miles de bebidas alcohólicas, repartidas por todas las estanterías y unas pequeñas luces adornan el techo de la misma. En la parte izquierda, donde yo me encuentro, hay una fila con diez tumbonas blancas de piel y en la parte derecha, unos sillones y mesas bajas de piel negra, estilo *chill out*, con unas cortinas alrededor de cada espacio en color crema. El suelo que rodea la amplia zona es de madera oscura, como el color de la cabaña, y tiene peceras transparentes con luces incrustadas en su interior. Esta casa es una maravilla. Mi apartamento no se queda corto, pero no es lo mismo ni por asomo.

Exhalo una calada de mi cigarrillo mientras pienso cómo el mundo puede ser tan pequeño. No habrá hombres... y me tengo que acostar con su hermano, o hermanastro, o como quiera llamarlo. ¡Esto es increíble!

—¿Puedo sentarme?

Me sobresalto al escuchar esa potente voz. Sin poder evitarlo me llevo la mano al pecho y doy un pequeño respingo.

—Lo siento, no pretendía asustarte —se disculpa.

—No te esperaba —confieso.

—Me imagino.

Se va a sentar en la tumbona de mi lado, pero antes de hacerlo, observa la

tela azul de diseño que la cubre y mira la mía, que está echada hacia atrás. Arquea una ceja, mira las dos tumbonas, y después a mí. Tengo que reírme por su cara.

—No quiero imaginarme qué haría... —Pienso en qué decir. ¿Su madrastra? ¿Silvana? ¿Mi suegra?

—Silvana —contesta por mí. Parece leerme el pensamiento.

—Perdón, no sabía muy bien cómo llamarla, no por mí, sino por ti. Esto..., no sé si me estás entendiendo. —Me siento un poco avergonzada.

—¿Después de la escenita de la comida? Te entiendo perfectamente.

Me sonrojo.

—Ya lo he visto —contesto mirando hacia el suelo.

—No te preocupes, no es culpa tuya que la prepotencia exista en el mundo.

—Ya. —Cambio de tema—. Pues eso, que no quiero ni imaginarme qué haría Silvana si le cayera un poco de ceniza a su bonita decoración de tumbonas.

—¡Esto es una chorrada! —asegura extendiéndola hacia atrás.

—¿Fumas? —pregunto sin venir a cuento.

—Claro, si no, ¿por qué crees que estoy aquí?

Me avergüenzo de nuevo por haber hecho esa absurda pregunta. Parece que estoy dando pie a la conversación que llevo todo el día intentando evitar.

—No lo sé —contesto con un hilo de voz.

—No te preocupes, no he venido a joderte la vida —añade con seriedad.

—¿A mí? ¿Eso quiere decir que has venido a jodérsela a alguien?

Me observa detenidamente, dándome la sensación de que está meditando su respuesta. Durante lo que parece una eternidad se queda callado, pero al final habla:

—¿Cuánto tiempo llevas con Joan?

—Cuatro años.

Asiente. Sé lo que está pensando. Miro el agua calmada de la piscina mientras doy una calada a mi cigarro intentando que me tranquilice.

—No es lo que piensas. No le he sido infiel, nunca.

—No te he preguntado eso.

—Pero lo has pensado —ataco.

Sonríe de una manera tan... especial y bonita, que un suspiro enorme sale de mi boca sin darme cuenta. Noto el rubor de nuevo en mis mejillas al

momento. No entiendo por qué produce esas sensaciones en mí con solo mirarle.

—¿Entonces?

Giro mi rostro y le observo.

—¿Por qué te interesa tanto? —pregunto alzando una ceja.

—Simple curiosidad.

—Estuvimos seis meses separados, dejamos la relación y después de..., bueno, de...

—De acostarte conmigo —termina por mí sin titubear.

Miro al frente, la situación me está resultando más incómoda de lo que pensaba en un principio. Omito la respuesta que me ha dado y continúo tajantemente:

—Volví con él y nos casamos al mes y medio —contesto con rapidez intentando evitar el tema.

—Os disteis prisa.

—Nos queremos, que no es lo mismo —le corrijo.

—Ya veo.

Nos quedamos de nuevo en silencio durante un rato, hasta que el sonido de la voz de pito de Susan me saca de mi ensoñación.

—¿Qué hacéis aquí solos? —pregunta con malicia.

—Fumar —contesta Kylian enseñándole su cigarro.

—¿Y ella? Yo no veo que esté fumando. —Se cruza de brazos.

Esta mujer busca cualquier excusa, paso de ser el centro de atención.

—Yo acabo de terminar y ya me iba. Te puedes quedar haciéndole compañía, Susan —añado con desgana.

—Sí, mejor será, porque tu marido anda buscándote, como se entere de que estás aquí, se va a enfadar y con razón.

Asiento, miro a Kylian por última vez, y veo cómo me observa con atención antes de desaparecer por la esquina de la casa.

Siento un cosquilleo en mi estómago según avanzo por la casa, intentado encontrar a Joan. No entiendo la tranquilidad de Kylian al hablar sobre el tema, si es que a eso se le puede llamar hablar.

—¿Dónde estabas? —pregunta Joan enfadado cuando me ve.

—Fumando, te lo he dicho antes.

—Vámonos, mi padre ya me ha puesto de mal humor.

—¿Y eso?

—Kylian se suponía que solo venía para tres días y, ahora, resulta ser que va a quedarse más tiempo de lo normal. Encima tengo que cargar con él y enseñarle las cosas del negocio, y hacer como que somos una familia. ¡Esto es el colmo! Como siga por este camino, va a matar a mi madre de un disgusto —escupe de malas formas.

—No parece mala persona, Joan, no seas tan exagerado —comento mientras nos dirigimos hacia el coche.

—Eso es porque todavía no le conoces bien.

Me subo en el vehículo y, antes de desaparecer por la puerta, observo cómo Kylian se encuentra mirándonos fijamente desde la casa, no pierde detalle alguno. Menos mal que Joan, no se da cuenta. El tiempo que esté aquí, estoy segura de que será infernal para esta familia, excepto para el señor Johnson, que, por lo que se ve, le adora.

4

Por segunda vez consecutiva en la mañana, recorremos la avenida de punta a punta. Los pies me están matando, hace un frío que es imposible seguir más tiempo dando vueltas, y Enma está empezando a ponerme nerviosa, hasta llegar al punto de querer arrancarle la melena.

—¡Uf! —bufa Ross, por séptima vez.

—¿Uf, nada más? Yo estoy ¡a punto de matarla!

—Tranquilas, chicas, tenéis que ayudarme como amigas que sois —dice tan simpática como siempre—, necesito ese conjunto y lo tengo que conseguir.

—Pero ¿se puede saber para qué coño quieres un picardías? ¿A quién se lo vas a enseñar? —Me cruzo de brazos en medio de la avenida.

Ross se para a mi lado y Enma mira hacia el cielo. No me puedo creer que llevemos una mañana entera dando vueltas sin parar, porque a la niña se le haya antojado comprarse un puñetero picardías que ni va a usar.

—Se lo iré a poner para limpiar el polvo en su casa —contesta Ross enfadada.

—¡Ja! Eso es lo que quisierais vosotras —contesta con chulería.

—Entonces, cuéntanoslo y así te podremos ayudar —le pido desesperada en un último intento. No entiendo a qué viene tanto secretismo.

Suspira, pone los ojos en blanco y, lentamente, asiente.

—Está bien, ¿vamos a tomarnos un café?

—Odio el café, mejor un chocolate calentito —respondo.

—Bien, pues que sean tres chocolates —añade risueña, algo raro en ella.

Entramos en la primera cafetería que vemos y nos sentamos. Enma deja el montículo de bolsas que lleva en una de las sillas y cruza sus manos. Después de mirarnos a ambas, se aparta su melena rubia de la cara y nos observa con sus profundos e hipnotizadores ojos azules. Abre un poco sus finos labios rosados y se decide a hablar:

—A ver, sé que no os lo he contado, pero... tengo un «amigo».

—¿Un amigo? —preguntamos las dos a la vez.

—Sí, le veo de vez en cuando y, bueno, es complicado. —Se mira las uñas.

No sé por qué, pero me da la sensación de que para ella no es complicado. La manera, quizás, o el tono en el que lo cuenta.

—¿Y por qué es complicado? —pregunto sin entenderla.

Me mira con mala cara. Arqueo una ceja y resopla tumbándose un poco más en la silla. El camarero llega y nos interrumpe la conversación, por desgracia.

—¿Qué desean?

—¡Tres chocolates! —decimos Ross y yo demasiado alto.

El pobre sale disparado, ya que se ha dado cuenta de que acaba de interrumpir una conversación de mujeres. La instamos con la mirada para que nos lo cuente y esta, nos mira con cierto miedo. En el fondo, sé que es con cariño, lo más seguro es que la situación, por la que está pasando, sea un tanto agobiante. Enma tiene un carácter un tanto extraño que solo unos pocos sabemos controlar.

—Está casado.

—¡Hala! —decimos a la vez, parece que hoy nos hemos puesto de acuerdo en hablar.

—Sí, eso decía yo. Al principio no sé, me daba la sensación de que estaba mal lo que hacía, pero me he dado cuenta de que le merezco y de que tengo futuro con él.

—¿Está dispuesto a dejar a su mujer por ti? —pregunto—. Eso es algo muy importante.

—No lo sé. Está enamorado de ella, y no sé hasta qué punto querrá o no separarse.

Resopla, de nuevo, pasándose las manos por la cara.

—No tenía ni idea de que era algo así, ¿por qué no nos lo has contado?

—Ross, no quería que pensarais mal de mí. No suelo ir saliendo con hombres que están casados, pero él es diferente.

—¿Cómo se llama el individuo? —me intereso.

—Eso qué más da —evita mi pregunta—, es alguien muy reconocido, y tiene pasta. —Ríe como una bruja—. Pero no quiero que os involucréis en esto, si su familia se entera...

—¿Tiene hijos? —pregunta Ross.

—Sí... —musita.

Me levanto y le doy un abrazo que ella acepta con gusto. Ross hace lo mismo y nos quedamos un rato en silencio, asimilando lo que nos acaba de

decir.

—Tómalo con calma y, sobre todo, habla con él. Si de verdad te gusta, déjale las cosas claras y no sufras. Y no olvides llamar a Dexter para contárselo, mañana se marcha y cuando regrese, no quedará ciudad para que puedas correr de él.

Asiente, pero en el fondo sé que hay algo que no nos ha contado. Lo peor de todo esto es que no quiero que sufra, no quiero que le hagan más daño. Enma, con sus anteriores parejas, no ha tenido suerte, las dos más «duraderas» le fueron infieles, y es algo que ella misma no soporta, ni haría jamás. Aunque, ahora, esté siendo el segundo plato de otra persona.

—Hablaré con él, ya os contaré —añade un poco triste.

—Ya verás como todo sale bien —aprieto su mano—, vamos a bebernos este chocolate y a buscar un picardías que haga que se le desencaje la mandíbula.

Todas soltamos una ruidosa carcajada y hacemos que media cafetería nos mire. Salimos a la calle cuando terminamos, y recuerdo una cosa.

—A la vuelta de esa calle —digo señalándola—, hay una tienda donde yo me compro la lencería, a Joan le encanta todo lo que hay allí. —Sonrío al recordar varios conjuntos que tengo en mi cajón.

—¡Perfecto! —anuncia eufórica—. Vamos, vamos.

Tira de mi mano y me alegro al saber que con ese detalle he conseguido sacarle una sonrisa. Al entrar en la tienda, la dependienta viene hacia nosotras a toda prisa.

—Buenos días, ¿puedo ayudarlas?

—Hola, Jess —saludo a la chica que tengo habitualmente.

—Hola, Katrina, no te había visto. —Me da un abrazo—. ¿Qué tal va todo?

—Bien, venimos buscando algo sumamente llamativo para mi amiga, ¿qué nos puedes enseñar?

Jess se pone manos a la obra y comienza a sacarle miles de picardías que quitan el hipo. Mientras Ross está en el probador con Enma, me dedico a mirar la lencería de la tienda y de paso buscar algún conjunto más. Encuentro uno muy llamativo. Es negro transparente, con un escote de pico bordado por líneas negras de raso y dos finas líneas con perlas a la altura del pecho. La parte de atrás está descubierta y únicamente va atado por tres lazos: uno en el cuello, otro a la mitad de la espalda y otro por debajo del trasero. No deja

lugar a la imaginación, pero me encanta.

—Vas a matar a mi hermano.

Me sobresalto al escuchar la profunda y sensual voz de Kylian detrás de mí. Me giro un poco y lo veo con las manos en los bolsillos. Está condenadamente guapo con esos pantalones vaqueros desgastados, ajustados a sus fuertes piernas. Lleva un polo de manga larga de lo más informal en color azul con cuello redondo. Me mira expectante, desvío mi vista por unos segundos a mi mano izquierda y veo cómo contempla el conjunto con atención. Lo dejo rápidamente.

—¿Qué haces aquí?

—Buena pregunta, ¿y tú?

—Mirar lencería, obvio. Pero no creo que encuentres nada en una tienda que es solo de mujeres.

—A no ser que quiera hacer un regalo, ¿no?

—Eso también. —Me siento un poco estúpida.

—¿Tú qué me aconsejarías? ¿Eso que acabas de dejar?

Me sonrojo de pies a cabeza.

—Puede, depende de cómo sea la chica a la que se lo quieres regalar.

—Mmm... —Se pone un dedo en el mentón pensativo—. ¿Tú te pondrías eso?

Arqueo una ceja y me sonrío. No le contesto.

—La verdad es que cuando te conocí..., ya me entiendes, nunca pensé que fueras tan...

—¿Atrevida? —Me cruzo de brazos.

—Más o menos.

—¿Me estás llamando mojigata?

Suelta una carcajada y el resto de personas, que se encuentran en la tienda, nos miran.

—No exactamente.

—¿Qué quieres, Kylian? —Directa al grano.

Resopla, y se pasa las manos por el pelo un par de veces.

—Me gustaría que quedáramos para...

—¡No! —Le agarro del brazo y tiro de él para apartarnos un poco de los probadores—. Ni se te ocurra, Joan no se puede enterar nunca de nada de esto o le hundirás, ¿me has entendido? Y, por supuesto, jamás volverá a pasar — me desespero y hablo con prisa.

—No me refiero a nada de eso. —Arruga el entrecejo.

—¿Entonces? —No entiendo nada.

—Solo quiero que nos tomemos un café, simplemente.

Suspiro y, cuando voy a replicar, Enma y Ross salen del probador. Nos observan a ambos. No saben quién es y las dos me miran interrogándome, a la vez que se acercan a paso ligero hasta donde estamos nosotros.

—Chicas, este es el hermanastro de Joan, Kylian —me apresuro a decir.

Ambas abren los ojos como platos. La primera que se adelanta es Enma, como de costumbre.

—Hola, yo soy Enma. —Extiende su mano.

Le imita el gesto y asiente a la misma vez. Ross le saluda tímidamente con un movimiento de cabeza, pero no hace ningún gesto más.

—¿Y qué haces aquí? —pregunta Enma.

Le reprocho con la mirada lo que le acaba de preguntar, pero ella parece no verme. A veces es tan dispuesta para todo, que después no entiendo algunas reacciones suyas.

—Es una tienda de lencería, ¿no? —contraataca Kylian.

—Efectivamente, pero es una tienda de mujer. ¿Estás buscando algo especial? ¿Para alguien especial? —responde con picardía.

—Puede ser.

Me sonrojo de nuevo y doy gracias a Dios por haber dejado el picardías en su sitio antes de que llegaran mis amigas. Enma parece quedarse conforme y, con una leve sonrisa, se dirige al mostrador para pagar las prendas que ha decidido llevarse. Aprovecho esa ocasión para salir de la tienda con Kylian mientras ellas terminan.

—Entonces, ¿cuándo nos vemos?

—No sé si es buena idea... —respondo.

—¿Por qué? Que yo sepa un café no ha matado a nadie todavía.

—Si Joan se entera...

—No tiene por qué enterarse —contesta con rapidez.

Exhalo una gran bocanada de aire y asiento. No sé qué querrá decirme o hablar, pero en cierto modo, me está empezando a picar la curiosidad.

—Está bien, pasado mañana puedo.

—Bien. —Sonríe—. ¿A las cinco?

—Mismamente.

—¿Paso a buscarte?

—¡No! Mejor dime hora y sitio, y nos vemos allí.

—Está bien, dame tu teléfono.

—¡Ja! ¡Ni lo sueñes!

Me mira asombrado, pero a la misma vez sé que oculta algo, enseguida entiendo por qué tiene esa cara de pícaro.

—Entonces guárdate tú mi número.

Mi teléfono móvil vibra en mi bolso. Arrugo el entrecejo y, cuando lo saco, veo que tengo un WhatsApp de un número desconocido.

—¿Cómo has...? —No me da tiempo a terminar la frase.

—Tengo mis fuentes —contesta guiñándome un ojo.

Se da la vuelta y desaparece, no sin antes girarse una vez más para guiñarme otra vez un ojo y sonreír de esa manera que te hace perder la cabeza y que ese maldito cosquilleo martirice mi bajo vientre, de nuevo.

5

Después de llevar todo el día con las chicas de tienda en tienda, me desplomo en el sofá de cuero negro en cuanto entro por la puerta del apartamento. Pongo los pies encima de la mesa de cristal que tengo delante y me desabrocho los tres primeros botones de la camiseta. Cierro los ojos durante unos segundos hasta que noto una presencia delante de mí. Los abro ligeramente y me encuentro a Joan con el ceño fruncido, sin camiseta.

—Ya era hora, ¿no? —refunfuña.

Sonrío provocativamente, no tengo ganas de discutir.

—Ha sido una tarde de chicas—comento como si nada.

—Ya veo.

Se cruza de brazos y sus enormes músculos sobresalen de manera que me hacen respirar entrecortadamente. Lleva puestos unos minúsculos pantalones de hacer deporte y, por el sudor de su torneado pecho, sé que ha estado haciendo ejercicio. Repaso su cuerpo de arriba abajo y no puedo evitar sonreír. Es imposible tener queja de semejante hombre.

—¿Qué te hace tanta gracia?

No me molesto ni en sentarme bien. Cojo la gomilla de su pantalón elástico y tiro de él hasta que tiene que poner los brazos en el cabezal del sofá, para no caer encima de mí. Su rostro queda a milímetros del mío.

—Estoy sudado —añade roncamente.

—¿Y?

Rodeo con mis piernas su cintura y lo empujo hacia delante. Paso mi lengua por su cuello y veo cómo se le eriza el vello. Sonríe y se aparta un poco de mí. No separo mis piernas y gruño un poco para que se dé cuenta de lo que quiero.

—Ahora no, Katrina —dice sin más.

Abro los ojos desmesuradamente.

—¿Ahora no?

—No, ahora, no—contesta tajante.

Se incorpora, va hacia la cocina y se echa un vaso de agua sin mirarme siquiera. Pienso en qué he podido hacer mal y no encuentro la excusa para que me haya rechazado de esa manera. Me siento y le observo. Pasa de nuevo

por el amplio salón y se dirige hasta el dormitorio. Voy detrás de él para pedirle explicaciones. Cuando entro me cruzo de brazos y le contemplo enfadada, parece que a los pocos minutos se da cuenta.

—¿Se puede saber qué pasa? —pregunto molesta.

—Nada, simplemente, no me apetece, es fácil de entender, ¿no?

Veo cómo comienza a sacarse ropa de vestir del armario.

—No, no es fácil de entender, por cierto, ¿te vas?

—Sí.

—¿No habíamos dicho que cenaríamos juntos esta noche? —Arqueo una ceja.

—He quedado con los compañeros del trabajo, tenemos que cerrar unos tratos.

Miro mi reloj y me cabreo aún más.

—¿A las diez de la noche?

—Sí.

El que esté tan tajante me pone enferma y no hace más que enervarme por segundos. No sé qué demonios le pasa, pero lleva unos meses que está para darle de hostias.

—A ver si lo he entendido, me rechazas y... ¿ahora dices que te vas?

—Chica lista.

Lo observo boquiabierto. Esto es surrealista, a quien se lo cuente no se lo cree. Pasa por mi lado y se encierra en el cuarto de baño, voy detrás, pero antes de que me dé tiempo a abrir la puerta, echa el pestillo, pero ¿qué...?

Me siento en el taburete de la moderna cocina americana en color plata que tenemos y espero pacientemente. A los diez minutos sale completamente vestido de manera elegante, y listo para marcharse. Su olor tan característico inunda mis fosas nasales, haciendo que me tambalee.

—Joan...

—Katrina... —me imita con cierta desgana.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Acaso no es evidente? ¡Deja de hacer preguntas absurdas! —Resopla —. No me esperes, llegaré tarde. Y recuerda que mañana hemos quedado con mis padres y el imbécil de Kylian para comer. Así que te espero en mi casa a las doce.

Ahora sí que tengo que sostenerme a la barra para no caerme.

—¿No vienes hasta mañana? —pregunto sorprendida.

—No. ¿Es que hablo en otro idioma? —responde molesto.

Me levanto hecha un torrente de furia y me planto delante de él.

—¡Quieres dejar de tratarme como si fuese idiota! —Le señalo con un dedo.

De un manotazo me lo aparta y pega su frente a la mía.

—No me señales, es de mala educación, no creo que deba enseñarte modales a estas alturas, ¿no?

Mis ojos echan chispas y a él parece darle igual. Le observo atónita, se da la vuelta y sale por la puerta sin decir ni media palabra más.

—¡Joan! —chillo con todas mis fuerzas, pero es en vano, porque nadie me oye.

Furiosa, decido revelarme por todo lo alto y llamo a Dexter. En media hora lo tengo en mi casa con Ross, dispuesto a pegarnos la juerga del quince. Enma se encontraba mal y no ha podido venir, pero me ha pedido explícitamente que le cuente mañana, con detalles, qué ha pasado.

—¿Y se ha ido sin más? —pregunta Dexter todavía asombrado.

—Sí, ni me ha dirigido la palabra cuando ha salido por la puerta —contesto molesta, pegándole tirones a mi largo pelo, para conseguir peinarlo en condiciones.

—¡Trae, trae! —Me quita el cepillo Ross—. Vas a arrancarte hasta el último pelo.

Me desespero y comienzo a llorar como una niña pequeña. Siempre termino llorando...

—¡Es que no sé qué demonios quiere! Le di la oportunidad de volver y que pudiéramos arreglar las cosas y todo iba bien hasta hace unos meses que está hecho un completo ¡gilipollas! ¡¡Ya no sé qué más hacer!!

La rabia me atraviesa, por completo, y tiro otro cepillo, que hay en el mueble, con demasiada fuerza contra el cristal del baño, haciéndolo añicos.

—¡Eh! Katrina, cálmate —me pide Ross abrazándome.

—No sé qué más hacer... —Sollozo.

Dexter, que hasta el momento se ha mantenido callado, se acerca hasta mí y coge mi cara con ambas manos. No sé cómo no está enfadado, no le he llamado desde el día que me fui y lo dejé en el pub, después de haberse peleado con Joan.

—Dale un escarmiento a ese cabrón, y si no, déjalo. Mañana sabes que tengo que marcharme, pero si me necesitas, o incluso si quieres venirte unos

días conmigo, nos apañaremos.

Le miro sin entender muy bien a qué se refiere con lo primero, y después sopeso la idea de marcharme unos días, aunque sea sola para dejar de pensar.

—No puedo dejarle, le necesito en mi vida... —susurro.

—No, nena, te equivocas. Nadie es imprescindible en esta vida.

—Pero...

—Ni pero ni nada, Katrina, no puedes estar así —comenta Ross—, no te das cuenta, pero poco a poco te está consumiendo.

Sé que llevan razón, Joan no es el mismo y, por días, las cosas van empeorando, y creo que estoy aguantando demasiado con él, por el simple hecho de no verme capaz de dejarle.

—No pienses ahora. Termina de vestirte, que esta noche vamos a pillar una buena —añade Dexter con cierta sonrisa pícaro.

Termino de arreglarme y me pongo el vestido más corto y provocativo que tengo en el armario. Me calzo unos tacones de diez centímetros y salimos dispuestos a pegarnos la juerga de nuestra vida.

A las cinco y media de la mañana, no tengo ni la mínima noticia de Joan, ni una llamada, ni un WhatsApp, nada. Mi estado, ahora mismo, está algo perjudicado. Dexter pega un chillido que me hace entrecerrar los ojos un poco y me planta el décimo chupito en la mesa. Al hacerlo, parte del contenido se cae sobre ella, y le doy gracias al cielo por no tener que digerir el líquido al completo.

—Dexter... —Se me traba la lengua—. Creo que no puedo más.

—¿Vas borracha?

—No..., voy muuuyyy borracha —aseguro.

—¡Vamos a bailar! —grita Ross que está igual que todos.

—Lo siento, pero creo que si me levanto... me voy a... matar —tartamudeo.

Ambos se van a la pista y yo me quedo sentada en el cómodo sofá redondo donde llevamos toda la noche. Miro el móvil mientras bebo un sorbo de la copa que tengo en la mesa y me entra un WhatsApp:

Kylian:

¿No crees que deberías de dejar de beber? (05.40)

Arrugo un poco el entrecejo, puesto que ya me cuesta hasta ver.

Katrina:

¿Me estás espiando? (05.41)

Consigo teclear.

Kylian:

... (05.42)

Katrina:

¿Perdona? (05.42)

No entiendo sus puntos suspensivos, pero tampoco puedo pararme a pensar. Tengo las neuronas borrachas también.

Kylian:

Vete a casa, por favor. (05.43)

Katrina:

¿Qué? ¡Vete tú! Deja de hablarme. (05.43)

Deposito el teléfono móvil encima de la mesa, pensando que no va a contestarme, pero vuelve a vibrar. Un nuevo mensaje:

Kylian:

No me hagas sacarte a hombros del pub, con ese vestido se te va a ver todo. (05.45)

Katrina:

¡Ja! No te atreverás... (05.45)

Una sonrisa burlona sale de mis labios.

Kylian:

No me tientes. (05.47)

Katrina:

Déjame tranquila, Kylian. (05.47)

Lanzo el teléfono sobre la mesa con desgana, incorporo mi cuerpo un poco y llego a mi copa. Doy un pequeño sorbo, no me da tiempo a nada más, ya que desaparece de mis labios, sin darme cuenta.

Me giro para regañar a Dexter, y me doy cuenta de que no es él..., es un impresionante hombre de prados verdes. Intento mantener mi cabeza en su sitio, pero la gran cogorza que llevo me lo impide y empiezo a hablar más de la cuenta:

—¡Hombre! ¿Te invito a una copa? —pregunto con retintín—. No hace falta que me quites la mía. —Arrugo el entrecejo enfadada.

Me levanto como puedo de mi asiento, intento coger la copa que tiene alzada, pero me es imposible. Sí, soy pequeña, ni con tacones supero a este tío.

—¡Kylian! ¡Dame la jodida copa!

Mi enfado crece por segundos. No me molesto ni en mirar a mi alrededor, seguro que estoy haciendo el ridículo en una discoteca que está llena hasta la bola.

No me contesta, solo se digna a mirarme con una pícaro sonrisa en los labios, es obvio que se está divirtiendo más de la cuenta con esta situación. Durante mis intentos por alcanzar mi meta, veo cómo deposita con cuidado la copa en lo alto de la mesa, agarra el lado izquierdo de mi cadera y me sienta en sus rodillas.

Intento girar mi cara para mirarle, pero no me lo permite, ya que mis ojos se van a sus manos que agarran las mías para ponerlas en la mesa.

—Déjalas ahí—susurra en mi oído.

Abro los ojos en su máxima expansión, ¿qué está haciendo? Miro a la pista de baile y no encuentro a Dexter ni a Ross por ningún sitio, el pánico comienza a apoderarse de mí, al pensar que pueden llegar en cualquier momento.

—Tus amigos están ocupados bebiendo y bailando, te lo aseguro.

—¿Qué haces aquí? —consigo preguntar.

Empuja mi cuerpo hasta ponerlo en el filo de sus rodillas, de manera que casi estoy pegada a la mesa, inclina mi espalda hacia delante y susurra:

—Deberías dejar de beber...

—No eres mi padre —contesto de mala gana.

—Lo sé, aun así, creo que deberías irte a casa, es tarde y...

—¿Y me vas a llevar tú?

Le corto, me giro y lo miro con una ceja alzada. Sonríe chula y me pongo un dedo en la barbilla.

—Espera... ¿quieres meterte en la cama conmigo y con Joan?

Mi pregunta no le hace gracia, lo noto en sus ojos. Me empuja más al filo, haciendo que me agarre a la mesa para no caer.

—Eres muy graciosa.

Durante un segundo nos miramos fijamente y se hace el silencio. Lo único que nos interrumpe es la estridente música que tenemos de fondo. Miro de nuevo hacia delante, contemplando la pista, intento levantarme de encima de él, pero me lo impide agarrando mis caderas, más fuerte. Todo mi cuerpo tiembla cuando escucho cómo me dice roncamente:

—Sé que no has podido olvidarte de mí.

No me muevo, no pestañeo, solo abro los ojos de nuevo sin dar crédito a

lo que acabo de oír. Y, en cierto modo, también sé que nunca olvidaré aquel momento.

Noto cómo toca el borde de mi vestido, lo dobla e introduce una mano dentro de él.

—Sé que te encantaría volver a sentirme dentro de ti.

Aparta mi braga a un lado y me estremezco.

—¿Qué estás haciendo, Kylian? —pregunto con un hilo de voz, incapaz de moverme.

—Estás mojada... —musita.

Mis manos se agarran más fuerte a la mesa, si es que pueden, mis nudillos se vuelven blancos y mi respiración se agita. Noto que un dedo entra en mi sexo, haciendo movimientos lentos y precisos. Con otro, aprieta mi clítoris, pellizcándolo de vez en cuando, seguidamente siento cómo otro dedo se introduce dentro.

—Reza para que después de esto, no te tire encima de esta mesa y te folle delante de toda esta gente y de tus amigos —asegura.

Vuelvo a temblar, ya no sé si por lo que me acaba de decir, o por el gran placer que está haciendo que sienta en este mismo instante. Mis muslos se aprietan contra su mano, notando cómo todos mis músculos se contraen.

—Estás empezando a temblar.

Ya no oigo, ya no veo y ya no me percato de si viene alguien o no. Miro a un punto fijo de la barra mientras intento concentrarme en el orgasmo que voy a tener de un momento a otro. Noto mi pecho acelerado, escucho mis gemidos y siento los dedos de Kylian moverse con precisión y agilidad.

—Córrete —ordena sensual.

Sin poder evitarlo, arqueo mi espalda, pegando mi cuerpo al suyo y, entre jadeos ahogados, estallo en mil pedazos. De reojo veo cómo mira mi cara y, por la poca luz que hay en la discoteca, observo que sonrío. Retira los dedos de mi interior, los chupa, sin dejar de observarme y, sin más, se levanta y se marcha, dejándome sola y excitada.

6

Me despierto cuando unos tenues rayos de sol entran por mi ventana, miro mi despertador y veo que son las ocho de la mañana, apenas he dormido una hora y media.

Contemplo mi rostro en el espejo. Tengo ojeras, el maquillaje está restregado por toda mi cara, mis ojos están cansados...: un desastre. Miro mi teléfono móvil, en busca de una llamada, de algo, por parte de Joan, y no encuentro nada. Miro su última conexión; las siete de la mañana.

Mi cuerpo se paraliza como si me acabaran de tirar un jarro de agua fría. Kylian. Viene tan rápido a mi mente, que no me da tiempo a apartar ese pensamiento de mi cabeza. Recuerdo lo que me ha hecho hace apenas tres horas y mi corazón se paraliza.

—No puede ser...

Me llevo las manos a la cabeza y niego en repetidas ocasiones, ¿cómo ha podido pasarme esto a mí? Pienso y pienso en cómo solucionar este escamoso asunto y no llego a ninguna conclusión. Llaman al timbre de mi apartamento, un nudo se hace en mi garganta y, con sumo cuidado, abro la puerta.

—¡Buenos días! —saluda Enma alegre.

—Hola —contesto sorprendida.

Me mira extrañada.

—¿Qué pasa? Parece que has visto un fantasma, ¿esperabas a alguien?

—No... no... —tartamudeo—, ¿qué haces aquí tan pronto?

—¡Necesito que me dejes un vestido! —anuncia entusiasta.

Arqueo una ceja.

—¿Un vestido a las ocho de la mañana?

—Tengo una cena superimportante esta noche y... —Arruga el entrecejo.

—¿Qué pasa? —No entiendo a qué viene su cambio.

—Tu marido.

Sonrío. Cómo se nota que no es plato de buen gusto para ninguno verse, bueno, para ninguno de mis amigos, y luego me dice que saldrá conmigo... y con ellos. No creo que eso suceda jamás.

—Joan no está aquí, no te preocupes.

—¿Cómo que no está? ¿Y eso? —pregunta sorprendida.

—Tuvo una cena con los amigos ayer y aún no ha vuelto —le cuento con desgana.

—¿Y luego te monta un pollo porque salgas con tus amigos? —Se enfada.

—Ajá.

Niega con la cabeza en repetidas ocasiones.

—No sé cómo lo aguantas...

—No tengo ganas de hablar de ese tema, por favor.

Asiente y me da un fuerte abrazo.

—Te quiero, ¿lo sabes?

Vuelvo a repetir el gesto y le lanzo una tímida sonrisa.

—¿Qué tienes que hacer esta noche? —pregunto curiosa.

—Me ha invitado a cenar, creo que por fin podremos mantener la conversación que tantos días llevo esperando.

Nos dirigimos a mi dormitorio y, durante más de dos horas, buscamos un vestido que le quede adecuadamente para la cena tan importante que tiene. Salgo con ella del apartamento para coger un taxi y dirigirme a la casa de mis suegros. Me da repelús de solo pensarlo, menuda comidita me espera.

Cuarenta y cinco minutos después me encuentro en el infierno. Silvana sale a recibirme con su particular gesto de superioridad, gesto que a mí, solo me asquea.

—Hola, querida.

—Buenas tardes, señora Johnson.

—¿Por qué habéis venido separados? —Se extraña.

Lo que me confirma que Joan ya está aquí, qué bien.

—Su hijo tuvo una cena de trabajo ayer, ¿está aquí ya? —Me hago la loca.

—Sí, llegó a las siete de la mañana. Está en su dormitorio.

Asiento y le doy las gracias por lo bajo. Me dirijo a «su dormitorio» o mejor dicho, su antiguo dormitorio, y allí está. Durmiendo con todas las persianas bajadas a cal y canto. Me pienso varias veces si despertarle o no y, finalmente, decido marcharme sin hacer ruido, igual que he llegado, pero antes de que cierre la puerta oigo cómo me llama.

—Katrina...

Le miro, apenas veo, ya que la habitación está completamente a oscuras.

—Joan...—musito.

Se levanta de la cama y, a pasos agigantados, se dirige hacia mí. Tira de mi mano y cierra la puerta, quedándose justamente pegado a mi rostro.

—No soporto discutir contigo.

—Yo no empecé esa discusión, te recuerdo —le reprocho.

—Lo sé... y soy idiota por ello. No tendría que haberme marchado, lo siento.

Aprieta mi trasero y comienza a besarme el cuello, para después dar pequeños mordiscos en él.

—Joan... Joan... —Intento pararle.

—Mmmm...

—Estamos en la casa de tus padres, ¿lo has olvidado?

—Me da igual.

Me arrastra dando pasos atrás hasta la cama y me empuja con fuerza. Mi vestido se levanta, noto cómo aparta mi tanga hacia un lado e introduce dos dedos en mi sexo sin previo aviso.

—Joan... —Jadeo.

—Lo siento, nena, lo siento de verdad. —Parece sincero, y eso me hace replantearme el ser tan dura con él en algunas ocasiones.

Agarro sus hombros, me besa con fuerza y pasión a la misma vez, mientras ataca con ansia mi sexo. Bajo mis manos por su cuerpo y, en ese instante, me percató de que está desnudo. Pasea sus manos por encima de mi vestido y masajea mis pechos. Introduce la mano y aparta el sujetador como puede, los pellizca y los excita hasta dejarlos erectos.

Seguidamente siento su palpitante erección penetrándome, cuando me doy cuenta de que sus dedos me han abandonado. Me presiona y poco a poco avanza hasta tenerme completamente llena y satisfecha. Me separo de sus labios por un instante.

—Estás loco, como entre tu madre...

—Si entra mi madre se va a encontrar con una bonita fiesta. —Ríe por lo bajo.

Me contagia y le imito el gesto. Bombea sin parar una y otra vez en mi interior. Mis jadeos cada vez son más sonoros, así que, para evitar que me escuchen, pongo mi boca en su hombro, apretando mis dientes cada vez más. Mi cuerpo comienza a temblar de manera incontrolable, y él lo nota al instante. Me conoce muy bien.

—Dime que me perdonas —me suplica.

Aminora la marcha y yo le maldigo un millón de veces.

—Joan, no pares ahora —le pido al borde del orgasmo.

—Dímelo —dice rudamente, dando una fuerte embestida en mi interior.

Siento cómo hace círculos lentamente, para después volver a darme una fuerte embestida. Me vuelve loca, no encuentro sitio en su cuerpo donde agarrarme, ni sitio donde poner mi boca para no chillar.

—Te perdono —aseguro a punto de morirme de placer.

—En ese caso, creo que debo terminar algo que he empezado.

—Yo creo que sí.

Aprieto mis muslos a su cuerpo y, cuando creo que por fin mi ansiado orgasmo va a llegar, escucho cómo le llaman.

—¡Joan! Hijo, ¿puedo pasar? —pregunta Silvana en la puerta.

—¡Mierda! —susurra sin dejar de moverse.

Le miro, aunque puedo verle muy poco debido a la escasa luz.

—¡Joan, para! —murmuro nerviosa.

—No puedo... —Jadea.

—¡Joan! —Le doy un par de golecitos en el hombro.

Las extrañas cosquillas empiezan a aparecer en mi cuerpo, dándome a entender que pronto explotaré al igual que él lo hará.

—Joder... —Gimo.

—¿Joan? —pregunta de nuevo su madre, tocando a la puerta.

—Dime que tiene pestillo —le suplico.

—No...

No para de entrar y salir sin descanso. Estoy histérica y a la misma vez deseosa por alcanzar lo que sus rudas acometidas hacen que sienta.

—No, mamá, no entres o verás algo que no quieres.

Abro los ojos como platos al escucharle, noto cómo mis mejillas arden, y no puedo evitar darle un leve golpe en el hombro. Cosa que no hace que aminore su marcha.

—¿Cómo le dices eso? —pregunto aturdida.

—Porque si no, entrará. —Se ríe.

No sé dónde le ve la gracia, pero a mí se me olvida cuando noto unos terribles calambres subir por todo mi cuerpo. El orgasmo llega de manera brutal, me apodero de su boca gimiendo e intentado que no se oiga nada que no deba. De fondo oigo cómo su madre, después de un rato, dice:

—Ah, bueno, pues... —se queda callada—, ahora hablamos.

Mientras me corro, oigo que baja con sus tacones por las escaleras. Joan da tres envites más a mi sexo y cae rendido encima de mí, respirando entrecortadamente.

—Te voy a matar... —murmuro.

—¿Por qué? ¿Por echarte este polvo?

Eleva sus ojos y me mira de manera risueña. Ladea las comisuras de sus labios y, finalmente, estalla en una carcajada que me contagia. Agarra mi cadera y me coloca encima de él, a la misma vez que empuja hacia abajo para que le sienta más adentro si es que es posible.

—A ver que le decimos ahora —añado gimiendo de nuevo.

—Nada, creo que ya sabrá qué estábamos haciendo. —Sonríe.

Le doy un pequeño golpe en el hombro y nos besamos de nuevo como dos auténticos enamorados. Finalmente, después de muchos intentos por levantarnos, terminamos haciéndolo de nuevo, de manera salvaje y enloquecedora en su antigua habitación.

Después de media hora, bajamos las escaleras hacia el salón, Joan me pasa un brazo por los hombros y yo le aprieto el trasero de manera cariñosa. Al pararnos en la puerta, todos nos clavan la mirada. No me acordaba de Kylian, hasta que le veo en una de las sillas, con un dedo en la barbilla, observándome. Mis nervios empiezan a aflorar en mi piel, recordando la noche anterior en el *pub* cuando me masturbó. Noto cómo el rubor se extiende por mis mejillas y rezo a Dios para que nadie se dé cuenta. Mi suegra nos mira con cierta expresión de vergüenza, me asombra, ya que nunca la había visto así. El resto nos contemplan como si no pasara nada, Susan, la gemela, es la primera en hablar:

—Ya era hora, la comida se va a enfriar —refunfuña.

—¡Déjalos! —le grita Erika—. Tienen que darnos sobrinos.

Ahora sí que me muero de vergüenza. Miro a Joan y este se ríe como si no tuviera importancia. Eso quiere decir que nos han escuchado, en algún momento, o que Silvana se ha ido de la lengua; lo segundo lo veo más factible. Un momento... ¿alguien ha dicho sobrinos?

—¿Niños? —pregunta mi suegro abriendo los ojos de par en par.

Joan me empuja para que entre, se para en nuestros huecos libres y me sienta, él lo hace a mi lado. Justamente en frente tengo a Kylian, quien me pone más nerviosa todavía al no quitarme los ojos de encima.

—¿Estáis buscando un niño? —pregunta Susan, con cara de asco.

Joan se ríe, Kylian me mira con cara de pocos amigos, Silvana parece estar contenta y mi suegro, Paul, no da crédito.

—Eso es un poco precipitado —comenta Joan.

—¿Precipitado después de tanto tiempo? —pregunta Silvana ofendida.

—Sí, madre.

Joan se coloca minuciosamente la servilleta en las rodillas, mientras que la sirvienta nos sirve la comida en los respectivos platos. Esta es una cosa que cada vez me abruma más, entiendo que sea un puesto de trabajo, pero no me gusta que me estén sirviendo cada dos por tres.

—¡Yo quiero nietos! —chilla Silvana.

—A su tiempo. —Ríe Joan de nuevo.

Me atraganto con mi propia saliva, niños... ¡Y una mierda! Soy demasiado joven para tenerlos, está loca, está loca. Y lo que menos entiendo es ese entusiasmo porque tengamos renacuajos juntos, cuando sé de sobra, que no puede ni verme y que, si pudiera, encerraría a su hijo con otra mujer hasta que se olvidase de mí.

Intento probar algo de la comida, pero la penetrante mirada de Kylian me pone nerviosa a más no poder. Joan sigue de riña con su madre, mientras que todos hablan pisándose los unos a los otros. No le presto atención a nadie, miro mi plato y le doy vueltas a la comida una y otra vez, hasta que escucho cómo la persona que tengo delante dice:

—¿No os dais cuenta de que estaban echando un polvo y listo? Cómo os gusta darle vueltas a las cosas.

Le miro y abro los ojos desmesuradamente. ¿En serio acaba de decir lo que creo haber escuchado?

—Quizás eso sea lo que te falta a ti, echar un polvo —ataca Joan.

Kylian hace un gesto de indiferencia, cuando creo que no va a contestar, lo hace:

—Puede ser, la lástima es que no sea con una mujer tan preciosa como la tuya.

Joan se levanta enfurecido, pegando un fuerte golpe en la mesa; Kylian sonrío malicioso y el resto intenta poner calma en el ambiente.

—Como se te ocurra volver a hacer referencia a mi mujer de esa manera...

—Hijo, tranquilo, es un maleducado que no merece tu enfado —afirma Silvana.

—Silvana, no hables así de Kylian —le espeta Paul.

Entre gritos y voces me levanto de la mesa y abandono la sala. Salgo a la calle y me enciendo un cigarro, histérica, antes de que pueda darle una calada, la puerta se abre y sale un Kylian rebosante de felicidad por la que acaba de montar.

—Mañana a las cinco te espero —canturrea.

Me guiña un ojo y se marcha en su coche, dejando la fiesta servida, los platos puestos, y a todo el mundo con un cabreo de tres pares de cojones.

7

Las cinco menos veinte...

Murmuro en mi pensamiento mientras doblo la esquina de la cafetería en la que he quedado con el hermano de mi marido, esto es increíble, a quien se lo cuente no se lo cree.

Me quedo escondida en el mismo sitio hasta que veo a un gigantesco hombre, con unos pantalones vaqueros ajustados y una camisa pegada a su cuerpo, entrar en la cafetería. Inspiro y expiro un par de veces antes de pasar al interior.

—Hola.

Entro en la cafetería, miro a ambos lados, pero no veo a nadie hasta que noto un leve soplo de aire en mi cuello. Me asusto y pego un bote al escuchar esa simple palabra.

—¿No me esperabas? —pregunta de nuevo.

Arrugo el entrecejo algo confusa por esta inminente cita, o lo que sea.

—¿Qué quieres, Kylian?

—¿Y ese tono? —pregunta alzando una de sus cejas.

Suspiro exasperada. Me dirijo a una mesa, pero me frena y tira de mi mano hacia el otro extremo. Cruzamos la cafetería, veo cómo saluda a varias personas y, finalmente, llegamos a una sala apartada del resto. Empiezo a ponerme nerviosa, y mis pulmones parecen no querer coger el aire que necesitan para seguir funcionando.

—¿A dónde vamos? —pregunto nerviosa.

—A tomar un café.

Me contempla de medio lado con una sonrisa perfecta, no puedo evitar escuchar los fuertes latidos de mi corazón tronar. Vuelve a tirar de mi mano cuando llegamos a una mesa apartada del resto, cierra una cortina negra, haciendo que nos quedemos a solas. Le observo con temor, el nerviosismo cada vez se me nota más.

—Vamos, siéntate.

Hago lo que me dice en el amplio sillón ovalado con el tapizado rojo, me pongo en el otro extremo y, cuando creo que se sentará lejos de mí, lo hace a mi lado. Siento cómo mis mejillas arden sin poder evitarlo.

—Será que no hay sitio —reniego.

—Me gusta más estar a tu lado, además, la otra noche no te incomodó sentarte en mis rodillas —añade seductor.

Le miro fulminándolo con la mirada. No me puedo creer que este hombre sea tan descarado, qué poco se parece a su hermano.

—¿Dónde está Joan? —pregunta arqueando una de sus cejas.

—No lo sé, ¿acaso te importa? —espeto despectiva.

Mueve su teléfono móvil entre las manos mientras sonrío.

—En absoluto. Solo me preguntaba si...

Hace una mueca con los labios y se queda callado.

—¿Cómo va vuestra relación? —pregunta otra vez.

Abro los ojos un poco, no entiendo qué quiere saber o por qué me está haciendo estas preguntas.

—¿Y a ti qué más te da?

Me separo un poco de él, su simple tacto me pone los vellos de punta y no puedo evitar ponerme nerviosa. Se da cuenta y vuelve de nuevo a juntarse, lo que hace que le observe con mala cara.

—¿Qué? Tengo un poco de frío —murmura sensual.

—Dudo que tengas frío —vuelvo a renegar.

—Bueno, cada uno es de una manera —sonríe—, ¿y bien?

—¿Y bien, qué? —Alzo una ceja.

Recuerdo su pregunta, este hombre me distrae demasiado. Por un momento admiro su belleza, es tan... jodidamente sexy.

—No tengo por qué contestar a esa pregunta, no te importa.

Miro de nuevo al frente. Un camarero viene y nos toma nota de inmediato. Al notar la tensión del ambiente, se marcha a toda velocidad. Muevo mis piernas en síntoma de nerviosismo, sin poder pararlas. «Tranquilízate, tranquilízate...», repito una y otra vez en mi mente.

—Está bien, te haré la pregunta de otra manera.

—¿Para eso me has hecho venir? —Arrugo el entrecejo empezando a enfadarme.

Se pega un poco más, de manera que ya no puede pasar ni el aire entre nosotros y, con una tranquilidad aplastante, musita en mi oído:

—¿Para qué querías venir?

Me revuelvo incómoda, no sé por qué narices este hombre produce tales sensaciones en mí, ¡esto es increíble! Al ver mi reacción, sonrío irónico y me

mira a los ojos.

—¿Por qué le fuiste infiel a mi hermano?

Lo fulmino con la mirada.

—Yo no le fui infiel —respondo entre dientes.

—¿Ah, no? —Alza sus cejas.

Niego con la cabeza un par de veces. Me revienta que cada cual saque sus conclusiones sin saber siquiera qué es lo que realmente ha pasado.

—Ahora me entero que acostarte con otra persona no es engañar a tu pareja o, en este caso, tu marido —recalca esto último.

¡Me entran ganas de matarlo! Pero su tono, su cara, su sonrisa pervertida y a la misma vez tan sumamente erótica, me nubla la razón.

—No estábamos juntos... —murmuro con tristeza—, ya te lo dije.

—¿Y eso? —No muestra ningún tipo de emoción en su rostro.

Bufo harta de que me haga preguntas, que no tengo ni idea para qué necesita saberlas.

—¿Esto es un interrogatorio? —ironizo.

—No es lo que pretendo. Pero es cierto que me llama la atención.

Los recuerdos me asaltan la mente y atenazan mi corazón, fue un tiempo duro, demasiado y, aunque ya esté superado, me cuesta recordarlo. Siempre he creído que Joan era el amor de mi vida, y siempre lo creeré.

—Tuvimos una discusión y estuvimos separados un tiempo. No me apetece hablar de eso.

Asiente. Cuando creo que no va a decirme nada continúa:

—¿Y qué sientes al saber que te has acostado con tu cuñado?

Algo en su tono de voz cambia, parece molesto.

—Créeme que si hubiera sabido que es tu hermanastro jamás hubiera pasado —espeto enfadada.

El camarero trae nuestros cafés, lo que me obliga a dejar la conversación. Cuando se marcha, nos quedamos en silencio unos minutos más.

—¿Y ahora cómo lleváis la relación? —Se interesa.

—Bien —respondo tajante.

Mentira.

No estamos bien desde hace un tiempo, solo espero que se pueda solucionar. No sé qué demonios pasará por la cabeza de Joan, pero está claro que nada bueno.

—¿Tan bien como para volver a acostarte conmigo?

Me giro de manera radical y le miro con los ojos abiertos, ¿qué ha dicho?

—¿Perdona?

Se ríe.

—¡Vamos! Lo pasamos bien, eso no me lo puedes negar —afirma con soltura.

Da un sorbo a su café mientras yo siento que me ruborizo; él, por su parte, está tan tranquilo después de lo que me acaba de soltar. Y, a decir verdad, no sé qué hago contándole todas estas cosas como si fuera mi psicólogo.

—No sé por quién me has tomado, pero te equivocas.

Me levanto como un resorte de mi asiento, dejando mi café entero. Cojo mi bolso y, cuando voy a dar un paso, tira de mi muñeca hasta que caigo en el sillón. Pega su cara junto a la mía y, sin decir nada más, me besa.

Intento separarme de él, pero a duras penas puedo conseguirlo. Siento su lengua buscar la mía y, por muy extraño que parezca, le correspondo. Me doy cuenta de inmediato de lo que estoy haciendo y pego un fuerte golpe en su pecho, hasta que consigo separarme.

Me levanto todo lo rápido que puedo y salgo de la cafetería a grandes pasos. Sé que me sigue, pero no detengo mi paso en ningún momento.

—¡Katrina! —grita en medio de la calle.

Continúo sin mirar atrás, hasta que me alcanza y gira mi cuerpo de un solo movimiento. Coge mi cara con ambas manos y vuelve a besarme, le aparto seguidamente y le empujo furiosa.

—¿¡Estás loco!?

Agarra mis caderas, pega su frente a la mía y se queda callado durante un instante. Mis piernas tiemblan, mi cuerpo pide a gritos algo que no estoy dispuesta a escuchar y oigo cómo mi respiración se acelera.

—No he podido olvidar esa maldita noche —musita.

—No sabes lo que estás diciendo —aseguro con un hilo de voz.

Niego un par de veces y me separo de él, me giro y, antes de comenzar a caminar de nuevo, escucho cómo me dice:

—Solo te pido una noche, una noche.

Durante un segundo me quedo pensando... «Pero ¿¡qué haces!?!», pregunta mi subconsciente. Giro mi cara un poco, lo justo para que me vea.

—Olvídate de mí, y olvida lo que me acabas de pedir, porque jamás sucederá.

Camino con el corazón en la garganta, no le veo, no siento que me siga,

giro la esquina, le observo mirándome sin pestañear y cuando me ve, sonrío de medio lado y entra de nuevo en la cafetería.

Intento no pensar en lo que ha pasado mientras llego a mi apartamento, pero no consigo sacarlo de mi cabeza. El teléfono me suena, rebusco en mi bolso diez veces hasta que consigo dar con él. Es Enma.

—Dime.

—Ho... hola... —titubea.

Me extraño, es muy raro que ella use ese tono de voz, y mucho menos conmigo.

—¿Pasa algo? —Me preocupo.

—¿Dónde estás?

—Voy de camino a mi apartamento, ¿por qué?

Se hace el silencio.

—¿Enma? —la llamo.

—Sí... sí... —Parece nerviosa—. ¿Puedes venir a mi casa? Tardo diez minutos.

Resoplo.

—No, Enma, voy a mi apartamento, ven si quieres y hablamos, estoy...

Me callo, no puedo contarle lo que acaba de ocurrir.

—Necesito verte.

Parece que se sorbe la nariz, pero no llego a tenerlo claro. Suspiro un par de veces.

—Solo serán unos minutos, por favor, no vayas a tu apartamento y ven —suplica.

—Enma, no sé qué te pasa, pero, de verdad, no tengo ganas de nada, me encuentro un poco mal, luego hablamos, ¿vale?

No le doy tiempo a contestar, oigo cómo me pide que nos veamos, pero le cuelgo antes de tiempo.

Llego a mi portal, cojo el ascensor y subo hasta mi planta. Cuando llego meto la llave en la cerradura de mi casa y la giro. Al abrir escucho unas risas procedentes de mi dormitorio, algo que me hace arrugar el entrecejo.

Escucho a alguien subir las escaleras a toda prisa, me giro y veo a Kylian detrás.

—¿Qué coño haces aquí? —Abro los ojos como platos.

—Necesito que me escuches.

—¡No tengo nada que escuchar! —murmuro para que nadie me oiga.

Coge mi brazo cuando voy a cerrar la puerta, la agarra y tira de mí hacia fuera.

—Solo dame unos minutos —me pide sensual.

Niego con la cabeza, estoy alterada, lo que he escuchado cuando he abierto la puerta no me ha dado buena espina y no tengo tiempo para entretenerme. Me suelto de su agarre de malas maneras y continúo con mi paso.

Sigilosamente, me dirijo hacia el lugar, bajo la confusa mirada de Kylian, escucho a Joan y a una mujer, y esa voz me es demasiado familiar. Mi corazón late a toda velocidad, mis manos se empapan en sudor y mi cuerpo empieza a temblar.

Abro la puerta lentamente y me encuentro lo que jamás me hubiese imaginado.

A mi marido, con... mi amiga Ross.

Noto cómo Kylian se pone detrás de mí, me agarra el brazo y gracias a Dios que lo hace, porque si no, hubiera caído desplomada. Joan me mira con los ojos como platos, Ross se tapa con la sábana y yo creo que dejo de respirar.

El que es mi marido posa los ojos en su hermano, yo en la que se supone que es mi amiga y, en décimas de segundo, se arma una revolución.

8

Contemplo la escena absorta, mi cuerpo no quiere reaccionar, mis pies no se mueven, mi boca no habla. Joan se pone el primer pantalón de deporte que encuentra a toda prisa, Ross me mira con los ojos abiertos y yo los miro a ambos, no puede ser...

En mi vida me hubiera imaginado que mi amiga, Ross, una persona sencilla, cariñosa y atenta, me hiciera nada de esto, nunca. Y Joan..., Dios..., no puedo ni pensarlo. Noto que una lágrima cae involuntariamente de mis mejillas, intento reprimir las siguientes, pero me es imposible. Paralizada, contemplo cómo suceden las cosas a toda velocidad.

—¿Qué demonios haces con ella? —bufa Joan.

Kylian pasa por delante de mí, dejándome detrás de su estrepitoso y moldeado cuerpo.

—¿Me preguntas qué hago con ella cuando deberías de preguntarte tú qué haces con esa?

Señala a Ross y alza una ceja, veo cómo Joan se pone a escasos milímetros de él y le grita.

—¿Os ibais a acostar? —Se altera.

—Esa conclusión la has sacado tú solito.

—No me lo puedo creer... —murmura—, ¡¿qué cojones hacías con ella?! —vocifera.

Joan da un paso hacia él y Kylian da un leve empujón a su pecho para que no se acerque.

—No me busques o me encontrarás —le advierte.

—Te mato... —musita—, como te acerques a ella, te mato —asegura fuera de sí.

Lo veo todo pasar a la velocidad del rayo, pero sigo paralizada bajo la atenta mirada de Ross. Joan y ella..., no puede ser, no...

Mis pensamientos van a mil, no doy abasto con todos ellos, no sé por dónde empezar, no sé qué hacer, ni siquiera qué decir... Escucho cómo alguien se aproxima a la puerta del dormitorio, giro mi cara y veo que es Enma.

—¡Hola! La puerta está abierta —anuncia.

Nadie le contesta. Joan y Kylian siguen discutiendo, cada vez chillan más y ella avanza hacia mí.

—¿Qué pasa estáis viendo un espectáculo? —Sonríe—. ¿Qué hace él aquí? —Alza una ceja y me contempla detenidamente—. ¿Estás bi...?

Suelta una fuerte exclamación cuando llega a la puerta del dormitorio y se tapa la boca.

—Ross... —murmura.

Mira a Joan y Kylian que se acaban de quedar quietos, por fin mi lengua parece reaccionar, aunque es para poco.

—Fuera.

Joan me mira.

Nadie se mueve.

—He dicho que fuera —repito un poco más alto.

Mi marido se dirige hacia mí, agarra mi brazo y me suelta de él como si quemara.

—¡No me toques!

Esta vez chillo más de la cuenta, Kylian se hace a un lado, tira de mi otro brazo para que me separe, mientras que Joan contempla la escena sin quitarle los ojos de encima a su hermano. Se lanza sin decir ni media palabra y le golpea en la cara.

—¡Tú! ¡Le has comido la cabeza para tirártela! —chilla.

Kylian para su segundo golpe y le dobla la muñeca, haciendo que se quede retorcido en medio del dormitorio.

—No se te ocurra volver a tocarme o te partiré el brazo —sisea.

—¡Suéltame!

—¿Lo has entendido? —pregunta con firmeza.

Da un leve apretón en su muñeca de nuevo, Joan pone cara de dolor y se toca la zona afectada cuando le suelta. Me observa, mis ojos empiezan a empañarse de nuevo.

—Eres muy hipócrita pensando que me he podido o no acostar con tu hermano, cuando te estabas follando a mi amiga —la miro con asco—, hace diez minutos.

Se hace el silencio.

—Te lo puedo explicar, tiene una explica...

—¡Largo!!

Me dejo la garganta, notando cómo arde por el terrible grito, y señalo la

puerta de la salida. Ross coge su ropa del suelo, un impulso se apodera de mí y se la quito de las manos. La voleo a la otra punta del dormitorio y le señalo la puerta.

—Si no sales ahora mismo de aquí, te arrepentirás —la amenazo.

Me mira por encima del hombro, con superioridad y cara de victoria. Hija de puta... Pasa mirando a Kylian y después a Joan, quien no me quita la vista de encima. Se agarra bien la sábana que lleva en su cuerpo y mira a Enma, quien la observa con rencor.

—¿Cómo has podido hacerlo?

Ella no contesta, solo sonrío como una víbora. Enma niega con la cabeza un par de veces, y no me doy cuenta de lo que pasa hasta que veo a Kylian ir a toda prisa. Enma la coge del pelo y empieza a pegarle. Mi cuerpo no reacciona de esa manera con ella, pero con mi marido... sí.

—Katrina, por favor, escúchame... —me pide Joan.

Levanto la vista del suelo, le miro con rabia, con fuerza y, sobre todo, con asco. ¿Cómo ha podido hacerme esto? Aprieto los dientes tanto que creo que de un momento a otro se me partirán.

—Márchate.

—No... —musita con delicadeza—, tenemos que hablar, esto, yo... —titubea.

Las lágrimas ya empañan mi rostro, la ira me recorre las venas y, sin pensarlo, comienzo a darle puñetazos en el pecho, deseando hacerle daño, pidiéndole a Dios que sufra por lo que acaba de hacer.

—Te di una oportunidad, maldito, ¡te la di! Y tú me lo pagas así, ¡vete! —vocifero mientras le golpeo.

Unas fuertes, cálidas y grandes manos agarran mi cuerpo diminuto, me separan de él y me llevan en brazos hacia el exterior de la habitación.

—Vete.

Sentencia Kylian antes de desaparecer conmigo y encerrarme en el cuarto de baño. Caigo a plomo en el suelo mientras escucho cómo, segundos después, la puerta de la entrada se cierra. Unos leves golpes suenan, elevo mis ojos y Kylian abre.

—Katrina, ¿quieres que me quede contigo?

—Marchaos los dos, necesito estar sola.

Ambos se miran, pero de inmediato salen del baño. Me llevo las manos a la cara y me las paso de manera desesperada unas cuantas veces. ¿Cómo ha

ocurrido esto? Ross, mi amiga del alma, en la que más confiaba, me ha engañado con mi propio marido, es surrealista.

Me lo hubiese esperado de muchas personas, pero de ella... jamás.

Involuntariamente, mi mente se traslada a otro sitio, dirigiéndose a una noche llena de pasión y lujuria donde el hombre que está ahí fuera me poseía una y otra vez sin descanso, haciéndome llegar a lo más alto de la cima, para después dejarme caer en picado entre sus brazos.

Que irónico es todo.

Media hora después vuelven a llamar a la puerta, se abre y pasa una Enma preocupada. Se sienta a mi lado y extiende una toallita desmaquillante hacia mí.

—Toma, quítate la pintura, estás horrible y pareces un oso panda.

Por muy extraño que parezca, sonrío. Las tonterías más inoportunas de Enma, siempre me hacen reír, aunque sea en los momentos más difíciles.

—¿Estás bien? —Se preocupa.

—No lo sé...

Giro mi rostro hacia ella mientras me observa con cautela.

—No sé si te entiendo, Katrina.

Contemplo el suelo absorta en mis pensamientos. Joan ha desaparecido de mi mente, la cual ahora mismo solo está ocupada por su hermano.

—Debería de estar como una magdalena, tendría que estar muriéndome en mi miseria, pero...

—No lo estás —termina la frase por mí.

Asiento afirmándole lo que ha dicho, y la miro.

—¿Estoy loca?

—No, amiga, no lo estás. Lo que te pasa es que te encuentras confundida.

No sabe nada, en realidad, nunca nadie supo la noche que pasé con Kylian. Me juré a mí misma que jamás se lo contaría a nadie y, en este preciso momento, no sé por qué, le cuento todo de principio a fin.

—Me acosté con Kylian hace un tiempo —suelto sin pensarlo.

Enma abre los ojos de par en par, sin dar crédito a lo que oye.

—¿Qué? ¿Has engañado a Joan? —No da crédito.

—No.

—¿Entonces? —Se desespera.

Suspiro un par de veces, agarro mis rodillas y apoyo mi barbilla en ellas para contárselo, sin dejarme ningún detalle.

—¿Lo sabe Joan?

Niego con la cabeza varias veces, solo me faltaba eso.

—Madre mía... —murmura atónita.

—No entiendo por qué en este momento solo ocupa mi mente él.

—Quizás estés reprimiendo algo que llevas demasiado tiempo queriendo hacer.

—No digas tonterías, Enma.

—No lo son. —Suspira—. Me acabo de acordar que tengo que hacer un recado. Luego te llamo y cenamos juntas, ¿te parece bien?

La miro temerosa, lo está haciendo a posta.

—Enma, no seas tonta.

—Haz lo que tengas que hacer y no te reprimas más. Ya le diste una oportunidad a Joan cuando te engañó por primera vez, él solo se ha buscado lo que tiene. Ahora eres una mujer libre.

Aprieta mi mano mientras contemplo su agarre. Sí, me engañó, por eso discutimos hace tanto tiempo, aunque después nos dimos otra oportunidad y prometimos que jamás nos faltaríamos al respeto de esa manera. Yo lo cumplí, él, no.

—Gracias —musito.

—No hay de qué.

Incorpora su cuerpo, me echa una última mirada y sale del baño. Pocos minutos después hago lo mismo que ella. Me miro en el espejo, lavo mi cara con un poco de agua helada y la seco seguidamente. Cojo el pomo de la puerta, respirando un par de veces antes de salir.

Me encuentro a Kylian de pie, dando vueltas por el salón con las manos en los bolsillos. Cuando me ve, se para en medio y me observa preocupado. Llego a su altura y fijo mis ojos en los suyos. Parece indeciso y nervioso al ver mi reacción cuando retuerzo mis manos un par de veces.

—¿Estás bien?

Agacha un poco su cabeza y me observa. Niego un par de veces.

—Estoy seguro de que podéis arreglarlo. —Su tono sale molesto.

—No quiero hacerlo —le corto.

Me mira sin entender a qué me refiero, alzo mis ojos con la poca valentía que me queda y observo sus bonitos ojos verdes.

—Yo...

—¿Qué pasa?

Pone una mano encima de mi hombro, lo que hace que un calambre me atraviese el cuerpo. Me muevo a un lado, incómoda, por la extraña sensación, la misma que estoy deseando que repita una y otra vez.

—Kylian, yo...

Vuelvo a mirarle. No me dice nada, solo me contempla expectante.

—No es Joan el que ocupa mi mente ahora.

Arruga el entrecejo, pero no habla.

—Eres tú.

9

—¿Qué quieres decir? —pregunta confuso.

Suspiro un par de veces antes de responder.

—Que no entiendo por qué no estoy pensando en todo esto —muevo mis manos—, en Joan, si no, en ti.

Se queda quieto, dirige sus ojos a ambos lados y da un paso atrás. Su gesto me confunde, ¿tanto tiempo tirándome indirectas y ahora se arrepiente? No entiendo nada, y mucho menos cuando de repente dice:

—Creo que —duda—, tengo que irme.

La respiración se me corta. Gira su cuerpo para salir y, sin saber por qué, toda la ira del día la paga por doble.

—¿Tanto tiempo deseándome y ahora tienes miedo? —pregunto irónica.

Para que nos vamos a andar con rodeos, los dos sabemos perfectamente a lo que me refiero, por mucho que se haga el sueco.

—No es eso.

Responde, pero no me mira.

—¿Entonces qué es?

—Déjalo, Katrina, estás confundida.

Veo cómo se pone la chaqueta, se la ajusta y se dirige a la puerta, me desconcentra más aún si es que puede. Doy dos pasos y llego a su altura, agarro su brazo y se gira hacia mí. Parece debatirse entre irse o quedarse.

—Katrina...

—Explícame a qué viene esta tontería.

—¿Qué tontería? —cuestiona.

—El juego que te traes conmigo, no te hagas el tonto. —Me enfado.

—Yo no estoy jugando a nada —ruge intentando imitar mi tono de voz.

—¡Bien! Pues márchate —sentencio sin mirarle.

Doy la vuelta para irme a otro sitio, un lugar donde no esté a su lado o terminaré perdiendo los papeles. Furiosa, saco un vaso y pongo un hielo dentro de él, abro la nevera y echo un poco de agua, Kylian no se mueve.

—¿A qué estas esperando? —pregunto sarcástica.

¡No me entiendo ni yo! Debería de estar llorando la pérdida del... ¿amor? ¡Joder! Joan me ha engañado con Ross, y lo único que me preocupa es el

hombre que tengo delante de mí, ¡estoy loca! De eso no me cabe la menor duda.

Como un depredador, observo que se acerca sigiloso a mí, se quita la chaqueta, la lanza encima de una de las sillas y se coloca justo a mi lado. Pone las manos en mi cintura y me gira hasta que quedo a escasos milímetros de él, su boca rozaría la mía si me pusiera de puntillas.

—¿Qué es lo que quieres exactamente? —pregunta roncamente.

Ahora, la cobardía esa que de vez en cuando es tan puñetera, aparece cuando menos te lo esperas y me da de lleno en la frente. Suspiro un par de veces y miro hacia la derecha, intentando evitar sus ojos que arden en fuego.

—¿Dónde está la atrevida Katrina que he conocido hace unos instantes?

Me deshago de sus brazos, apoyo mis manos en el fregadero y lo aprieto. Ahora el que no cesa es Kylian. Me gira de nuevo, coge mi cara con ambas manos y, sin esperarlo, devora mis labios, frenético.

El beso se convierte en salvaje en décimas de segundo y ahora empiezo a temer no poder pararlo. Noto cómo mi sexo se humedece, mis piernas tiemblan y mi cuerpo pide a gritos unas caricias peligrosas. Pasa sus manos por encima de mi ropa, hasta que las cuela por debajo de mi camiseta, agarra mi cintura con más fuerza, intentado fundir mi figura con la suya.

—¿Es esto lo que quieres? —susurra en mi boca.

No puedo articular palabra alguna, mis manos vuelan hacia su pelo y tiran de él, haciendo que no se separe y el beso sea más intenso. Oigo cómo mi teléfono móvil suena en repetidas ocasiones, es el tono de Joan. Intento apartarlo de mi mente y, sinceramente, ni la culpa ni el remordimiento se apoderan de mí. Pienso devolvérsela, sea como sea.

El imponente hombre que tengo delante agarra mi cuerpo y lo eleva hasta sentarme en la barra de la cocina, coge el bajo de mi camiseta y se deshace de ella de momento. Masajeo su pecho por encima de la suya, mientras me recreo en todos sus pectorales, delineándolos uno a uno. Besa, muerde y devora mi cuello, su boca baja hasta posarse en mis pechos, los aprieta con sus labios y me vuelve loca. Un leve gemido escapa de mi boca sin pretenderlo. Noto cómo su mano desabotona mi pantalón, agarra mis nalgas y las eleva para poder deshacerse de él, me contempla de reojo en ropa interior mientras sigue con su ataque. Mete la mano entre la tela de mi tanga y mi sexo...

—Joder...

Lo sé, estoy empapada, no hace falta que me lo jure. La situación no podría ser más surrealista... Toda mi rabia, de alguna manera, la estoy intentado pagar con el hermano de mi marido. Esto es una jodida locura.

Abre mis piernas del todo, pasea su lengua entre mi cuello y mis pechos, recreándose más de la cuenta en cada centímetro de la zona. Mi cuerpo se acelera, mis piernas tiemblan de nuevo, mi espalda se arquea pidiendo a gritos una atención que hace mucho tiempo tuve con el mismo hombre, pero lo que sucede a continuación me deja tan fuera de lugar, que no sé ni qué decir.

Se separa de mi cuerpo haciendo que el frío invada todos mis sentidos. Le miro sin entender nada, y sin tener respuesta a mi pregunta no formulada. Con la respiración entrecortada me observa durante lo que parece una eternidad. Gira sus talones, recoge su chaqueta de encima de la silla y se marcha dejándome sola y semidesnuda, encima de la barra de mi cocina.

Ojiplática, bajo mi cuerpo de mi aposento, recojo mi ropa y pongo mi vieja camiseta de estar por casa encima de mi figura. Doy un par de vueltas por el salón, mirando foto por foto. Tanto tiempo con la persona equivocada, tantos días perdidos para nada.

Dicen que los buenos recuerdos siempre ganan las batallas, pero, en este caso, los malos me están superando. Y el motivo más extraño, es el de no poder borrar a Kylian de mi mente en un momento como este. Mi teléfono móvil vuelve a sonar, miro la pantalla y veo que es Enma.

—¿Puedo pasar?

—¿Estás aquí?

Cuelga y oigo cómo tocan a la puerta. Me dirijo hacia ella mirando el móvil y viendo que tengo treinta llamadas perdidas de Joan y demasiados WhatsApp. No me molesto ni en leerlos, el primero que veo y el único antes de eliminar la conversación y bloquearle, dice:

«Tenemos que hablar, te quiero...».

«Pero no me quería tanto cuando se estaba acostando con mi amiga», pienso con ironía.

—¿Estás bien? —pregunta mientras me abraza.

—No lo sé, Enma.

Le cuento todo lo que ha sucedido hace media hora escasa, la pobre no da crédito a lo que oye, pero como siempre, da su sabio consejo. Agarra mis manos y las aprieta en un gesto cariñoso.

—Es su hermano, tú, su cuñada. Creo que estás confundida, y él también. Aunque si te soy sincera, no entiendo su reacción ahora, después de lo que me has contado que pasó anteriormente. Siento mucho haberte animado, no pensé en las consecuencias.

—La culpa no es tuya.

—¿Has hablado con Joan?

—No, ni quiero. Necesito pensar antes de verle la cara.

—Normal, yo le mataría. He llamado a Ross.

Abro los ojos sin entender el motivo.

—No te preocupes —asegura—, no me lo ha cogido. Esa zorra..., verás cuando la pille.

—No merece la pena.

—No sé cómo puedes estar tan tranquila. —Me mira sin entenderme.

Hago un gesto con los hombros de indiferencia.

—Hace mucho tiempo, aprendí que las amistades no duran toda la vida.

Me corta con un gesto de su mano.

—Eso no es verdad, no digas estupideces.

—Sí, sí es verdad, Enma. Ahora nos podemos llevar perfectamente, pero, con el tiempo, por una cosa u otra, todo cambia. La gente te decepciona, las personas que creías amigas, hermanas o incluso familia te dan de lado cuando más las necesitas. Ya no existen amigos reales, solo compañías pasajeras.

Me mira sorprendida.

—No me refiero a ti, ojalá me equivoque contigo, sin embargo, ahí tienes a Ross —termino de puntualizar.

—¡Yo no soy Ross! —Se ofende.

—No digo que lo seas, ni mucho menos. Solo te pido que me entiendas, yo lo he vivido así, por una cosa u otra siempre me han ido fallando y créeme cuando te digo que es duro.

Me abraza y besa mi pelo con ternura.

—Lo entiendo, pero no pienses que te vas a librar tan rápido de mí.

Sonrío.

—¿Por qué has venido?

Sus ojos se entristecen, pero mi cuerpo me pide a gritos despejar la mente y no pensar en nada ni en nadie.

—No importa, ya hablaremos de eso otro día, ahora lo importante es que estés bien. Creo que deberías descansar, mañana será otro día.

Asiento. Levanto mi cuerpo del sillón y me dirijo al cuarto de invitados. Por nada del mundo pienso quedarme a dormir en el dormitorio donde Joan se retozaba con mi amiga, ¡ni de coña! Caigo en la pequeña cama a plomo, pero mi cabeza no para de darle vueltas a lo mismo: Joan, Kylian, Kylian, Joan...

Las semanas pasan volando, para ser exactos, tres. Desde aquel fatídico día no he vuelto a saber nada, ni de mi marido ni de su hermano, alivio y dolor se mezclan en mis sentimientos por uno y por otro. Subo las cajas al tercero sin ascensor que alquilé al día siguiente, Enma me ayuda a cargarlas una a una hasta que al fin terminamos con todas.

—No era necesario que te vinieras a un piso de alquiler, podías haberte quedado en mi casa, nos habríamos evitado toda la mudanza —refunfuña.

—No puedo quedarme en tu casa toda la vida, Enma.

Estuve unos días en casa de Enma, mientras intentaba reorganizar el desastre de piso que he alquilado.

—Pero un tiempo sí, hija, un tiempo sí —sigue renegando.

Hago como que no la oigo, cierro la puerta y observo mi nuevo piso.

—Madre mía..., esto necesita pintura a espuestas.

—Sí, me temo que sí. No me ha dado tiempo a más, y deberías de haber visto cómo estaba la casa cuando la alquilé. Seguro que morirías —afirmo burlándome de ella.

Comenzamos con la dura tarea de acomodar una casa entera, deshaciendo una caja tras otra. Cuando entra la noche, agotadas, nos tiramos en el sillón, ponemos las piernas encima de la mesa baja del salón y nos comemos unas pizzas.

—Bueno, creo que solo queda lo más difícil, ¡pintar!

—Sí, Katrina, y menuda tarea. —Mira a su alrededor—. No sé cómo es legal alquilar pisos en semejante estado.

—¡Tampoco está tan mal!

Sonrío y niego un par de veces. Está peor que mal.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé —murmuro pensativa—, creo que lo primero será buscar un trabajo. Mis ahorros no durarán eternamente, de eso estoy segura.

—¿A qué quieres dedicarte? —pregunta antes de dar un bocado a su trozo de pizza.

Ni yo misma lo sé. Trabajé una vez de camarera y, en ese tiempo, conocí a Joan, quien se negaba a que trabajara, así que, al poco tiempo, lo dejé, y me acomodé a la vida que él me daba. No me quedaba otra, a decir verdad.

—Intentaré buscar algo, lo que sea me vendrá bien.

—Una amiga tiene un supermercado a las afueras de la ciudad, no pagan mucho, pero si te sirve puedo hablar con ella.

—Estaría bien. ¿Has hablado con Dexter?

—No —contesta a la misma vez que niega con la cabeza—. Pero en algún momento tendremos que llamarle para contarle lo sucedido, o en este caso, serás tú a quien le falte ciudad para correr cuando vuelva de Australia.

Mi teléfono empieza a sonar, extrañada miro la pantalla y al ver que es Silvana se me eriza todo el vello del cuerpo, ¿qué hace llamándome su madre? Le enseño el móvil a Enma, ella me insta para que lo coja.

—¿Sí?

—No hagas como que no sabes quién soy —comenta con su particular tonito—, mañana te espero en vuestro piso a las nueve, llega puntual.

—Me temo que no va a ser posible, señora Johnson.

Me corta de malas formas.

—Me da igual que sea posible o no, por tu bien, aparece.

Sin esperar a que conteste a la amenaza, me cuelga dejándome con la palabra en la boca. Ya no tengo por qué disimular delante de ella y, mucho menos hacer como que me cae bien, si quiere verme mañana, me verá, pero que se atenga a las consecuencias.

10

Las nueve menos cinco.

Miro la moderna fachada de mi anterior «hogar», bajo la vista hasta mi reloj, y saco las llaves del bolso. Abro el portal y sigilosamente entro en el ascensor hasta llegar a mi planta. Sí, ha llegado. El olor a su perfume caro me envuelve y asquea a la misma vez, no soporto a esta mujer. Meto la llave en el bombín y la giro, haciendo que la cerradura haga un leve chasquido al abrirse.

Veo que está sentada en la mesa del salón comedor con las piernas cruzadas. Lleva un traje chaqueta en un blanco impoluto, tamborilea la mesa con sus perfectas y cuidadas uñas, no hay cosa que me dé más rabia que ese gestito, no se molesta ni en mirarme, sabe de sobra que he llegado. No he sido demasiado sigilosa que digamos, o mi antigua puerta no lo es, mejor dicho.

—Siéntate —ordena.

Mal empezamos, y eso que acabo de llegar.

—En todo caso, será siéntate, por favor.

Me observa de reojo y una sonrisa malévola florece de sus labios.

—No creo que merezcas esa educación por mi parte, querida.

Se mira las uñas, yo alzo una ceja, pero me guardo ese «¿eres gilipollas?», en la garganta para no arrancarle los pelos tan repentinamente.

—¿Y qué merezco según usted?

Arrastro mi silla, haciendo que un ruido estridente suene en la estancia, siento mi trasero en ella, cruzo mis brazos y la miro directamente a los ojos. «Sé valiente, Katrina, valiente como una leona...», susurra mi subconsciente.

—Te odio desde el primer día en el que mi hijo entró contigo por la puerta de mi casa.

¡Vaya! Pues nada, vamos a decir todos lo que pensamos.

—Oh, qué pena —pongo cara de lástima irónica—, es mutuo el sentimiento.

—Me imagino, solo hay que ver con el desprecio que me miras.

—Se equivoca, solo hay que ver la de veces que usted ha intentado humillarme contra todo pronóstico.

—Muy observadora por tu parte.

—No se puede hacer una idea de cuánto.

Un silencio incómodo se crea en el ambiente, y la tensión, por liarnos a golpes, es evidente.

—No sé qué vio mi hijo en ti.

Intenta hacerme daño, pero no lo consigue, la conozco bien, aunque ella se piense que no.

—Quizás escapar de las garras de la bruja de su madre.

—Anda..., no sabía que podías llegar a ser tan grosera conmigo.

—Usted me dice lo que piensa, yo le correspondo de igual manera. Es una buena forma de empezar una conversación.

Sonríe sarcástica, el mismísimo diablo no tendría comparación con ella.

—Eres una niña estúpida que no sabe lo que quiere —asegura con saña.

—Quizás usted sea una envidiosa que desea lo que yo tengo.

¡Toma! En toda la boca, su cara es un poema.

—Eres una verdulera.

—No, no lo soy, Silvana. Si fuese una verdulera le habría dicho muchas cosas que llevo callándome desde hace mucho tiempo.

—Como nuera dejas mucho que desear.

—Y usted como suegra deja más y no se lo replico. ¿Me ha hecho venir para algo importante o solo para insultarme?

Me mira con desdén; odio a esta mujer, la odio a muerte.

—Sí, claro, yo siempre tengo un motivo.

—Pues dese prisa. Me está haciendo perder un valioso tiempo que no tengo para dedicarle y, por supuesto, decir que no quiero malgastar mi saliva con una persona como usted.

Se ríe como una tirana, yo en mi caso no meneo ni un solo músculo de mi rostro.

—Menuda deslenguada, menos mal que a mi hijo no se le ha pegado nada de ti.

—No, a su hijo se le han pegado cosas peores.

—No te atrevas a faltarle al respeto —me amenaza con tranquilidad.

—Tome ejemplo y no siga haciéndolo conmigo.

Asiente a modo «lo que tú digas, mona».

—Quiero que llames a mi hijo y arregles las cosas con él. Me da igual que te haya engañado una o veintiuna veces con otra mujer. Te casaste con él,

eres su mujer y debes respetarle como tal, hacer y decir lo que él te diga.

Abro los ojos como platos, ¿en serio?

—Lo primero, no pienso llamarle nunca. Lo segundo, soy su mujer y no una estúpida y lo tercero... —pienso unos segundos—, váyase a la mierda. Es una egoísta que solo mira por su bien, ¡no pienso ser el trapo de nadie!

Me levanto de golpe de la silla, encamino mi cuerpo hacia la salida y, antes de que pueda abrir la puerta, escucho cómo me dice:

—Si veo a mi hijo soltar una lágrima más por ti, te arrepentirás.

—No me dan miedo sus amenazas, Silvana.

—Pues deberían.

Y todo el aguante que tenía se va por el retrete.

—¡Que la jodan!

Abro la puerta y mi sorpresa no puede ser mayor al encontrarme a un Joan destrozado, con un aspecto horrible. Tiene una barba de varios días, sus ojos están marcados por dos enormes bolsas, y tiene pinta de descansar poco.

—Katrina... —susurra como si le costase la misma vida.

Mis pies parecen no querer reaccionar, no se mueven, el pánico me golpea y la sensación de valentía y suficiencia que hace escasos minutos tenía se esfuma como el humo. Cuando al fin consigo reaccionar, paso por su lado, me agarra del codo e intento soltarme sin éxito.

—Por favor, tengo que hablar contigo..., yo..., por favor, Katrina...

Su tono es suplicante y, dentro de lo que cabe, se me parte el alma al verle así, ¿por qué hemos llegado a este punto? Era mi vida, mi alma y casi mi respiración diaria y ahora solo siento odio y rencor hacia él, cuando apenas unos días antes no podía vivir sin sus caricias o sin su simple tacto.

—No tenemos nada de qué hablar, Joan.

Me suelto de malas formas. Él intenta cogermelo de nuevo, pero la voz de su querida madre lo interrumpe, haciendo que su brazo se quede suspendido en el aire.

—Cómprale un diamante y se le olvidará todo, estoy segura.

A como mi cabeza por la puerta por la que minutos antes he salido.

—A mí no me pueden comprar como a usted —suelto con saña.

Joan abre los ojos como platos al ver el tono que acabo de utilizar con su madre, le miro por última vez y desaparezco escaleras abajo lo más rápido posible. Al salir a la calle, el aire golpea mis mejillas y la sensación de superioridad que tenía minutos antes se desvanece de nuevo. Necesito una

tila bien cargada. Las piernas me tiemblan, las manos también, y creo que no soy capaz ni siquiera de guiar mis pasos hacia una cafetería. Tres calles más arriba, consigo entrar en la primera que veo, voy a la barra y, amablemente, pido una tila.

—Por favor, ponme dos bolsas.

—Como quiera, señorita —contesta un alegre camarero.

No sonrío, apenas muevo mi cara, estoy tan nerviosa que sería capaz de caer de bruces en este instante. Ajusto mi pantalón vaquero, ya que se me cae un poco, y me dirijo hacia el aseo más cercano, necesito mojar mi cuello y mi cara. Tengo la extraña sensación de que alguien me observa, miro a mi alrededor y no veo ningún rostro conocido, solo espero que Joan no me haya seguido.

—Mierda...

Comento cuando intento entrar en el baño de mujeres, la puerta está cerrada. No me espero a que salga, directamente entro en el de minusválidos y bebés, aunque sé que no debería. Cierro tras de mí y me planto frente al cristal. Mi cara es un poema, demasiada tensión en tan pocos minutos. Oigo la puerta de nuevo, ¡joder, el pestillo! Al abrirse mis ojos se resecan de tanto abrirlos.

—¿Kylia? —pregunto con un hilo de voz.

Lleva puestos unos pantalones vaqueros del mismo color que los míos, un cinturón marrón y una camiseta informal, está tremendamente sexy. Sin decir ni media palabra se acerca a mí, agarra mis caderas y devora mi boca sin preguntar. Me sumerjo dentro de ese beso interminable, lleno de lujuria, nuestras lenguas bailan sin descanso mientras una gran excitación se apodera de ambos.

Me deshago de su camiseta haciendo que nuestro beso se interrumpa, observo por un minuto sus tatuajes y su imponente musculatura, es increíble... Imita mi gesto y quita mi camiseta, dejándome con el sujetador de encaje blanco. Le miro deseosa, quita la pinza que agarra mi pelo, dejando que mi largo cabello toque el límite de mi espalda.

Nos miramos a la cara sin decir nada, es un momento cargado de tensión sexual, donde sobran las palabras. Coge mi cuerpo, lo eleva y hace que cruce mis piernas alrededor de su cintura; mi bonito tanga blanco se asoma por encima de mis pantalones. Pega mi cuerpo a la pared dejándome entre él y la misma, noto cómo se desabrocha el cinturón y la cremallera, dejando así un

espacio libre. Presiona su erección contra mi sexo y eso hace que arda de deseo por tenerlo en mi interior, otra vez...

Sus hábiles manos desatan el botón del vaquero, elevan mi trasero y bajan un poco la tela, sigue tirando de ellos hasta que caen al suelo. Lo que hace que me encuentre en un aseo público en ropa interior.

«Por Dios, que no entre nadie...».

Mete su mano entre la tela de mi tanga y mi sexo, y lo toca haciéndome perder la cabeza. Cuando creo que se irá corriendo de nuevo, como hizo anteriormente, siento un grueso y duro intruso entrando en mí. No sé cómo, ni cuándo hemos llegado a este punto, solo sé que se mueve en mi interior de manera bestial y lo peor de todo, no lo recordaba tan... grande.

Mi cuerpo se aplasta contra la pared, él me aprisiona y a la misma vez aprieta como si quisiera fundirse en mi piel. Las duras embestidas me rozan lo inimaginable, noto un leve dolor que se mezcla rápidamente con el placer. No tardo demasiado en sentir una gran explosión en mi cuerpo, haciendo que jadee demasiado alto, sin importarme quién pueda escucharme.

Kylian no habla, solo se concentra en sacudir mi cuerpo violentamente, haciéndome perder la cordura.

Cuando creo que ya ha terminado, me baja de sus brazos, gira mi cuerpo y hace que me apoye en la taza del váter con una mano y la otra la coloca sobre la baranda que hay a su lado. Tira de mis caderas hacia atrás, dejándome expuesta a él. Sin decir nada, se introduce de nuevo en mi interior como un loco. Bombea tan fuerte que veo cómo mis nudillos se tornan blanquecinos por segundos. Mi pecho sube y baja a una velocidad de vértigo, todavía no he visto que él haya culminado y yo estoy a punto de correrme de nuevo, ¡joder!

Tiemblo como una hoja, mi vientre cosquillea sin parar y mi visión empieza a nublarse de manera desmesurada: otra explosión inigualable hace mella en mí. Esta vez tengo que apretar como una desesperada los dos elementos a los que estoy apoyada, ya que no me quedan fuerzas ni para estar en esa posición. Gimo y grito a la misma vez, no podría ser más escandalosa y, por extraño que parezca, no puedo remediarlo.

Gira mi cuerpo, tira de mi mano y me sienta en lo alto del lavabo. ¡No puedo más!

—Kylian...

Suena a súplica, solo me falta implorarlo, pero Kylian no responde. Me mira a los ojos durante un segundo, tira de mi trasero hasta dejarlo al filo del

mármol y me embiste de nuevo, solo que esta vez con un poco de «delicadeza». Sin apartar su mirada de la mía, empuja con fiereza, pongo mis manos en sus brazos y, sin darme cuenta, me abrazo a él como si fuera mi sustento. Introduce su boca en mi cuello, repartiendo pequeños mordiscos que me hacen olvidarme del día en el que vivo, baja sus labios hasta mis pechos y los devora con frenesí. Otra vez siento cómo mi maldito cuerpo reclama a gritos ser liberado.

Nota que tiemblo entre sus brazos, sube hacia mi rostro, devora mis labios y después pega su frente completándome sin descanso. Su mirada me traspasa, me nubla la razón y mis ojos no consiguen apartarse de los suyos. Aprieta su mandíbula, hinca sus dedos en mi cadera y su expresión se vuelve ruda y desquiciante. Ahora sí... Ambos culminamos a la vez, nuestras respiraciones se vuelven más descompasadas y nuestros cuerpos tiemblan aún, después del inminente orgasmo.

Bajo mi atenta mirada, se aparta de mí, dejando que un enorme frío se apodere de mi ser, abrocha su pantalón, coge su camiseta, se la pone de inmediato y, sin decir nada todavía, sale por la puerta del aseo dejándome desconcertada. Coloco mi ropa a toda prisa, me miro al espejo dos segundos, atuso mi pelo como puedo y salgo como el humo. Lo busco con la mirada, pero no encuentro a nadie que se le parezca, ¡mierda! ¿Por qué demonios se comporta así? Salgo a la calle, no sin antes pararme en medio de la cafetería cuando el camarero me llama.

—Señorita, su tila doble lleva esperándola más de media hora.

—Enseguida vuelvo.

—Sí, y ya de paso —se insinúa—, ¿me das tu teléfono?

Alzo una ceja.

—Venga, te invito a la tila. —Me guiña un ojo.

—Me lo pensaré.

No sé cuándo he ordenado a mi cerebro que esas palabras salgan de mi boca, pero está claro que no he sido yo. Ya en la calle miro en todas las direcciones y nada, saco mi teléfono del bolsillo del pantalón y lo llamo sin pensármelo dos veces: me rechaza la llamada. Antes de que pueda intentarlo de nuevo, el teléfono comienza a sonarme, es Enma.

—Dime...

—¡Tienes trabajo!

—¿En el supermercado?

—Sí —grita contenta—, además, serás la encargada de una de las zonas, ¿qué te parece?

—Genial, escucha, luego te llamo.

—¡No! Empiezas a trabajar en dos horas, guapa, voy a buscarte, me cuentas qué ha pasado con la bruja de tu exsuegra mientras comemos y salimos pitando.

—Creo que no es lo único que tengo que contar.

—¿Cómo?

—Te espero en el piso. Será mejor.

—Me estás asustando.

La intento tranquilizar sin entrar en detalles, mis ojos se fijan en un hombre a escasos metros de mí, es él. Cuelgo el teléfono sin despedirme, avanzo hasta él y, cuando estoy a punto de llegar, dobla la esquina sin darme tiempo y se marcha, desapareciendo de la misma forma, entre la multitud de la gente.

11

—¿Se fue? —pregunta perpleja.

—Se fue. Y estoy harta de ese comportamiento tan repentino, me saca de mis casillas y no puedo soportarlo.

Abre los ojos más todavía, no entiende nada al igual que yo.

—¿Cómo se supone que debes tomarte eso? Te folla en un baño público a lo bestia y te deja tirada como una colilla..., no lo entiendo.

—No hacía falta que fueras tan clara —mascullo.

—Es la verdad, aunque no lo quieras ver. No comprendo a ese hombre.

—Yo tampoco, pero no importa.

—¿Qué?

Me mira sin entender a qué me refiero, suspiro un par de veces y me acomodo en la silla del restaurante, cogiendo mi cara con ambas manos, y cubriéndola para pasear mis manos varias veces por ella.

—No entiendo a Kylian, no entiendo a Joan, no me entiendo ni a mí misma.

—Estás muy confundida, Katrina, no lo quieres ver, pero es la verdad.

—¡Lo sé! Y me molesta. No entiendo el juego que se trae Kylian conmigo, no sé si me huele bien o mal, aparece lo mismo que desaparece. Lo que ha pasado hoy me ha dado la sensación de que llevaba tiempo esperándolo, pero ¿por qué? Puede tener a la mujer que quiera, ¿por qué a mí? Además, ya sabes lo que pasó la última vez que le vi, se fue sin importarle cómo me quedaba —comento refiriéndome al acontecimiento después de pillar a Joan y a Ross.

—En el amor vale todo, amiga.

—¡No me vengas con tonterías, Enma! ¡Él no está enamorado! —La miro con el ceño fruncido.

—¿Y tú?

—Yo..., no —Intento sonar convincente, pero no lo consigo.

¿Estoy enamorada? No, no, no, no.

—Tengo claro que sigo queriendo a Joan, no estoy enamorada de Kylian, simplemente él me hace sentir cosas... No sé cómo explicarlo.

—Yo sí, si quieres te lo expl...

—¡Para! Vámonos, voy a llegar tarde mi primer día de trabajo.

—Espera, espera. —Coge mi brazo—. Que no me caiga bien, no significa que no me preocupe, ¿cómo le has visto?

—Mal, está mal. Sé cómo es Joan, y no te puedes imaginar el aspecto horrible que tenía esta mañana. —Miro hacia el suelo—. Me ha dolido hasta el alma el verle así.

Me dirijo a la barra para pagar nuestra comida, mientras Enma frota mi espalda en repetidas ocasiones, dándome ánimos. Suspiro e intento no pensar en esta mañana, ni en todo lo ocurrido.

A los veinte minutos me encuentro en la caja del supermercado, junto a mi amiga. La encargada me explica las funciones de los botones que tiene la maquinilla en la que voy a cobrar, además de explicarme las zonas de las que supuestamente soy encargada.

—Tienes que reponer toda la zona de las bebidas alcohólicas, ¿entendido?

Lisa es bastante simpática, pero la idea de tener que colocar botellitas de cristal no es algo que me haga excesiva gracia, pero, bueno, necesito el dinero y eso es lo que cuenta.

—¿Todos los días?

—Mañana hacemos inventario, se suele hacer dos veces por semana, al menos aquí. Si ves que falta de alguna marca solo tienes que entrar en el almacén, que ahora te enseñaré, y sacarlas.

—Ajá...

El dichoso almacén es enorme, con tanta cosa estoy segura de que en más de una ocasión me perderé. Observo todas las estanterías gigantes que se alzan ante mí, intentando memorizar cada uno de los estantes, pero, al momento, sé que me será imposible aprendérmelo todo con tanta rapidez.

—Te voy a presentar al encargado del almacén.

Andamos unos pasillos más hasta que nos encontramos con un chico bastante atractivo, moreno y con cara de niño bueno.

—Jay, te quiero presentar a Katrina, la nueva cajera y reponedora de la zona de bebidas alcohólicas.

El tal Jay se acerca a mí, y asiente a la misma vez que me extiende la mano con agrado.

—Encantado, Katrina.

Enma y yo nos miramos, ¿cómo puede tener una voz tan sensual?

—Em..., igualmente. —Sonríe algo nerviosa.

—Ya sabes dónde me tienes por si me necesitas.

Me guiña un ojo y desaparece para seguir trabajando. Al salir, Enma me para y me mira con cara de «ohhhh, menudo hombre».

—¿Has visto qué mozo de almacén tienes?

—¡Calla! —la regaña.

—¿Que me calle? Si yo fuera tú, me lo tiraría ahora mismo.

Rompo en una carcajada, no puede ser otra que Enma.

El día pasa a gran velocidad, entro en las taquillas, cojo mis cosas y salgo sin quitarme el uniforme rojo con la camisa de rayas. Al salir saco mi teléfono del bolsillo y ojeo los dos mensajes que tengo; uno es de Enma y otro de Joan. Más de lo mismo: «Por favor, vuelve...».

Levanto la cabeza y me encuentro el coche de mi marido en la puerta, ¿cómo sabe que trabajo aquí?

—¿Joan? —Abro los ojos como platos.

—Hola, Katrina —saluda bajándose del coche.

Doy un paso atrás, ¿en serio me puede estar pasando esto a mí? Veo que ha mejorado su aspecto un poco desde esta mañana, solo espero que no sea debido a que la bruja de su madre le ha aconsejado hacer alguna cosa, un momento...

—¿Cómo sabes que estaba aquí?

Suspira.

—Joan... —le llamo advirtiéndole para que me conteste.

Se mete las manos en los bolsillos de su pantalón ajustado, y mueve un poco los pies en señal de nerviosismo.

—Llevo varios días siguiéndote.

Su cabeza cae de manera rendida y el alma se me rompe. Por una parte pienso en que ojalá no haya visto que he estado con su hermanastro, pero, por otra, ¿él no me engañó con mi mejor amiga? ¿Entonces? ¿Podríamos llamarlo equilibrio? Mi cabeza es un puñetero caos.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo. —Me mira suplicante.

—Bien, ¿qué quieres decirme? ¿Que lo sientes? —ironizo.

Dirige su estrepitoso cuerpo hacia mí, vuelvo a retroceder, él extiende una mano y suspira al ver mi gesto. Se pasa las manos por su bonito cabello en señal de desesperación.

—No voy a hacerte daño, Katrina —musita.

—No creo que puedas hacerme más.

Su expresión cambia, se hunde más todavía.

Yo no soy así..., me muero por besarle, por abrazarle, pero sigo sin entender el motivo de su engaño, nunca le di razones para hacerlo.

—Está bien, hablaremos.

Eleva sus ojos hacia los míos con un hilo de esperanza. Encamino mis pies hasta el embarcadero que tenemos justamente al lado y me apoyo en la barandilla vieja y desgastada. Se pone a mi lado sin tocarme, ambos miramos el puerto, el agua tranquila, irónico, no se parece a mi estado de ánimo ni en una cuarta parte ahora mismo.

—Cuéntamelo. ¿Qué he hecho mal, Joan? —le pido, derrotada.

Traga el nudo de emociones que tiene y, mientras me cuenta todo lo que pasó, no soy capaz de interrumpirle.

—Ross me dijo que me engañabas con otro hombre —gira su cara hacia la mía—, eso no es una excusa ni mucho menos. Pero la primera vez que me acosté con ella fue por despecho.

Suspira, como si le costara la misma vida, antes de continuar.

—Después nos veíamos casi todas las semanas y empecé a confundirme. De ahí mi distanciamiento contigo y mis rechazos. Jamás pensé que esto podía llegarme a pasar, hasta que me di cuenta de que no era lo correcto.

—Aun así, diste pie a que te encontrara con ella.

Mi tono neutro sé que le sorprende, aunque ahora mismo sería una tontería y muy cínico por mi parte que me diera un ataque de celos, me acabo de tirar a su hermanastro hace unas horas. Dios...

—Te juro que esa era la última vez que iba a quedar con ella. Y yo no planeé en ningún momento que nos encontraras, al revés, fue ella quien lo hizo. Me enteré días después.

—No lo parecía. Nada parecía a decir verdad, lo que me estás contando.

—Lo era. Jamás pensé que diría esto de Ross, pero... es una persona muy manipuladora. Y sigo diciéndote que no la culpo a ella, porque todo esto ha pasado porque yo lo he permitido también.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Qué? —pregunta sin entender.

—Cuánto tiempo me has estado engañando.

Suspira. Se pasa las manos por el mentón, desesperado, para después moverse, incómodo por la situación.

—Solo fueron unas semanas. Lo siento, Katrina, de veras, no sé cómo pedirte perdón. —Su voz se apaga por la congoja.

—Nunca te he dado motivos para nada de esto, ni siquiera para desconfiar de mí, no lo entiendo, Joan, no entiendo por qué has actuado así, ¿me veías capaz de engañarte con otra persona? —le recrimino.

—¡No lo sé, Katrina! —Su tono de voz es más elevado, pero sigue siendo inofensivo. —Ross era tu mejor amiga, si ella me decía eso, ¿qué se supone que tenía que creerme?

—Deberías de haberme preguntado primero a mí, antes de juzgarme. Aunque nada de eso justifica que me pusieras los cuernos con ella. Se supone que somos personas, y como tal, debemos de ser capaces de mantener una conversación.

De reojo veo cómo en un movimiento rápido, agarra mi brazo para quedar frente a él, coge mi cara con ambas manos y me mira a los ojos. Los suyos están vidriosos y, en un momento dado, veo que una lágrima cae de ellos.

—Escúchame, no quiero perderte por nada del mundo. Sé que lo he hecho mal, sé que no merezco que me perdones ni ahora ni nunca, pero... pero... sin ti no sé vivir.

Se queda callado durante un instante. Mi corazón se encoje a cada paso, a cada palabra, y mi mente se hace un lío de nuevo. Un enredo del que posiblemente, jamás consiga salir si sigo por este camino.

—La he cagado, me he comportado como un capullo asqueroso sin medida. Nunca pensé que esto podría pasarnos a nosotros, jamás me lo imaginé. Pero si tengo que conquistarte de nuevo, lo haré, Katrina, sea como sea, lo haré, porque lo que tengo claro es que no quiero pasar un segundo de mi vida sin que estés a mi lado, y si para eso tengo que hacer lo imposible, ten claro que haré lo que sea necesario.

Poquito a poquito, las barreras que mi corazón se había construido estas semanas se van derrumbando. ¿Qué era yo sin Joan? Nada. Era mi día a día, era mi sustento, la persona a la que esperaba con los brazos abiertos cada noche después de trabajar. Me engañó, sí, pero ¿dónde queda el perdón? Quizás no se lo merecía, quizás yo era una estúpida, quizás...

—Prometo cambiar todos los aspectos de mi vida, todos los que no te gusten, todo lo que quieras —suena suplicante—, prometo bajarte las estrellas si me las pides, Katrina, aunque para ello tenga que morir en el intento.

Las lágrimas caen de mis ojos como ríos, ¿qué hago? ¿Cómo no perdono a un hombre que me dice estas cosas?

—No sé si puedo hacerlo, Joan... —susurro.

Absorbo por mi nariz e intento que el desasosiego, que se crea en mí, mengüe.

—No te pido que sea ahora, te pido que sea algún día, pero no me tengas alejado de tu vida, porque sin ti no soy más que un hombre sin rumbo.

¿Cómo puede decirme estas cosas tan bonitas y haberme engañado? Nada encaja en mi rompecabezas. De repente noto sus labios junto a los míos y no puedo evitar corresponderle. ¿Confusiones de una tonta enamorada? Puede ser, solo rezo para que mi mente se aclare día sí y día también. No soporto estar así.

—Te quiero, Katrina —susurra en mis labios.

Y, sin más, la pasión se desata como hacía tiempo que no pasaba, igual que si dos almas se buscaran en el inframundo desde hace siglos. Cuelgo mis manos de su cuello, apretando mi figura a sus músculos. Joan abre la puerta del asiento trasero del coche y me empuja. Al caer, agarra mis caderas, masajeándolas con leves movimientos dulces pero salvajes.

Antes de que me dé cuenta, noto la dura erección de mi marido entrar en mi interior pausadamente y, de repente, me encuentro jadeando en su boca como si llevara esperando esto mucho tiempo.

Se mueve sensual pero lujurioso, haciéndome perder la poca cordura que me queda. Sus ojos se clavan en los míos y, sin poder evitarlo, mantengo la vista viendo al hombre que he amado durante tanto tiempo y, sí, le quiero, le quiero demasiado.

12

Coloco la última caja que tengo en la base de madera que sostiene las cajas, y resoplo sin poder evitarlo, ¿no se acaban nunca? Después de un mes en este dichoso trabajo, he llegado a la conclusión de que cada día lo odio más, pero hasta que no encuentre otra cosa...

—¿Katrina?

Alzo mis ojos hacia el final del pasillo y, a lo lejos, veo a Lina con una carpeta en la mano. Me mira por encima de sus gafas y llega hasta donde me encuentro con rapidez. Sus finos labios se aprietan en repetidas ocasiones, y ese gesto, hace que algo me huela mal.

—¿Ocurre algo? —Me preocupo.

—Veras, el jefe estuvo el otro día revisando los nuevos contratos y..., bueno..., han decidido no renovarte el contrato, tras el mes de prueba.

—Ah... —No se me ocurre decir otra cosa.

Mis ojos se quedan fijos en ella, noto cómo se resecan y pestañeo varias veces cuando de nuevo la escucho decir:

—Lo siento. Pásate mañana por la oficina para cobrar.

Asiento y, sin decir ni media palabra, me giro hasta llegar a mi caja. Recojo mis pertenencias y miro el reloj: las tres menos cinco. «Qué raro... — pienso con ironía—, se ha esperado hasta el último momento para decirme que no me renovaban».

—¡Hola!

El saludo alegre de Joan, me hace elevar la vista del suelo. Su sonrisa me muestra una perfecta dentadura, y sus labios se curvan con alegría, la misma que yo en este instante no siento.

—¿Te sucede algo? —pregunta confuso.

Suelto un fuerte suspiro, y arrugo un poco el entrecejo. Tengo que sonreír cuando veo que lleva un ramo con diversas flores en su mano izquierda, escondido tras su espalda.

—Joan, no puedes gastarte tanto dinero en flores, tengo mi piso lleno. — Me río.

Y es cierto, ya no me queda un rincón vacío.

—¿Flores? —Se sorprende.

—Que las veo.

Pongo los ojos en blanco y sonrío con más énfasis cuando compruebo que se está riendo. Desde nuestro último encuentro, no ha fallado ni un solo día. Siempre viene con un ramo repleto de flores distintas, y una sonrisa deslumbrante. Sé que se está esforzando y, en el fondo, yo también sé que le sigo queriendo, pero los recuerdos son inevitables y cada vez que pienso en aquel momento, me hierve la sangre.

Termino de recoger las cuatro cosas que me quedan, dejo mi uniforme encima de la caja y, de reojo, veo a Joan mirarme sin entender qué hago.

—Sí, me han despedido —le cuento antes de que pueda preguntar.

—Vaya... —murmura sin creerlo.

Muevo mis hombros en señal de «¿qué le vamos a hacer?», y salgo del supermercado. Joan agarra la puerta, para que pase, y yo, como una idiota, le muestro una tímida sonrisa.

—Me preguntaba si querías venir conmigo a comer ahora.

Suspiro por lo bajo mientras me dirijo a mi coche. De verdad que se está esforzando, más de lo que jamás habría imaginado. Ya no es ni por asomo el prepotente hombre con el que estaba hace un mes, y eso me da que pensar, pero también me frena, aunque sepa que los motivos, de su anterior comportamiento, tenían nombre: Ross.

—He quedado con Enma, dentro de media hora —chasca la lengua—, pero si quieres podemos vernos esta noche y cenamos juntos, ¿te parece?

Doy un par de saltitos hacia atrás antes de llegar a mi coche, y él me enseña su dedo pulgar en señal de afirmación.

—Nos vemos luego entonces. —Me guiña un ojo y, antes de que pueda abrir la puerta, se acerca de nuevo a mí—. Se te olvida esto.

Sonríe muy cerca de mi rostro. Cojo el ramo de flores y, por inercia, me las pego para olerlas. Mi bajo vientre me da un aviso, reclamando algo más después del mes de castidad que llevo. La tensión se palpa en el ambiente y, al elevar mis ojos, veo que Joan no me quita la mirada de encima, con una intensidad arrolladora.

—Son preciosas, pero, por favor, no te gastes más dinero en esto —musito.

—Para mí el dinero no es nada si a ti te gustan.

Noto cómo su tono cambia de repente, y me veo obligada a tragar el nudo de emociones que intentan salir. Hago una mueca con los labios, y entro en el

coche. Bajo la ventana cuando veo que Joan se agacha para apoyarse en ella.

—¿A las nueve? —pregunta con picardía.

Su sonrisa de nuevo me hincha el corazón y a la vez me hace la cabeza un lío.

—A las nueve.

Con una última mirada, arranco el motor y desaparezco, pero, sin poder evitarlo, le echó un último vistazo por el espejo retrovisor.

Media hora después, estoy sentada en un restaurante con Enma, la cual no ha parado de hablar durante toda la comida, y eso que nos vemos casi todos los días.

—No sé si me explico...

—Enma, creo que deberías pasar página con ese tío, solo está haciendo que te calientes la cabeza. Está casado, olvídale. Por más que te prometa, no se va a divorciar.

Arruga el entrecejo y deja su tenedor en el plato con mala gana.

—Soy una maleducada, no te he preguntado cómo estás hoy.

—Me lo preguntas cada dos por tres, no voy a morirme. —Sonrío.

—De lo que sí me he percatado es de la sonrisa tonta que tienes todos los días en la boca.

Se mete un trozo de su bistec y lo mastica sin quitarme los ojos de encima. Niego con la cabeza y continúo comiendo, cuando oigo que pregunta:

—Es por Kylian, ¿verdad?

Cojo mi copa de vino y le doy un largo sorbo cuando noto que la comida se me atasca en la garganta.

—Si llego a saber que te pones así con solo mencionarlo, me hubiese esperado a que terminaras de comer —se burla.

—No.

Doy dos golpes en mi pecho intentando no atragantarme.

—No, ¿qué?

—Que no es por Kylian. Llevo sin saber nada de él desde que..., bueno...

—Noto cómo mis mejillas arden.

—Desde que follasteis en el baño como cerdos.

—¡Enma! —la regaño.

Miro al resto del restaurante, y sonrío como una idiota cuando veo que las mesas más cercanas nos miran con una cara extraña.

—No me ha oído nadie —sisea.

—¡Ya veo! —Muevo mis ojos hacia la mesa de al lado que no nos quita ojo.

—Bueno, y volviendo al tema. Entonces, ¿has conocido a alguien y no me lo has dicho? —Me fulmina con la mirada.

Pongo los ojos en blanco y resoplo.

—Es Joan.

Alza una ceja interrogante.

—No me digas que sigue insistiendo, ¿después de un mes?

Asiento, dándole otro sorbo a mi copa. Hay ciertas partes que he evitado contarle. Sé que no está de acuerdo en nada que tenga que ver con Joan, y prefiero evitar estar todos los días discutiendo con ella.

—No sé por qué demonios no le mandas a la mierda. —Se enfada.

—Enma, no es como antes. Ha cambiado.

—Las personas nunca cambian, Katrina, que te quede claro.

—Si quieren sí lo hacen. Lo sé, lo he visto.

—Solo está intentado llevarte a su terreno de nuevo, ¿¡es que no te das cuenta!?! —Se desespera.

—He quedado con él para cenar esta noche.

Mi amiga abre los ojos de par en par mientras yo le resto importancia. No he olvidado todo el tiempo que estuve con él, y mucho menos su manera de tratarme, pero lo que sí tengo claro es que no es el mismo o que, por lo menos, lo está intentando.

—Si nos ponemos en esa posición, ¿qué se supone que tendría que pensar de mí? —La insto con la mirada para que hable—. Yo me he acostado con su hermanastro dos veces, no soy mejor persona que él.

—No estabais juntos —me rebate.

—Pero no es un amigo, no es un desconocido, ¡es su hermanastro!

Dejo la servilleta de golpe en la mesa cuando me enervo. De reojo veo cómo nos observan de nuevo, y me veo obligada a calmarme.

—Quizás tengas algo de razón —resopla—, pero eso no quita que me preocupe por ti, Katrina. No quiero que te hagan daño otra vez, y sigues teniendo la cabeza hecha un auténtico lío.

Me recuesto en mi silla y, sin poder evitarlo, mi corazón da un vuelco al recordar la cita que tengo esta noche. Puede que ni yo misma me aclare, pero lo que sí sé es que el Joan que conozco desde hace un mes, me gusta, y quizás

todavía no sea tarde para ser felices de verdad.

13

La hora en la he quedado con Joan se acerca, y yo sigo dando vueltas en el armario, sacando ropa como si estuviera tirando la casa por la ventana.

—¿Quieres hacer el favor de tranquilizarte?

Giro mi rostro y veo a la mosca cojonera de Enma, sentada en la cama, con los hombros hundidos y la boca haciendo una especie de «o», a la vez que resopla y pone los ojos en blanco. Niego con la cabeza y vuelvo a mi tarea para encontrar algo decente.

—Tienes vestidos fabulosos, caros hasta decir basta, y todavía no sabes qué ponerte... —reniega de nuevo.

—¡Enma! —la regaño—. Sé que no lo entiendes, pero... pero...

La contemplo durante unos segundos, quizás con miedo a decir lo que estoy pensando. Pero eso dura poco, cuando abre la boca y dice lo que no me atrevo:

—Quieres estar guapa para él.

Suelto el aire contenido y me siento en una desgastada silla que tengo en la habitación, con las manos cruzadas en mi regazo.

—No sé ni lo que estoy haciendo, Enma. ¿Se supone que debo seguir por este camino?

Se levanta con una parsimonia aplastante, hasta ponerse de cuclillas delante de mí. Agarra mi mano con firmeza, y me traspasa con esa mirada intensa que tanto la caracteriza.

—Estás confusa, de eso no me cabe la menor duda. Pero algún día tendrás que sentarte y plantearte tu futuro, Katrina. No puedes estar dando tumbos, y menos jugando con los sentimientos de Joan.

—Pensaba que él no te importaba.

—Y no lo hace. Pero no quiero que te conviertas en alguien que no eres. Joan siempre ha sido un prepotente, un egocéntrico, un...

—¡Ya, ya! —le pido que pare levantando la mano—. Me ha quedado bastante claro, pero no llevas razón, no siempre fue así, ¡y lo sabes!

—Lo sé, pero se portó como un capullo. Si le quieres, habla con él. Y si lo que de verdad deseas es vivir el momento, sin complicaciones, sin ataduras, sin nada, hazlo. Pero recuerda que el destino es muy puñetero, y lo que das,

recibes.

Tras esas últimas palabras y después de sopesar durante un rato lo que me acaba de decir, cojo el primer vestido de color canela que veo, y me entretengo maquillándome.

Veó cómo Enma se desenvuelve, sin decirle nada, por la casa, colocando todavía algunas de las cajas que tengo empaquetadas en el salón. Cuando termino, salgo hacia donde ella se encuentra y me pongo a su lado.

—Bueno, ¿qué tal? —pregunto nerviosa.

—Si lo que quieres es pasar desapercibida, mal vas. Si quieres que te devore desde el empeine hasta la mandíbula, es perfecto.

Pongo los ojos en blanco por su comentario desmedido y, antes de que pueda reaccionar, el timbre suena. Enma abre los ojos de par en par, sin poder creerlo.

—¿¡Le has dado la dirección de tu casa!?! —Se escandaliza a la vez que susurra.

Asiento sellando mis labios en una fina línea.

—¿¡Tú estás loca!?! —Vuelve al ataque.

Hago un leve movimiento con la mano para que se calle, pero parece no oírme cuando sigue despotricando por lo bajo. Se pone detrás de mí, quito las dos cerraduras de la puerta y respiro antes de abrir.

Y ahí está.

Tan perfecto como siempre. Tan radiante como lo recordaba cuando le conocí.

—Hola. —Sonríe mostrando su perfecta dentadura blanca.

—Hola —musito como una tonta.

Noto el codo de Enma clavarse en mi costado.

—Bueno, creo que ya va siendo hora de que me vaya. Ya tienes listas las cinco cajas de la esquina, ya queda menos para terminar.

Mira a Joan con cara de asesina, él, por su parte, la contempla con temor. Cuando Enma va a marcharse, Joan se hace a un lado, pero antes de que pueda llegar al ascensor, la llama:

—¡Enma!

Esta se gira sin mostrar ninguna expresión en su rostro, contemplándolo altiva.

—Espero que algún día puedas perdonarme —suelta sin más.

—Yo no tengo que perdonarte nada. Sé cómo eres, y también sé que no

vas a cambiar en la vida, por mucho que ahora estés bajo esa piel de cordero. Conmigo no cuela, Joan, no lo intentes más.

—¡Enma! —la regaño por lo bajo.

Ella niega con la cabeza, Joan se queda mudo, y mis ojos se salen de las órbitas. ¿Cómo puede ser tan descarada? De reojo observo que Joan traga sus palabras como puede. Él nunca ha sido así, y esta contestación sería una de las típicas que devolvería sin pensárselo.

—Lo siento, a veces es muy impulsiva.

—La entiendo, no tienes que disculparte.

Otra vez esa actitud me desarma por instantes. No puedo llegar a creerme que de verdad esté cambiando.

—Así que, ¿esta es tu casa?

Asiento mirando a mi alrededor. Está todo hecho un desastre. Todavía no he tenido tiempo de terminar de colocar algunas cajas, y las he dejado por las esquinas de todo el minipiso. Contemplo un halo de tristeza en los ojos de Joan, pero enseguida se le pasa cuando se da cuenta de que le estoy mirando.

—¿Nos vamos? —Extiende su mano.

—Sí, claro.

La acepto gustosa, y ambos nos dirigimos al coche. Entrelazo mis manos al llegar a la puerta, Joan se adelanta y, como un caballero, la abre para que pueda subir. Ese gesto no me sorprende de él, ya que siempre ha sido algo habitual entre nosotros. Los modales de la indeseable señora Johnson.

Murmuro un pequeño «gracias» y me siento. Miles de recuerdos pasan por mi mente, incluidos los de la última vez que me acosté con él en su coche. Noto cómo mis mejillas enrojecen a la par que mi bajo vientre da una punzada que me atraviesa. Joan se sienta a mi lado y, de reojo, veo que me observa, seguramente, pensando en lo mismo que yo.

En silencio y después de quince minutos, llegamos a un fabuloso restaurante a las afueras de la ciudad. Abro los ojos sin poder creer dónde estamos, le miro y veo cómo este sonrío jovial.

El sitio donde comí con Joan la primera vez... El mismo al que no volvimos nunca, por ningún motivo en particular, pero que siempre llevamos en nuestras mentes. Aquí me enamoró, aquí fue la primera vez que sentí que el corazón se me salía del pecho y se enredaba en sus manos para siempre.

Y qué equivocada estaba...

El amor duele. Te engaña, te traiciona, te... decepciona.

Intento dejar mis pensamientos a un lado, poniendo la sonrisa más deslumbrante que he tenido en todos estos días. Joan extiende de nuevo una mano con caballerosidad, la cojo y ambos guiamos nuestros pasos al interior del restaurante.

Nos sentamos en una de las pequeñas mesas de madera, con un mantel de cuadros verdes y blancos. Tengo que reírme.

—¿Qué pasa? —Sonríe a la misma vez.

—Tardo dos horas en buscar algo decente para ponerme, y aquí pasaría desapercibida con un pantalón vaquero y un top.

—¿Has tardado dos horas en encontrar algo? —Alza una ceja divertido.

—Más o menos —murmuro con un poco de timidez. ¿Qué me pasa?

Me mira con tanta intensidad que en ocasiones hace incluso hasta daño. ¿Qué ha pasado con Joan y quién es este hombre? Su sonrisa, su manera de desnudarme con la mirada, su atención hacia mí, todo. Tenía muchas cosas, pero no tan excesivas.

—¿Qué ha cambiado? —suelto sin pensar.

Me muerdo la lengua cuando me doy cuenta del gran error que acabo de cometer al empezar la noche. Alza la barbilla sin miedo y contesta:

—El haberte perdido de verdad.

Y quizás sea cierto eso que dicen que hasta que no lo pierdes, no sabes lo que tenías. La camarera llega interrumpiendo nuestra conversación como sucede habitualmente, Joan me mira pidiéndome permiso y asiento. Otra vez, inconscientemente, dejo que guie mis gustos sin tener que hacerlo, solo que ahora, no me molesta. No lo hace porque yo elijo cuándo quiero ser guiada por otra persona que no sea yo.

—Nadie cambia en tan pocos días, Joan. Al no ser que tuvieses esta faceta que yo no conocía —continúo cuando la camarera desaparece de nuestra vista.

Inclina su cuerpo hacia delante con la vista fija en mí, apoya sus manos en la mesa y me mira sin saber cómo contestar.

—No voy a entrar de nuevo al trapo con el tema de Ross. Ya sabes de sobra que sé que no estuvo bien y, por mucho que ella me dijese mentiras, yo me dejé guiar y la culpa la tenemos los dos.

No puedo evitar apretar la servilleta cuando la nombra. Teníamos una amistad de hacía años, una amistad vacía, por lo que veo, cuando su única intención era acostarse con Joan.

—Eso ya lo sé, y no quiero volver a hablar del tema, de verdad.

Si él supiera... No llegaría a perdonarme nunca.

—Katrina, lo que me ha hecho cambiar ha sido levantarme cada mañana y no tenerte a mi lado. No oler tu simple perfume antes de irme a trabajar, o ver todo el hueco de tu vestidor vacío. No lo soporto —asegura apartando su mirada de mí un segundo—. No lo soporto más, y si tengo que cambiar lo haré, sea como sea, por ti.

De nuevo clava su mirada en mí, tiene los ojos brillantes.

—Eres... o eras —rectifico—, una persona egocéntrica, posesiva y distante en algunas ocasiones. No puedes cambiar eso —afirmo.

Es cierto que no siempre fue así. Pero me imagino que cuando empezó lo de Ross, la cosa se torció conmigo, y de ahí su comportamiento. No me queda otra explicación.

—Sé que nunca fui el ejemplo a seguir como pareja, o tal vez la mayoría de las veces. Pero te prometo que eso no volverá a pasar nunca más.

Asiento cuando la camarera llega de nuevo con nuestros platos. Durante la cena hablamos de cosas normales, sin ningún trasfondo más. Dejamos el tema de nuestra relación a un lado, e intento evadirme de mis pensamientos.

Cuando terminamos, siento cómo el vino comienza a hacer efecto en mi cabeza. Sonrío con los comentarios y las ocurrencias de Joan y, en un determinado momento, una canción lenta comienza a sonar. Veo que se levanta a toda velocidad, extiende su mano y tira de mí, cuando se la acepto, para llevarme a la pista de baile.

Pega su cuerpo al mío con una agilidad asombrosa, mientras reposo mi cabeza en su hombro. Ambos nos movemos al compás de la música, olvidándonos de todo, hasta que noto el roce de sus labios en mi hombro.

Mi cuerpo se tensa de pies a cabeza. Alzo un poco mi rostro hasta encontrarme con sus ojos que me contemplan hambrientos. Sus manos agarran mi cintura con firmeza, dando pequeños calambrazos a mi piel cada vez que se cuelan por alguno de los huecos descubiertos que tiene mi vestido.

Apoyo mi frente en la suya, mirándole como nunca antes lo había hecho. Con verdadera pasión. Recordando los miles de momentos buenos que pasamos juntos, olvidando todo lo malo, dejándome llevar...

Mi cuerpo se mueve por la pista como si estuviera flotando, sumergido en esa mirada tan intensa como los rayos del sol. Roza sus labios con los míos, sin pedir permiso, y a mí me sabe a poco.

—Dime que lo pensarás —murmura en mi boca.

—Lo haré —aseguro en el mismo tono.

Pego mi boca a la suya, fundiéndonos en un apasionado beso que ansiaba sin poder evitarlo. Sin pensar en las consecuencias que pueda acarrear, viviendo el momento, como me dijo Enma, y eso hace que me haga una pregunta: ¿dónde está Kylian?

El camino de regreso a casa, lo hacemos sumidos en ese beso, en ese baile que nos ha llegado al alma. Para el coche justo en la puerta de mi portal y, sin saber por qué, abro la puerta y agacho mi cuerpo un poco para mirarle.

—¿Quieres una copa?

Me contempla sin saber qué contestar, dado que el hecho de que suba puede acarrear muchas cosas y él, mejor que nadie, lo sabe.

—Si quieres...

Muevo mis labios en una mueca sonriente, este aparca el coche en la misma calle, mientras yo le espero en la puerta del portal, nerviosa. Cuando llega a mi altura, pone una mano en mi espalda, guiándome con su mano al interior.

—¿Qué te apetece beber? —pregunto abriendo la nevera.

—No sé, lo que quieras.

Me incorporo quedándome petrificada ante la nevera, ¿me ha dejado elegir a mí? No salgo de mi asombro, así que asomo la cabeza por la puerta de la cocina y le contemplo. Está sentando en el sofá con el mando de la televisión en las manos, tiene una pierna cruzada encima de la otra, y la americana que llevaba ha sido sustituida por una sola camisa en azul marino, con algunos de los botones desabrochados.

Noto cómo se me reseca la boca observándole. Admiro su denso pelo negro, un poco más largo de lo habitual y, de nuevo, me encuentro sumida en mis pensamientos, viendo cómo mis dedos se enredan en él mientras tiro de su cabello para grabarme a fuego lento cada una de sus facciones. Es cierto que se parece mucho a Paul, su padre. En ocasiones tiene aspecto temible, todo un hombre de negocios, sí, pero en el fondo, sé que no es mala persona y, ante todo, sé que me quiere de verdad.

—¿Has elegido ya? —pregunta sin mirar atrás.

Doy un pequeño respingo al oír su voz, lo que hace que entre en la cocina para no ser vista. Saco de la nevera una botella de licor de avellanas, y cojo dos tazas del mueble. Llego a la mesa y las deposito en ella, agachándome

más de la cuenta, y siendo consciente del gran espectáculo que mis pechos le están ofreciendo.

Cuando alzo el rostro, me lo encuentro mirándome de manera alternada entre mi escote y mi cara. Suelta un fuerte suspiro e intenta apartar la mirada de mí. Tomo asiento a su lado y, antes de que pueda hacerlo yo, este se inclina un poco hacia delante y vierte el líquido sobre las tazas.

—Bonitos vasos —se burla.

—No me ha dado tiempo a comprar vajilla nueva. —Me río.

Coge su taza y se la bebe de un tirón.

—Vaya, empiezas fuerte. Si sigues por ese camino, voy a tener que dejarte la habitación de invitados.

—¿Tienes habitación de invitados? —Mira a su alrededor con gracia.

El piso es una reverenda mierda, las cosas como son. Suelto una pequeña carcajada antes de contestarle, aunque ya sé que sabe que no la tiene.

—Sí, te la presento: estás sentado encima de la habitación de invitados.

Mira el sofá, y niega con la cabeza un par de veces. Es increíble cómo en ocasiones tan ridículas, se pueden ganar tan buenos momentos.

Comenzamos a hablar de cosas sin importancia, del trabajo, de nuestro día a día. Ni que no lo hiciéramos prácticamente todos los días a través de mensajes, minuto sí, minuto también. Un bostezo sale de mi boca sin pretenderlo, y este mira su caro reloj.

—Son las dos de la mañana, creo ya es hora de que me vaya a mi casa.

Se levanta para recoger su americana, y yo hago lo mismo. Ajusto mi vestido, que estaba más remangado de lo normal, y me pongo en pie. Al pasar por su lado, rozo sin querer su mano, y ese contacto hace que un calambre me atraviese. Le miro a la misma vez que él lo hace, y no puedo evitar fijar mis ojos en los suyos de manera permanente. Él también lo ha sentido.

Nos contemplamos durante una eternidad, hasta que, por fin, es Joan quien rompe la conexión y se dirige hacia la puerta. Me pongo delante de él, y abro los dos pestillos que la cierran, para después girar la llave. Me doy la vuelta mientras se termina de colocar la americana.

—Ha sido una noche fantástica, gracias por venir a cenar conmigo.

—No me las des. —Sonrío con timidez.

Pasea de nuevo sus ojos por el piso, y sonrío sin poder evitarlo.

—Creo que es cierto que voy a tener que dejar de regalarte flores y sustituirlo por otra cosa.

Pero yo no soy capaz de responderle, no soy capaz de mirar todos y cada uno de los movimientos que sus finos labios hacen. Se da cuenta de ese pequeño detalle cuando suelto un fuerte suspiro que no consigo evitar.

—Eh..., sí, creo que sí. Buenas noches, Joan. —Me muerdo el labio sin querer.

Sujeto la puerta abierta, él se pone a mi lado, parándose en seco. Eleva una de sus manos y pega un leve tirón de mi labio para conseguir soltarlo.

—Buenas noches... —musita.

Pongo una de mis manos en la puerta cuando sale, y este se gira para quedar a escasos milímetros de mí. Siento su perfume inundando mis fosas nasales, y no puedo reprimir un escalofrío que recorre mi cuerpo. Agacho mi cabeza para que no vea mis mejillas sonrojadas, pero él, sabedor de lo que me sucede, levanta mi mentón con delicadeza.

—No me lo pongas más difícil, por favor —suplica.

Le mantengo la mirada durante unos segundos, los mismos en los que siento su aliento cerca de mi boca. Asiento casi sin respiración y, en ese momento, se da la vuelta para marcharse. Cuando desaparece de mi vista, cierro la puerta y me arrastro por ella hasta llegar al suelo. Después, cojo mi cabeza con ambas manos, cuando noto que las lágrimas caen como ríos de mis ojos, y sí, me permito llorar durante un buen rato, sin saber por qué.

14

—¿Dos de azúcar?

—Ajá —asiento mientras termino de encajar las piezas de una pequeña estantería.

—¿Dónde piensas poner ese chisme? —Alza la ceja acentuando su pregunta.

—En esa esquina. —La señalo.

—No entrará.

—Sí lo hará —bufo.

Enma y su manía de llevarme la contra en todo. No sé cuánto tiempo estuvo renegando cuando fuimos hace dos semanas a comprarla, motivo por el que lleva aparcada en una esquina todos esos días.

—¿Qué me cuentas de Joan? —pregunta de repente.

Resoplo, me tiro en el sofá, y no puedo evitar sonreír. Lleva un mes haciendo lo imposible, hasta en un par de ocasiones acalló a su querida madre, la misma que no puede ni verme, y eso que aún no me la he cruzado, pero lo sé porque él me lo ha contado.

—Pues, aunque no lo creas, es otra persona completamente distinta al Joan que conocía.

—Las personas no cambian, Katrina, te lo he dicho muchas veces. —Se enfada—. Abre los ojos de una vez, ¡por favor!

—¡No es así! —Me levanto del sofá de repente—. Ha cambiado de verdad, no me preguntes cómo, pero lo ha hecho. Controla su carácter, piensa las cosas antes de decirlas y, en un solo mes, hemos tenido nuestras diferentes opiniones y no hemos discutido igual que si no hubiera un mañana, como hacíamos antes. Y todo eso, siendo amigos nada más. —Mi tono de voz se apaga al final.

Antes no éramos solo amigos, éramos dos almas unidas por un mismo hilo. «El mismo que él decidió romper», me grita mi subconsciente.

—¿Te has acostado con él alguna vez más?

Vuelvo a tirarme en el sofá y la miro, pero no contesto. ¿Quién podría resistirse a Joan? Algunas cosas evito comentárselas, sé que no me cree, y que tampoco cree que él pueda cambiar de la noche a la mañana. Yo jamás

pensé que eso sería posible en una persona, pero está demostrado que me equivocaba.

—Mejor no contestes —refunfuña.

—Eso no tiene nada que ver, Enma, pero para tu información te diré que no, aunque los dos sabemos a lo que nos exponemos, ¿y si tenemos la oportunidad de intentarlo de nuevo? ¿Y si me niego y me arrepiento toda mi vida? Sé que no ha actuado bien, y no le estoy excusando. —Hago una pequeña pausa intentando digerir el nudo que tengo en la garganta—. Pero me casé con él porque le quería, porque le quiero.

—Pero no le amas, y lo sabes —asegura sin pestañear—. Lo mismo que también sabes que el único que ocupa tu pensamiento desde hace más de un mes es Kylian. El hombre del que no sabes nada desde que te acostaste con Joan. ¿Has pensando en la mínima posibilidad de que lo sepa? ¿De que Joan se lo haya contado y esté dolido?

—Él no está enamorado de mí, Enma, ni yo tampoco. Es un simple capricho. Y no, ahí te equivocas, no es el único que ocupa mi pensamiento. Además, ayer...

Me mira esperando que continúe, y cuando lo hago, enmudece. El comportamiento de Joan ayer, antes de irse, me dejó fuera de lugar. Enma no vuelve a pronunciarse, aunque veo cómo retuerce los labios.

Durante toda la tarde, hablamos de cosas sin importancia. La observo un momento y me doy cuenta, antes de que se marche, de que no está bien. Llevamos todo este tiempo centrándonos demasiado en mí y mis problemas y, en realidad, no me he parado a pensar en cómo podría estar ella. Me apoyo en el marco de la puerta antes de cerrar y la miro.

—Espero que no me tomes en cuenta que no te haya preguntado, pero...

—La contemplo a través de mis pestañas con un poco de vergüenza—. ¿Cómo lo llevas?

Suspira elevando sus ojos hacia arriba.

—Lo llevo —contesta sin ninguna emoción en su voz.

—No puedes seguir de esta manera, nunca se separará, y lo sabes.

Asiente sin contestar, me da un beso en la mejilla y se da la vuelta, no sin antes decir:

—Al igual que las personas no cambian en dos días, Katrina. Quizás estemos ciegas las dos, y no queramos aceptar la realidad, o quizás busquemos de cualquier forma una esperanza que no nos rompa el corazón.

Sonríe tímidamente y, antes de que pueda contestar, desaparece de mi vista. Oigo cómo suena mi teléfono a modo mensaje, y doy media vuelta para prepararme algo de cena cuando veo a mi amiga desaparecer por la escalera.

Después de un largo rato, me levanto de mi asiento dejando el sonido del televisor de fondo, y deposito el plato de la ensalada en el fregadero. El timbre suena y miro el reloj de la pared por inercia. Las doce de la noche. ¿Será Joan? Es raro que hoy no se haya puesto en contacto conmigo ni una sola vez, y me sorprende bastante.

Me dirijo hacia la puerta, subiendo la manga derecha de mi bata y, al abrir, mi sorpresa es mayúscula.

Kylian.

Noto cómo mi cuerpo tiembla, a la vez que mi estómago se oprime haciéndome daño. Las manos comienzan a sudarme mientras miro sus preciosos ojos que brillan de una manera que jamás había visto. Me permito observarlo sin importarme el tiempo que pueda pasar. Repaso uno a uno sus perfectos músculos que se marcan bajo esa camisa azul, sus largas piernas, sus imponentes brazos, sus labios...

Da un paso hacia mí y, antes de poder esperarlo, su boca atrapa la mía con desesperación, con exigencia. Mi cuerpo reacciona a su tacto, enredando mis manos alrededor de su cuello. Agarra mi trasero y, con un leve movimiento, consigue que entrelace mis piernas en su cintura.

Nuestras lenguas bailan de una manera irreal, nuestros dientes en ocasiones chocan, y puedo escuchar perfectamente cómo nuestras respiraciones se agitan a cada paso que damos.

Llegamos al sofá, me lanza de manera salvaje y baja con rapidez la fina tela de mis bragas hasta conseguir sacarlas por mis tobillos. Sin quitarme los ojos de encima, desabrocha su cinturón y, segundos después, una gran erección aparece ante mis ojos, presuntuosa y dispuesta a saciarme hasta que me desmaye.

Tira de mis piernas para colocarse entre ellas y, al instante, siento cómo comienza a hacerse paso entre mis paredes que lo reciben gustosamente.

—¿Dónde has estado? —pregunto sin pensar.

La primera estocada llega sin esperarlo. Soy una de las personas a las que no le gusta mantener una conversación en estas circunstancias, pero si no lo hago, reviento. Su silencio se hace eco en el salón mientras embiste con más fuerza esta vez.

—Kylian... —murmuro suplicante.

Exhala un fuerte suspiro.

—Ahora no, por favor.

Mis labios se sellan al escuchar su tono, sin poder evitar que nuestra conexión visual permanezca durante todo el tiempo que dura el encuentro. Un cosquilleo empieza a subir por mi vientre hasta recorrer todo mi ser, cuando noto que estallaré en diminutos pedazos. Pego mi boca a su hombro y lo muerdo con fuerza sin importarme el daño que pueda hacerle.

¿Así? ¿Sin más? ¿Esto qué quiere decir? Mi cabeza intenta controlar los miles de pensamientos que llegan sin avisar, mientras Kylian embiste con fuerza, sin darme un pequeño respiro. Mi cuerpo entero tiembla de placer al dejar escapar las sensaciones que llevaba esperando desde que le he visto en la puerta y, pocos minutos después, noto cómo él se libera.

Cuando por fin creo que llega el turno de hablar, me pone un dedo en los labios y lentamente, besa mi lóbulo hasta llegar a mi cuello donde se entretiene más de la cuenta. Masajea mi cuerpo durante un buen rato y, de nuevo, cuando intento decir algo, su boca recae sobre la mía sellándola.

—Todavía nos queda un rato...

Y esas promesas, esas caricias... Él... Me lleva a tal punto de locura, que, por un rato, me olvido del día, de la hora, y del año en el que vivo. De mis problemas, de mis mierdas diarias, y de mi puñetera indecisión que, tarde o temprano, acabará conmigo.

El sonido estridente de mi móvil me saca del dulce sueño en el que estaba. Abro los ojos y me encuentro sola. Kylian se ha ido. Un pequeño pinchazo atraviesa mi pecho.

Salgo de la habitación intentando ponerme la bata de alguna manera, a la misma vez que le busco con la mirada. Pero no, no está. Llego hasta el aparato y puedo ver que tengo treinta llamadas perdidas de Joan. ¿Le habrá pasado algo? Intento dar con él sin éxito. No me coge el teléfono. Abro la carpeta de mensajes, y recuerdo que el día anterior me llegó uno y no lo leí.

«Necesito hablar contigo, es urgente, por favor, ven a casa».

«A casa...», repito para mí.

El mensaje me preocupa, Joan no es tan serio, y las treinta llamadas, me alteran más todavía. Me dirijo a toda velocidad al dormitorio, poniéndome lo primero que encuentro en la cómoda. Salgo como una bala sin importarme estar despeinada o, simplemente, sin una gota de maquillaje.

Treinta minutos más tarde llego al que anteriormente era mi bloque, y subo las escaleras de cuatro en cuatro sin molestarme en esperar al ascensor. Saco las llaves de mi bolso con torpeza y, cuando abro la puerta, empiezo a preocuparme.

Joan se encuentra sentado en una silla de la mesa del salón con la cabeza metida entre las manos, una botella de alcohol a la izquierda, casi vacía, y algo sobre la madera. Con cautela doy un paso hacia él, y me veo obligada de nuevo a detener mi paso cuando alza su rostro.

Tiene los ojos rojos, la mandíbula apretada y su mirada me transmite tantas cosas que no sabría por cuál empezar: ¿dolor, decepción, tristeza?

De nuevo ordeno a mis pies para que continúen con el paso y llego hasta él. No me aparta la mirada en ningún momento y eso me asusta. Bajo mis ojos hacia la mesa cuando mi mano se eleva y tapa mi boca para evitar una gran exclamación.

Dios mío...

15

Contemplo a Joan, pero él no es capaz de mirarme. Observo una a una las fotografías repartidas por la mesa del salón. En todas salgo yo, de mil maneras más que comprometidas con... Kylian. Noto cómo mi estómago se agita, a la vez que me pide a gritos vomitar de los mismos nervios.

—Joan..., yo..., te puedo...

No me deja terminar. Extiende su brazo para pedirme silencio, algo extraño en él, ya que de haber sido en otro momento, hubiese reaccionado como un loco. No me doy por vencida e intento que me escuche.

—Déjame que te lo explique...

Me interrumpe de nuevo.

—¿Qué se supone que tienes que explicarme? Es más que evidente.

Su tono de voz sale tan leve, tan dolido, que el corazón se me encoje a pasos agigantados. Arrastro la silla que tiene a mano izquierda y me siento, esperando a que, por lo menos, sea capaz de mirarme a los ojos. Siento cómo mis mejillas arden, y el nudo en la garganta se hace más grande.

—Tú y yo... no estábamos... —titubeo sin poder evitarlo—. Joan, pasó sin más, yo no sabía...

Hago todo lo posible por apaciguar el nerviosismo que crece en mí, e intentado relajarme, pongo una de mis manos encima de la suya, la misma que aparta como si le quemara. Ese gesto me duele, pero no soy capaz de recriminarle nada, porque, en cierto modo, no tengo perdón.

—No puedo echarle en cara nada de lo que hayas hecho, pero esto...

Su tono vuelve a ser tan doloroso que me aplasta. Mueve su mano sobre la mesa, a modo de señalarme las fotografías. Seguidamente se lleva las dos manos a la cabeza para masajear sus sienes todo lo posible. Sé que se está conteniendo más de la cuenta, lo mismo que también sé que en cualquier momento estallará como una bomba.

—No pretendo recriminarte nada, ni mucho menos que entiendas los motivos, solo quiero que me dejes explicártelo —le pido suplicante.

—¿Qué vas a contarme, Katrina?

Alza sus bonitos ojos, clavándolos en el fondo de mi alma. Enmudezco al instante sin saber cómo continuar la incómoda conversación. Su mirada me

abrasa, y me veo obligada a apartar mis ojos por un segundo, no puedo seguir sosteniéndosela.

—Yo no le conocía —intento defenderme.

—Para no conocerle, te has acostado con él más de una vez.

La ira comienza a hacer acto de presencia en sus palabras.

—Te juro que no sabía que...

Se levanta de golpe, pegando un fuerte manotazo en la mesa, a la vez que me mira con rabia.

—¿Qué no sabías!? ¿Que era mi hermanastro!?

Su pecho sube y baja a una velocidad vertiginosa. Doy un pequeño respingo con ese gesto, pero recupero la compostura en décimas de segundo para ponerme de pie junto a él.

—¡No lo sabía!

—¿También te has acostado con él estando conmigo?

—¡No!

Da media vuelta y comienza a andar por el salón como un león enjaulado. Giro mi rostro hacia las fotos y veo que, en todas ellas, pone exactamente la fecha y la hora en la que se hicieron. Entre ellas, está la segunda vez que me acosté con Kylian en aquel baño de la cafetería. ¿Cómo es posible? Joan no es tan famoso como para que alguien rebusque en su vida privada.

—¿Quién te ha mandado estas fotografías? —pregunto de repente.

—Eso da igual.

—Dímelo, Joan —le pido en tono serio.

—¿¡Acaso importa!?! —grita desesperado.

Doy un paso hacia delante en busca de su contacto, necesito que se tranquilice, necesito que me escuche como sea.

—Por favor...

Aparta de nuevo su mano. Se mueve a pasos agigantados por la casa, hasta que llega al pasillo.

—Vete.

Voy tras él y, cuando me ve, se gira para interponer su mano antes de que llegue a su altura.

—Katrina, márchate. Estaba intentando cambiar por ti, pero hay cosas que son difíciles de digerir, y esta, es una de ellas.

Su tono mordaz me hace dar un paso atrás. Suspiro pensando en todas las alternativas que tengo, hasta que me doy cuenta de que nada le hará cambiar

de opinión hasta que deje de pensar en lo que ha visto.

Asiento despacio, doy media vuelta sintiendo cómo sus ojos me queman, y me dirijo hacia la puerta. Pero el momento de mi «huida», por así decirlo, se ve interrumpido cuando abro la puerta y las gemelas Johnson aparecen en escena.

—¡Holaaaaa! —saluda Erika con su habitual entusiasmo.

Por parte de Susan, solo recibo un leve movimiento de cabeza que, como de costumbre, me hiela hasta la sangre. Esta chica nunca será buena, es algo que tengo muy claro, lo mismo que sé que jamás le caeré bien.

—¿Qué hace esta aquí? —pregunta con despotismo a su hermano.

—¡Susan! —le regaña Erika—. No le hagas caso, ya sabes cómo es. Me alegro mucho de que estéis aquí... —mira a su hermano que, a toda velocidad, recoge lo que hay en la mesa— ¿juntos? —Se extraña.

—Aprende a respetar a las personas, Susan. Te irá mejor.

El tono frío de Joan me paraliza, en el mismo instante que veo que la gemela mala avanza hacia él con rapidez.

—¿Qué es eso?

Intenta quitarle una de las fotos de las manos, pero Joan es más rápido y mueve su mano hacia un lateral para que no pueda alcanzarlas.

—Nada que a ti te incumba —responde.

Me mira instantáneamente, después lo hace con su hermana y la tensión se puede cortar con un cuchillo cuando todos nos miramos de uno a otro.

—¿Por qué tienes los ojos tan rojos? ¿Has llorado? —Susan vuelve la vista hacia mí con cara de asesina—. ¿Qué le has hecho?

Joan agarra el brazo de su hermana cuando esta avanza hacia mí. Yo, en mi caso, doy un paso hacia ella sin temor alguno, pero Erika, que conoce el temperamento de ambas, me agarra de igual manera. El único hombre de la casa suspira con fuerza y habla antes de que comience una batalla campal entre las dos.

—He estado trabajando hasta muy tarde y no he descansado nada. ¿Para qué habéis venido? —Intenta que su tono salga de lo más normal, pero conmigo no cuela, le conozco demasiado.

—Papá está esperándonos en casa, no sé si recuerdas que hoy habíamos quedado para comer —anuncia Erika.

Joan asiente, yo, en mi caso, me deshago del agarre de la gemela buena, y la miro con cariño. Cojo mi bolso y, antes de salir por la puerta, le echo un

último vistazo a Joan.

—Lláname cuando puedas —murmuro.

Asiente sin quitarme los ojos de encima. A la misma vez que veo que su expresión cambia al ver que me marchó.

—¡Espera! —me llama Erika—. ¿Por qué no vienes a casa a comer? A papá y mamá le agrada que vengas, además, está también la señora Foxter, últimamente pregunta mucho por ti.

A la señora Johnson, seguro que ¡no!, le agrada mi visita.

—No, Erika, en otro momento, pero gracias. —Sonrío.

Agarra mi mano con ansia y me mira con los ojos brillantes.

—Por favor, Katrina. Hace mucho que no estamos juntas. Echo de menos nuestras charlas en la piscina, y necesito que alguien me escuche un ratito.

Oigo que Susan resopla.

—Puedes llamarme cuando quieras, pero no creo que sea un buen momento para una reunión familiar...

—Solo es una comida —me suplica.

—No sé cómo puedes estar pidiéndole que venga después de lo que le ha hecho a Joan.

El tono malvado de Susan hace eco en el salón.

—¡Susan, ya está bien! —le regaña de nuevo Joan que hasta el momento se había mantenido al margen—. Si ella quiere venir, puede hacerlo.

Le observo durante unos minutos, hasta que, finalmente, me doy por vencida. Pensando en que quizás, sea una oportunidad para que los dos nos sinceremos de una vez por todas.

Bajamos al garaje en un silencio sepulcral, y lo único que oigo es cómo Erika se pelea con su hermana por lo bajo, dado su comportamiento desmesurado, según ella, hacia mí. Subimos al coche de Joan mientras Susan, con cara de enfado, se marcha al suyo sin mirar atrás.

—Perdónala, ella no es así, pero tiene un carácter...

—No te disculpes por ella —le pido.

Joan no se pronuncia en lo que dura el trayecto, mientras que la gemela buena, no deja de hablar durante todo el camino. Y, en el fondo, es una conversación que, aunque yo no sea muy partícipe de ella, echaba de menos.

Noto cómo mi cuerpo se tensa de pies a cabeza cuando aparcamos en la entrada de la casa de los padres de Joan y, a lo lejos, veo a la perfecta e impoluta Silvana. Me bajo del coche, quedándome la última, pero Joan no lo

permite y, antes de que pueda dar un paso más, se pone a mi lado.

—No tenías por qué venir. Sé que esto es muy incómodo para ti, y más ahora.

¿Cómo puede preocuparse en estos momentos por mí? Ya que sé de sobra, que está destrozado.

—Lo hago por vosotros dos.

Me mira, pero no dice nada.

—Sé que no es el momento, pero... solo quiero que...

—Lo haré, Katrina, lo haré.

No me deja terminar la frase, pero sabe perfectamente a qué me refiero. Cuando Silvana nos ve a lo lejos, su expresión cambia en segundos.

—¡Vaya! Menuda sorpresa —habla la anfitriona con desdén.

Joan llega a su altura, le deposita un beso en la mejilla derecha, y muy bajito para que nadie le escuche, murmura:

—Si vamos a empezar con tonterías, nos marchamos.

—¿Nos? —pregunta con los ojos abiertos de par en par.

—Nos —repite sin titubear.

Y, por primera vez en mi vida, veo cómo Joan le planta cara a la sabandija de su madre delante de mí.

—Solo me ha sorprendido, nada más —asegura ella—. Bienvenida de nuevo, querida.

Pero a mí no me engaña, y sé de sobra que detrás de ese «querida» se esconden muchos calificativos más hacia mi persona, ya me lo demostró en su día. Cosa que, en esos momentos, me importa bien poco. Paul aparece de repente y me saluda con cortesía, su gesto, al contrario que su mujer, no cambia.

—Pasemos al salón. La mesa está lista. Como no venías ni cogías el teléfono, he mandado a tus hermanas a buscarte.

—He tenido unos días de mucho trabajo —me mira de reojo—, no me acordaba.

—No te preocupes, lo importante es que estáis aquí.

Entramos en el salón, y la respiración se me corta cuando de espaldas a nosotros, veo a Kylian con una copa de vino en la mano. Se gira al escuchar el murmullo y las voces de entusiasmo de Erika y, en ese momento, pido a Dios que la tierra se abra bajo mis pies. Joan le lanza una mirada aniquiladora, y puedo ver cómo su pecho sube y baja a la vez que intenta

contenerse de cualquier forma.

Agarro su mano intentado calmarle un poco, aunque tengo claro que nada lo hará. Paul los mira a los dos, preguntándose qué narices les pasa y, aunque él sabe de sobra la rivalidad que tienen, no puede evitar ponerse nervioso cuando están juntos.

—Podemos sentarnos —añade Paul cuando la tensión se palpa en exceso.

Joan le lanza una mirada asesina a Kylian, y este no agacha la cabeza, ni sus ojos, en ningún momento. Al sentarnos, Kylian se pone a mi lado, quedando de esta manera, entre los dos. Intento tragar el nudo que se crea de nuevo en mi garganta y, torpemente, cojo la botella de agua para servirme un poco. Al ver cómo mi mano tiembla, Kylian me la quita de la mano y lo hace él.

—Ya te sirvo yo.

Contengo la respiración al ver de reojo los ojos de Joan clavados en su oponente. El servicio de la casa hace acto de presencia, y comienza a poner todo tipo de platos sobre la mesa. Nadie habla, nadie se atreve a decir ni una sola palabra, hasta que, por fin, como siempre, Erika rompe el hielo:

—Bueno, Kylian, ¿qué tal tu viaje a Suecia?

—Bien, agotador como de costumbre. Aunque tengo que reconocer que ha sido bastante fructífero —contesta como si nada.

Joan, por su parte, agarra los cubiertos con fuerza, sin atreverse a clavar el tenedor en la carne que le acaban de servir.

—La verdad es que tienes un trabajo muy apetecible —añade Susan.

La gemela malvada toma posiciones y se insinúa con descaro, poniendo sus manos en su mentón y, de esta manera, empujando su cuerpo hacia delante para mostrar sus grandes pechos.

—Para nada. Hacer estudios de las viviendas y localidades de otros países es bastante aburrido. Preferiría estar tumbado en una hamaca en el Caribe —responde con sorna.

—Seguro que algún beneficio le sacarás. La construcción es un mercado muy bueno si sabes sacarle partido —asegura Paul.

Miro de reojo a Joan mientras la conversación sigue su curso, en el mismo instante en el que la voz de Silvana interrumpe mis pensamientos y mis temores:

—¿No tienes apetito, hijo?

Joan deja los cubiertos encima de la mesa con malas maneras, mira a su

madre, y niega con la cabeza. Momento en el que decido servirme una copa de vino, ya que espero que, de esa forma, la inquietud que mi cuerpo emana, se disipe un poco. Al intentar coger la botella, Kylian, de nuevo tan atento, la alza y me la sirve. Joan coge su copa y la extiende, de manera que su brazo queda entre mi pecho y mi plato.

—Ya que estás tan amable, ¿por qué no me sirves a mí también?

Kylian sonríe con picardía, lleva la botella hasta su copa y vierte el líquido rosado en ella. La mesa sigue su curso, sin darse cuenta del grandísimo detalle del momento, y todos, excepto Paul, siguen su conversación. Joan sonríe como un tirano cuando termina de llenársela y, sin esperármelo, le lanza todo el contenido encima a su hermanastro. Kylian ni se inmuta.

—¡Oh, vaya! Pero qué torpe soy, se me ha resbalado.

Miro a Joan que no aparta sus ojos rabiosos de él.

—¡Traed algo para limpiar a mi hijo! —pide el señor Johnson a su criada. La mujer asiente a toda velocidad y desaparece por la puerta del comedor.

—¿Me la llenas de nuevo? —pregunta como si nada.

Se me corta la respiración cuando Kylian le rellena la copa por segunda vez, y este, se la vuelve a tirar encima.

—¡Joan! —vocea Paul.

—Mira, se me ha vuelto a resbalar —le vacila.

Kylian sonríe y se limpia con la servilleta de tela blanquecina que tiene a su lado. Se levanta con tranquilidad, bajo la atenta mirada de todos.

—Sí, parece que estás un poco torpe hoy —asegura como si nada.

Pasa detrás de mí y, al hacerlo por donde Joan se encuentra sentado, le da un codazo en la cabeza.

—¡Oh, vaya! —repite su expresión—. Parece que estoy un poco torpe hoy.

Joan mueve su cabeza con instintos asesinos marcados en todas sus facciones, se levanta, y los dos se miran como auténticos tiranos, estando prácticamente pegados frente con frente, como rivales. El corazón bombea con fuerza mi pecho, al advertirme de lo que, minutos después, sucederá.

16

Las voces, los gritos y los insultos, llenan toda la estancia en décimas de segundo, en los que prácticamente toda la familia intenta separar a las dos bestias que se golpean sin ningún reparo, recorriendo el salón de arriba abajo.

—¡Ya basta! —grita Paul dejándose la garganta.

Su padre intenta interponerse entre los dos, pero el intento es en vano, ya que nadie ni nada puede hacer que se separen y dejen de golpearse como auténticos animales. A trompicones, llegan hasta la puerta de entrada que se encuentra abierta en ese momento. Joan le propina tal empujón a Kylian, que este cae de espaldas por los cuatro escalones que hay en la entrada.

—¡Eres un miserable! —chilla Joan.

—¡Y tú un cabrón sin escrúpulos!

Corro hacia ellos con las intenciones claras, aunque me cueste la vida, y me interpongo entre los dos, cuando Kylian se levanta del suelo para golpear de nuevo a Joan. Extiendo mis brazos, consiguiendo que ninguno de los dos llegue a tocarse.

—¿¡Estáis locos o qué demonios os pasa!?! —pregunta Paul.

—¡Mira lo que le ha hecho a mi hijo! —chilla Silvana.

Los miro a los dos, sintiendo cómo mi respiración se acelera por segundos.

—Por favor, ¡ya basta! —les suplico al borde del llanto.

Joan fulmina a su hermanastro con la mirada, y el otro hace lo mismo. Oigo sus respiraciones tronar como caballos desbocados, y el inminente deseo que ambos sienten por volver a pegarse.

—¿Por qué lo has hecho? —escupe Joan.

Kylian no contesta, pero sí me mira a mí. No entiendo nada.

—¿Qué es lo que ha hecho, Joan? —pregunta Paul confuso.

Pero Joan no tiene ojos para nadie más, solo para su oponente. El cual permanece con la vista clavada en mí. Mis nervios resurgen de nuevo, haciendo que un terrible temblor se instale en mi cuerpo.

—¡Contéstame! —Pierde los papeles y, en ese momento, es cuando Kylian habla:

—¿De qué están hablando? —pregunta Silvana desesperada.

—No lo sé. —Se enfada Paul—. ¿Podéis explicar qué demonios os pasa? Kylian resopla como un toro, hasta que veo que explota.

—Es tu maldita culpa, me has apartado de la única familia que tengo, de mi padre —escupe con rabia.

Empuja contra mi mano para estar más cerca de Joan, y yo no me permito bajar las pocas defensas que me quedan para mantenerlos separados. De repente, un rompecabezas se forma en mi mente, comenzando a encajar todas las piezas del puzle que evitaba ver.

—¿Qué es lo que has hecho, Kylian? —pregunto en un susurro.

No soy capaz de mirarle. Las lágrimas abrasan mis ojos, y mantengo la vista al frente, intentado no pensar en todos los espectadores que tenemos a nuestro alrededor. Veo de reojo cómo la señora Foxter entra en el interior de la vivienda, arrastrando a las gemelas con ella. Kylian no contesta, si no que se pasa la mano por la cara de la misma forma que Joan lo hace.

—¿Qué has hecho, Kylian? —pregunto recalcando cada palabra.

Mis ojos se encharcan, y siento cómo comienzan a resbalar las lágrimas por mis mejillas. Oigo la voz de Paul cerca de nosotros, pero no consigo inmutarme.

—¿Me podéis explicar qué demonios está pasando? Parecéis dos bestias, y ni Silvana ni yo sabemos el motivo. Vamos dentro, nos sentaremos y aclararemos las cosas como personas.

Mi rostro se gira levemente hacia el de Kylian, el mismo que me contempla con una expresión de arrepentimiento que sé reconocer al instante. Niego con la cabeza en un par de ocasiones, bajo la atenta mirada de Silvana, que, en este caso, se posiciona agarrando a Joan del brazo y, por lo tanto, ve todos mis movimientos. Lo extraño es que se mantiene al margen sin abrir la boca, cosa que agradezco en este momento.

—Katrina, yo...

—No —añado antes de que continúe.

Y en ese instante, caigo en la cuenta de todo lo que ha pasado. Kylian, en venganza a que Joan le separase durante tanto tiempo de su padre, me buscó, me sedujo, y no precisamente con las intenciones de quererme durante toda una vida, no.

—Me has utilizado —escupo con tristeza.

Su pecho sube y baja, y no consigue contestarme.

—Katrina, por favor, déjame que te explique...

Le corto de nuevo. No quiero que me diga nada, solo quiero respuestas a mis propias preguntas.

—¿A Ross también la metiste en esto?

Mi corazón se encoje en un puño y, cuando veo que agacha la mirada con cobardía, suspiro con fuerza y, ese mismo aire, casi me arranca el alma. No me lo puedo creer...

—Ella ya estaba enamorada de Joan, desde hacía mucho tiempo. No necesitó demasiadas excusas ni dinero para aventurarse sola.

Sorbo por mi nariz, a la vez que elevo mi rostro y vuelvo a contemplarlo. Bajo mis brazos y, sin poder evitarlo, suelto una risa nerviosa, o más bien, desquiciante. Joan no se pronuncia, pero, aun así, sé que sigue teniendo ganas de matarle, y yo, en este preciso momento, también.

Trago saliva antes de levantar mi rostro de manera altiva, más humillante no podría ser la situación, pero ya está todo hecho y dicho. Y, aunque mi corazón se rompa en mil pedazos, necesito largarme de allí y pensar en todo lo que ha pasado. Me separo de ellos encaminando mis pies hacia la salida, cuando escucho que Joan me llama.

—Katrina, espera, por favor.

Se pone a mi lado, y no puedo contemplar la posibilidad de mirarle a los ojos. Qué vergüenza, qué humillación y qué injusta es la vida. Rompí mi matrimonio hace casi dos meses, por culpa de otra persona de la que creía tener sentimientos más profundos. Más que un simple revolcón. Al final, la única perjudicada en todo este asunto he sido yo. La misma que ha llorado por las noches sin consuelo, y la misma que se debatía entre dos hombres que han jugado conmigo.

Kylian tiene la mayor culpa de todo, eso está claro. Pero no quita que Joan se dejara hacer bajo las redes de la arpía de Ross. Maldita Ross. No puedo pensar en ella sin que los instintos asesinos florezcan en mí, porque, en parte, si no hubiese accedido a ello, quizás nada de esto habría pasado, quizás.

Tomo las suficientes fuerzas que necesito para mirar al que antes era mi marido, al que lleva casi dos meses cambiado día sí, y día también, dejándose la piel en remediar su conciencia y su alma, en amarme...

—Lo siento. —Las lágrimas caen sin parar por mis ojos, a la vez que mi tono sale estrangulado.

—Déjame que te lleve a casa. —Pone su mano en mi brazo derecho, y yo

la aparto como si su contacto, ahora, me quemara a mí—. Katrina, necesitas calmarte para poder...

—¿Para qué? Para que os sigáis riendo de mí, ¿para eso?

Mi tono sé que es desmedido, pero no me reprimo porque es lo que siento. Noto la presencia de Kylian a mi lado, pero este, en vez de pararse como un hombre, huye igual que un cobarde hacia su coche.

—¡Hijo! ¿A dónde vas? —pregunta Paul.

Veo cómo Silvana se pone delante de mí antes de que continúe mi camino, a la misma vez que Kylian arranca el motor de su coche, sin contestarle a su padre, y sale disparado de la casa de los Johnson.

—¿Quieres que te prepare una tila? Lo mejor será que te calmes y habléis las cosas, está claro que ha habido un malentendido en el que Joan tiene las de perder, pero ya has visto quién movía los hilos de todo.

—Silvana —le regaña Paul, no de acuerdo con su comentario.

Me seco las lágrimas de mis ojos, viendo de reojo cómo Joan se descompone por segundos al verme así.

—No se ha preocupado por mí en todos los años que he estado con su hijo, no lo haga ahora, Silvana. No lo necesito.

Y con todas las fuerzas de las que dispongo, reactivo mi marcha para llegar al exterior y poder coger un taxi que me lleve a casa.

—Katrina, por favor, deja que te lleve a tu piso —suplica Joan.

Alzo una de mis manos para detenerle y, efectivamente, parece coger la indirecta.

Cinco minutos después, recorro las afueras de la ciudad y, cuando me encuentro lo suficientemente lejos de la casa de los Johnson, me permito pararme en un callejón y llorar. Arrastro mi cuerpo por la pared de piedra de uno de los edificios, emitiendo pequeños llantos que me desgarran la garganta y, sin saber a quién acudir, dado que las fuerzas me fallan, decido mandar un mensaje a Enma.

El pecho se me oprime de tal manera que en cualquier momento dejaré de respirar. Intento continuar con mi paso, pensando en el maldito puzle que acabo de formar, dándole vueltas a todo lo sucedido en tan pocas horas, y viendo la suerte que tengo en la vida.

Cuando apenas me quedan cincuenta metros para llegar a la parada de autobús en la que le he dicho a Enma que la esperaba, mis piernas fallan, empiezan a parecer gelatina y, segundos después, solo siento un fuerte golpe

en la cabeza al caer desplomada, hasta que los ojos se me cierran.

17

El sonidito de una aparto estrepitoso me despierta. Abro los ojos con precaución y, cuando consigo enfocarlos en las luces del techo, me doy cuenta de que estoy en el hospital. Arrugo un poco el entrecejo cuando la luz me ciega y, seguidamente, intento ver a mi alrededor. Miro la camilla de al lado y no hay, momento en el que suspiro sin saber por qué. Muevo mi rostro en la otra dirección, encontrándome con un Joan despatarrado en la pequeña silla del hospital, sujetando como puede su escandaloso cuerpo.

Intento incorporarme un poco y, de repente, los recuerdos vienen a mí como un torrente de furia. Siento un gran pinchazo en la parte trasera de mi cabeza, momento en el que soy consciente del gran golpe que me he tenido que dar. Contemplo el resto de mi cuerpo, observando que no hay nada más grave.

Me levanto de la cama sin dificultad, para dirigirme al cuarto de baño. Necesito mojarme la cara por lo menos.

Antes de que pueda cerrar la puerta, escucho un respingo que mueve la silla en la que Joan estaba sentado, y oigo cómo con tono aterrador me llama:

—¡Katrina!

Acto seguido abre la puerta como un vendaval, mientras me seco las manos y le miro con tranquilidad. Él, por su parte, está de los nervios.

—Pensaba que te había pasado algo y no me había enterado. —Suspira al borde del infarto.

—Estoy bien —murmuro.

Dejo la toalla donde estaba, y me apoyo en el filo del lavabo, notando cómo mi bajo vientre me da pequeñas punzadas cada vez que paseo mis ojos por el cuerpo de Joan. Mi mirada se posa en sus labios, para después perderse en los pozos negros de sus ojos. Cruza sus brazos a la altura del pecho, haciendo que todos sus músculos se marquen bajo la camisa arrugada que lleva. Trago el nudo de emociones que emerge por mi garganta, y observo que se queda paralizado, sin mover ni un dedo, solo mirándome.

Tiene los ojos somnolientos, y está condenadamente sexy en esa posición. Otro pinchazo me atraviesa.

—Me estás poniendo nerviosa —añado sin querer. ¡Maldita lengua!

—No recordaba que te pusieras nerviosa con mi presencia —asegura roncamente.

Veo cómo cierra la puerta del baño, tan despacio que duele. Se aproxima a mí, y queda prácticamente pegado. Agacha su cara para tenerme delante, y su tono ronco y sensual, vuelve a aparecer.

—Si quieres que me vaya, lo haré.

Me altero al escuchar esas palabras. Mi mano, sin pedir permiso, se eleva para enredarse en su pelo y, a continuación, la otra le sigue. Dejo colgadas las dos sobre su cuello, manteniéndole la vista fija e intensamente.

—No quiero que te vayas —musito.

Asiente. Pasa un dedo por el contorno de mis labios, y me veo obligada a cerrar los ojos por un instante. Aparto su mano con delicadeza, atrapándola junto a la mía y, sin pensarlo más, le beso. Le beso con tanto énfasis que siento cómo mis labios arden segundos después. Nuestras lenguas se enredan danzando sin parar, sin dejar de frotarse hasta conseguir juntarse en una sola. El pulso, que hasta el momento había intentado controlar como fuera, se me acelera.

Gimo cuando noto sus manos en mis caderas, aferrándome a su cuerpo con brusquedad. Agarra mi trasero para sentarme sobre el lavabo y, después, comienza a remangar mi pijama de hospital hasta la cintura. Agarra la tela de mis bragas, y las arrastra por mis piernas hasta que las deja hechas un remolino en el suelo.

Pasa su mano por la separación de mis pliegues, y la frota arriba y abajo en un par de ocasiones. Un jadeo ahogado sale de mi garganta, al sentir las miles de sensaciones que Joan siempre consigue conmigo.

—Joan... —murmuro.

—Shhh...

Introduce uno de sus dedos, después dos, obligándome a echar la cabeza hacia atrás. Mis manos buscan la tela de su pantalón, dando con una enorme erección que está a punto de reventar la cremallera. Un gruñido sale de su garganta cuando introduzco mis manos dentro de la tela, y comienzo a masajear su miembro.

Empuja con fuerza mi mano, proporcionándose el placer que necesita, todo eso, sin dejar de acariciar mi abultado botón, que pide a gritos una liberación. Arqueo mi espalda cuando el orgasmo avanza, y Joan se separa de mí, se agacha para colocar su cara en mi sexo y, sin más, se hunde en él.

Unos golpes anuncian que alguien ha llegado, y me estremezco cuando escucho la voz de alguien que no conozco, del doctor.

—¿Está usted bien? —pregunta en la puerta del baño que, gracias a Dios, está cerrada con pestillo.

Agarro con fuerza el filo del lavabo mientras Joan me devora con intensidad, haciendo que lo único que pueda salir de mi boca sean jadeos.

—¿Señorita? —pregunta de nuevo.

Cojo con fuerza el espeso cabello de Joan y lo separo de mí con los labios entreabiertos, él, en su caso, me mira con un brillo intenso que promete mil y una cosas a la vez. Aparta mi mano suavemente, y continúa con su tarea, solo que esta vez, provocándome.

—Contesta —murmura dando un nuevo lametón.

Noto sus dedos de nuevo, mortificando mi sexo. Abro la boca para que un suspiro salga de ella, antes de derramarme en su mano. Pega su lengua a mi hendidura, y la pasea con una agilidad desmedida hasta hacerme enloquecer.

—¿Katrina? ¿Está usted bien? —vuelve a preguntar el médico.

Joan agarra con sus dientes mi clítoris y tira de él haciéndome dar un leve alarido.

—S... sí. Ahora salgo, estoy... —miro a Joan cuando de nuevo pasea su lengua haciendo que me retuerza—, ahora... —aguanto de nuevo el gemido, agarrando sus hombros— salgo.

—De acuerdo, no tenga prisa. Volveré en un rato para darle el alta si está bien.

No puedo contestar, ya que un terrible orgasmo me arrasa por completo y me lleva a una nube de placer que ni yo misma conocía de tal manera. Sube por mi cuerpo besando cada centímetro de él, bajo la tela. La misma que va levantando según avanza hasta que llega a mis pechos, donde se entretiene más de la cuenta. Termina en mi hombro mientras yo intento recomponerme de lo que acaba de ocurrir. Besa, mordisquea y pasea su lengua de mi hombro hasta mi lóbulo derecho, lo que hace que pierda un poquito más el sentido.

Agarro la cinturilla de su pantalón, deseosa de sentirlo dentro de mí de la misma manera, pero el gesto que me asombra, es que termina besando mis labios de manera salvaje, a la misma vez que retira mis manos y apoya las suyas encima para que no pueda moverlas.

—Enma está a punto de llegar —musita dándome un casto beso en el cuello.

—Me da igual —murmuro cegada por el deseo.

Intento poner de nuevo mis manos en su erección, algo que me impide.

—No.

Le miro con extrañeza, y sin entender nada. Hasta que suspira un par de veces, se coloca el pantalón, después lo hace con mi pijama de hospital y me levanta de mi asiento para quedar de pie.

—¿Puedes caminar?

Asiento confusa. Antes de que pueda abrir la puerta del baño, pongo una de mis manos encima de la suya, escuchando cómo Enma entra en la habitación canturreando, y después sorprendiéndose porque no estoy.

—¿Por qué? —pregunto con temor.

El tiempo se detiene entre su mirada y la mía, me temo que sopesando su contestación. Exhala un fuerte suspiro y habla:

—Porque no quiero que lo hagas por despecho, sino porque realmente lo quieras, conmigo —puntualiza esto al final.

El corazón estruja mi pecho como si intentara morir en el acto. Sus palabras me llegan al alma, y siento todo el dolor que refulgen sus ojos al decirme esas palabras. Trago saliva, apartando mi mano de la suya. Él, por su parte, no me quita los ojos de encima, y puedo notar cómo un brillo distinto se aposenta en ellos: el de la tristeza.

Mira hacia delante y, sin pensarlo más veces, abre la puerta y sale a la habitación. Enma alza una ceja cuando nos ve, mirándonos a los dos, yo, sin embargo, estoy completamente descolocada. Joan sale de la habitación excusándose un momento mientras lo contemplo con un sentimiento extraño que hacía mucho tiempo que no tenía: arrepentimiento.

—¿Estabais haciendo manitas? —pregunta graciosa.

Niego y me siento en el filo de la cama, todavía traspuesta por lo que acaba de pasar.

—¿Entonces? —No entiende nada, igual que yo.

Le cuento a Enma, por encima, lo que acaba de suceder, y ella se muerde el labio con inquietud.

—¿No vas a decirme nada? —pregunto dada su actitud.

—El estado de Joan me está empezando a preocupar bastante, aunque ya sabes que sigo sin fiarme de él. —Niego con la cabeza tras ese último comentario—. No te puedes imaginar cómo se puso cuando le llamaron del hospital...

—¿Le llamaron a él? —Me sorprende y la corto sin poder evitarlo.

—Sí. Todavía tenías puesto en el teléfono lo de la llamada de emergencia, y era su número el que aparecía. Cogió el coche a la vez que me llamaba a mí, yo estaba cerca y llegué a la par suya, pero cuando apareció por la puerta, no me quise ni imaginar a cuánta velocidad había venido. Pero a punto de matarse sería poco.

—¿Te llamó? —Ahora sí que tengo que elevar mis cejas hasta el cielo.

Asiente y suspira con dificultad.

—Lo está intentado todo, Katrina. Y cuando digo todo, es todo. No lo entiendo... —murmura.

—¿El qué no entiendes?

—¿De verdad puede cambiar una persona por otra? ¿De verdad crees que existen, en este caso, las terceras oportunidades?

Sonríe sabiendo el camino que está tomando.

—No lo sé, Enma. Lo que sé es que me lo está demostrando.

—Me estoy empezando a dar cuenta... —susurra.

Tras un largo y necesario silencio, Enma me mira de reojo y resopla.

—¿Sabes algo de...?

No me deja terminar.

—Vino con él. Obviamente en coches separados, y no sé ni cómo se enteró. Por suerte no llegó la sangre al río mientras estábamos en la sala de espera.

—¿Y ya se ha ido? —pregunto enfadada.

—Hace un par de horas. Me dio su número de teléfono, pidiéndome expresamente que le llamara si había alguna novedad. Y, por tu tono de voz, me temo que no estás muy contenta con él.

—No. No lo estoy.

—Joan me lo ha contado todo. No puedo creerme que te haya utilizado de tal manera. Y lo peor es que me siento culpable por animarte...

—¡No digas tonterías! Nadie se hubiese imaginado nada. Tú no tienes la culpa, ¿me oyes?

Pongo una mano encima de su pierna, y esta respira con pesar.

Pocos minutos después, el médico aparece para darme el alta y, finalmente, todo queda en un pequeño susto. Cuando noté que mi cuerpo fallaba, caí de lado y me propiné un buen golpe con el banco de la parada del autobús. Bendita suerte la mía.

Los tres salimos del hospital en pleno silencio. Enma se despide de mí, y decide dejarme el espacio suficiente que necesito, marchándose con Joan. Cuarenta minutos después, para el coche frente a mi portal y, antes de abrir la puerta, suspiro. Sé que ha estado llorando, sus ojos lo dicen todo.

—Ninguno de los tres está libre de culpa. Kylian lo ha hecho mal, muy mal —reconozco con desdén—. Me ha utilizado para sus fines, y es algo que enerva. Yo caí en sus redes, no le conocía, y no es una excusa, porque después volvió a pasar. —Noto cómo se tensa, y en ningún momento despega la vista de su volante—. Y tú... —ahora sí me observa—, tú sucumbiste a los encantos de Ross y, aunque todo fuera un plan más que maquinado, te dejaste hacer. Todos somos culpables, unos más que otros, pero ya no podemos hacer nada para remediar lo que ha pasado. Solo podemos agarrarnos al olvido, y a que el tiempo cure nuestras heridas.

Recojo una pequeña lágrima que resbala por mi mejilla y, sin poder evitarlo, giro mi rostro hacia la ventana. Abro la puerta y, antes de bajarme bajo el silencio sepulcral de Joan, escucho que dice:

—¿Esto es un adiós?

De mis labios florece una mueca triste y cariñosa que no puedo contener. Me acerco a él, depositando un beso en su mejilla tensa. Le miro, y agacho mis ojos lo suficiente como para que no vea el gran dolor que siento.

Bajo del coche, él no me persigue y, al abrir la puerta de mi piso, me derrumbo dejándome arrastrar por los miles de sentimientos que emergen de lo más profundo de mí.

18

Dos semanas rechazando llamadas de Kylian, dos semanas en las que he tenido incluso que bloquearle en el WhatsApp. No quiero saber nada de él, ni mucho menos contestarle a cualquier cosa que quiera decirme. Tras el paso de los días, un odio visceral ha ido creciendo a fuego lento en mí, sin poder evitar querer arrancarle hasta el último pelo de la cabeza, y la mejor manera para evitarlo, sabiendo que iría a buscarme a mi piso en cualquier instante, fue venirme a la casa de Enma.

—Dame el teléfono que le conteste yo a ese desgraciado.

Dexter extiende su mano con ímpetu, a la misma vez que resopla como un toro, intentando coger el teléfono. Volvió hace una semana de Australia, dadas las circunstancias de su inminente despido por no complacer a la empresa, y desde su vuelta, todos hemos acampado en casa de Enma, como si de un refugio se tratara.

—Dexter, déjalo. No pienso contestarle. ¿Qué queréis del súper? —pregunto cambiando de tema.

—Hay que joderse. Encima, el hijo de la gran puta tiene la desfachatez de seguir intentando hablar contigo. No sé qué haces que no lo mandas a la mierda ya.

—Dexter... —Por enésima vez intento que se tranquilice.

—Si llego a estar yo aquí, si llego a estar yo aquí... ¡Ese termina en la camilla del hospital! —bufa.

Enma suelta una risotada que hace que se enfade más, y esta, al ver su gesto, se pone detrás de él masajeando su pelo.

—Relájate, Katrina ha sabido cómo afrontar la situación a la perfección.

—Sí, ya lo veo —contesta con ironía.

—Tengo claro que no quiero saber nada más de Kylian —afirmo.

—¿Seguro? —Alza una ceja Dexter.

Sí. Seguro.

Asiento convencida sin decírselo. Él es la única persona culpable de prácticamente el cincuenta por ciento de lo que ha pasado en mi vida y, con eso, ha demostrado que no es merecedor de mis sentimientos, y mucho menos de mi mente.

—Entonces, ¿por qué no eres capaz de pasar página? —Ataca de nuevo.

—Sí que soy capaz. Solo necesito tiempo. No es fácil.

Y no lo es. Sentirte utilizada por alguien que conseguía hacerte sentir cosas inexplicables, no es sencillo, por supuesto que no. Aun así, lo haré me cueste lo que me cueste.

—Quizás necesites llamar a Joan para despejar la mente, y... otras cosas.

Se señala la parte favorita de su anatomía, y no puedo evitar reírme.

—¡Oye! —Le lanzo un cojín que le da de pleno, y me levanto—. Me voy a comprar cosas que no se deben de comer, y vino.

—¡Que no falte el vino!

—Nooooo —voceo cuando cierro la puerta y salgo a la calle.

Inspiro el aire fresco, cerrando los ojos durante un momento. Menudas semanas he pasado... Ya no me quedan lágrimas para seguir llorando, ni huecos en mi corazón para seguir sufriendo. No sé nada de Joan y, aunque me preocupa, por otro lado me alivia saber que Erika vendrá en unas horas para cenar con nosotros y, de esa manera, podré saber cómo se encuentra. No hemos sacado el tema ni una sola vez, y sé que sabe de sobra lo que ha pasado, lo mismo que sé que no tardará mucho en hacer preguntas.

Llego al supermercado más cercano a la casa de Enma, y gracias que no tengo que coger el coche. Unos nubarrones negros se instalan sobre mi cabeza, y me temo que si no compro lo que necesitamos con rapidez, acabaré con una pulmonía antes de llegar a su casa.

Recojo todo lo que necesito y, mientras espero la cola, el vello se me eriza de tal forma, que me veo obligada a mirar a ambos lados. Suspiro aliviada cuando no encuentro a nadie. Al terminar, salgo de nuevo a la inmensa calle, y me encuentro a Kylian apoyado en el capó de su coche. El corazón se me paraliza, a la vez que da un vuelco que hace que galope como un caballo desbocado. Intento hacer como que no le he visto, hasta que me llama. No detengo mi paso y acelero, casi corriendo, para marcharme de allí.

—¡Katrina, espera!

Agarra mi codo al llegar a mi lado y me gira para que le mire. Yo, por mi parte, vuelvo mi rostro y le contemplo altiva.

—No tengo nada que hablar contigo, déjame en paz.

Intento girarme para marcharme de nuevo, pero me lo impide.

—¡Por favor, escúchame! —suplica.

No detengo mi paso, él se pone delante de mí y, andando de espaldas,

continúa con su discurso, que no tengo ganas de oír.

—He actuado mal y lo sé. Me cegué intentado hacerle daño a Joan...

—Pues ya lo has conseguido —escupo con rabia sin dejarle terminar de hablar.

—Katrina, por favor. —Intenta detenerme.

Miro hacia la derecha y, este, con su mano, gira mi mentón hacia él. Ese contacto hace que dé un paso atrás.

—¡No me toques!

Retiro su mano de un manotazo, fulminándole con la mirada.

—¿Qué más quieres de mí? ¿Qué? —Me dejo la garganta.

Sus ojos se apagan. Oigo cómo suspira, a la vez que pasa una de sus manos por su rostro. Me contempla suplicante y, al saber que no se apartará, detengo mi paso.

—¡Escúchame un momento! —pide a voces.

La gente que pasa a nuestro lado nos observa. Miro de reojo a ambos lados, sintiéndome un poco avergonzada de la situación, y decido enfrentarme al único obstáculo que me queda hasta la casa de Enma.

—¿Qué quieres que oiga? ¿Vas a tirarme encima del capó de tu coche para poder enseñarle esas fotos también a Joan? —ironizo.

Resopla.

—Katrina, no quise enviarle aquellas imágenes, pero cuando lo hice ya era tarde para remediarlo. Él siempre me ha tratado de manera despreciable, y no te puedes llegar a imaginar hasta qué punto. ¡Y todo por su madre! ¡Yo no tenía la culpa!

—¡Ni Joan tampoco! —le defiendo.

Agacha la cabeza con pesar, para, pocos segundos después, volver a mirarme con esa intensidad que me arrolla.

—No iba a hacerlo —murmura.

—Pero lo hiciste, ¡maldita sea! Sabías desde el principio quién era yo, ¡me usaste!

La ira me desborda. Paso por su lado para marcharme y terminar con la conversación. No quiero seguir escuchándole, no puedo sentirme humillada ni por un instante más. Cuando doy dos pasos, oigo cómo me dice:

—Me he enamorado de ti.

Me detengo, girando mi rostro un poco hacia él y, con un nudo en mi garganta, contesto:

—Ya es tarde para eso, Kylian.

Avanzo hasta el portal de Enma, me giro y veo que sigue parado en el mismo sitio de minutos antes: mi orgullo puede más que esas simples palabras. Porque si me guiara por esa regla de tres, Joan también me quiere y está enamorado de mí.

Dos horas después, y con unas cuantas copas de más, terminamos sentados en el sofá de Enma hablando de cualquier cosa menos de algo coherente. Erika nos acompaña durante toda la noche y, en cierto momento, veo cómo Enma le hace un gesto a Dexter. Este se levanta a regañadientes y se dirigen hacia la cocina para darnos intimidad.

—El alcohol no va a hacer que olvides nada —murmura.

—Lo sé. Pero, por unos instantes, algo se me olvidará.

Le lanzo una sonrisa tímida que ella comparte al momento.

—Sé que no es el momento, pero...

—¿Cómo está? —la corto.

—Mal. No ha querido venirse a casa. Sigue estando en su piso, yo suelo ir todos los días. ¿Has hablado con él?

Niego con la cabeza, además, seguramente Joan se lo habrá contado. Es en la persona que más se apoya.

—¿Tú sabías lo de Ross? —pregunto sin mirarla por miedo a su respuesta.

—No. No me lo dijo nunca, pero ayer me lo explicó todo, y está claro que ambos habéis sufrido un engaño. Eso no excusa a ninguno de los dos, desde luego.

—Es todo tan sumamente retorcido, Erika...

—Lo sé. Pero también sé que, si de verdad os queréis, tenéis que hablarlo. No podéis estar tanto tiempo sin saber nada el uno del otro o, al final, os acabará consumiendo.

La contemplo con ojos tristes, sintiendo una necesidad excesiva por abrazarla, y ella, al ver mis intenciones, abre sus brazos para cobijarme en ellos. En unos instantes, decido que lo mejor será aclararme antes de hacer nada y, para ello, necesito estar unos días sola.

19

Cuatro semanas después...

Salgo de la habitación que he alquilado en primera línea de playa, para dirigirme a la blanquecina arena que se encuentra a tan solo unos pocos pasos de mí. Necesitaba despejarme, y qué mejor sitio que este para hacerlo, donde la tranquilidad y el silencio reinan a todas horas. Y, aunque hayan pasado cuatro semanas para poder hacerlo, por fin ha llegado el momento.

Avanzo con decisión, dejando que la fina brisa roce mi rostro mientras me pierdo en el horizonte. Pienso en todos los acontecimientos que han surgido en mi vida en pocos meses y, finalmente, me doy cuenta de una sola cosa: no me he valorado lo suficiente.

Y no lo he hecho porque he caído en una trampa mortal sin quererlo, porque, aun sabiendo quién era Kylian, he dejado que me manejase a su antojo y, encima, consintiéndolo por mi parte. Porque, quizás, tendría que haber escuchado a Joan cuando me suplicó millones de veces que le volviese a dar otra oportunidad. Y porque en el fondo, a quien echo de menos es a él...

En estos dos días de soledad, he descubierto que Kylian solo ha sido un capricho, *el clavo que saca otro clavo*, y eso, no es amor. Pero ¿qué futuro me espera con una persona de la cual no sé nada durante semanas? No lo sé. Esa es la respuesta.

Me siento en la orilla, dejando que el agua moje mis pies. Muevo mis manos al mismo tiempo que la ola rompe, mientras mi vestido de lino blanco se empapa y, de nuevo, me pierdo en ese cielo que se cierra a grandes pasos. Ese que no contesta a mis dudas, el mismo que no responde cuando pregunto, porque, en este instante, la única que puede resolverlo soy yo misma. Durante unos segundos, me permito viajar en el tiempo, justo al momento en el que Joan y yo nos fuimos a vivir juntos a su apartamento.

Llevábamos un año casi, y decidimos que lo mejor era poder comprar una casa y, de esa manera, crear un futuro juntos, por lo tanto, Joan se compró el apartamento en el que antes vivíamos, eso sí, bajo las órdenes de su madre, quien le dijo estrictamente que todo lo pusiera a su nombre. La vivienda necesitaba una buena capa de pintura, por eso mismo, al segundo día de estar

allí, compramos todo lo necesario para ponernos manos a la obra.

Salí de nuestro dormitorio después de una noche en la que apenas dormimos, ya que las sábanas nos estorbaban, y nuestros cuerpos pedían clemencia a cada segundo que pasaba. No dejamos de amarnos hasta que salió el sol, y eso, finalmente, nos trajo las consecuencias de unas buenas ojeras al día siguiente. Con mi peto vaquero, y un sujetador a conjunto con las bragas, me encaminé hacia el salón donde Joan ya comenzaba a abrir latas de pintura. Me observó a través de sus pestañas, y pude ver cómo sonreía de medio lado con cara pícara.

—Buenos días, bella durmiente.

Tuve que reírme.

—¿Se le puede llamar bella durmiente a alguien que ha cerrado los ojos quince minutos?

Llegué a su altura y este se incorporó para posar sus labios encima de los míos. Con una sonrisa traviesa, agarré su pelo, y después me colgué de su cuello.

—Si seguimos así, no sé si conseguiremos pintar algún día nuestro nido.

—Mmmm... —ronroneó dirigiéndose hacia mi cuello.

Pegué un pequeño grito, cuando sus manos me elevaron del suelo, y mis pies quedaron colgando. Dimos una vuelta como dos adolescentes y, al final, caímos sobre el sofá que estaba recubierto por un plástico transparente para no mancharse de pintura.

—¿Podemos desayunar? —preguntó sensual.

Y la pregunta no llegó a ser contestada, porque antes de que pudiera darme cuenta, mi ropa había desaparecido, y la suya también.

Veo a la gente pasar por mi lado en varias ocasiones. Nadie se fija en mí, soy invisible, y eso me tranquiliza. Dejo a un lado los recuerdos que hacen que mi semblante cambie, y la tristeza se instale en mi rostro. Cuántos momentos..., cuántos...

Minutos después estoy inmersa en mi subconsciente, hasta que alguien se sienta a mi lado, justo en el momento en el que giro mi rostro para ver de quién se trata, y el corazón me da un vuelco. El mismo que hace que las mariposas, de las que tanto hablan, floten en mi estómago.

—¿Qué haces aquí? —pregunto mirando al frente de nuevo.

—Estar contigo.

Sonrío, pero esa sonrisa no llega a iluminar mis ojos.

—No quiero que te lo tomes a mal, pero he venido hasta aquí para estar sola, Joan.

—Y yo llevo dos días esperando el momento para hablar contigo — contesta en tono normal.

Le miro de reajo, obligándome a apartar mis ojos de sus dos pozos negros.

—¿Has estado dos días aquí? —Alzo mis cejas.

—Sí.

Suspiro con fuerza, sabiendo que es una conversación necesaria, pero, para la cual, no estaba preparada.

—Sé que necesitabas estar sola. Erika me lo ha contado. —Sonrío de nuevo—. No te enfades con ella, por favor, lo ha hecho en un acto desesperado.

Asiento, pero no contesto.

—He evitado hablarte durante estas semanas para que aclararas tus ideas, pero necesito contarte una cosa, antes de que tomes una decisión final.

Vuelvo mi rostro por completo, observando cada facción suya, cada gesto o movimiento, a la vez que le insto con la mirada para que continúe. Observa el horizonte, como minutos antes he hecho yo, suspirando.

—Hay una cosa que no te he contado. —No me mira—. Ross me enseñó una conversación que, supuestamente, tú tenías con ella, hablando de tu amante. En ese momento la rabia me cegó, y no intenté hacer ni el amago por verificar que eso era cierto. Hace tres días que me enteré de la verdad.

Me sorprende, ¿hasta tal punto llega la gente?

—¿Y cuál es esa verdad? —cuestiono.

—La conversación se la inventaron ella y Kylian, cambiando los nombres. Yo no vi el teléfono desde el que hablaban, ni nada. Simplemente fueron unas capturas. —Niega con la cabeza, a la vez que cierra los ojos—. Me la metieron pero bien.

—¿Y cómo sabes eso?

—Fui a ver a Ross.

La respiración se me corta, la rabia resurge en mí como una corriente de agua, y el pequeño pinchazo llamado celos, aparece cuando no debería.

—No es lo que piensas. —Gira su rostro y me contempla—. Fui a verla porque era la única parte que no me quedaba clara de toda esta historia. Y

ella, entre lágrimas y lamentos, me confesó que fue idea de ambos. No entiendo cómo he podido ser tan idiota.

Trago el nudo de emociones que florecen en mi cuerpo, e intento serenarme.

—No me lo puedo creer... Hasta dónde llega la maldad del ser humano —musito.

—En cierto modo todo tiene un sentido, y no estoy defendiendo a nadie —le miro horrorizada—, escúchame —me pide. Asiento y él continúa—: Kylian solo tiene a mi padre, y este, gracias a mi madre, lo dejó de lado en muchas ocasiones, apenas se veían. Él ha vivido en internados toda su vida, mi padre siempre se los pagaba, pero nunca iba a verle. Mi madre, por supuesto que jamás permitió que se criara con nosotros y, como tal, tanto Erika, Susan y yo, nos dejábamos guiar por los comentarios de Silvana.

Oír de sus labios el nombre de su madre se me hace extraño, aun así, decido intervenir:

—Pero ni tú ni yo tenemos culpa de lo que tu madre haya hecho en su vida.

—Lo sé, Katrina. Pero ponte en su situación. Solo, sin familia, sin amigos y sin nada, pudiendo tener todo lo que nosotros. Es muy triste. —Mira hacia las olas, y después continúa—: Aunque eso no quita que todo lo haya pagado yo. Y está claro que no justifico mis actos por su culpa, ni los tuyos...

Noto un cierto rubor en mis mejillas y me obligo a apartar mi mirada de él. Ya sabía que Kylian no era plato de buen gusto para Silvana, por eso mismo nadie tenía ni idea de quién era él. O, por lo menos, yo no le conocía.

—Está claro que todos hemos sido partícipes de un engaño, en el que hemos consentido seguir con el juego nosotros mismos —aseguro.

—Entonces, ¿eso a qué nos relega?

—No lo sé, Joan. —Suspiro—. Quieres que confíe en ti, sé que te quiero. —Le miro con los ojos llenos de lágrimas—. Pero ya me engañaste una vez, y de eso no tuvo la culpa nadie y, aunque lo de Ross haya sido un engaño, una cosa no quita la otra —murmuro con un hilo de voz.

La primera vez que nos separamos, fue por lo mismo: una infidelidad. Estaba en un bar con el resto de compañeros del trabajo, y entre todos empezaron a tontear con un grupo de chicas. Según Joan, él se quiso marchar, pero, al final, entre copa y copa, se encontró con una de las chicas en su cama al día siguiente. Otra cosa que no tiene excusa.

—Lo sé, y entiendo que no puedas confiar en mí de esa manera —asegura abatido.

—Y si es así, ¿cómo piensas que podemos volver a tener una relación?

Mi tono sale irónico, más de lo que pretendía. De nuevo, vuelve sus ojos hasta fijarlos en el mar tranquilo y azul, que se muestra ante nosotros.

—¿Las terceras oportunidades existen? —inquire con una sonrisa.

Me tengo que reír, no me queda otra. Ya le perdoné una vez, es una tontería volver a echarle en cara lo que hace años pasó y, aunque ahora tenga excusa en cierto modo por todo lo que ha pasado, también pienso que yo sí que tengo delito.

—¿Podrás vivir sabiendo que Kylian y yo...?

No consigo terminar la pregunta, y noto cómo mis mejillas arden otra vez.

—Espero que sí.

Noto su mano encima de la mía, mis ojos conectan con los suyos y me permito observarlo de nuevo con detenimiento. Esta vez brillan, brillan de verdad y por una sola razón: por mí.

Tira de mi mano de manera que quedo a horcajadas encima de él y, en ese instante, me olvido de las personas que pasan por mi lado, permitiéndome perderme en su boca más de la cuenta.

Y reflexiono, de nuevo lo hago. Porque si ha venido hasta mí, por lo menos querrá decir que siente algo de verdad, porque, quizás, las terceras oportunidades existan y, aunque necesite curar mis heridas lentamente, el destino nunca está escrito y puede ser que lo que ahora veamos negro, mañana pueda estar claro, como lo que siento en este instante por la persona que tengo ante mí y, sin duda, sé que le quiero.

Coloco mis manos detrás de su cuello, enredando en mis dedos algunos de los mechones que le caen. Noto cómo agarra mis caderas con decisión, a la vez que nuestros cuerpos se frotan entre sí, buscando un placer que piden a gritos.

20

Abro un poco los ojos cuando noto algo húmedo en mi hombro. Me giro lo suficiente como para poder verle, y recuerdo que no estoy sola: Joan lleva toda la noche conmigo. En mi misma cama... Enredado en mis mismas sábanas. Sonríe como una idiota cuando coge mi brazo y me pone frente a él.

—Buenos días —murmura besando mi cuello.

—Buenos días —contesto con una risita tonta cuando me toca el punto débil.

Agarra mi cadera y tira de ella hasta pegarla junto a él. Noto un enorme bulto emerger, chocando contra mi vientre, y me es imposible no sentir cómo este me pincha deseando que se pierda en mi interior. Pongo la palma de mi mano sobre su duro torso y, acto seguido, le empujo hasta que cae en el colchón con una mueca graciosa.

Sin decir ni media palabra, me sumerjo entre las sábanas hasta que localizo con exactitud lo que tanto ansío en este momento. Paso mi mano con delicadeza arriba y abajo, mientras oigo cómo un ronco gemido sale de su garganta. Posiciono mi lengua en la punta de su glande, y comienzo a hacer círculos para después pasearla por toda su longitud, sin prisa, sin detenerme. Una de sus manos se enreda en mi cabello, momento en el que soy consciente de que necesita algo más, y así lo hago. Me introduzco su palpitante erección en la boca, subiendo y bajando con movimientos acompasados, hasta que su respiración empieza a volverse desacompañada y me veo obligada a hacerle sentir más de lo que nunca lo haya hecho. Controlo mis movimientos que se vuelven más rudos, más salvajes, a la vez que con mi mano le lleno de placer, y de la misma forma, siento de nuevo cómo mi bajo vientre pega, esta vez, un pinchazo más fuerte que el de antes.

Sin darme tiempo a continuar, se sienta en la cama y me arrastra hasta quedar encima de él. Sus ojos son mucho más oscuros de lo habitual, sus labios están entreabiertos por la dificultad al respirar, y su mirada... Su mirada me dice de todo; me abrasa y me excita de mil y una maneras. Eleva mis caderas hasta sentarme encima de él, de forma que quedamos contemplándonos el uno al otro. No dice nada, simplemente me alza y, en ese instante, noto cómo su gran envergadura entra en mí, apretando las paredes

de mi sexo hasta que rozan el infinito.

Da un leve toquecito en mi trasero para que comience con la danza, sin quitarme los ojos de encima, algo que me pone nerviosa, pero a la vez me excita. Intento desviar mi mirada hacia otro lado, y él me lo impide. Agarra de nuevo mi mentón, hasta posicionarlo donde quiere y niega con la cabeza. No necesita palabras.

Siento unos calambres que empiezan a recorrer mi cuerpo a grandes escalas, pongo mis manos en sus hombros, y este acelera el paso, apretando con fuerza mi cintura. Mi respiración se entrecorta, los pulmones no llegan a coger la cantidad de aire necesaria, y es así como voy cediendo al gran placer que está a punto de explotar.

—Bésame... —le pido en un susurro ahogado.

Lo hace como si fuese el último beso que nos fuéramos a dar, como si no existiese un mañana, volcando todo su amor en esa simple caricia. Mi cuerpo se rompe en mil pedazos, escuchando un rugido que emerge de su garganta a la misma vez, y sintiendo cómo aprieta mi cuerpo al completo junto al suyo mientras se derrama en mí.

—Te invito a cenar —comenta entrecortadamente.

Me río y le doy una pequeña palmada en el hombro cuando me hace cosquillas por no responder.

—No hemos desayunado y, ¿me estás invitando a cenar?

Alza los hombros en señal desigual, y noto cómo, de nuevo, empieza a crecer dentro de mí. Arrugo el entrecejo y él se da cuenta.

—No quiero perder la vez —dice como si nada—, y... si no te levantas...

Su amenaza, tan arrebatadora, hace que le tiente y, al final, pasa lo que pasa.

A las nueve de la noche y, después de coger un avión en el que Joan pudiera viajar conmigo, entro en el cuarto de baño de mi diminuto piso para ducharme. No ha querido ir a su apartamento, ya que llevaba cosas en la maleta para poder vestirse en condiciones para ir a cenar. Abro la pequeña mampara y enciendo el grifo, dejando que el agua me cale hasta los huesos. Cojo mi habitual palanca para poder bajar el mango de la ducha, ya que está demasiado alto y siempre me las veo y me las deseo para descolgarlo, y antes de que pueda realizar ese acto, una mano aparece por encima de mi cabeza.

Pego un pequeño bote y me giro con rapidez para darme de bruces con el pecho desnudo de Joan. Me la extiende con una sonrisa que sería capaz de

iluminar la más oscura de las cuevas.

—Me has asustado —musito ensimismada con sus músculos.

No sé por qué se me antojan más fuertes, más rudos y más grandes de lo que recordaba, y eso que llevo varios días viéndolos.

—¿Alquilas una casa en la cual no llegas ni a coger la ducha? —Alza una ceja divertido.

Se la quito de las manos con una sonrisa, mojándome de nuevo todo el cuerpo. Siento sus ojos clavándose en cada parte de mi figura, acto que me pone más acelerada de lo habitual. Su mirada se clava en mí de tal manera, que parece querer traspasarme hasta el fin de mis pensamientos.

—No me puedo creer que te ponga nerviosa —musita ensimismado en mis ojos.

—Lo haces... —respondo en un susurro.

Me doy la vuelta, pensando en qué demonios me pasa, y cojo el bote de jabón que torpemente se cae de mis manos. Doy un fuerte suspiro, escuchando cómo una pequeña risa sale de su boca. Agarra mi mano antes de que pueda agacharme para cogerlo, y me gira quedando frente a él. Recoge un mechón de pelo, que escapa alocado sobre mi rostro, para colocarlo tras mi oreja. Su tacto hace que cierre los ojos un momento, asimilando esa simple caricia que tanto echaba de menos. Sí..., una simple tontería que para mí es mucho más que eso.

Los abro, y lo que me encuentro es una profunda mirada abrasadora que quema mis entrañas, antes de que sea consciente de ese acto, me encuentro pegada a la pared con las piernas entrelazadas en su cintura.

Besa mi cuello con brusquedad, subiendo por mi mentón, hasta conseguir posar sus labios en los míos, y me deshago como un cubito. Noto cómo me atraviesa con su dura erección, lo que me obliga a separarme de su boca para poder respirar, y es en ese momento, en el que veo algo, más claro de lo que nunca antes lo había hecho: veo amor. No un simple revolcón en cualquier parte de mi casa, ni en cualquier sitio...

Siento sus embestidas más rudas, más rápidas, y observo cómo aprieta su puño pegado a la pared, mientras que, con la otra mano, sostiene mi cadera de manera firme. Mi pecho comienza a subir y bajar a grandes escalas, esperando ese instante preciso en el que poder llenarse de aire. Entrelazo mis manos detrás de su nuca, haciendo un leve movimiento para que me mire y, de nuevo, vuelve a abrazarme.

Mi cuerpo vuela entre sus brazos, a la misma vez que abre la puerta de la mampara sin cortar siquiera el agua. Clava sus ojos en mí, y sale con rapidez del cuarto de baño. No sé a dónde se dirige y, antes de llegar a mi dormitorio, me baja dejándome de pie frente a él, gira mi cuerpo colocando mis manos en un pequeño recibidor que hay en el pasillo, donde un enorme espejo se alza ante nosotros.

Le busco a través del reflejo, y puedo ver cómo tira de mis caderas hacia atrás, para después dar una fuerte embestida que me llena por completo. Suelto un jadeo ahogado, clavando mis uñas en el mueble de madera que tengo bajo mis manos. Recoge mi pelo dejándolo en una pequeña cola, y tira de él hacia atrás para besarme con desenfreno, y yo... me pierdo en esos besos salvajes, en esas duras acometidas, y en su bravura a la hora de complacerme hasta quedar exhausta.

El placer llega pocos minutos después, y mis piernas fallan de manera considerable. Él, atento a ese gesto, me sostiene con fuerza y guía sus pasos conmigo hasta el salón. Me deja sentada encima del filo del reposabrazos del sofá, y tira de mis piernas hacia afuera, pone una de sus manos en la parte de arriba de este y, sin titubear, me penetra. Mis paredes se amoldan a la perfección a su intrusión inesperada, dejándose llevar más allá de la realidad. Pierdo la noción del tiempo cuando otro arrollador orgasmo me arrebatara el aliento. A continuación, Joan sale de mí, contemplándome con unos ojos fieros que me prometen lo inalcanzable.

Besa mis labios con fuerza, mientras que tira de mi cuerpo hasta caer en el sofá, y como un depredador, pasea su lengua por mis pechos, mi vientre, y mis caderas, hasta llegar a mi monte de Venus, donde se pierde más de la cuenta. Sus dedos se introducen lentos y delicados en mi interior, y creo desfallecer en el momento.

Cuando mi hinchado clítoris clama la atención necesaria, agarra mi cintura con una mano para ponerme de pie. Se coloca detrás de mí, y besa, salvaje, mi cuello, mordiéndolo de vez en cuando, y haciendo que mi espalda se arquee a cada segundo.

Llegamos a la mesa del salón por sus empujones constantes, donde tira de una silla hacia atrás, y se sienta. Extiende su mano, y no puedo evitar fijar mis ojos en su enorme miembro que pide clemencia. Me siento encima de él, tal y como lo indica, quedando casi fundidos en una sola piel, descendiendo poco a poco por su longitud. Cobijo su rostro entre mis manos, y beso sus

labios con rudeza y, mientras continúo con mis movimientos demoledores, escucho cómo susurra en mi boca:

—Vuélveme loco, Katrina...

Una hora después, nos encontramos tirados encima de mi cama a punto de desfallecer. Porque sí, hemos tardado más de la cuenta en poder separarnos. Joan mantiene uno de sus fuertes brazos encima de sus ojos, tapándolos de la luz que ilumina el dormitorio, o eso creo yo. Durante más de diez minutos, hemos permanecido en silencio, sin ser capaces de decir ni una sola palabra.

—¿Has encontrado trabajo? —pregunta de repente.

Me deja fuera de lugar y me veo obligada a sentarme en la cama para mirarle fijamente. Él hace lo mismo, solo que no se levanta, únicamente quita su estrepitoso brazo de sus ojos.

—¿A qué viene eso? —Alzo una ceja sugerente.

Mueve sus hombros en señal de no saberlo.

—No me has dicho nada —responde.

Niego con la cabeza, sin apartar mis ojos de los suyos. Oigo cómo suspira y mira hacia el techo.

—¿Qué quieres que te diga, Katrina? —pregunta abatido—. ¿Que te quiero más de lo que jamás imaginé, y que no sé si todo lo que estoy intentado servirá para algo?

—No quiero que pienses así, no se trata de ganar un trofeo —contesto molesta.

—Y no me refiero a eso. —Se incorpora—. Es absurdo que siga pidiéndote perdón cuando sabes que lo siento de verdad, y que he sido un cabrón por hacer las cosas de esa manera. Katrina —suspira—, solo quiero que me des una última oportunidad.

Asiento sin convencimiento. Me levanto y recojo mis cosas para arreglarme.

—¿Nos vamos a cenar?

Le miro de reojo, a sabiendas de que está repasando mi cuerpo de pies a cabeza. Asiente sin decir ni media palabra y se levanta para hacer lo mismo que yo.

Veinte minutos después, me coloco un collar a conjunto de los zapatos, y salgo al salón donde Joan me espera tan *sexy* como de costumbre. Tiene las manos metidas en los bolsillos de su pantalón negro, y varios botones de la camisa turquesa abiertos en la parte superior. Alza la barbilla con chulería, y

sonríe al verme.

—Estás preciosa.

—Tú también —respondo con una mueca graciosa.

Esos detalles, es cierto que nunca le faltaron. Un simple «estás preciosa», era lo que llenaba mi pecho de amor al escucharle cada día, hasta que llegó mi supuesta mejor amiga para abrirse terreno, y todo cambió. Los buenos hábitos, las caricias, todo. Para convertirlo en un tirano que jamás había sido. Dejo mis pensamientos en el aire cuando escucho el timbre sonar.

Miro a Joan con extrañeza, y este niega con la cabeza.

—¿Esperas a alguien?

—No —añado.

Me dirijo hacia la puerta para ver de quién puede tratarse a estas horas de la noche, y cuando abro, el corazón se acelera y los nervios me pueden.

—¿Qué haces aquí? —pregunto estupefacta.

—Me has bloqueado hasta las llamadas, así es imposible que pueda hablar contigo —se desespera—, llevo semanas viniendo cada dos por tres a ver si estabas, y ha sido...

Se calla de repente y tengo que girarme para recordar que Joan está aquí. Noto cómo las manos empiezan a sudarme, y me temo lo peor cuando ambos ponen un gesto temerario. Kylian levanta una mano señalando a su hermanastro con furia.

—¿Has vuelto con él?

Abro la boca para intentar contestar, pero, como de costumbre, se me adelantan.

—¿Acaso te importa lo que haga? —escupe con la misma rabia Joan.

—¡No me lo puedo creer! Después de todo lo que te ha hecho pasar, y encima le das otra oportunidad, ¿has perdido el juicio? —grita.

Elevo mis manos para intentar tranquilizar el ambiente, pero me es imposible. Kylian da un paso al frente, entrando en mi casa de manera que Joan no se amilana y pega prácticamente su frente a la de él.

—¿Y a ti sí te la debería de dar cuando la has engañado para hacerme daño únicamente? —ironiza Joan.

—No tengo excusa. Pero yo no me voy acostando con sus amigas.

Joan le da un fuerte empujón que hace que retroceda un paso hacia atrás.

—Como vuelvas a tocarme... —le amenaza.

Joan alza la barbilla, desafiante.

—¿Qué? ¿Quieres que te parta la boca aquí mismo?

—Si no te la parto yo antes a ti, ¡imbécil!

Antes de que se lán a golpes, me pongo en medio de ambos intentando frenar esta locura.

—Kylian, márchate, por favor —miro a Joan después—, ya basta... —murmuro agotada.

Kylian me mira dolido, y lo que quizás no sepa todavía, es que yo lo estoy más que él. Se gira para marcharse y, antes de hacerlo, suelta la última pulla:

—Esto no va a quedar así —me observa—, haré lo que sea para que me perdones.

Bajo mis manos, que las tenía extendidas para apartarlos lo máximo, y le contemplo al marcharse, pegando un portazo. Esto no podía empeorar más...

Media hora después y en un sepulcral silencio, llegamos a un restaurante chino en el centro de la ciudad. Un sitio que solíamos frecuentar bastante Joan y yo. No puedo evitar arrugar el entrecejo cuando ponen los platos en la mesa.

—¿No te gusta? —pregunta sorprendido.

—Sí, pero no sé, se me ha revuelto el estómago.

No me extraña..., después de los nervios que he pasado hace media hora, a quién no se le revolvería.

—¿Es cierto que ha estado en tu casa buscándote? —pregunta esta vez con temor.

—No lo sé. Me fui a la casa de Enma. No he estado allí mucho tiempo que se diga. Dexter también ha vuelto de Australia y necesitábamos unos días para estar juntos.

Veo cómo tuerce el gesto un poco cuando menciono a mi amigo, pero cambia la cara a toda prisa. Sé que no le hace gracia, porque piensa que, en el fondo, lo que a Dexter le gusta son las mujeres, y no sabe lo equivocado que está.

—Si quieres podemos ir a otro sitio.

—Pero ya está la comida en la mesa... —murmuro.

—No importa.

Niego con la cabeza, a la vez que me aparto un poco de arroz en el plato. Durante la comida mantenemos una conversación de lo más normal, intentando olvidar lo ocurrido, aunque en el fondo sé que eso no es posible por parte de ninguno.

Al salir del restaurante, me coloco una pequeña chaqueta que he traído por si refrescaba, y menos mal que lo he hecho.

—Te preguntaba que si habías encontrado trabajo, porque la chica que teníamos de cajera está de baja. No sé si... —Deja la pregunta en el aire.

—¿Me estás ofreciendo un puesto de trabajo?

Cosa que me extraña, ya que nunca se le ocurrió, ni por asomo, pedirme que trabajara cuando estábamos juntos.

—Sé que para ti es importante trabajar, aunque no lo necesites y, bueno, antes de dárselo a otra persona...

Sonrío.

—Me parece bien, ¿cuándo quieres que me pase?

—¿Nos vemos el lunes en mi despacho? —pregunta de manera formal.

Suelto una pequeña carcajada que él sigue, hasta que la risa se me corta cuando noto cómo alguien tira de mi bolso, y pasa por delante de mí a toda prisa.

—¡Eh! —grito.

Joan me mira sin entender nada.

—¿Qué pasa? —Se preocupa.

—¡Me ha robado el bolso!

Señalo al hombre que corre cruzando la calle sin mirar, y antes de que pueda hacer nada, Joan sale detrás de él a la carrera.

—¡Joan, no!

Me dejo la garganta viendo cómo sale tras él, me descalzo y corro en su dirección con los zapatos en la mano para intentar alcanzarlo, pero me es imposible, obviamente, sus piernas son más largas que las mías.

—¡Joan! ¡Joan! ¡Detente! —chillo asustada.

Al llegar a un pequeño callejón, veo a Joan intentando quitarle el bolso a la fuerza al ladrón y, cuando ya casi lo tiene, el encapuchado saca una navaja de su chaqueta y, sin pensárselo dos veces, se la clava en el costado.

21

Después de cuatro días interminables en el hospital, los médicos nos informan de que no hay mejoría en el estado de Joan. Tras la puñalada recibida por el ladrón que intentó llevarse mi maldito bolso, Joan cayó hacia atrás, propinándose un fuerte golpe en la cabeza, lo que hizo que quedara inconsciente y, de momento, no ha despertado.

Entro en la habitación y miro a Silvana que se encuentra a su lado. Paul también está con ella, cosa que, por lo menos, me da un leve respiro. Aunque ya he tenido unas veinte palabras mal sonantes con ella desde que llegó, no he consentido marcharme del hospital.

—No sé qué coño hace aquí —murmura cuando cierro la puerta.

—Es su marido todavía, no lo olvides —le regaña Paul.

—He traído unos cafés —informo.

Paul lo coge con una sonrisa poco común en él, y Silvana me gira el rostro con suficiencia y soberbia. Se lo dejo encima de la mesita auxiliar y me pongo al lado de Joan.

—¿Ha pasado el médico?

—No, Katrina. Hace menos de diez minutos que has ido a por café. —
Sonríe su padre. Otro gesto que me descoloca.

Asiento con pesar. El médico que le atendió nos comunicó que habían conseguido parar la hemorragia a tiempo, y que tampoco había afectado a ningún órgano interno, pero que, aun así, había perdido mucha sangre y estaba en estado grave.

Toco su brazo con delicadeza, cuando una fuerte náusea me atraviesa el estómago.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Paul.

—S... sí. Estos días, con tantos nervios, me están pasando factura.

—¿Has comido algo?

Niego con la cabeza varias veces. Hoy no he probado bocado.

—Voy a comprarte algo para que alimentes ese estómago. Quizás estés así por eso.

—No es necesario, señor Johnson.

Agarro su brazo con premura antes de que me deje sola con la sabandija

de su mujer y, acto seguido, retiro mi mano cuando ambos me observan.

—Perdón —me arrepiento.

«Los señores no se tocan», me repito mentalmente como una tontita irónica.

—No te preocupes, no muerdo.

Sonríe bajo el ceño fruncido de su mujer y, ese acto de nuevo, me vuelve a confundir en exceso. ¿El padre de Joan riéndose por un gesto mío? No lo entiendo. No me hace caso, y con las mismas sale por la puerta de la habitación, lo que hace que mi cuerpo se tense y ponga en alerta todos mis sentidos. Comencemos a remangarnos, que se acerca la guerra.

—No sé por qué demonios mi hijo se empeña en estar contigo, mira cómo ha terminado mi pobre niño.

Toca su pelo con mimo, a la vez que veo que sus ojos brillan. Aunque sé que Silvana jamás soltará una lágrima en mi presencia.

—Pasó sin más. Ninguno de los dos sabía que un atracador me iba a querer robar el bolso —me defiendo.

—Pero si no hubiera estado contigo... —refunfuña con rabia.

—Podría haberle pasado cualquier cosa, Silvana. No es momento de discutir, así que no me toque los cojones.

Abre los ojos como platos, negando con la cabeza.

—Eres una verdulera.

—Y usted una lagarta, y no se lo estoy diciendo todo el día.

Achica sus ojos, amenazante, mientras que yo sonrío triunfal. Miro a Joan, y me parece ver cómo sus labios se curvan. Me asombro al ver ese gesto, que Silvana no atisba al estar centrada en mí, y recuerdo que el médico nos dijo que nos oía, aunque no despertara, que era bueno que le hablásemos.

La puerta de la habitación se vuelve a abrir, y rezo a todos los santos para que sea Paul el que entra. Craso error, Erika pasa acompañada de... Kylian.

Tuerzo el gesto, y no me pasa desapercibida la mirada que Silvana le echa. Erika viene hacia mí, deposita dos besos en mis mejillas, y su acompañante se queda en los pies de la cama de Joan, sin decir ni siquiera hola.

—¿Cómo está? —pregunta su hermana.

—No sabemos más, todavía no ha pasado el médico y, por la hora que es, hasta mañana no sabremos nada —responde Silvana.

—¿Os quedaréis esta noche?

—Sí —respondo.

Silvana me mira con mala cara, y cuando veo que va a rebatirme, la corto:

—No, señora Johnson —pronuncio su apellido con malicia—. Sigo siendo su mujer, y me quedaré con él.

—Puedo quedarme contigo —suelta de repente Kylian.

—¡Ja! Lo que faltaba, que os liarais delante de mi hijo estando en una cama —añade con desdén.

La fulmino con la mirada, y Erika la contempla con el ceño fruncido.

—¡Mamá! No digas eso, y no te metas donde no debas.

—A mí me vas a decir tú, lo que tengo que hablar o no.

Erika niega con la cabeza con enfado, y decide dejar el tema.

—Evite ciertos comentarios, Silvana, no piense que todo es como antes.

Kylian la observa detenidamente, y yo me quedo sin saber qué decir ante ese comentario. ¿Qué significa eso? Silvana lo aniquila con rapidez, al mismo tiempo que Paul entra con una bolsa de comida y, al extendérmela, me veo obligada a salir corriendo de la habitación.

Entro en el primer cuarto de baño que encuentro en el pasillo, y me permito vaciar mi estómago en él. Erika aparece detrás de mí, observándome preocupada.

—Katrina, ¿estás bien? —pregunta mientras coge varios mechones de mi pelo que escapan.

—Erika, vete, por Dios, esto es asqueroso.

—A mí no me importa, tranquila —afirma sin apartarse.

Me enjuago la boca en el lavabo, deseando poder cepillarme los dientes, aunque sé que eso no es posible en estos instantes. Un sabor amargo resurge en mi garganta, y temo vomitar de nuevo.

—Creo que lo mejor es que me quede yo con Kylian esta noche, vete a descansar. Llevas cuatro días aquí, y esto no es sano para nadie.

—¿Y si despierta? —pregunto con temor.

—Yo te avisaré y estarás aquí enseguida.

—¿Crees que es buena idea que Kylian se quede contigo?

Asiente.

—No va a pasar nada, Katrina, no te preocupes.

—Pero hace cuatro días..., los dos...

—Lo sé. Me lo ha contado Kylian de camino al hospital. Pero eso no quita que se preocupe por su salud.

Asiento, de nuevo, salgo del baño y me dirijo hacia la habitación. Me paro en el otro lado, donde no se encuentra la arpa de la madre, y deposito un pequeño beso en su frente, tocándola después con ternura. Ojalá despierte pronto.

—Mañana vendré a primera hora —aseguro—. Por favor, llámame si hay alguna novedad, sea la hora que sea. —Miro a Erika.

—Lo haré, tranquila.

Toca mi brazo con cariño. Me dirijo hacia la puerta y, sin importarme lo que piense Silvana, contemplo a Kylian lanzándole una amenaza muda que sé que pilla al momento, ya que cuando cierro la puerta detrás de mí, sale en mi busca.

Agarra mi codo y me gira para que le mire. Tiene el cejo fruncido, más de la cuenta, y se nota que está enfadado, pero a estas alturas poco me importa.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta malhumorado.

—Ha venido —contesto con indiferencia— a que como le pase algo, yo misma te mato —siseo.

Giro mis talones para marcharme, y vuelve a impedírmelo cogiéndome del brazo.

—¿De verdad piensas que voy a hacerle daño? ¿Tan cruel me consideras?

—Visto lo visto... —espeto con saña.

—Eso es porque no me conoces.

No le dejo terminar.

—No. No te conozco, no creo que deba recordarte las circunstancias en las que nos conocimos, pero, ¡ah, sí! —ironizo poniéndome un dedo en la barbilla, para después arrugar mi entrecejo—. Tú, sí las sabes.

—Esto no tiene nada que ver con lo que estás hablando. Te he pedido de mil maneras que hablemos y te niegas, ¿cómo lo hago!?

—Sé que de tu boca solo saldrán mentiras, como has estado haciendo. ¡No soy imbécil!

—Te estás equivocando...

Le corto de nuevo.

—Que te den, Kylian.

Esta vez me suelto de su agarre con malas maneras, le observo, por última vez, por lo menos en el día de hoy, y me doy la vuelta, altiva, para marcharme de allí. Antes de llegar al ascensor, escucho cómo dice:

—Te llamaré si hay novedades.

Ignoro su comentario, y le echo un último vistazo cuando las puertas plateadas se cierran frente a él, que permanece de pie sin quitarme los ojos de encima, con su habitual gesto de chulería y su mirada cautivadora.

Al día siguiente me levanto con un dolor de estómago considerable, me retuerzo en la cama intentando calmar el dolor que genera y, finalmente, termino quedándome como un bebé, abrazada a mí misma.

—¿Puedo pasar?

Oigo unos pequeños golpes en el cuarto de invitados de Enma.

—Sí. —Mi voz sale tan baja que casi no la oigo.

—¿Cómo te encuentras hoy? —pregunta con preocupación.

Recuerdo que no he mirado el teléfono en cuanto he abierto los ojos, y me lanzo de cabeza a la mesita, provocando un susto a Enma.

—¿Qué pasa? —Se altera.

—¿Joan! No he mirado si me han llamado, ¿y si no lo he escuchado? ¿Y si me he dormido y es más tarde? ¿Y si...?

—¿Y si empiezas a preocuparte por tu salud primero? —interrumpe.

Alzo una ceja sin entenderla.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Tienes ojeras —me señala—, no dejas de vomitar, te duele el estómago de no comer, y es porque has perdido el apetito. Estás más delgada, ¿quieres que siga?

Niego con la cabeza, y escucho una bolsa en su mano derecha.

—Son los nervios.

Asiente sin ningún gesto de emoción en su rostro.

—O quizás sea otra cosa de la que no te has percatado.

—¿Qué llevas ahí?

Intento cambiar de tema cuando un miedo atroz se instala en mi cuerpo.

—¿Cuándo ha sido tu última regla? Te recuerdo que casi nos viene a la par, y no he visto una compresa en tu bolso.

—¿Has registrado mi bolso? —pregunto con asombro.

Asiente sin rastro de culpabilidad. Hasta que caigo en lo que me quiere decir, y es entonces, cuando el corazón me da un vuelvo al recordar que llevo unos días de retraso, sin que me haga una visita mi amiga, la roja, como yo la llamo.

—Ahora estás palideciendo por segundos —afirma Enma.

Saca la dichosa bolsa que lleva en la mano y me la extiende,

mostrándome un test de embarazo de su interior. Niego con la cabeza, frenética, y esta asiente llevándome la contraria.

—No pienso hacerme esa cosa —sentencio.

—Sí que lo vas a hacer.

—¡No estoy embarazada! No digas tonterías.

Me levanto de la cama como un huracán, y salgo del dormitorio intentando no escucharla.

—¡Katrina! ¡No seas infantil!

—¡Llevo un anticonceptivo puesto, no seas infantil tú!

Me giro echa un basilisco, fulminándola. Ella estira su brazo para darme la caja, yo niego con la cabeza de nuevo.

—Háztele, y deja de hacer el tonto —dice tajante.

Agarro el maldito test para que deje de darme por saco, y me dirijo al baño como una energúmena, sabiendo, que el cacharro que llevo, como yo le llamo, puede fallar. Levanto la tapa del váter, y me siento en él cuando bajo mi pantalón corto.

—¿Cómo narices se hace esto? —reniego moviendo la caja con torpeza.

—Tienes que ponerlo debajo y hacer pis en él. A los pocos minutos sale el resultado.

Alzo mi rostro, arrugando el entrecejo y la miro con intensidad. Momento en el que ella se pone roja como un tomate.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Lo pone en las instrucciones —se defiende, pero yo sé que me está engañando.

Abre el plástico que lo envuelve, y este se le resbala de las manos. Lo cojo en el vuelo, ya que se encuentra frente a mí, y la observo de nuevo.

—Enma... —Resoplo.

Suelta un fuerte suspiro cruzando los brazos a la altura del pecho.

—Hace un par de meses tuve un susto —musita.

—¿Y no me habías dicho nada? ¡Esto es increíble!

Me levanto de golpe de la taza, y ella vuelve a empujarme para que me siente. Me da el test y lo coloco debajo mientras le echo la bronca.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Creí que no tenía importancia. —Me mira arrepentida—. Ya tenías suficiente con lo tuyo como para preocuparte de mis problemas. O de que pueda quedarme embarazada de mi maldito jefe.

—Esa relación no te conviene, te lo he dicho muchas veces y no me haces caso, ¡no sé a qué estás esperando para mandarlo a la mierda!

—Lo he intentado.

Dejo el test encima del lavabo cuando termino con un fuerte golpe, sin parar de renegar por el hecho de haberme ocultado semejante detalle.

—Lo tuyo es increíble, ¡no vas a escarmentar en la vida! —Arrugo el entrecejo—. ¿¡No estarás embarazada!?

—¡Noo! —grita.

—Capaz eres de no decírmelo también. —Me enfado.

—No digas tonterías, ¡claro que te lo diría!

Suspiro, negando sin parar. No me lo puedo creer.

—Le dije que me iba del trabajo, que no podía seguir así —susurra mirando el suelo—. Incluso llegué a decirle que estaba con otro chico, y que lo nuestro no podía ser. Estaba desesperada, Katrina. Esta no relación, me trae de cabeza.

—Porque tú quieres. ¿Y qué te contestó?

Se pasa las manos por la cara, en señal desesperante.

—Que no se me ocurriese marcharme, y que dejara al chico con el que estaba.

Hace una mueca con los labios, y yo no puedo evitar llevarme las manos a la cabeza.

—Tú no estás bien de la cabeza, tenías que haberte marchado sin darle más explicaciones. Nos hubiéramos apañado como fuera.

—No puedo... Sé que lo hago mal, pero... el corazón manda. —Me mira abatida.

Toco su brazo con mimo, para después estrecharla entre mis brazos. Intento consolarla como puedo, pero, en el fondo, sé que no solucionaré nada con unas simples palabras, y mejor que yo, no lo sabe nadie. Por unos instantes, me olvido del cacharrito que hay encima del lavabo de color blanco, y cuando me separo, ambas nos miramos dispuestas a ver la respuesta.

22

Un rato después llego al hospital, rezando para que Joan se haya despertado. No puedo seguir viéndole tan frágil, tan indefenso. Corro por el pasillo y, antes de llegar al ascensor, me suena el móvil con un mensaje de Erika.

—Ha despertado. Mi madre se encuentra con él, acaba de pasar el médico y parece que está mejorando con rapidez. ¡Ya le tenemos de vuelta!

Finaliza con una carita sonriente, y eso hace que una amplia sonrisa se instale en mis labios. Dejo el ascensor a un lado, y subo las escaleras de cuatro en cuatro hasta que llego a su planta. Atravieso el pasillo a toda prisa y, al llegar a la habitación, abro la puerta con tanta fuerza que choca en la pared.

Joan y Silvana giran sus rostros hacia mí, y no puedo evitar derramar un par de lágrimas que caen por mis mejillas, mojándolas.

—¡Joan! —exclamo.

Llego hasta él de un salto y me abalanzo encima de su cuerpo sin pensar. Un quejido sale de su garganta, lo que hace que me separe de él, de inmediato.

—Perdón, perdón.

Sonríe y, en ese momento, creo morir al ver esa perfecta dentadura blanca, con su particular cara de rufián.

—No dejas de hacerle daño —añade Silvana con tono despectivo detrás de mí.

Me giro para contestarle, pero, en este caso, es su hijo el que habla por mí, y de nuevo vuelve a sorprenderme.

—¡Ya basta! Déjanos solos —sentencia firme.

—Pero...

—Ni peros ni leches, madre.

Silvana se traga las palabras que estaba a punto de decir, y se va todo lo altiva que puede. Esta mujer es insufrible.

Al cerrar la puerta, no puedo evitar girarme para ver el rostro de Joan, y llenarlo de besos. Se ríe, a la vez que agarra mi cintura con cariño. Me siento en el filo de la cama y cojo su mano con las mías.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto con desesperación.

—Bien, mucho mejor ahora que te veo. —Sonríe—. ¿Conseguimos el bolso por lo menos?

El puto bolso...

—Sí. —Pongo mala cara—. El hombre lo soltó cuando... —Cierro los ojos un segundo—. Hubiese preferido que se llevara mil bolsos a que estuvieras aquí.

—Estoy bien, y tenemos el bolso —asegura burlón.

No puedo evitar sonreír al escucharle hablar de esa manera. Sin preocupaciones, sin miedos, sin nada. Hasta que recuerdo que debo mantener una conversación con él, y sé que mi rostro cambia.

—¿Qué te pasa? —pregunta incorporándose un poco.

Le ayudo a colocar las almohadas detrás de él, intentando evitar contestarle. Me conoce demasiado bien.

—Katrina...

Y ese tono de «contéstame», me suena tanto que mi mente vuela a las miles de veces que conseguía sacarme cualquier cosa con solo pronunciar mi nombre. No sé mentir, tengo que reconocerlo.

—Nada, no pasa nada.

—Si te preocupa que Kylian haya intentado matarme, te diré que no, no lo ha hecho.

Sus labios se curvan, los míos lo intentan, pero no lo consiguen. Arruga el entrecejo, y yo me maldigo a mí misma por no saber disimular ni una sola vez en mi vida.

—¿Es por la charla que tuviste ayer con mi madre? —Alza una ceja, yo tengo que sonreír, esta vez con orgullo—. Hiciste bien en contestarle, yo también lo hubiera hecho.

—No hables así de tu madre —le regaño.

—Empiezo a darme cuenta de que si mi madre no te quiere, no quiere mi felicidad. Y eso solo significa una cosa.

—¿Qué? —inquiero.

—Que no pretende que sea feliz, sin más.

—No digas tonterías, Joan.

Paso una mano por su pecho, perdiéndome en mis pensamientos y, antes de que pueda reaccionar, este la agarra con suavidad y me observa.

—Cuéntame qué pasa por esa cabeza.

—Cuando estés mejor hablaremos, no te preocupes ahora por nada.

¡Me cago en mi lengua! Esa respuesta solo da aliciente para que te pregunten más.

—Estoy bastante aburrido, tengo tiempo para escucharte.

Me deshago de su agarre despacio, y me revuelvo un poco incómoda. Mis ojos se fijan en la cama que tiene al lado.

—No es nada.

—Katrina, dímelo.

Esta vez su tono es firme, y la chispa ha desaparecido. Me giro para contemplarle, cuando noto cómo mis ojos empiezan a quemar, dándome a entender que un llanto desgarrador está a punto de salir de mi garganta. Trago el nudo de emociones que se crean en ella, momento en el que Joan arruga el entrecejo con énfasis.

—¿Qué pasa? —Se preocupa.

Carraspeo sin apartarle la mirada.

—Es... —Suspiro con fuerza.

—Me estás asustando, ¿te encuentras bien? Mi padre me ha dicho que ayer estabas muy rara. No sé por qué te has quedado cuatro días aquí, un hospital no es sano para nadie —me regaña.

Niego con la cabeza.

—Si necesitas descansar, vete. No te preocupes por mí, yo estoy bien, además, puedes llamarme cuando quieras, y...

Le corto cuando noto que voy a echarme a llorar en cualquier momento.

—Estoy embarazada.

Veo cómo se queda petrificado, sin saber qué decir. Abre la boca cuando está a punto de hablar, pero de nuevo su gesto se endurece y sus labios se juntan en una fina línea inseparable. Observo que su pecho sube y baja con una intensidad desbordante, sus pulsaciones comienzan a ser muy elevadas y la máquina comienza a pitar sin parar. Se arranca con dureza los parches que cubren su pecho, y esta deja de emitir ese sonido chirriante. No aparta la mirada de mí y, en cierto modo, comienza a asustarme más de la cuenta su respuesta.

—Joan... —murmuro con voz estrangulada.

Gira su rostro hacia la ventana y cierra los ojos durante unos segundos que, para mí, son eternos. Cuando los abre, los tiene tan encharcados que me es imposible diferenciar la intensidad de ellos. Sin mirarme, formula la

pregunta mágica:

—¿Se lo has dicho?

Su voz no denota nada. Ni felicidad, ni tristeza, ni siquiera enfado.

—No —musito.

Asiente con lentitud, y cuando pienso que me dirá algo distinto, me hundo como un barco a la deriva.

—Déjame solo, por favor.

Recojo las lágrimas que caen por mis ojos, levantándome con un dolor aplastante en mi alma. Sé que es la decisión más acertada para no decirnos cosas que no sentimos, y de las que después, nos podemos arrepentir. Y, en el fondo, su reacción me alivia a la vez que me mata.

Cojo mi bolso del asiento de su lado y me dirijo hacia la puerta, no sin antes echarle un último vistazo. Pero él continúa como antes, con la vista fija en la ventana, sin atreverse a girar su rostro. Cierro la puerta al salir, apoyándome en ella, y permitiendo que las lágrimas caigan sin control por mis ojos. No hay nadie, y menos mal.

Cuando llego al final del pasillo, pulso el botón del ascensor y las puertas se abren encontrándome con Erika y Kylian. Ambos me observan preocupados.

—¿Te encuentras bien? —pregunta su hermana.

Asiento y, sin decir nada, cojo las escaleras y bajo por ellas todo lo rápido que puedo, sintiendo cómo unos pasos se acercan detrás de mí. Es él. Es Kylian.

—¡Katrina!

Se detiene cuando para su marcha delante de mí, impidiéndome salir.

—¿Ha pasado algo?

Niego con la cabeza, observándole fijamente.

—¿Entonces por qué lloras?

Suspiro.

—Tengo que marcharme, Kylian. Ahora no es el momento de mantener una conversación.

Intento pasar por su lado, pero de nuevo me para.

—Dime qué te pasa por lo menos. ¿Es por Joan?

—Déjalo, Kylian.

Me suelto de su agarre y avanzo hacia la puerta, sintiendo cómo me clava la mirada. Pero yo estoy inmersa en una sola cuestión. ¿Será de Joan o de

Kylian?

23

Dos días después y, tras hacerle las mismas visitas a Joan, el cual se muestra más esquivo de lo normal conmigo, le dan el alta. Y Paul se empeña en que tenemos que comer todos en su casa para celebrar su recuperación. Me sorprende cuando me dice que lleve a Enma, a la que ha visto dos veces contadas, y agradezco ese gesto dadas las circunstancias que habitualmente me encuentro en su casa; entre Susan y Silvana.

—Dame esos zapatos, venga, que no tenemos todo el día.

—Ahora los recojo yo —contesta huraño.

Sin prestar demasiada atención a la charla de tira y afloja que tienen ambos, me dedico a coger las cosas del cuarto de baño, pasando desapercibida para ellos. Me veo obligada a detenerme cuando el malestar de todas las mañanas se hace con mi estómago. Apoyo las manos en el filo del lavabo y respiro profundamente para después mojar un poco mi cara, momento en el que la puerta del baño se abre y me recompongo como si no pasara nada.

Observo cómo Joan pasa detrás de mí, mirándome de reojo, pero no dice nada, como lleva haciendo estos días. Su mutismo me enfada y a la misma me hace verlo comprensible, si yo me encontrara en la misma posición que él, no sé cómo reaccionaría. Coge el bote de gel y lo mete con rapidez en el neceser de mano, justo en el instante en el que me doy la vuelta, intenta salir y me choco con su pecho.

—Perdón —murmuro.

Me giro sin mirarle y este agarra mi mano antes de que salga. Temblorosa, intento fijar mis ojos en los suyos, que me contemplan con una intensidad desbordante.

—¿Estás bien? —pregunta con tono normal.

Asiento. Él imita mi gesto, pasa su mano rozando la mía para llegar a la manivela, y la abre para que salgamos. Ese simple contacto hace que miles de calambres me atraviesen la piel, y que de nuevo mis ojos se empañen.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta la estridente voz de Silvana.

—Recoger, ¿acaso no lo ves?

El tono de Joan es tan mordaz que me intimida hasta a mí. Jamás le había

visto tratar a su madre de esa manera, y es algo que realmente comienza a preocuparme. Salgo de mi escondite para dejar las dos cosas que me ha dado tiempo a recoger encima de la mochila.

—Creo que ya está todo —anuncio.

—Pues ya te puedes ir, querida.

Su tono sarcástico me crispera, la miro con mala cara y después paso mis ojos a Joan que sigue inmerso en sus cosas, poniéndose los zapatos.

Mantengo mi vista en su musculada espalda, deleitándome con cada gesto, con cada línea que se marca firme y tensa, sin poder evitar sonrojarme al notar cómo mi cuerpo arde a grandes escalas. Oigo que Silvana carraspea, y eso hace que deje mi escrutinio a un lado.

Doy un paso más y me pongo justo al lado de Joan, que sigue de espaldas a mí, e intentando hacer acopio de mis fuerzas para mirarle, le digo:

—Voy a pasar por casa antes de ir a comer. Tengo que recoger a Enma.

Asiente.

—Luego... —musito— nos vemos.

Voy a darme la vuelta para marcharme cuando habla:

—Madre, déjenos solos un momento.

Mi cuerpo se tensa al escuchar esas simples palabras, mientras oigo a Silvana resoplar.

—Lo que tengas que decirle puedes hacerlo delante de mí. Ya no me puede asustar nada.

Se cruza de brazos después de soltar su pullita, y nos observa a ambos. Joan la mira con el semblante turbio, y esta, al ver su gesto, sale sin decir ni media palabra.

Entrelazo mis manos a la altura de mi barriga hasta que se cierra la puerta. Él se da la vuelta y queda a escasos centímetros de mí. Me analiza con intensidad, y yo hago el esfuerzo de mantenerme firme, pero me es imposible.

—¿De verdad piensas venir?

Frunce los labios para después convertirlos en una fina línea infranqueable.

—Sí. A no ser que no quieras que vaya.

Suspira con fuerza y asiente lentamente.

—Si mi padre te ha invitado, yo no soy quién para decirte lo contrario —

contesta sin mirarme.

Cierra la mochila con fuerza, momento en el que poso una de mis temblorosas manos encima de su brazo. Me mira a mí, y después a mi agarre, que suelto de inmediato cuando sus ojos se enfrían como el hielo.

—Aunque lo haya hecho, repito, si quieres no voy.

No contesta, solo se dedica a escrutarme con detenimiento.

—Nos vemos a las dos —sentencia.

Asiento. Me alzo de puntillas y deposito un pequeño beso en su mejilla, notando que se queda paralizado como lo ha estado haciendo estos dos días desde que le conté lo del embarazo. Cuando me despego de él, lo hago lentamente, pudiendo ver cómo pasa sus ojos de los míos, a mi boca y, antes de que esa conexión termine, me besa.

Me besa con tanta fuerza que temo perder la conciencia en el momento. Sus labios exigentes me apresan, mientras que su lengua recorre cada rincón, haciéndose el hueco que necesita, y del que es merecedor. Mis manos sueltan el bolso, dejándolo caer con un sonoro ruido. Agarro su cuello con ambas manos, y él cobija mi rostro en las suyas, dándole más énfasis al beso tan sumamente salvaje que estamos teniendo.

Segundos después todo se va al traste cuando la puerta de la habitación se abre, y la puñetera Silvana, entra.

—He escuchado... —Se calla al vernos. Me separo y Joan lo hace a regañadientes— un ruido —termina la frase con mala cara.

Trago saliva y miro de reojo a Joan que no aparta sus bonitos pozos negros de mí. Me agacho para recoger el bolso, lo cuelgo de mi hombro y le observo.

—Nos vemos luego.

Mojo mis labios intentando impregnar durante un rato más el sabor de su boca. Él no dice nada, solo se limita a observarme, mientras que Silvana lo hace con esa chulería que tanto la define, y que tanto odio. Al salir me echa un último vistazo, uno de los que, si pudiera, me mataba con ese simple gesto.

Media hora después llego a casa y subo las escaleras hasta llegar a mi puerta. Entre Enma y Dexter hemos terminado de reorganizar la casa y, por fin, he dejado a mi amiga sola. Al abrir me la encuentro hecha un ovillo de lana en el sofá, con una gran maleta.

Abro los ojos como platos, preguntándome mentalmente qué demonios ha

pasado. Enma no huye de su casa así como así, y algo grave tiene que ser.

—¿Enma?

Esta levanta la cabeza de su escondite. Tiene los ojos hinchados de tanto llorar, me mira a través de sus pestañas y suspira a la vez que las lágrimas empiezan a bañar sus mejillas.

Tiro el bolso al suelo y corro hacia ella. Me agacho para estar a su misma altura, y esta se abalanza sobre mí.

—Eh, eh, ¿qué ha pasado?

—Ya está —murmura sollozando tan bajo, que casi no la entiendo.

—Enma, ¿qué ha pasado? ¿Te ha hecho algo?

Mi rictus cambia al recordar al maldito de su jefe. Ella asiente, y la sangre comienza a hervirme.

—Enma, cálmate y vamos a hablar, ¿vale? Voy a llamar a Paul para decirle que no iremos a comer.

—¡Noo! —grita—. Con lo que te ha costado que ese hombre te quiera, aunque sea solo un poco, para que ahora lo echas a perder.

No sé cómo puede gastar bromas estando de esa manera, nunca lo entenderé.

—La comida me importa una mierda, ahora mismo la que me preocupa eres tú.

—No lo hagas, necesito despejarme. —La miro sin convencimiento—. De verdad, te prometo que estoy bien.

Achico los ojos y ella se ríe.

—Cuéntamelo.

Su gesto cambia cuando le hago esa petición, y suspira.

—He dejado a Edgar, definitivamente.

—¿Y? ¿Necesitas una sobredosis de azúcar para olvidarlo?

Ahora se ríe con más fuerza.

—Me vendrá bien. Podríamos quedar mañana con Dexter, y lo celebramos.

—Por tu cara, creo que poco vas a celebrar —aseguro.

—No es eso, Katrina.

Me observa con fijación, pero con temor a la misma vez, y eso, no me gusta.

—¿Entonces? —cuestiono sin saber a qué se refiere.

Tras unos segundos de silencio, mira hacia la ventana y en un susurro,

contesta:

—Sé que vendrá a buscarme.

Joan

Llego a la casa de mis padres, y la primera en recibirme efusivamente es Susan, la cual ha venido desde Nueva York lo más rápido que ha podido. Doy un pequeño bote hacia atrás cuando se tira, literalmente, encima de mí.

—¡Ten cuidado, le vas a hacer daño! —la regaña mi madre.

Alzo una mano para que no se preocupe, pero ella, como de costumbre, tuerce el gesto y se marcha hacia la cocina. Una de las sirvientas aparece, informando a mi madre sobre una visita que la espera en la sala de estar, ¿con quién ha quedado?

—Lo siento muchísimo, lo siento. —Susan me besuquea la cara entera—. No sabía cómo volver, y estaba muy asustada al no poder verte, ¿cómo estás? —pregunta atropelladamente.

—Bien, tranquila. —Me río—. Solo tiene que curarse. Además, he tenido varias enfermeras. —Sonrío de medio lado.

—Sí... —Pone mala cara—. Ya me contó madre que había estado tu exmujer contigo.

—No es mi exmujer, Susan —le rectifico.

—Pero pronto lo será, ¿no? —Me mira fijamente.

—Ahora no es el momento de hablar de eso. ¿Tenemos visita?

Susan alza los hombros en señal de no saberlo, y yo me dirijo hacia la sala donde mi madre se encuentra para ver de quién se trata.

—¡Joan!

La voz de Erika hace que me pare a mitad del camino.

—¡He aprobado los exámenes que me quedaban!

Sonrío de oreja a oreja y la abrazo.

—Me alegro mucho por ti, ¿sabes con quién está madre?

—No. Solo sé que tenía visita, pero no de quién se trata.

Le doy un casto beso en la frente y abro la puerta de la sala, me extraña muchísimo que, teniendo una comida familiar, quede con alguien. Mi madre me observa con cara de espanto, y la mujer con la que se encuentra, se gira para ver quién soy, y a la misma vez se vuelve mirando a la estantería.

Arrugo el entrecejo al reconocerla, y contemplo a mi madre sin entender nada.

—Joan, cariño, estamos reunidas. Déjanos solas, por favor.

Asiento fuera de lugar, y cierro la puerta detrás de mí. ¿Qué hace aquí?

Quince minutos después y tras estar dando vueltas como un león enjaulado esperando a que salgan, oigo cómo se acercan varios coches a la entrada de casa. Miro por la ventana y allí esta. Tan hermosa y radiante como de costumbre. Sé que no he actuado como debería con ella, pero el simple hecho de pensar que el hijo que espera pueda ser de Kylian, me parte el alma en dos, y es algo que no puedo evitar.

La veo bajarse del coche con su habitual sonrisa, la misma que yo borré de un plumazo un día por gilipollas, y lo mismo de lo que me arrepentiré hasta el día que me muera. Inclino la cabeza hacia la derecha para poder observar con más precisión cómo llega hasta la puerta. Va bromeando con Enma, seguramente sobre alguna de sus chorradas, las mismas que me han sacado más de una sonrisa en muchas ocasiones.

Sus esbeltas piernas se alzan presuntuosas bajo unas cuñas marrones, y su vestido con un poco de vuelo que le sienta como un guante. Miro cada facción y cada detalle de su cuerpo, deseando perderme en ella por completo como tantos días llevo imaginando hacerlo y, aunque sé que ahora no es el momento, mis instintos primitivos me piden a gritos que la vuelva loca de placer hasta el amanecer.

Esos pensamientos se van de mi mente, como si un jarro de agua fría hubiera caído encima de mí, cuando veo cómo Kylian las sigue. Voy hacia la puerta como un huracán, abriéndola de par en par y con el rostro contraído por la furia, le miro.

—¿No tendrás los santos cojones de quedarte a comer? —bufo.

Intenta decir algo, pero, antes de que pueda hacerlo, mi padre aparece en escena para salvar su culo como de costumbre.

—Papá —le saluda este.

Papá.

La palabra prohibida, según mi madre... La misma que él sí puede decir, ya que no tiene normas y todas esas gilipolleces que la señora Johnson se inventó cuando éramos unos niños. Algo que, el fondo, me da tanta rabia que algunas veces es imposible que no se me note en la cara.

Miro a mi padre que parece encantando de la vida por ver a su hijo.

—No pienso comer en la misma mesa que este —aseguro con rudeza.

—Vamos, hijo, acabas de salir de una situación escambrosa. Lo más normal es que estemos toda la familia junta.

Si el supiera... Porque la única que se ha enterado de todo lo que ha pasado es mi madre, y aún no sé cómo ha podido hacerlo, y menos de toda la versión de la historia. Este pasa por mi lado sin mirarme, Katrina se para frente a mí, y toca mi brazo en repetidas ocasiones para que me tranquilice.

—Solo es una comida —susurra en mi oído a la misma vez que deposita un suave beso en mi mejilla.

Acto que consigue encender hasta el lugar más dormido de mi cuerpo.

—¿Cómo estás? —pregunta su amiga pegándose a mí.

Enma se funde en un abrazo que acojo encantado, y le respondo con una amplia sonrisa.

—Mejor, ¿y tú? —pregunto al ver sus ojeras.

—No preguntes —afirma haciendo una mueca con los labios.

En ese momento la puerta de la sala se abre, y de ella sale mi madre con la susodicha que he reconocido cuando entré. Saluda a mi padre, con un leve movimiento de mano, y se marcha sin decir ni media palabra; mi madre va tras ella hasta la puerta.

—¿Quién es esa mujer? —le pregunto a mi padre.

No pasa desapercibida para mí la mirada que Kylian le echa a aquella mujer, ni su manera de fruncir el ceño.

—Es una buena amiga de tu madre.

Giro un poco mi rostro con confusión. ¿Qué demonios pasa aquí? Vuelvo mis ojos a Kylian, y este me mira al instante.

—¿Esto tiene que ver algo contigo también? —escupo con rabia.

—Eh, Joan, ¿qué pasa? —pregunta Katrina poniéndose a mi lado.

Mi madre aparece en escena, posicionándose entre los dos.

—Dejaos de tonterías, y vamos a comer.

—Me importa una mierda la comida.

—¡Joan! —me regaña mi padre, dado el tono de voz elevado.

Katrina arruga el entrecejo cuando digo señalando hacia la puerta:

—¿Qué cojones hacía esa tía hablando contigo?

Me doy cuenta de que estoy perdiendo los estribos, la educación y todo lo que siempre me rodea e intenta tenerme en una armonía medio normal...

—Elsa es una conocida, no sé por qué te pones así —contesta mi madre.

—¿Una conocida? —pregunta mi padre extrañado—. Dirás una de tus mejores amigas, anda, vamos a comer y cambiad esas caras.

Noto cómo un torrente de furia empieza a subir desde mis pies hasta mi cabeza, avisándome de que está a punto de estallar en cualquier momento. Me acerco a Kylian, amenazante, y este responde alzando su barbilla con chulería.

—Como sea alguna de tus cosas, te reviento aquí mismo, y no quedará de ti esta vez ni los despojos.

—No me amenes... —contesta con el mismo tono.

Katrina se interpone entre los dos, intentando separar nuestros cuerpos casi pegados.

—¡Ya basta! Queréis calmaros, por favor.

La miro y veo el miedo instalado en su rostro, pero no puedo evitar que la sangre me hierva.

—A ver si empiezas a darte cuenta de la familia que te rodea, Joan.

Y antes de que pueda irse al salón, cojo el filo de su camisa, por la parte del cuello, tirando de él hacia atrás, para terminar pegándole un buen golpe con todas mis fuerzas en la pared de mármol.

—¿De qué coño estás hablando?

—¡Joan! —grita mi padre que se apresura a venir hacia nosotros.

Intenta separarme de él, pero no lo consigue, la ira me ciega y contra eso no podrá.

—Joan, por favor, suéltale —me pide Katrina a mi lado.

Kylian se ríe como un demente, y reparo en que está observando a mi madre con suspicacia.

—¿Quiere empezar usted, Silvana? —pregunta con sarcasmo.

—No sé de qué estás hablando —asegura ella tan firme como de costumbre.

—Hijo, ¿qué estás diciendo? —cuestiona mi padre.

Arrugo el entrecejo, dándole otro pequeño empujón que hace que agarre la única mano con la que le tengo sujeto.

—Habla —siseo.

—¿De verdad vas a creerte una sola palabra de lo que ese bastardo te diga? ¿Después de haberse acostado con tu propia mujer?

El silencio se hace en la sala, y veo cómo mi padre da un par de pasos hacia atrás sin entender nada. Katrina comienza a palidecer por segundos, y

mis hermanas y Enma se mantienen al margen, observándolo todo.

—Y, ¿cómo se supone que tienes tantos detalles de todo? —pregunto en tono mordaz.

—Hijo, me lo has contado tú.

Suelto un suspiro irónico. Todos se piensan que soy imbécil, y me da a mí que algo de razón al final van a tener. Porque sí, parece que el único que no se entera de nada, soy yo.

—Yo no te he contado nada.

Y, por una vez, mando a tomar por culo los formalismos, y mi voz toma la igualdad de un tirano. Aprieto el cuello de Kylian, y este alza las manos en son de paz.

—Ya que no empieza ella, lo haré yo. No pienso ser el malo de esta película ni un solo segundo más.

Achico los ojos con determinación.

—Si tener una madre significa que se compinche con uno de tus trabajadores para que te drogue una noche, y aparezcas al día siguiente con una mujer que ni conoces en tu cama, y la cual es su mejor amiga —empiezo a palidecer—, y encima, no te has acostado con ella, aunque tú creas que sí, y jodas tu relación con la persona que quieres, perdona, pero déjame que te aconseje que la mandes a la mierda.

Suelto el agarre con lentitud, nadie habla y veo cómo Katrina se lleva las manos a la boca sin entender nada. Giro mi rostro poco a poco hasta posar mis ojos en la señora Johnson. —Viva el sarcasmo—. Trago el nudo de emociones que está a punto de salir, y ella se adelanta:

—Eso no es cierto. Yo no tengo la culpa de sus actos. —Sigue con su tono impertérrito.

Contemplo a Katrina que me mira horrorizada, mientras que Kylian se remanga la camisa y continúa hablando:

—Y si de paso le añadimos la guinda al pastel, mejor que mejor. ¿Qué podemos hacer para que odien más todavía a Kylian Johnson? —ironiza—. Sobornarle con una cuantiosa cantidad de dinero para que busque a tu mujer y se acueste con ella, no una, sino dos veces, y para que después, al ver que su plan ha fallado, don Kylian pueda rematarlo mandándole las fotografías de dichos encuentros y, de esa manera, poder hundirlo todo un poquito mejor.

Doy dos pasos atrás, confundido a más no poder, me llevo las manos a la cara, y las paseo durante un rato por ella para intentar tranquilizarme. Mi

padre sigue sin decir nada, mi madre está roja de la rabia, y no tarda ni dos segundos en explotar.

«No puede ser..., no... —me repito mentalmente una y otra vez—, mi madre...».

—Madre, ¿es eso cierto? —pregunta Susan con temor, y cierto reproche.

—¡No iba a permitir que mi hijo arruinase la vida con una don nadie! ¡Él se merece algo mejor! —escupe con fuerza.

—Ah, y se me olvidaba que, a todo esto, mi padre no sabía nada. Ya que el dinero lo robaba de su cuenta. Y si no me creéis, mirad las cuentas —apunta.

—¡Mentiroso!

Mi madre comienza a avanzar a pasos agigantados hacia Kylian para golpearle, y todos intentan ponerse en medio menos yo.

—¿Qué coño sabrás tú lo que quiero o no? —pregunto con un hilo de voz.

—¡Ella no te merece!

Y reviento como un volcán de lava.

—¡¿Y por eso decides arruinar mi vida con la mujer a la que amo?!
¡¿Tratarás así a tu nieto también?!

Me doy cuenta demasiado tarde de lo que acabo de soltar por mi boca.

25

Siento cómo me arden las mejillas de la impotencia por no poder estampar a Silvana, y a la misma vez, noto que mis manos comienzan a sudar por lo que acaba de decir Joan. Todos me miran estupefactos, excepto Enma.

—¿Está embarazada? —pregunta Silvana con horror.

Joan suspira y da varios pasos hacia los lados, intentando calmarse. Yo, en mi caso, no me muevo del sitio.

—Todo esto... —murmuro con un hilo de voz—. Todo esto ha sido un rastrero plan, ¿tuyo? —La observo sin pestañear.

Silvana achica los ojos con ganas de asesinarme.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —pregunta ella mirando a Joan, el mismo al que, por lo que veo, la situación le está superando—. ¿Piensas criar a un niño de esa? —Me señala con desprecio—. Y, si luego resulta que es un bastardo como él —ahora señala a Kylian—, ¿lo cuidarás también? ¡¡Has perdido el juicio, Joan!!

—¡¡¡La única que ha perdido el juicio has sido tú!!! —ruge con todas sus fuerzas Joan.

Veo cómo Paul se marcha en silencio, pensativo y a la misma vez confuso. Cierra la puerta del salón tras él, y Silvana no hace ni el amago de ir en su busca.

—¿Estás embarazada?

Después de esta pregunta, reparo en Kylian, el mismo que la ha hecho, y el mismo que palidece por segundos. Pasa sus ojos abiertos como platos a Joan, y él le responde fulminándolo con la mirada.

—¿Cómo has caído tan bajo?

La voz de Erika habla en un susurro desgarrador, lleno de dolor y frustración, la misma que sentimos todos ahora.

—¿Eres tonta?! —vocifera Silvana—. ¡¡¡Siempre ella!!! —Me señala de nuevo—. La perfecta, guapa e inteligente Katrina. ¿Y yo qué? ¿Qué pasa conmigo?! ¡¡¡Ella no vale nada, y lo ha demostrado acostándose con otro hombre!!! ¡¡¡Con su hermanastro!!!

Termina apuntando a Joan con el dedo.

—¿Todo esto porque... ella es diferente a ti? —pregunta Joan sin

palabras.

—¡¡¡Malditos imbéciles!!! Me he tirado toda la vida criándoos, perdiendo mi tiempo con unos mocosos desagradecidos, y ahora, encima tengo la culpa de intentar salvarte la vida. ¡Estúpido!

Al ver que el silencio reina en el ambiente, sin saber qué hacer o qué decir después de la escenita de celos enfermizos por parte de su madre, ella mira a Susan que permanece inmóvil sin hablar.

—Susan, ¿a que tengo razón, cariño?

Ella niega lentamente con la cabeza, sin poder creerse lo que su madre está diciendo.

—¿¡¡¡Cómo que no!!!? ¡Siempre te ha caído mal!

—No madre —contesta—. Me caía, rectificas. —Sus ojos están vidriosos, y puedo ver cómo le tiembla el labio inferior—. Tú nos metiste en la cabeza a Erika y a mí que Katrina era una mala persona con Joan, y lo que acabo de descubrir es que el problema lo tienes tú —acaba con un susurro.

Niega de nuevo, y sube las escaleras hacia su habitación, llorando, mientras que Erika me mira pidiéndome disculpas y sale en su busca. Paul aparece de la nada de nuevo, mira con firmeza a Silvana, y esta, sin inmutarse, le contempla altiva.

—Silvana, se acabó este espectáculo.

Abre la puerta indicándole que pase, y ella le observa con mala cara.

—No pienso hacer lo que me digas, viejo estúpido.

El corazón se me para. Jamás en la vida había visto a Silvana tratar de esa manera a Paul, nunca me hubiese imaginado que, detrás de todo esto, podría estar ella. Paul entrecierra los ojos de tal manera que parece querer matarla en aquel preciso instante. Miro hacia mi derecha cuando Joan pasa delante de mí con los ojos anegados en lágrimas, y sale por la puerta principal a toda prisa.

—¡Joan!

Corro detrás de él, Enma y Kylian me siguen, pero cuando salgo no le veo, y lo siguiente que escucho es el gruñido del motor de su coche, saliendo disparado hacia donde quiera que vaya. Subo a mi coche para intentar alcanzarlo.

—¿A dónde vas? —pregunta Enma alterada.

—A buscarle.

—Katrina, tenemos que hablar. —Kylian se apoya en la ventanilla del coche.

—Ahora no es el momento.

Arranco sin más, y salgo derrapando de allí.

Al llegar a la salida, el coche de Joan se ha hecho una gota de agua y es imposible saber dónde puede haber ido. Cojo mi móvil e intento llamarle varias veces, pero nada, sale apagado. Alzo la vista sin saber qué hacer, hasta que, al final de la calle, veo a la mujer que antes estaba en la casa de los padres de Joan, metiéndose en otra vivienda. Piso el acelerador y me paro de manera brusca justo a su lado.

La mujer pega un bote del susto, y yo doy un gran portazo en la puerta de forma intimidante. Ella me observa asustada cuando doy un paso adelante.

—¿Quién cojones eres? ¿Y qué hacías en la cama de mi marido hace tres años? —gruño.

Da un paso atrás, se gira, e intenta meter la llave en la cerradura de la que, supongo, será su casa. Agarro su hombro y con fuerza le doy la vuelta para que me mire.

—Si no me dices lo que te acabo de preguntar, empezaré a darte hostias hasta que respondas.

Mi tono tajante hace que se haga más pequeña.

—Si... si digo algo... —titubea— me matará.

Arrugo el entrecejo, ¿se refiere a Silvana? Ella no sería capaz de matar a una mosca, ¿qué está diciendo? Alzo mi mano para darle un buen guantazo, momento en el que ella se tapa con su otra mano para detener el supuesto golpe que no llego a darle.

—¡Está bien! ¡Por favor! No quiero problemas, ella me pagó porque lo hiciera, pero no me acosté con tu marido —cuenta atropelladamente.

Abro los ojos, sin entender nada, y la mandíbula me llega al suelo.

—No... ¿no te acostaste con Joan?

Sus lágrimas caen como puños por su rostro, a la vez que niega sin parar. Bajo mi mano con lentitud, quedándome traspuesta sin saber qué hacer. Ella aprovecha la ocasión para meterse en su casa y, de manera torpe, echa la llave para que no pueda entrar.

Pocos minutos después subo a mi coche, y me dirijo a mi piso, necesito digerir toda la información del día de hoy, o morir en el intento.

Al llegar al piso, me encuentro a Enma y a Dexter sentados en el sofá. Pegan un bote de él cuando entro por la puerta.

—¿Le has encontrado? —pregunta Enma desesperada.

Niego con la cabeza varias veces.

—¡Madre mía! —chilla Dexter—. Siéntate y explícame esto de nuevo, porque Enma me ha dejado serias dudas.

Tiro las llaves encima del recibidor, junto con el bolso y me siento a su lado pasándome una mano por la cara en repetidas ocasiones. Le cuento todo lo que ha pasado de principio a fin y este me observa sin pestañear.

—¿Estás embarazada y no sabes de quién es?

Asiento con pesar.

—Y tu supuesta exsuegra ha hecho todo esto por la envidia que te tiene... —murmura sin creérselo.

Asiento de nuevo.

—Esa mujer está para que la encierren, ¡de por vida! —Se desespera.

—Esa misma conclusión he sacado yo hace una hora, Dexter.

—No me lo puedo creer... —Sigue sin digerir todas las cosas que le he contado.

—¿Y Kylian?

Miro a Enma preguntándole por él.

—Me ha dejado aquí, y... —Me mira con pesar—. También me ha dicho que hagas el favor de desbloquearle de todos los sitios, y le llames. Necesitáis hablar, Katrina.

Esto último lo dice en plan reprimenda al ver mi gesto negativo.

—Qué fuerte... —Dexter continúa en su mundo.

—A mí me lo vas a contar.

Y después de esa frase, permanecemos en silencio intentando asimilar los acontecimientos del día, aunque lo que más me preocupa es dónde puede estar Joan.

Sobre las nueve y media, decidimos ir a un restaurante cercano a la casa de Enma para no pringarnos en la cocina. No está el horno para bollos. Llamo a Erika un par de veces, preguntándole sobre el paradero de Joan y si sabe algo, pero la respuesta a mi pesar es negativa. Nadie sabe dónde está. Antes de llegar al restaurante paso por mi antiguo apartamento y allí tampoco hay ni rastro de él, ¿dónde se habrá metido?

Una hora después, tratamos de distraernos con otros temas que no tengan nada que ver con lo que ha ocurrido, y Dexter suelta una bomba.

—He conocido a alguien.

Las dos le miramos con interés.

—Pero... ¿alguien duradero o un simple polvo? —pregunto.

Dexter me da con la servilleta en la cara y me tengo que reír.

—¡No tonta! Alguien especial —asegura risueño.

Enma cambia la cara, y veo cómo empieza a ponerse más blanca que las paredes del restaurante. La miro intentando descifrar qué le pasa.

—Enma, ¿estás bien?

Toco su brazo para llamarla, pero no responde.

—Hija, que haya encontrado el amor de mi vida tampoco es tan grave —añade Dexter molesto.

Me giro para ver hacia dónde se posan sus ojos, y no puedo evitar sentir un escalofrío cuando veo a un gigantesco hombre, de casi dos metros, acercarse a nosotros. Tiene el entrecejo fruncido, y no aparta su azulada mirada como el mar de Enma. Su cabello negro como el azabache reluce bajo los focos del restaurante, a la vez que un *sexy* movimiento recoge uno de los mechones rebeldes que caen por su rostro cuadrado e imponente.

—¿Quién es? —pregunto viendo cómo sigue avanzando.

—Edgar Warren. Mi jefe.

26

Tres malditas semanas sin saber nada de Joan me están matando. No consigo que me coja el teléfono, siempre está apagado. He llamado a todos los contactos que tengo en el móvil para averiguar en qué lugar se puede encontrar, y nada, no ha ido ni a trabajar. Llevo, desde que pasó aquello, en la casa de sus padres, yendo todos los días a mi antiguo apartamento, a varias horas del día, a ver si le veo. Pero no hay manera.

—¡Enma! —la llamo desde la cocina—. El desayuno ya está listo. Me marcho.

Oigo un «ajá» somnoliento, y sonrío. Desde que su jefe apareció en el restaurante, y Enma salió corriendo por la puerta trasera, se ha venido a vivir conmigo, y hemos tenido que adaptar una pequeña cama en mi habitación. Por lo que se ve, Edgar no ha parado de ir a su piso, y sigue buscándola hasta debajo de las piedras. Cuando llegó a nuestra mesa y vio la carrera de Enma por desaparecer, no se molestó ni en preguntar quiénes éramos, simplemente nos echó una mirada para nada amable y, bajo su ceño fruncido y su cara de arrogante endiablado —he de decir que condenadamente irresistible—, salió del restaurante con paso firme y decidido.

Jamás había visto a su jefe, pero estaba claro que no era de extrañar que Enma se hubiese colado por él hasta las trancas. Bajo esos ojos, ese cuerpo y esa postura, se escondían muchas promesas difíciles de olvidar, y eso, es lo que le estaba pasando factura a mi mejor amiga. Llevaba tres semanas a moco tendido, zampándose unas tarrinas de helado que ni yo misma me puedo comer, teniendo las hormonas revueltas.

Bajo las escaleras de mi bloque y, al llegar a la puerta, me encuentro a Kylian, esperándome. Había quedado con él a las doce y, como un clavo, ha llegado. He de decir que desde que Joan desapareció, ha estado llamándome e intentando hacer averiguaciones por su parte, para dar con su paradero. Algo que me extraña, y a la misma vez hace que desconfíe de sus verdaderas intenciones.

—Hola —saluda con una sonrisa.

Y, aunque nuestro trato esté comenzando a ser cordial, no quiero traspasar las barreras de esta relación que tenemos, o lo que sea.

—Hola —contesto tajante—. Vamos a la cafetería esa. —Señalo con el dedo la de la esquina.

Asiente, y nos dirigimos en silencio hacia allí. Cuando llegamos, agarra la puerta por encima de mi cabeza con su estrepitoso brazo que se encuentra descubierto bajo una camiseta informal. Le miro de reajo sin darle demasiada importancia a esos detalles, y me siento en la primera mesa que veo. Tengo que terminar con esto cuanto antes.

—Habla.

Suspira y cruza sus manos encima de la mesa, dejándome ver sus esplendorosos músculos.

—¿Sabes algo de Joan?

Niego con la cabeza sin hacer ningún gesto con mi rostro. Mis labios se mantienen en una fina línea, y mis brazos se encuentran cruzados a la altura de mi pecho. Él se recuesta de forma chulesca soltando un suspiro. La camarera aparece de la nada, y dejamos la no conversación —porque todavía no la hemos tenido—, para pedir nuestras bebidas.

—No tengo todo el día, Kylian —espeto de mal humor cuando la chica se va.

—Yo tampoco —asegura mordaz.

Doy un pequeño golpe en la mesa, suficiente para que me mire todo el restaurante, inclinándome hacia delante.

—Habla de una puta vez. Estoy hasta las narices de que me toméis por gilipollas.

Me mira con mala cara.

—Yo no te tomo como tal. —Le fulmino de un simple vistazo—. Creo que ya sabes todo, ¿qué quieres que te diga?

—¿Por qué? —recalco cada palabra con énfasis.

Asiente y vuelve a inclinarse hacia delante para que haya menos espacio entre nosotros. Nuestras manos podrían tocarse en cualquier momento.

—Está bien. La primera vez que Joan estuvo con Elsa, no se acostaron, eso me lo contó Silvana un día que iba más bebida de lo normal.

Achico los ojos con desconfianza.

—Nunca he visto a Silvana beber —aseguro.

—Pues lo hace, y no te puedes imaginar cuánto. —Sonríe con ironía—. Me contó que drogaron a Joan, eso también lo sabes, lo dije en la casa de mi padre. Fue uno de sus propios compañeros, también le pagó una gran

cantidad de dinero, Ray, se llamaba.

—Ese hombre se despidió él mismo, al día siguiente.

Estaba al tanto de muchas cosas del negocio de Joan, de casi todas, o por lo menos las que me importaban. Y el despido voluntario de Ray me sorprendió bastante, pero nunca más se habló del tema. Según él, había encontrado un trabajo en el que echaba menos horas y ganaba más, algo que a Joan no le convenció, pero lo dejó pasar.

—Pues ahí tienes por qué lo hizo. —Suspiro, ¡esto es frustrante!—. Silvana llamó a su amiga, Elsa, la chica que perseguiste hasta su casa, y le pidió aquel favor. Nunca se acostaron.

—Lo sabías y no me lo dijiste cuando te conté lo que había pasado con él —le reprocho.

—No podía, Katrina.

Niego con la cabeza un par de veces mientras él continúa:

—Ya sabes que me tiré toda la vida en internados, y que nadie venía a verme. Estuve hasta los diecisiete años, y después me escapé de Manhattan.

—Un poco lejos de casa —apunto.

En este momento, puedo darme cuenta de lo venenosa que es la señora Johnson, ya que podrían haberle buscando un internado en Manchester, donde han vivido siempre.

—Era la mejor forma de tenerme alejado de la familia. Ellos podrían haber sido perfectamente mis hermanos, pero no. Las dos veces que vino mi padre a verme para cambiarme de internado, obviamente porque me metía en problemas, y no solo hablo de peleas, sino de muchas más cosas, como intentar quemar mi habitación.

Abro los ojos sin poder creer que hubiera sido capaz de hacerlo.

—No te puedes imaginar lo desesperado que estaba. —Me observa a través de sus pestañas después de esa confesión—. Como te iba diciendo, en un momento dado, mi padre me dijo que no podía irme a vivir con ellos, cuando yo se lo pedía incluso de rodillas, porque Joan era un niño especial y lo único que haría sería hacerme daño y, seguramente, para mi desgracia, acabaría peor de lo que ya estaba. —Para un segundo meditando—. Y yo, le oí.

Fija sus ojos en los míos de forma intensa, sin menear ni una pestaña. El corazón se me encoje, ¿cómo pudo Paul decir eso sobre su hijo? Trago saliva y le dejo continuar:

—Nunca supe que Silvana había estado detrás de todo aquello hasta hace unas semanas. El día que la descubrí delante de vosotros, fui a ver a mi padre y le pedí explicaciones, y este, abatido, me las dio con todo lujo de detalles. Ella no admitía que mi padre la hubiese engañado y, como tal, tampoco me aceptaba a mí, ni lo haría jamás.

—Pero te dejaste manejar por ella a su antojo, Kylian. Esa decisión fue tuya —añado en tono normal, sin ironías.

Asiente un par de veces.

—Me dejé guiar porque odiaba a Joan con todas mis fuerzas. No te imaginas lo que es criarse solo, sabiendo que puedes tener una familia, sus mismos juguetes, comer a su lado, poder estar con tu padre hasta cansarte, o cualquier chorrada que un niño piensa. Me tiré diecisiete años, Katrina. Sin tener a penas contacto ni con él, ni con nadie. Y supe ese día que había llegado mi venganza, ya no solo por la gran suma de dinero que Silvana me ofrecía, sino porque tenía a su propia madre de mi lado.

—Y decidiste que yo era la mejor baza.

Esto último que digo me molesta. He sido el peón, a fin de cuentas, de todos, sin ser consciente.

—Fue lo que ella me pidió, y yo acepté. Sé que no estuvo bien, y también sé cómo te sientes —añade al ver mi cara de disgusto—, pero en esos momentos no veía nada más, solo venganza.

—La noche que viniste a mi casa, después de llevar varios días sin saber nada de ti, ¿también fue para eso?

El simple hecho de recordar con detalles, cómo entró en mi casa y me devoró hasta la saciedad, me produce un escalofrío que no puedo evitar. Noto que mis mejillas se encienden, e intento recomponerme de inmediato.

—No. —Exhala un fuerte suspiro.

—No me mientas, Kylian —le pido enfadada.

—No lo estoy haciendo. ¡Maldita sea!

Vuelvo a cruzar mis brazos a la altura de mi pecho, y me separo de él. Necesito poder respirar, necesito tenerle lejos. Le inquiereo con la mirada para que continúe.

—Ese día... —titubea—. Fue cuando le envíe las fotos a Joan. Estuve a punto de no hacerlo, y cuando llegué a tu casa...

—Estabas arrepentido, de ahí tu comportamiento —le corto, y respondo por él.

—Sí. —Me observa fijamente.

—Pues siento decirte que no sirvió de nada.

Me revuelvo incómoda en mi asiento, al ver que no despega los ojos de mí.

—Me di cuenta de que —aparta su mirada unos segundos, los suficientes para darme un respiro, y los vuelve a posar en mis ojos—... de que me había enamorado de ti.

—¡No me vengas con tonterías! —espeto furiosa.

—Y, ¿por qué tienen que ser tonterías?

—¡Porque no me conoces!

Paso una de mis manos por mi cara desesperada, intentando aliviar el malestar que siento y toda la tensión acumulada durante estas semanas, pero parece no querer hacer el efecto deseado, y eso hace que me ponga más nerviosa. Siento la mano de Kylian encima de la mía, y pego un fuerte tirón hacia atrás para retirarla. Su semblante se apena, y el mío se molesta.

—Katrina... —susurra—. Sé que quieres a Joan, y también sé que nadie podrá reemplazarlo. —Le miro—. Y lo entiendo.

—¿Qué se supone que entiendes?

—Entiendo que le ames. Porque no es la mala persona que yo imaginé en su día.

Su comentario me desarma, y me dan ganas de abrazarle, pero me reprimo. Claro que Joan no es una mala persona, simplemente tiene sus rarezas como las tenemos todos y, en cierto modo, todo esto lo ha hecho un poco más tirano en ese sentido, pero sé que, en el fondo, él nunca ha sido así.

—Pero también tienes que pensar que estás embarazada y...

—No saques conclusiones precipitadas, todavía no he ido al médico y hasta que no lo haga, no tienes que pensar siquiera en poder ser el padre.

Esa cuestión me lleva de cabeza, y solo espero que dentro de unas semanas, cuando vaya al ginecólogo, me saque de dudas, porque dependiendo del tiempo del que esté, sabré de quién es el bebé o, por el contrario, si la duda permanecerá hasta que nazca.

—Y, si cabe la posibilidad de que sea mío, ¿qué harás?

Cierro los ojos lentamente, intentando evitar por todos los medios echarme a llorar delante de él. La situación es surrealista, y solo me podría pasar a mí.

—No lo sé, Kylian, no adelantemos nada, por favor.

—Solo te pido que no me dejes al margen de esto —musita derrotado.

Asiento con convencimiento.

—No lo haré, Kylian. Y, ahora, volviendo al tema principal, dime, ¿de verdad merecía tanto daño tu hermanastro?

—No. No lo merecía y, ahora, me doy cuenta. Pero, aparte del odio visceral que tenía hacia Joan, Silvana me ofreció una cantidad de dinero desmesurada para llevar a cabo su maléfico plan. Como sabes, trabajaba haciendo estudios de mercado en todo el mundo para posibles compradores.

—¿Trabajabas?

—Sí. Por aquella época me despidieron, y solo los hacía de forma independiente cuando me salía alguna cosa. Había meses que no tenía nada que llevarme a la boca, y lo que Silvana me ofreció fue mi salvación.

Me llevo las manos a la cabeza, intentando asimilar por enésima vez cómo el ser humano puede ser tan retorcido. Cómo una madre puede llegar hasta esos extremos, destrozando la vida de su propio hijo, según ella, su ojito derecho.

—No entiendo por qué entonces, Silvana, cuando rompí con su hijo me hizo vernos para convencerme de que debía volver con él.

Sonríe con ironía.

—Katrina, Joan, hasta el momento, estaba ciego con su madre. Ella sabía que él se encontraba allí, y también sabía que no te callarías y la insultarías si era necesario. El amor que os teníais las dos, era mutuo. Y qué decir, por supuesto, que tenía claro que no volverías con Joan después de lo de Ross.

—¿Ella también entró en esto por Silvana?

Asiente.

—Silvana ha sido consciente desde hace mucho tiempo del tema de Ross. Sabía que ella estaba perdidamente enamorada de tu marido, y no dudó en hacerla entrar en el maldito juego. El problema es que Joan...

Le corto.

—No me dio la oportunidad de defenderme.

—Exacto.

—Nunca imaginé a Ross de esa manera, no entiendo el porqué de su comportamiento, ni jamás lo haré.

—Las amistades no existen, Katrina. Un día están, y al siguiente te dejan en la estacada.

—Comienzo a darme cuenta de ello.

Tras un rato más, en el que hablamos de otros temas intentando serenar nuestras conciencias, nos acercamos a la barra a pagar nuestros cafés.

—Prométeme que no intervendrás en mi relación con Joan, si es que algún día lo encuentro —comento con amargura.

Me mira durante unos segundos que se me hacen eternos.

—Lo prometo. Al igual que vuelvo a retractarme en lo que antes te dije.

Asiento.

—No soy ese tipo de persona, Kylian. Y no haré que un bebé indefenso pague los caros actos de sus padres.

Mueve la cabeza en señal de afirmación, y llama al camarero. Mientras tanto, vuelvo mi rostro hacia el lateral y, al final de la cafetería, me encuentro con una llamativa y radiante Ross.

Es mi turno.

—Ahora vuelvo.

Avanzo hacia ella con decisión, después de darme cuenta de que Kylian está inmerso en pagar la cuenta junto al camarero. Está de espaldas y es imposible que me vea, por lo tanto, continúo con mi marcha firme e implacable. Ahora, me toca a mí.

El chico con el que está alza la vista para mirarme cuando estoy justamente detrás de Ross, esta se calla y se gira con una sonrisa deslumbrante para ver quién ha robado la atención de su acompañante. Cruzo mis brazos a la altura del pecho, y mi rostro se tiñe de ira. Apoya su mano en el respaldo de la silla, pudiendo ver cómo traga saliva con dificultad.

—Hola, Ross —la saludo con malicia.

No contesta, se dedica a escrutarme con sus ojos perdidos y llenos de miedo, es tan evidente que casi puedo olerlo.

—¿Está casado? —Paso mis ojos al chico—. O, ¿quizás tienes novia?

—¿Perdona? —pregunta él sin entender nada.

—Ross, ¿por qué no le cuentas tú lo experta que eres en romper matrimonios? —Sonrío con desdén.

Parece intentar recomponerse, pero no lo consigue del todo.

—No sé de qué estás hablando, y ahora si me disculpas, me tengo que ir.

Va a ponerse de pie, cuando empujo su hombro y la siento con un fuerte golpe.

—No, guapa, no te disculpo. Y, ¿por qué tienes tanta prisa? Seguro que acabas de llegar, ¿a que sí?

Esto último lo cuestiono mirando a su acompañante que me observa estupefacto. Al ver que no contesta, e intenta levantarse de nuevo, repito mi acto, esta vez con más fuerza para dejarle claro que no irá a ningún sitio.

—¡No me toques! —sisea con rabia.

Agarro su cola alta y tiro de ella hacia atrás. Puedo ver el dolor reflejado en sus ojos.

—Si te vuelves a acercar a mí, en algún momento de tu vida, te haré papilla. ¿Me has entendido?

—No te merecías lo que tenías —escupe con rabia.

—Lo que tengo —la rectifico, y ella palidece.

Al ver que tiene intención de rebatirme, estampo su cabeza contra la mesa de madera. Acto que hace que Kylian venga hacia mí a toda prisa. Le echo una mirada demoledora, y este se queda paralizado en el sitio. Levanto la cabeza de Ross entre lamentos por su parte, y siseo entre dientes:

—No quiero verte en mi puta vida, zorra.

Suelto su pelo con fuerza, haciendo que su cabeza se vaya hacia delante de forma drástica. Doy media vuelta, y salgo altiva de la cafetería, donde la mitad de la gente que se encuentra allí, ha presenciado la escena y mucho mejor que eso: la he dejado en vergüenza, tal y como se merece.

—¿Era necesario? —inquire Kylian al cerrar la puerta.

Me doy la vuelta como un basilisco.

—¿¡Que si era necesario!?! —exploto como un volcán—. ¡Era mi mejor amiga, y me la pegó!

—Ya te he dicho que los amigos no existen. —Sonríe.

Comienza a andar y, por alguna extraña razón, le sigo.

—¿Sabes cuántos años llevábamos juntas?

Estoy, enfadada no, lo siguiente.

—No —contesta con alegría.

—¿Dónde está la parte divertida?, ¡porque yo me la he perdido!

Intento llegar a su altura. Obviamente sus piernas son más largas que las mías, y es prácticamente imposible seguirle el paso.

—En la cara de tu amiga.

—¿También te has acostado con ella? —Alzo una ceja.

Él me imita, parándose en seco, lo que hace que yo quede unos pasos más adelante que él. Intento normalizar mi respiración agitada, debido a la carrera.

—¿A qué viene esa pregunta?

Arrugo el entrecejo. Ni yo misma lo sé. Muevo los hombros de la misma manera, y a la vez me arrepiento de haber abierto la boca.

—No, no me he acostado con ella. No suelo ir bajándome el pantalón a la primera de cambio.

Tengo que soltar una carcajada monumental después del último comentario, ¿me está vacilando? Kylian se muestra ofendido, aunque después cambia su gesto y se ríe cuando comienza a caminar.

—¿Se puede saber a dónde vas? —pregunto levantando ambos brazos.

—A mi casa. —Sonríe.

—¿Mantienes una conversación con una persona y te vas?

—¿No hemos terminado de hablar? —inquire gracioso.

—No me devuelvas las preguntas —le amenazo con el dedo.

Se ríe, y se acerca peligrosamente a mí. Deposita un casto beso en mi mejilla, y veo cómo no puede evitar mirar mis labios al separarse. Me aparto un poco confusa e incómoda por la situación que yo misma he creado al seguirle, y me arrepiento al instante.

—Tranquila. No voy a besarte —murmura con desgana.

Suelto un fuerte suspiro y asiento un par de veces.

—¿Vas a pasar por el apartamento de Joan? —cuestiona.

—Sí. Pensaba hacerlo ahora.

—Bien, si averiguas algo, avísame.

De nuevo vuelvo a asentir. Se sube a su coche, despidiéndose con la mano, y se marcha, mientras yo le pido al supuesto Dios que tenemos arriba, que Joan se encuentre en su apartamento.

Cuarenta minutos después, llego al portal, subo en el ascensor hasta la última planta, y saco las llaves de mi bolso sin hacer demasiado ruido. Giro la llave y no puedo abrir, la cadena de dentro está cerrada. Está aquí.

Me aparto cuando escucho sus pasos dirigirse a la puerta, sintiendo cómo el corazón me da un vuelco. Abre la puerta un poco, aún con la cadena puesta, para ver de quién se trata. Me asomo con timidez y, al verle, se me cae el alma a los pies. Está demacrado.

—¿Qué haces aquí?

Su tono de voz se me antoja roto.

—Llevo tres semanas buscándote como una loca —contesto con un hilo de voz.

—Pues ya me has encontrado. Adiós, Katrina.

Va a cerrar la puerta y pongo la mano para que no lo haga.

—Espera, Joan. Déjame pasar —me contempla titubeante—, por favor.

Cierra la puerta, y yo hago lo mismo con mis ojos. Hasta que décimas de segundos después, escucho cómo corre la cadena para dejarme pasar. Entro igual que un vendaval para evitar que se arrepienta, y le miro.

Va con unos simples pantalones cortos de pijama, sin camiseta, descalzo... Noto cómo empieza a secarse mi garganta, impidiendo decir una palabra coherente. Observo mi alrededor, y me encuentro unas cuantas botellas de bebidas alcohólicas de distintos tipos encima de la mesa del salón.

Lo tiene todo hecho un desastre.

—¿Dónde has estado? —Entrelazo mis manos justo a la altura de mi vientre. Él deposita los ojos en ese preciso sitio—. Estaba preocupada.

—Sé cuidarme solo —espeta de mala gana.

Cierra la puerta del todo con un leve empujón, y se dirige hacia el cuarto de baño. Yo, en mi caso, le espero paciente en el salón, recogiendo todas las porquerías que tiene esturreadas.

—Deja eso, Katrina. Ya lo recogeré después. —Escucho detrás de mí.

El pulso vuelve a jugarme una mala pasada y se me acelera. Me giro para toparme con su esplendoroso cuerpo, y no puedo evitar mordirme el labio inferior.

—No pasa nada, te ayudo a recogerlo.

Agacho la vista. No puedo soportar que me mire de esa forma tan intensa, me acelera el pulso y mi bajo vientre clama atención de inmediato. Intento pasar por su lado, no me lo permite y coge las cosas que llevo en la mano para dejarlas encima de la mesa de nuevo.

Agarra mi cara con ambas manos y me besa de manera salvaje. Su lengua busca la mía desesperada y, sin poder evitarlo, dejo caer mi bolso al suelo para poder pasear mis manos con agilidad por sus fuertes brazos.

De un solo impulso, sujeta mi trasero y me eleva para depositarme en la mesa, a la vez que con la mano que tiene libre da un manotazo a todo lo que hay, empujándolo a la otra esquina, y rezo para que no se caiga nada al suelo, o los cristales cortaran sus pies. De nuevo se apodera de mi boca con énfasis, haciendo que mi cuerpo se deshaga a cada paso que da. Mis manos le tocan con ansia, con ganas de más y, antes de poder pensarlo, bajo mis manos a su pantalón, introduciendo mi mano dentro de él. Está duro como una piedra.

Baja sus maravillosos labios a mi cuello, descendiendo por mi hombro y después, vuelve a repetir el mismo proceso llenándome de besos hasta en el último rincón. Un leve gemido escapa de mis labios, y creo desfallecer cuando llega a uno de mis pezones que, ágilmente, saca de mi sostén, para lamerlo con desenfreno. Tira de él un par de veces, haciendo que mi espalda se arquee y necesite más, le pida más.

Vuelve a mi boca con desesperación, mientras que con la otra mano acaricia con malicia mi otro pezón. Agarra mi nuca y me empuja hacia él, pegando su cadera a mí, buscando un alivio para su erecto miembro. Saco la mano de mi escondite y, con la punta de mis dedos, intento tirar de su

pantalón hacia abajo. Nuestras bocas se separan por un segundo, y puedo ver en sus ojos el deseo irrefrenable por poseerme de mil maneras, el mismo que yo anhelo a cada instante que pasa. Canalizo mi respiración como puedo, pero el aire que entra no es suficiente para llenar mis pulmones. Agarro su brazo para pegarle a mí, con el dedo índice delinear su perfecta mandíbula con una atrayente barba de varios días, y este, al sentir mi tacto, cierra los ojos.

Poso mis labios en su mentón, descendiendo junto con mi lengua, dejando un reguero de besos que llegan hasta su estrepitoso pecho, donde me pierdo más de la cuenta. Uno a uno, repaso los músculos que presuntuosos se muestran para mí. Elevo mis manos, notando cómo el calor comienza a devorarme por dentro, hasta que llego a sus mejillas y le observo con adoración. Amo a este hombre, lo amo como jamás lo he hecho con nadie más. Pongo con delicadeza mis labios sobre los suyos, sin romper esa conexión especial que ahora mismo nos une y, de esa manera, comienzo a darle pequeños y delicados besos, hasta buscar con ímpetu su lujuria que no tarda en llegar.

Cuando creo que estallaré en mil pedazos, sin haberme tocado siquiera, veo cómo se aparta confuso y, con una agilidad impresionante, se marcha a la otra punta del salón. Su gesto me extraña, y no puedo evitar que se me refleje en el rostro, como la mayoría de las veces.

—¿Qué pasa?

Recojo el tirante de mi vestido y lo subo para cubrirme un poco. Llego a su altura, mientras él se pasa la mano con desesperación por la cara.

—No puedo. —Escucho que dice.

Recuerdo la vez que me rechazó cuando estaba engañándome con Ross, y me es imposible evitar que un pinchazo atravesase mi pecho. Me mira intuyendo mis pensamientos.

—No pienses cosas que no son. Bastante tenemos ya —espeta esto último con mal humor.

—¿Entonces? —pregunto desesperada.

Niega con la cabeza, da varios pasos por el salón, abre la boca y, con las mismas, la vuelve a cerrar como si no se atreviera a decirme lo que ronda su mente.

—Joan, no puedo ayudarte si no me lo cuentas.

Me mira, y puedo ver una mezcla de rabia y pena en sus bonitos ojos.

—¿Qué quieres que te explique? —Alza las manos y sus ojos se vuelven

vidriosos—. ¿Que no sé cómo demonios ha podido hacerme esto la persona que me trajo al mundo, y la que se supone que más debería quererme? ¿Que estoy hundido por lo gilipollas que he sido? ¿O que me siento el ser más ruin y miserable del mundo?

—Joan...

Intento tocarle, pero se aparta de mi contacto como si le quemara, dándose la vuelta para quedar de espaldas a mí.

—He necesitado todos estos días para pensar con claridad.

—No podemos cambiar lo que ha pasado —murmuro intentando tranquilizarle.

No responde, parece seguir meditando sus palabras y, cuando decide hablar, el corazón se me paraliza.

—Me marcho de la ciudad.

—¿Qué estás diciendo? —Me altero.

—Me voy, Katrina. —Se gira para mirarme a los ojos—. Necesito tiempo, necesito pensar en todo esto y buscar los motivos para poder darle sentido.

Mi pulso se acelera como nunca antes lo había hecho, las manos comienzan a sudarme como están acostumbradas a hacer cuando estoy muy nerviosa, y las palabras parecen no querer salir de mis labios.

—Y... —balbuceo—, ¿qué pasa conmigo?, ¿con nosotros?

—Ya no hay ningún nosotros... —susurra.

Tomo una gran bocanada de aire, notando cómo mis ojos escuecen. Se dirige hacia mí, y, en este caso, la que da un paso atrás soy yo. Él suspira desesperado, pasándose una mano por el pelo con nerviosismo.

—¿No te das cuenta de que todo lo que tengo a mi alrededor te hace daño? Has estado mal por mi culpa, porque yo te he hecho sufrir, ¡maldita sea, Katrina! —Se enfada—. No quiero volver a destrozarte la vida.

Contemplo el suelo, sintiendo unas ganas terribles de llorar y, en ese momento, me acuerdo del pequeño que crece en mí día tras día.

—Me abandonas... —murmuro.

Intenta de nuevo tocarme y yo se lo impido.

—No voy a desatender al bebé —afirma con voz estrangulada—, si es eso a lo que te refieres.

Alzo la vista retadora, y llena de furia.

—No me importa ser madre soltera. He tomado una decisión y lo voy a tener estés o no a mi lado —aseguro con firmeza—. Me abandonas a mí, a la

Katrina por la que has estado suspirando cada puto día, a la que le has llenado la casa de flores, y por la que llevas luchando desde que nos separamos y, ahora, cuando sé que...

Dejo de hablar antes de cometer una locura y decirle lo mucho que le quiero.

—¿Qué, Katrina? —pregunta con nerviosismo.

—Nada. Tú ya has decidido por los dos —respondo molesta.

Me dirijo hacia la mesa, cojo mi bolso del suelo y me lo cuelgo en el hombro para salir disparada de allí. Le encuentro, y se va.

—Katrina, espera —me pide.

Llega justo a mi espalda, yo abro la puerta.

—¿Cuándo qué? —pregunta de nuevo con inquietud.

Vuelvo mis ojos, anegados en lágrimas, mirándole por última vez.

—Adiós, Joan.

Joan

Una semana después de la última vez que la vi, cojo el teléfono, y ya cuento que van unos treinta intentos en el día de hoy para llamarla. Al final, termino dejando el maldito aparato encima de la mesa con un fuerte golpe.

Me visto, ya que hoy tengo visita por partida doble: Kylian y mi padre. Con Kylian he quedado en el parque de debajo de mi apartamento, un lugar público del que espero que no salgamos a hostias por tercera vez, y he de decir que ganas no me faltan. Miro una de las fotografías que tengo en un cuadro grande encima del televisor, y veo la foto de Katrina, como cada día, en París. No puedo evitar suspirar varias veces al recordar nuestro último encuentro, y lo que me está matando es no saber si estoy acertando con la decisión o no.

Decido bajar las escaleras en vez de coger el ascensor y, cuando abro el portal, me lo encuentro a unos pocos pasos de mí, apoyado con una pierna en la barandilla de hierro que comienza en el parque. Llego a su altura, y le hago un simple movimiento de cabeza para que me siga. Espero poder con esto.

Nos sentamos en el primer banco que encontramos, viendo cómo la gente pasea con total naturalidad. No puedo evitar fijarme en una mujer que camina con una niña pequeña de la mano, y que, de por sí, tiene una prominente barriga que aguarda a otro bebé. Imaginarme a Katrina en su misma situación me hace el hombre más dichoso de la Tierra, por un lado, y por otro el más maldito, si dadas las circunstancias, el bebé no fuese mío.

—¿Para qué me has llamado, Kylian?

—Relaja ese mal humor, Joan. No he venido aquí para pelearme contigo. Le reto con la mirada, y no puedo evitar soltarlo antes de pensar.

—Más te vale.

Sonríe con su habitual chulería, y después suspira.

—He venido a contarte todo con pelos y señales, como hice con Katrina. Me giro completamente con mala cara.

—¿Cuándo has estado con Katrina? —Mi voz se endurece más de la cuenta.

—Tranquilo. Solo fue un café, le expliqué lo mismo que voy a hacer contigo ahora.

Achico mis ojos con desconfianza.

—Yo no tengo ventaja en este trío, Joan. Ella solo tiene ojos para ti, aunque tú pareces no darte cuenta.

Ese comentario me hincha el pecho, y a la vez destroza el corazón. ¿Cómo va a quererme con todo lo que le he hecho? Después de todo lo ocurrido, sería de locos que quisiera ni siquiera verme.

—Te escucho entonces.

Durante más de media hora, me cuenta y me enseña todos los entresijos del malévol plan de mi madre, paso por paso. Alucinado, y sin poder evitar que la rabia me colme, veo todo lo que me enseña, intentando asimilar la información que me está dando y, a la misma vez, analizando la situación para entender los motivos de una madre a la hora de hacerle algo así a «su mejor hijo», según ella.

—Fin —termina.

—No lo entiendo... —murmuro abatido.

Recuesto mi cuerpo hacia atrás, sin dar crédito a todo lo que he oído.

—Es muy fácil, Joan. Katrina robaba toda tu atención, siempre lo ha hecho. Empezaste a dejar a tu madre de lado, si a eso le sumamos que ella es mucho más guapa, joven y por lo que se ve, buena persona, es normal que Silvana, siendo como es, le tenga una envidia odiosa. —Le observo dándole vueltas al asunto en cuestión—. Los celos son malísimos, y si no, mira dónde he terminado yo toda mi puta vida.

Esto último lo dice con rencor. Saber que pensaba que yo era el causante de sus problemas me enrabia como nunca antes y, lo peor de todo es que, aunque hayamos cometido los actos por propia voluntad, hemos sido simples marionetas en las manos de una mujer ambiciosa y cruel.

—Siento todo lo que he causado con tu mujer. —Me observa—. Aunque no lo creas, lo siento de verdad, y sé que indistintamente de que mi corazón me pida a gritos que la conquiste, no lo haré.

Mi gesto se endurece al escuchar esas últimas palabras, aunque, en el fondo, si Katrina lo hubiese elegido a él, nada hubiera podido hacer.

—Me marchó de la ciudad —suelto de repente.

Me mira con los ojos abiertos de par en par.

—¿De qué estás hablando?

Contemplo el parque frente a mí, suspirando varias veces. Me paso la mano por la frente, y después junto mis manos entre sí.

—De que me voy, Kylian. No soporto seguir haciéndole daño de esta manera.

—Ahora no puedes hacer eso, después de todo lo que has luchado, ¿de verdad te estás oyendo?

Y después de esa pregunta, me doy cuenta de la gran persona que tengo ante mí, y del gran hermano que perdí por culpa de una bruja malvada sin escrúpulos.

—¿Y si el bebé no es mío? ¿Qué haremos, Kylian?

Vuelvo a soltar una fuerte exhalación. Él permanece callado durante un rato, supongo que pensando en la respuesta que me dará. Yo, por mi parte, solo tengo en mente a la mujer que se ha llevado mi corazón para siempre.

—¿Cómo os conocisteis?

Alzo una ceja al escuchar su pregunta. Opto por la misma posición que él, y me inclino un poco hacia delante, volviendo a cruzar mis manos entre sí.

—Fui a una cafetería con una amiga. —Se ríe—. No, no es lo que estás pensando, la conocía del bufete de abogados del trabajo, pero era muy pesada, se tiraba todo el día detrás de mí como una mosca cojonera y, un día, me pilló desprevenido y me invitó a un café, y bendito café. —Sonrío.

—Allí estaba Katrina —asegura él.

Asiento con una sonrisa de lado a lado en mis labios.

—Iba con un mandil negro lleno de gotas de café, y un moño desastroso. —Tengo que reírme al recordar aquella imagen, era tan... tan ella—. Le pedimos los cafés y cuando llegó, fue ella misma.

—¿A qué te refieres? —pregunta sonriente.

—A que me tiró el café con leche encima de la camisa, ardiendo, tengo que puntualizar —Kylian suelta una fuerte carcajada—, después, al intentar pedirme disculpas, me dio con la bandeja en la cabeza y, para rematar la fiesta, se resbaló con el líquido que había esturreado y cayó de culo en el suelo. Se agarró sin querer, según ella, a mi corbata y, si no llego a caerme encima, me ahoga allí mismo.

Kylian se agarra la barriga, debido al ataque de risa que le da, y yo no puedo evitar seguirle.

—¿Y así te enamoraste? —Se limpia las lágrimas.

—Cuando caí encima de ella... —agarro con un pequeño mordisco mi

labio inferior, y le miro—, no pude evitar acordarme de esos ojos durante una semana. No me lo pensé y fui a la misma cafetería a buscarla.

—Vaya... Tuvisteis una primera toma de contacto interesante.

—Sí, ya lo creo. —Sonrío.

El silencio se hace entre nosotros, escucho cómo carraspea y, a continuación, lo que dice me deja fuera de lugar:

—Si cuidas de ella... —me observa de nuevo—, no me haré la prueba de paternidad cuando nazca, si quieres, y si tú tampoco te la haces.

Trago el nudo que se crea en mi garganta, y junto mis labios sin saber qué decir. ¿Podría vivir sin saber si realmente soy su padre?

—Dejemos ese tema para más adelante, Kylian. Ahora, tengo que ver a la arpía de mi madre.

Asiente.

—Gracias por aceptar venir. No sé si esto cambiará algo, si no, por lo menos, ya sabes toda la verdad.

Le observo unos segundos. Claro que cambia las cosas, lo cambia todo. Y, aunque no podamos borrar el pasado, a sabiendas de que tiene sentimientos por Katrina y que, encima, se ha acostado con ella, lo único que ambos podemos hacer es intentar pasar página. Sin pensarlo, le digo:

—¿Quieres venirte conmigo? Le encantará vernos juntos.

Este sonrío con cara de rufián, y hace un gesto afirmativo.

Una hora después, llego a la verja de la casa de mis padres, intentando tranquilizarme todo lo que puedo, y más.

—¿Estás preparado? —pregunto con interés.

—¡Faltaría más!

Abro la puerta del coche a la vez que Kylian lo hace. Salgo con decisión, y ajusto las mangas de mi camisa, mirando de reojo las ventanas de la casa, desde donde sé que mi madre estará observándonos.

—A la izquierda, por el salón —me informa.

—Muy observador. Ya debe de haberle dado un infarto —ironizo.

—Como mínimo. —Se ríe.

Entramos, y me encuentro a mi padre tan elegante como siempre. Le doy un beso en la mejilla, y este se asombra cuando Kylian aparece detrás de mí.

—¿Habéis venido...? —No termina la frase por temor.

—Juntos. Sí, hemos venido juntos —afirmo.

Su asombro no pasa desapercibido para ninguno de nosotros.

—Me tenías preocupado, hijo. No he sabido nada de ti, desde que..., bueno...

Mi padre no es un hombre que se quede tan fácilmente sin palabras.

—¿Dónde está tu mujer?

Me mira con extrañeza al referirme a mi madre así.

—En el salón. —Me indica la puerta con la mano.

Asiento y me encamino hacia ella. Cuando me ve, su expresión se vuelve tierna y cariñosa, me afirma que trama algo.

—Oh, cariño, menos mal que te veo. Me tenías muy preocupada.

Extiende sus brazos para abrazarme, pero yo me mantengo al margen.

—Sí, ya he visto cómo no me has llamado ni una sola vez.

Tuerce el gesto cuando Kylian entra en la estancia, yo, por mi parte, sonrío.

—Tu padre me ha pedido el divorcio y, por consiguiente, ha cambiado todas las cuentas del banco, etcétera, ¡no sé cómo voy a vivir así! —Se lamenta.

—Me imagino que será porque tú te lo has buscado —aseguro. Miro hacia la puerta, viendo cómo mi padre entra—. Has tomado la mejor decisión de tu vida, papá.

Sonrío al llamarle así, y puedo ver que él me corresponde. Mi madre abre los ojos todo lo que puede y más, asombrada por mi actitud.

—Joan, menos mal que tú eres el único que sé que me ayudará. Susan y Erika no me hablan desde hace un mes.

«Cada loco con su tema», me digo mentalmente. Porque a Silvana Johnson le han importado una mierda los sentimientos de las personas que tiene a su alrededor. Con todo el temple que soy capaz de tener, e intentando no perder los nervios como últimamente estoy haciendo, la miro con una sonrisa en los labios. Observo que Kylian se cruza de brazos, esperando mi respuesta.

—Y, ¿qué haces con ese bastardo aquí?

Suspiro sin cambiar mi gesto de felicidad. Me acerco a ella, girándome para quedar de frente a mi padre y a Kylian.

—Ese bastardo de ahí —le señalo—, es el hermano que me robaste, y con el que pienso recuperar todo el tiempo que invertiste creando mentiras para que me odiara. —Su gesto cambia y palidece, yo sigo con la sonrisa instalada en mi rostro—. Y respecto a lo que me has pedido sobre ayudarte, te diré que

no —endurezco mi gesto—, no pienso cobijar bajo mi mismo techo a tal veneno como tú.

Se lleva una mano al corazón, haciéndose la dolida. No le doy pie a que hable.

—Ya que sé toda la verdad, me pregunto si alguna vez me has querido, madre. Y como no lo tengo claro, y a estas alturas no me interesa, he decidido seguir luchando por quien quiero, y esa es Katrina. La única que jamás de los jamases superarás, porque tú —la señalo—, tienes el corazón podrido, y ella, lo tiene de oro —miro a mi hermano y a mi padre—, ¿nos vamos a comer?

—Claro —contesta mi padre con una sonrisa deslumbrante.

—Adiós, Silvana. —Kylian se despide de ella con un silbido y una chulería inmejorable.

La contemplo con atención, clavando mis ojos en ella de manera intimidante.

—Hasta nunca, madre.

De la misma forma, me doy la vuelta y la dejo estupefacta.

Al salir, cojo mi teléfono y, al estilo cobarde, como yo le llamo, le mando un mensaje a Enma:

—¿Cómo está?

Su respuesta no tarda en llegar, ya que se encuentra en línea.

—Mal. Hoy no ha salido de la habitación en todo el día.

Suspiro, soy un capullo sin medida.

—¿Cuándo tiene que ir al médico?

Tarda un rato en escribir, y sé que está pensando si decírmelo o no.

—Mañana a las diez.

Y allí estaré.

29

La consulta está atestada de gente, y doy gracias que por lo menos me toca dentro de diez minutos. Enma toquetea su teléfono varias veces, desbloqueando el aparato cada dos por tres. La miro de reojo, pero esta intenta apartarse para que no pueda ver lo que hace.

—¿No estarás hablando con el capullo de tu jefe? —Alzo una ceja.

Me mira con mala cara.

—Ni me lo menciones. Y no, no estoy hablando con él.

—¿Has vuelto a saber algo más? —pregunto por el susodicho.

Asiente con desesperación.

—He tenido que usar tu táctica del bloqueo. Es imposible no abrir el teléfono y encontrarme con veinte llamadas, y quinientos mensajes.

—No entiendo la obsesión que tiene ese hombre contigo. Deberías ponerle una denuncia por acoso.

—¿¡Cómo voy a hacer eso!?! —Se altera.

—Yendo a la comisaría, muy fácil. —Arruga el entrecejo mostrándome su enfado—. Enma, no pongas esa cara. El comportamiento que tiene contigo es excesivo, parece que quiere arrancarte el alma y quedársela.

—Si te enseñó el último mensaje que recibí antes de bloquearle...

Giro mi rostro para ver la pantalla de su móvil, y niego varias veces antes de resoplar.

«Soy tuyo, pero tú eres mía. No lo olvides».

—No te entiendo, Enma, de verdad que lo intento.

—Si yo te contara... —Deja ir un suspiro.

—Si no lo haces es porque no quieres —respondo molesta.

Antes de poder continuar con la conversación de besugos que tenemos mi amiga y yo, me levanto para ir al aseo del centro, y le pido a Enma que espere unos minutos, con la mano. Llego, y lo primero que hago es mojarme la cara con abundancia. Me da igual si el maquillaje se cae o no, lo único que no deja de rondar por mi mente, es que dependiendo de las semanas de las que esté, sabré si el bebé es de uno de los dos, y eso, es la mayor de las torturas que tengo.

¿Qué haré si no lo sé? ¿Dejaré que se marche?

Las dudas me asaltan con brutalidad. Apoyo mis manos en el mármol con fuerza, suspirando varias veces con gran dificultad. Salgo del aseo, haciendo todo lo posible por tranquilizarme, pero me es imposible.

Veo a Enma sentada conforme la he dejado y me dirijo a mi sitio.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es solo que... —Niego con la cabeza, intentado apartar el pensamiento de nuevo—, ya sabes, mis dudas.

Entrelazo mis manos y las observo, moviendo mis dedos con nerviosismo cuando la única mujer que va a mi consulta, es llamada por la enfermera. Enma posa su mano en mi muslo y lo aprieta con cariño.

—Todo va a salir bien —susurra.

Alguien se sienta a mi lado y, por inercia, levanto mi rostro de su particular escondite, a la misma vez que siento que el corazón corre a toda prisa por escapar de mi pecho.

—¿Qué haces... qué..., cómo sabías...?

No doy pie con bola para articular la maldita pregunta, e instintivamente, muevo mi rostro hacia mi derecha para encontrarme con una Enma mirando el techo.

—Yo me voy a por un café, que me da tiempo todavía.

No consigo controlar mis pulsaciones, cuando veo que se levanta y se marcha tan pancha hacia la máquina de café que está a la vuelta de la esquina. Carraspean a mi lado, y consigo mirarle de nuevo sin que me tiemble el labio.

Me observa con tanta intensidad que un torrente de emociones pugna por salir de mis ojos en cualquier momento. Noto cómo se empañan y hago todo lo que está en mi mano para no ponerme a llorar como una niña pequeña en medio de la sala de espera.

—¿Por qué no me dijiste que hoy tenías que venir?

Su voz ronca e implacable hace que exhale un fuerte suspiro. Miro hacia el frente, siendo consciente de que soy incapaz de seguir manteniéndole la mirada.

—Tú mismo me dijiste la semana pasada todo.

—Yo no te dije en ningún momento que no contaras conmigo para estas cosas —responde dolido.

—No necesito que vengas. Sabré afrontarlo yo sola —aseguro mordaz.

De reojo veo cómo inclina su cuerpo hacia delante, entrelazando sus manos entre sí.

—No adoptes esa postura —me pide con más delicadeza.

—Tomaré la postura que quiera. —Le miro desafiante—. El otro día no te importó decirme que te marchabas.

—Sigo esperando que me digas qué es lo que ha cambiado.

—No tengo que decirte nada, Joan. Se acabó esta tontería.

Me levanto de mi asiento como un vendaval, dirigiéndome a la puerta por la que la señora, que acaba de entrar minutos antes, se despide de la enfermera. Joan viene detrás de mí, y Enma sale de su escondite en el pasillo. La aniquilo con la mirada de inmediato, si pudiera, ¡la mataba aquí mismo!

—No vais a entrar ninguno de los dos conmigo —sentencio.

—¡¿Estás loca?! —murmura Enma enfadada.

—¿Estabas loca tú al decirle dónde, cómo y cuándo tenía el médico? —ironizo.

—¡Lo he hecho por tu bien!

—¡Y una porra! —espeto en un tono más alto de lo que debería.

Joan se interpone en medio de las dos y mira a mi amiga.

—No sigas, vamos a pasar quiera o no.

—Ya verás como no. —Le observo altiva, con los ojos en llamas.

Se pega un poco a mí, lo justo y necesario para alterarme, y muy cerca de mi oído, susurra:

—Eres mi mujer y voy a entrar contigo.

Me aparto una milésima y le reto:

—Se supone que ya no soy nada tuyo. —Fijo mis ojos en los suyos.

—Se supone —me imita en el mismo tono autoritario—, que nuestros papeles todavía están en regla.

Sonríe como un rufián y, de reojo, veo cómo Enma le guiña un ojo, ¿desde cuándo son cómplices? ¡Esto es increíble! La enfermera sale y, antes de que diga mi nombre, entro en la consulta a toda prisa, intentando cerrar la puerta que Joan, con su imponente brazo, agarra para que no lo consiga. Le echo una mirada demoledora, a la misma vez que veo que Enma sonrío triunfal al pasar bajo su brazo, después pasa sus ojos a mí, chascando la lengua con chulería. ¡La voy a matarrrr!

—¿Katrina Kasparov?

La doctora se levanta de su asiento para estrechar mi mano con fuerza, asiento, y el vello se me eriza al escuchar el apellido de mi padre. Joan, conoedor del sentimiento que nace en mí al oírlo, aprieta mi mano con

fuerza sin pedírselo.

—Sí —carraspeo—, soy yo.

—Bien, ¿cuándo fue tu último periodo?

Rebusco en mi aplicación del móvil para comprobarlo, hasta que llego a la dichosa semana. Le enseño el móvil, mirando por encima de mis pestañas a los dos «impuestos» acompañantes. Joan está de los nervios, aunque aparente una tranquilidad inhumana, y Enma, bueno, ella está deseosa por ver a su muñeco —como le ha bautizado ya— en la pantalla.

—Tienes una falta, por lo visto —murmura mirando un calendario redondo—, bien, vamos a hacerte una ecografía para ver cómo estás. Después te mandaré una analítica y las vitaminas que tendrás que tomar.

—Doctora, yo... tengo un anticonceptivo puesto, ¿cómo ha podido pasar?

—Siempre hay alguna probabilidad de que falle, no suele ser algo normal, pero por regla general hay algunas excepciones. ¿Lo llevas puesto?

Asiento.

—Bien, entonces habrá que retirarlo de inmediato, por lo tanto, si me disculpan, prefiero que se quede la paciente sola conmigo.

Contempla a Joan que tuerce el gesto de mala manera, y Enma casi se muere en el acto.

—¿No podemos quedarnos aquí? —pregunta mi amiga.

—No, me temo que no. Al no ser que ella quiera. —Me mira.

Joan me advierte con un simple gesto, y yo me lo paso por el forro de los pantalones.

—Prefiero que esperen fuera. —Sonrío como una bellaca.

Ambos se levantan de su asiento, Joan se cabrea y Enma no se marcha sin decirme:

—Eres mala.

Sonrío de nuevo, y el adonis que tengo actualmente por marido, sale de la consulta como un búfalo.

—No se lo ha tomado muy bien. —Sonríe la doctora.

—Ya se le pasará.

Y, por una vez, me siento bien al haberles dado un escarmiento a los dos.

Después de diez minutos, me quita el anticonceptivo, alias Cacharro como yo le llamo, y me tumbo un poco más en la camilla para que pueda hacerme la ecografía. Antes de que ponga el aparato encima de la barriga, agarro su mano:

—¿De cuánto tiempo estima que estoy?

Tiemblo al pensar en su respuesta.

—Más o menos de unas seis semanas como mucho. Pero ahora vamos a verlo con exactitud.

Hago los cálculos mentalmente de las semanas y, por esa fecha, me fui a la casita de la playa, donde Joan vino a buscarme... Algo en mí, nace con una intensidad arrolladora, y el corazón se me llena de dicha.

Escucho el latido del corazón del bebé, y miro rápidamente la pantalla. La doctora comienza a explicarme que todo está bien, y me observa.

—¿Quieres que le llame?

Con los ojos anegados en lágrimas, asiento.

—Por favor —murmuro con un hilo de voz estrangulado.

Antes de que se marche, agarro de nuevo su mano. Ella me mira con interés y, en cierto modo, me da un poco de vergüenza lo que voy a pedirle.

—No le diga de las semanas que estoy, quiero darle una sorpresa cuando sea el momento.

—Tranquila —toca mi mano con ternura—, no lo haré, pero sí, estás de unas seis semanas. Aunque he de decirte que en la ecografía que te daré, saldrá.

—No me importa... —musito.

Recojo una de las lágrimas que ya resbalan por mis mejillas, y ella asiente con cariño. Se marcha hacia la otra habitación y, segundos después, veo al hombre que me quita el sueño, entra como un huracán por la puerta en la que estoy. Me observa con los ojos desencajados y la mandíbula tensa.

—Bueno, señor...

—Johnson —termina él.

—Señor Johnson, el bebé está en perfecto estado, y puede verlo aquí.

Contempla la pantalla con ojos brillantes, sin decir ni una sola palabra. La doctora le explica de nuevo todo lo que hizo conmigo antes, y él la escucha con atención.

—En la próxima ecografía estará formado por completo, y podré explicarles muchas más cosas.

—¿Ella está bien?

Le miro, la doctora sonrío.

—Por supuesto, señor Johnson, su... ¿mujer?

Él asiente, yo intento seguir digiriendo el nudo de emociones que tengo en

la garganta.

—Está perfectamente. Ya puedes levantarte, Katrina —me informa cuando pasa un gran papel por mi barriga para retirar la espesa masa transparente—. Nos vemos dentro de un mes, aquí tienes la carpeta con las pruebas y las vitaminas que tienes que empezar a tomarte ya. Si te surge cualquier duda o te encuentras mal, solo tienes que acudir a mi consulta.

Asiento dándole las gracias en silencio. Joan, por su parte, sigue embobado contemplando la pantalla en la que la imagen de un pequeño garbancito se ha quedado fija.

—Pueden salir por aquí —añade la enfermera con una sonrisa radiante.

—Gracias.

—De nada, y felicidades. —Nos mira a ambos.

Salgo de la consulta, y me dirijo hacia el *parking* sin esperar a que Joan me siga. Miro a Enma de refilón, cuando las lágrimas comienzan a caer por mis ojos como ríos.

—¿Qué ha pasado? —Se preocupa—. Katrina, me estás asustando, ¿va todo bien? No he querido entrar para darte un poco de intimidad con Joan —se disculpa.

Niego con la cabeza, limpiando las grandes gotas de agua de mis mejillas, el nudo de la garganta comienza a deshacerse y lloro sin control mientras corro escaleras abajo, seguida por mi amiga que no entiende nada. Joan se da cuenta de lo que pasa en cuanto cierra la puerta de la consulta.

—¡Katrina! —me llama al ver mi carrera.

No le hago caso y llego al coche, a la misma vez que Enma lo hace sin entender qué demonios me pasa. Abre la puerta del conductor y, antes de que pueda subirme en el asiento de al lado, Joan llega a la carrera y me gira para que quede de cara a él.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta acelerado.

—Nada. —Sorbo por mi nariz.

—Katrina, ¿por qué estás llorando?

Va a coger mi cara con ambas manos, y yo me aparto como si quemara. Necesito estar sola, necesito digerir la felicidad que tengo. Sí, la felicidad. Pero a la misma vez, ese sentimiento se convierte en pena al saber que, si le digo que es su hijo, se quedará, y eso, no es lo que pretendo.

—Necesito estar sola.

—¿Qué? —pregunta confuso.

—Necesito pensar, Joan.

Rompo a llorar de nuevo. Él da un paso atrás mirando hacia la nada, no me quiero ni imaginar cuáles son sus pensamientos en este preciso instante. Me subo al coche con rapidez, haciéndole un gesto a Enma para que arranque, viendo, desde el espejo retrovisor, cómo nos alejamos de él.

30

Una hora después de llorar hasta reventar casi, Enma me pone encima de la mesa otro paquete de pañuelos y la cuarta tila. Las manos me tiemblan, los ojos me escuecen, y noto un cansancio devastador.

—Si no te tranquilizas, es imposible que entienda una sola palabra de lo que dices. No ha ido mal, ¿por qué estás así?

—Yo... ya... —Hipo y más hipo—. Él...

Tapo mi cara con ambas manos y, de nuevo, me derrumbo como una montaña rusa. El timbre de casa suena, le hago un gesto a Enma con la mano para que no se le ocurra abrir y, esta, en un intento desesperado, se encamina hacia allí, rezando porque sea Joan, y no, es Kylian.

Alzo la barbilla temblando, y este me observa con un miedo atroz en su rostro. Se acerca a mí a pasos agigantados, haciéndome retroceder en el sofá para evitar que me roce.

—Tranquila, no pasa nada —intenta convencerme.

Niego con la cabeza, sorbo por mi nariz, e intento recomponerme como sea.

—No quiero que confundamos nada. Sé lo que sientes y bastante hemos tenido ya.

—Katrina, solo quiero abrazarte, te juro que no pasaré de ahí.

Le miro sin creerme sus palabras. Últimamente me cuesta confiar en todo el mundo, y no es para menos.

—Katrina, ven. —Extiende su mano.

De reojo veo cómo Enma me observa con atención.

—Ya sé qué puesto me pertenece en esta historia. Solo quiero que me perdones y que podamos tener una relación cordial. Nada más —habla de nuevo.

—¿Y qué pasa con tus sentimientos?

Sonríe como si nada.

—Tendrán que cambiar de opinión.

Con mi cara tristonera, y mis lágrimas chispeantes, me dejo envolver por los fuertes brazos de Kylian, donde vuelvo a llorar un buen rato más, hasta que consigo calmarme. Enma se sienta en la mesita baja del salón, cruzando

sus manos a la espera de que hable.

—Estoy llorando de pena y de alegría —murmuro.

Los dos me observan confusos. Miro a Kylian, a la vez que me retiro de él, volviendo a adoptar la misma posición que minutos antes de que llegara y, en un susurro, suelto la bomba:

—El bebé es de él.

—¿Qué? —pregunta Enma echándose hacia delante.

—Que el bebé es de Joan, he calculado las fechas, según el tiempo del que estoy.

Mi amiga mira a Kylian y, de reojo, veo cómo este sonríe, ¿por qué lo hace? Alzo una ceja de manera interrogante sin entender su comportamiento.

—¿Qué pasa? —pregunta el aludido—, es una estupenda noticia, ¿no? — Su gesto cambia al desconcierto después de decir esto último.

—Sí, pero no pensaba que te lo fueses a tomar así. —Hago una mueca.

—No estoy preparado para tener un bebé —asegura con tono gracioso.

Enma y yo nos miramos, y él se da cuenta de ese movimiento.

—No, ya en serio. No es por eso realmente. Si no porque sé que los dos os queréis, y como te he dicho tanto a ti como a Joan, sé que no tengo cabida en esta relación, por lo tanto, esto solo os facilita las cosas.

Asiento agradecida de sus palabras, pero enseguida cambio el gesto al reparar en un pequeño detalle.

—¿A Joan?

—Sí. Hablé con él ayer.

Le observo sorprendida por su comentario, y después de eso, me cuenta el encuentro que tuvieron en un parque, al lado del apartamento de Joan. Sin palabras, asiento como una autómatas, al darme cuenta del gran corazón que ambos tienen, y es que, en algunas ocasiones, los malos no lo son tanto, excepto Silvana, que a esa hay que echarle de comer a parte.

—¿Se lo has dicho a Joan? —cuestiona Enma.

—No.

—¿Por qué? —pregunta Kylian.

—Porque cuando hablé con él, el otro día, cuando fui a buscarle... —Los ojos se me vuelven a empañar—, me dijo que se marchaba de la ciudad —suelto un gran suspiro—, que necesitaba pensar y para eso tenía que irse.

Ambos me observan y continúo:

—No quiero que se quede aquí por obligación, sino porque quiere.

—Pero... no puedes perder la oportunidad de decirle algo tan importante —añade Kylian.

—No lo sé..., no sé qué es lo correcto y qué no. Lo que tengo claro es que no quiero que se vaya, pero tampoco deseo que se quede por el bebé.

Enma coge mis manos con cariño, depositando un suave beso en ellas.

—Habéis pasado mucho, no es el momento de hacer estas tonterías, Katrina. Lo mejor que es hables con él cuanto antes, y toméis una decisión.

Dos horas después, entradas las siete de la tarde, alguien llama de nuevo al timbre de mi casa y, sin saber de quién puede tratarse, voy hacia la puerta. Abro un poco y me encuentro con una Susan tan nerviosa que jamás me la podría haber imaginado en estas circunstancias, y mucho menos llamando a mi puerta.

—¿Susan?

Es inevitable que mi tono salga con extrañeza y recelo. Ella suspira con fuerza y asiente.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Extiendo mi brazo hacia el interior, sujetando la puerta con una de mis manos, y quedando al lado de ella cuando entra.

—¿Cómo estás? —Se retuerce las manos con histeria.

Cruzo mis brazos a la altura del pecho, escrutándola con la mirada.

—¿Te ha enviado tu madre?

—¿Qué? ¡No! —responde de inmediato.

Se pasa una mano por la frente con nerviosismo y, seguidamente, comienza a hablar:

—Yo venía... porque, bueno..., yo sé que...

—Susan, no voy a comerte, tranquilízate.

La invito a sentarse en el sofá, y yo lo hago frente a ella. La insto con la mirada para que continúe, esta se toca el pelo, nerviosa.

—Sé que me he portado muy mal contigo, pero... pero...

Me observa y puedo ver que está a punto de llorar. Si ya dicen por ahí que perro ladrador... poco mordedor.

—Lo siento mucho, Katrina. Ahora comprendo la relación tan buena que tienes con Erika, y me gustaría que pudiéramos hacer lo mismo nosotras. Borrón y cuenta nueva, si puede ser.

—¿De verdad que deseas mezclarte con alguien como yo? —pregunto

con sarcasmo.

—¡Es que todo ha sido culpa de ella!

En ese momento la gran Silvana me viene a la mente. Qué poder de convicción tiene esa mujer, es increíble. Todavía no entiendo cómo la gente puede tener tan poca personalidad.

—La diferencia entre tú y Erika es un mundo. —Me contempla sin entender a qué me refiero—. Ella se guio por su instinto, tú —la señalo—, lo has hecho por el de tu madre. Que lo entiendo, ojalá tuviera yo a la mía aquí para poder seguir sus consejos, pero algunas veces, nos dejamos llevar por las personas equivocadas, Susan.

«Y hay gente que se la ve venir a leguas...». Ese comentario lo evito.

—Lo sé, y de veras que no sabes cuánto me arrepiento, y no te voy a engañar. Ha intentado convencerme de que todos estaban equivocados, incluso Joan y, por ahí, no paso. Conozco a mi hermano y sé que no es mala persona, aunque tenga sus defectos, pero... lo que hizo con Kylian... —Niega con la cabeza—. Eso no tiene nombre. Pudo tener una familia perfecta y por culpa de ella... ¡Dios!

Se desespera llevándose las manos a la cabeza.

—Ya no se puede hacer nada para remediar el pasado. Ahora debéis mirar el presente y avanzar.

—Me fui de casa... —murmura con la mirada pérdida—, me marché a casa de una amiga después del descubrimiento de mi vida. No podía soportar lo mal que me sentía cerca de mi propia madre, de la que yo misma copiaba su ejemplo. Era su alma gemela en ese aspecto.

—No pienses en eso ya, habrá momentos que hayan sido buenos. —Hago una mueca cariñosa, y me acerco a ella—. Cuando mi madre falleció de cáncer, mi padre se volvió loco. No soportaba estar en casa, ni siquiera aguantaba mirarme y ver el reflejo de mi madre.

La que pierde la mirada en el salón ahora soy yo, mientras Susan me presta suma atención.

—Los asuntos sociales de Rusia se encargaron de mí, y una familia de Londres me acogió cuando solo tenía siete años. Poco después, me enteré de que mi padre había muerto en un hostal de mala muerte —la miro—, se suicidó.

Sus ojos se empañan, los míos también.

—Yo amaba a mis padres, Susan. Y no solo me quedé con los malos

recuerdos o con el abandono de mi padre. Mentalmente, por las noches, le recriminaba haberme dejado sola con una familia desconocida, por el egoísmo de no saber vivir sin su mujer, y poco después, cuando la pena me ahogaba, decidí recordar los buenos momentos que pasábamos juntos. Las tardes en el parque, las maravillosas Navidades en Rusia, el cariño que me daban, todo. Y, así, conseguí que el rencor y los malos recuerdos cesaran. Piensa que de todo lo malo que haya podido hacer Silvana, siempre habrá algo bueno.

—No, Katrina, no lo tiene. Y tu historia... no la conocía, pero lo siento muchísimo.

—Yo ahora no importo. —Toco su pierna con cariño—. Y si piensas que de Silvana no has sacado nada bueno, te equivocas. Tienes dos hermanos, gracias a ella, que te quieren con locura, con tus virtudes y tus defectos. Y no es necesario ser una arpía para que te miren con mejores ojos.

—Eso sí es verdad. —Sonríe de oreja a oreja.

—Y no te olvides del gran padre que tienes. Porque, bajo ese aspecto de hombre imponente, se encuentra un corazón de oro y, ahora, tenéis un hermano más en el que apoyaros. Simplemente, sois la familia perfecta.

Se abraza a mí, y siento cómo sorbe por su nariz.

—Gracias, Katrina, espero que puedas perdonarme algún día todos los desplantes que te he hecho.

No lo pienso ni por un instante. Dicen que rectificar es de sabios, y qué cierto es.

—Estás perdonada.

Toco su pelo con cariño y, cuando se separa de mí, sonrío.

—También quería decirte que, dentro de dos días, Erika hará una fiesta en el apartamento de Joan. Ha aprobado todos los exámenes, por fin, y quiere celebrarlo con sus amigos. Como mi hermano ya tiene en marcha la piscina... —se ríe—, habíamos pensado hacerlo allí, ¿vendrás?

—¡No puedo creer que Erika te haya enviado a ti! —Esbozo otra sonrisa.

—Yo se lo pedí. Quería hablar contigo a solas.

—Agradezco el gesto, pero no sé si es el momento, Susan.

—Claro que es. Por favor, dime que vendrás.

Durante unos minutos lo pienso en silencio y, al final, termino asintiendo. Quizás sea una forma de zanjar el tema con Joan y saber si sigo adelante con él, o me quedo como estoy ahora mismo.

31

El día de la fiesta llega, y loca por encontrar algo adecuado para la fiesta hawaiana que van a dar, rebusco en el armario veinte mil veces. Enma no ha podido venir porque tenía un compromiso según ella, y Dexter está locamente enamorado de su nuevo novio y han decidido pasar unos días en España.

Encuentro un vestido largo de color blanco, y sonrío al saber que será el elegido para esta noche. Termino de arreglarme en media hora, y salgo disparada hacia el piso de Enma, recuerdo que ella tenía una especie de corona con flores que me vendrá como anillo al dedo para esta noche.

Veinte minutos después, aparco el coche en doble fila y aprovecho que una vecina entra en el portal para subir a toda prisa. Toco la puerta varias veces, mirando mi teléfono para ver que la hora se aproxima, y voy a llegar tarde.

—¿Sí?

—¡Abre! —exijo con urgencia.

Esta lo hace, y cuando la veo, tengo que arrugar el entrecejo. Va vestida con un vestido de cuero que le queda un «poco-muy» corto, con unas mangas del mismo tejido hasta las muñecas. Su pelo rubio está recogido en una cola alta, y está maquillada como para ir a una boda.

—¿Vas a una fiesta de disfraces?

Se ríe nerviosa.

—¿Qué necesitas?

—No me ignores. —Pongo mala cara.

Veo cómo mira de reojo hacia atrás.

—No lo estoy haciendo, ¿necesitas algo?

—¿Por qué no me dejas pasar?

Pongo una mano en mi cadera enfurruñada.

—Porque..., bueno..., estoy un poco ocupada.

—¿Vestida así?

Resopla.

—¡Sí!

—Ah. —Me quedo a cuadros—. Venía para saber si me puedes dejar la

corona de florecitas que tienes, la que te pusiste en...

No me deja terminar.

—¡Ya voy! ¡Espera aquí!

Y sale como un vendaval hacia su dormitorio.

Asoyo la cabeza, empujando la puerta, y me encuentro el piso lleno de velas. ¿Qué coño hace esta? Olfateo un olor a hierbas, extraño, quizás de algún tipo de incienso raro por lo que puedo adivinar, y después, un fuerte bofetón a cuero se cuele por mis fosas nasales.

—¡Nena!

Se me corta la respiración, a la misma vez que mis ojos buscan por toda la estancia la procedencia de esa voz.

—¡Nena! —repiten.

Enma sale del dormitorio a toda prisa, y viene hacia mí, tropezando unas cuantas veces por el pasillo.

—¿Con quién estás? —pregunto recalando cada palabra.

—¡Aquí tienes, nos vemos mañana, muak, muak!

Me lanza dos besos al aire y, en el momento que va a cerrar la puerta, pongo una de mis manos para que no lo haga.

—Enma...

Y, antes de que pueda continuar, un imponente hombre con una simple toalla liada a su cintura, aparece saliendo del cuarto de baño.

—Como me digas que has salido corriendo de nuevo, vamos a tener que cambiar las posiciones.

Su voz varonil, y su firmeza a la hora de hablar, me dejan sin palabras. Miro a mi amiga con los ojos saliéndome de las órbitas, y esta abre la boca para después cerrarla.

—¿Edgar!?! —musito con asombro para que no me oiga.

—¡Ahora voy! —chilla sin darse cuenta de que se dirige hacia nosotras.

—¡¡¡No me lo puedo creer!!! ¡¿Te has vuelto loca o qué?!

—Prometo que mañana te contaré todo, no me mates, te quiero —dice atropelladamente antes de cerrarme la puerta en las narices.

La mato, la mato, la mato.

Me voy hacia el coche con mala cara y ganas de asesinar a alguien. Miro hacia arriba, y veo que tiene hasta las persianas bajadas, ¡no puede ser! ¡Maldita Enma! Siento que al final terminará buscándose el problema que no quiera.

Al llegar a mi antigua vivienda, miro la hora en el teléfono y, efectivamente, llevo veinte minutos tarde. Toco a la puerta, y enseguida Erika abre.

—¿No tienes llaves? —pregunta con una sonrisa.

—Es tu fiesta. No iba a colarme. —Me río.

Me da un fuerte abrazo, dejándome aprisionada contra ella.

—Enhorabuena, merecías aprobar esos exámenes que te traían de cabeza.

—¡Por fin!

Me invita a pasar, y busco por todo el salón a Joan, ella, obviamente, se da cuenta.

—Está en la terraza, lo tengo haciendo mojitos. —Se ríe.

—¿De verdad?

—Sí, además, de todos los sabores.

Sonrío, no me puedo imaginar a Joan haciendo mojitos a una panda de universitarios. Miro la estancia, y compruebo que Joan no ha cambiado ni un solo detalle, lo único que veo distinto es una foto mía en París, colgada encima de la televisión, que no recuerdo que estuviera impresa tan grande, y menos colocada ahí.

Cuando llego a la terraza, me encuentro todo decorado con un millón de adornos hawaianos. Las flores visten los bordes de la piscina, las tumbonas y los taburetes del minibar de madera que Joan montó en su día con cariño. Está todo tal y como lo recordaba. Paseo entre las quince personas que habrá, por lo menos, y miro a lo lejos a un morenazo machacando hierbabuena con sus fuertes brazos. Me siento en uno de los taburetes sin que se dé cuenta de mi presencia.

—Un mojito de fresa sin alcohol, por favor.

Para su cometido, quedándose paralizado de espaldas a mí.

—¿De fresa? —pregunta sin mirarme, extrañado, con un tono guasón en su voz.

—Eso he dicho. —Sonrío como una idiota.

—Creía que le gustaban de lima.

—Me han dicho que tienen un excelente camarero haciendo mojitos de todos los sabores, habrá que probarlos... todos.

Esto último lo digo con picardía, lo que hace que se dé la vuelta, apoye sus enormes manos en la barra, y me mire con atención.

—El camarero está hasta las pelotas de preparar mojitos para los

universitarios que se han juntado en su casa.

Suelto una fuerte carcajada, y cuando consigo recuperarme veo que él también sonrío.

—Hace tiempo que no te veía reír de esa manera —asegura con añoranza.

—Serán las hormonas.

—O el camarero gracioso. —Me guiña un ojo.

—Entonces, puedes ponerle otro al camarero gracioso, y así me acompaña.

—¿Has venido a la fiesta por la anfitriona, o para ligar con el camarero?

—Quizás sea por ambas cosas. —Me río.

—Tengo mis serias dudas —asegura ceñudo y sonriente.

Sale de detrás de la barra y llega a mí, se sienta a mi lado, y su simple cercanía me pone los nervios a flor de piel. Lleva un pantalón blanco, perfectamente ajustado a sus esbeltas piernas, y la camisa del mismo color se ciñe a su pecho, dando un espectáculo de infarto.

—Últimamente te veo más musculoso de lo normal.

—¿Eso es un piropo? —Alza una ceja, risueño.

Con esos comentarios, me vuelvo a encontrar al Joan que una vez fue, que siempre fue. No puedo evitar que algunos recuerdos, en esta misma terraza, asalten mi mente y enciendan mi fuego interno. Parece tener los mismos pensamientos que yo, cuando se revuelve incómodo en su asiento.

—Siento haberme marchado así el otro día. Necesitaba estar sola, de verdad.

Asiente, pero sé que en el fondo las dudas le asaltan, y no es para menos.

—No te llamé para darte el espacio que necesitabas.

Hago una mueca frunciendo los labios, a la vez que bajo mis ojos hasta el suelo para, segundos después, volver a mirarle fijamente.

—¿Cuándo te vas?

—Ahora no es el momento de hablar de eso...

Y con las mismas, agarra mi mano y tira de mí hasta la pequeña pista de baile improvisada, en la que lo damos todo como si el mundo no girara alrededor nuestro, como si solo estuviéramos nosotros en aquella terraza, en nuestra terraza, la que un día construimos con tanto amor.

Durante la noche consigo hablar más con Susan y Erika, cuando algunas de las amigas de Erika, me roban a Joan para bailar con él y, en cierto modo, lo entiendo, es un magnífico bailarín, pero también un auténtico ladrón de

corazones.

—Mis amigas están coladas por él —asegura Erika dando el último sorbo a su bebida.

—Pero solo tiene ojos para ti —añade Susan.

Tengo que reírme.

—Creo que vamos a bajar ya al *pub* de Eric, nos estará esperando.

Miro mi móvil y veo que son las dos de la mañana.

—¿Vas a venir, Katrina? —pregunta Erika.

—No creo, es muy tarde y tengo que volver a casa. Además, estoy un poco cansada.

—Eso es cierto. Ahora con el bebé lo más importante es que te cuides, ya habrá tiempo de salir.

Sonrío ante el comentario de Susan, y la cara de pícara de Erika, no saben nada. Enseguida comienzan a reclutar a la cuadrilla de universitarios, prácticamente borrachos, y salen en dirección al *pub* de su amigo.

Cuando nos quedamos solos, meto los pies en la piscina y disfruto del frescor del agua.

—Hace una noche terrible —añade Joan sentándose a mi lado.

Me pasa un mojito de fresa sin alcohol, los mismos que me ha estado haciendo durante toda la noche, y puedo comprobar que él también tiene uno.

—¿Vas a terminar como ellos? —Río.

—No —se contagia—, es sin alcohol también. Tenía que acompañarte.

Un silencio necesario se crea entre nosotros mientras contemplamos la enorme y altiva luna que se alza ante nuestros ojos. Contemplo el cielo lleno de pequeñas estrellas, y el azul inmenso como el océano cuando es de noche, arropándonos por completo. Dejo a un lado mi vaso, y deslizo el vestido largo por mi cabeza hasta dejarlo a un lado. Joan no me mira, pero sabe perfectamente que me estoy desvistiendo.

Lo coloco junto al vaso y, de un diminuto salto, entro en la piscina dándome un poco de repelús al notar su temperatura. Mi sostén se empapa junto con mis braguitas a conjunto e, instintivamente, mis ojos se posan en Joan que no pierde detalle.

—¿Está fría?

Asiento notando cómo el deseo crece en mí, con solo mirarle, sentado en el borde de la piscina tan condenadamente *sexy*. Se quita la camisa como yo, lo que hace que la boca se me seque, y me den ganas de tirarlo conforme está.

Después, saca los pies del agua, y se quita los pantalones, mostrándome unas vistas maravillosas de su trasero, al dejarlos encima de la tumbona. Coge mi vestido y hace lo mismo, depositándolo encima de su ropa, y de un salto se mete en el agua.

—¡Joder...!

—Te lo he dicho. —Sonrío.

—No, no me lo has dicho, solo has movido la cabeza —bromea.

Comienza su paso peligroso hacia mí, y no puedo evitar que mi cuerpo entero se altere. Cuando llega a mi altura, agarra mi cintura con decisión fundiéndome casi con su cuerpo. Puedo notar el enorme bulto crecer dentro de sus calzoncillos, lo que hace que tenga que apretar mis muslos, reprimiendo el terrible deseo porque esté en mi interior.

Elevo mis piernas hasta enroscarlas en su cintura y, de nuevo, los recuerdos golpean mi mente.

—Hace mucho que no estamos así —murmura pegado a mi boca.

Asiento.

—Y, me imagino que te acercas de esta manera porque tienes frío tú también.

—Puede ser —comenta con gracia—, pero tú te estás pegando más de la cuenta...

Esto último sale de su garganta de una forma tan ronca que todos mis sentidos explotan esperando más. Pego mi frente a la suya, y respiro profundamente antes de decirle:

—No quiero que te vayas.

Me mira, pero no contesta. Cierro los ojos bajo su doloroso silencio.

—Joan..., dime algo, por favor...

Su mirada no se aparta de la mía. Entreabro los labios esperando una respuesta, a la vez que noto cómo me empieza a costar respirar.

—¿De qué te has dado cuenta? —pregunta sensual.

Trago el nudo de emociones, dejando a un lado las lágrimas para centrarme en la realidad que tengo ante mí, y la misma que no quiero que se pierda.

—No voy a dejar que te marches —sentencio.

Meto mi rostro bajo su cuello, escuchando cómo respira con dificultad. El silencio se hace de nuevo entre nosotros de manera dañina.

—Katrina, contéstame.

Su voz varonil, mezclada con ese toque erótico, hace que vuelva a mirarle con verdadera pasión.

—Después de todo esto... —suspiro—, me he dado cuenta de que te amo. De que te amo, de verdad, Joan. Y de que nada ni nadie podrá hacer que cambie de opinión. Y lo sé porque cuando estoy cerca de ti, solo quiero cobijarme bajo tus brazos, y perderme en las caricias que desees regalarme, en tu boca —toco sus labios con mi dedo índice—, en tu pecho —repito el proceso—, en ti...

Acerca su boca a la mía y, con precisión, me besa. Lo hace de tal manera que siento cómo miles de mariposas revolotean en mi estómago, pidiéndome a gritos que siga y no pare nunca. Nos movemos en el agua, hasta que mi espalda choca con el frío azulejo de la piscina, haciendo que me arquee. Separa su boca de la mía durante un instante:

—Necesito esa tercera oportunidad para demostrarte todo lo que no he hecho antes, Katrina...

Su voz termina en un susurro apenas audible cuando se pierde en mi cuello para devorarlo con frenesí. Continúa su reguero de besos hasta llegar al inicio de mi pecho, donde se para un segundo cuando escucha que le contesto:

—La tuviste hace mucho tiempo, Joan. Solo que no fuimos conscientes de ello.

Alza su oscura mirada que se me antoja más negra que de costumbre, asiente con la emoción fija en su rostro y sigue su camino hasta llegar a mis pezones, donde se entretiene más de la cuenta. Los besa, lame y pellizca en repetidas ocasiones, haciéndome perder la poca cordura que me queda. Masajea mi cuerpo a su antojo, siento cómo de un fuerte tirón arranca la fina tela de mis braguitas y, finalmente, me alza con sus brazos para sentarme en el filo de la piscina.

Agarro su mentón con decisión para mirarle a los ojos de nuevo, y este sonrío como si acabara de ganar un premio. Pasea sus manos por mi figura hasta que llega a mi barriga, donde no se nota nada, y deposita un pequeño beso con ternura. Ese gesto me hace enorgullecerme de la gran decisión de darle una nueva oportunidad, y sé que será un padre fantástico, solo que esperaré el momento adecuado para decírselo, y ese tengo claro cuál será.

Abre mis piernas con precisión, mientras noto cómo todo mi ser arde en llamas deseando que apaguen ese fuego exterminador. Pasea uno de sus

dedos por la línea de mi sexo, haciendo que mis piernas tiemblen. Roza su lengua con decisión por mis muslos, castigando mi botón con rudos movimientos que me llevan a un abismo sin final. Después, pega su rostro completamente para mover su lengua en círculos, a la vez que su mano se encarga de aligerar el gran paso hacia un orgasmo demoledor.

Gimo una y otra vez sin poder parar, apretando su rostro, cuando noto que estoy llegando al final. Su lengua vivaz presiona con más destreza mi punto débil y, en el momento en que mi cuerpo da pequeños espasmos, la introduce completamente en él, sustituyéndola por sus ágiles dedos. Me permito gritar su nombre en repetidas ocasiones, quedando exhausta ante su contacto que no deja de atormentarme de forma deliciosa y, por fin, cuando consigo que los espasmos mengüen, se separa para mirarme complacido.

Con premura, da un pequeño brinco y se sienta mi lado, dejándome ver su abultada erección, a punto de reventarle la ropa interior. Extiende su mano para ayudarme a levantar, y me dirige hacia una de las cómodas tumbonas que se encuentran en el lateral de la piscina. Antes de sentarse, se desprende de la única prenda que me priva de su cuerpo, para después volver a coger mi mano e indicarme que me tumbe.

Se pone de rodillas frente a mí y, con un movimiento de una de sus piernas, aparta las mías para dejarle libre el acceso. Momento en el que vuelvo a temblar por el deseo irrefrenable que corretea por mis venas. Durante unos minutos, le observo con detenimiento y juro que podría desmayarme en este preciso instante con solo mirarle. Su erección avanza con rapidez para enterrarse en lo más profundo de mí, y con una sola estocada, llega hasta el final.

Sus manos aprisionan mi rostro, obligándome a besarle hasta volverme loca, dadas las duras embestidas que su miembro ejerce contra mi ya debilitado sexo, que clama a gritos volver a caer por el mismo abismo. Jadeo en su boca, haciendo que desaparezcan bajo los exigentes labios de él, coloco mis manos sobre sus hombros, intentando de alguna manera, ejercer más presión en sus acometidas que me llevan a la locura y, finalmente, con desesperación, bajo mis manos hasta su trasero a la vez que mis piernas se elevan un poco más para dar la profundidad exacta.

Escucho cómo gime en mi garganta mientras se desvive por devorarme, y cuando sé que estoy rozando la línea de ese abismo, agarro su rostro para que nuestros ojos vuelvan a tener esa conexión que tanto han anhelado. Joan me

contempla con devoción, extasiado por el gran placer que nos otorgamos y, seguidamente, me dejo ir de tal manera que creo desfallecer en aquel instante, cuando segundos después, con un fuerte gruñido, culmina en mi interior.

Veo cómo se incorpora y, de nuevo, me lleva hasta la piscina. Coge mi cintura con fuerza, empujándome en el mismo sitio de antes, justo en los azulejos, de tal manera que quedo entre su estrepitoso cuerpo y ellos.

—Se nos había olvidado esta parte —murmura con la voz cargada de erotismo.

—¿Y qué parte se supone que es esa? —pregunto con picardía.

—La de hacerte el amor hasta que veas la última estrella del firmamento.

Entro en la gigantesca tienda de bebés, con un dolor de cabeza insoportable, ¿por qué hay tantas cosas? Joan, por su parte, pasea con un enorme carro por todos los pasillos, perdiéndome de vista en algunas ocasiones, y eso... ¡me desespera!

Finalmente, y después de aquella noche, estuvimos dos meses sin irnos a vivir juntos, pero... levantarse sin tener a la persona que amas a tu lado para poder darle un simple beso, se hacía insoportable. Irte a trabajar —porque finalmente me contrató en su empresa para el puesto de cajera, y mejor no doy los detalles de cómo pudimos terminar en su despacho cerrando ese acuerdo—, y llegar de nuevo a una casa vacía, y sentarte todos los días en la mesa pudiendo tener a alguien a tu lado para mantener una simple charla, como que no. Y si a eso rematamos que las noches se hacían eternas, hablando por teléfono o por mensajes para que, al final, alguno de los dos terminara llamando a la puerta del otro, o en su caso, terminábamos haciéndonos insufribles las noches al estar separados.

Joan se empeñó en que debía volver al apartamento y yo me negué. No quería ir allí para revivir uno de los momentos más dolorosos de nuestra relación y, al final, con la ayuda de Kylian y sus estudios de mercado, encontramos una modesta casita de planta baja, a las afueras de la ciudad, que se acomodaba a todas las necesidades que tendríamos en cuanto el bebé llegara, que ya quedaba poco, dado que ahora mismo estoy de siete meses y medio.

Por la parte de los tres, ninguno volvimos a tocar el tema sobre la verdadera paternidad del bebé, que ya sabíamos que era una niña enorme según mi ginecóloga. Después de pedirle aquel favor a Kylian, no se hizo referencia a nada por ninguna parte y, en cierto modo, me alegraba, ya que quería decírselo cuando el bebé naciese, y que de él dependiera si quería hacerse la prueba de paternidad o no.

—Si es que mira que llevo diciéndote dos meses: «Katrina —imita el mismo tono que la primera vez que lo dijo—, vamos a comprar las cosas para el bebé, que se nos echa el tiempo encima», y tú —me señala, imitándome ahora a mí—: «No es necesario, ya tendremos tiempo». ¿Y dónde estamos?

—pregunta desesperado—. Pues yo te lo digo, ¡en una enorme tienda de bebés y no tenemos ni puta idea de qué coger!

Me tengo que reír.

—No sé dónde está la gracia.

Se cruza de brazos, y pone su habitual gesto de enfado frunciendo su ceño. Voy hasta él y aparto el carro que lleva para que no me moleste dadas las circunstancias de mi abultada barriga, y deposito un beso tierno en sus labios.

—Deja de gruñir, y vamos a ir echando cosas en ese enorme carro.

Bufa como un toro, y cuando se gira puedo ver cómo una sonrisa asoma en sus labios.

—¿De qué color quieres la trona? —cuestiona subido a una gran escalera. Muevo mis hombros sin saber contestarle, y él pone los ojos en blanco.

—Me estás ayudando muy poco, eh —reniega.

—No lo sé... ¿naranja?

—¿¡Naranja!?

—¿Qué? Es un color bonito.

—¿Y rosa?

—¡Oh, por Dios, Joan! Aunque sea una niña no tiene que ir entera de rosa para parecer una fresa.

Suelta una fuerte carcajada después de mi comentario.

—Ahora la que no le ve la gracia soy yo.

—Eso es para que sepas ponerte en el pellejo de los demás —me guiña un ojo—, anda, vamos a terminar si no quieres que levante ese vestido que llevas puesto, y haga una locura en mitad de alguno de estos pasillos.

—¡Joan! —Le doy con el folleto de la tienda en el hombro, y este pellizca mi trasero con picardía.

Cuando tenemos casi todo listo, Kylian le llama para infórmale de que está en la puerta esperándonos para cargar las cosas e irnos a comer. Y, sí, la relación entre los tres ha mejorado de manera considerable, gracias a Dios.

—¿Enma viene?

Muevo mis hombros a la vez que suelto un gran suspiro.

—¿Qué pasa? —pregunta de nuevo.

—Creo que está otra vez con el imbécil de su jefe y no me lo quiere contar. ¿Te acuerdas de la fiesta de Erika en tu apartamento?

Sonríe lascivo.

—¡No seas tonto! —Le doy un golpe en el pecho.

Pregunta absurda por mi parte, ya que esa fue una de las muchas veces que el amanecer llegó, y nosotros seguíamos enredados, dejando nuestros cuerpos rendidos ante el sol que asomaba por el horizonte.

—Sí, ¡claro que me acuerdo! —contesta con evidencia.

—Pues ese día la vi cuando fui a por la corona de flores que llevaba, y él estaba con ella. Al día siguiente nos vimos, y no me quiso contar nada.

—Vamos, que te dio largas.

—Ajá. Y me preocupa bastante que nunca saque el tema de Edgar.

—Al final se dará cuenta de qué tiene que hacer y qué no. Enma no es tonta —asegura.

—No sé qué decirte respecto a eso.

Avanzamos por el pasillo hasta el final para llegar a la caja. La chica nos atiende gustosamente cuando nos dejamos un buen dinerito en todo lo necesario para el futuro bebé, al salir, nos encontramos a Kylian fumándose un cigarro apoyado en una gran furgoneta.

—¿Qué se cuenta papá? —pregunta Joan llegando a él.

—Pues nada —responde este ayudándole con las bolsas—, ha mandado los papeles del divorcio por fin a tu madre.

—Buena noticia entonces. ¿Sabe algo de ella?

Niega con la cabeza.

—Lo mismo que sabemos los demás. Se ha hecho una gota de agua.

—Mejor. ¿Me ayudas con esto?

Señala la enorme caja de la cuna y, seguidamente, la meten dentro del vehículo de manera ordenada para que entre todo.

—Bien, esto ya está —informa Joan—, ¿dónde vamos a comer?

—He pensado que podemos ir a un restaurante español que hay dos calles por detrás de la tienda. Así no tendremos que mover el coche de aquí, y luego buscar aparcamiento en la otra zona.

—Perfecto entonces. Voy a por el *ticket* de la hora y vuelvo.

Joan se marcha hacia la máquina, que está al otro lado de la gran avenida, mientras Kylian y yo le esperamos. Saco de mi bolso el teléfono, y veo que no tengo ninguna llamada de Enma. He intentado ponerme en contacto con ella desde hace varios días, pero parece habérsela tragado la tierra, dado que no contesta.

—¿Pasa algo? —pregunta Kylian viendo mi cara de malestar.

—No. Es solo que llevo sin saber nada de Enma una semana. Y eso es muy muy raro.

—¿Has ido a su casa?

Asiento.

—¿Y? —vuelve a preguntar.

—Y que no está. Y si está, no abre la puerta a nadie.

—Mmm..., qué extraño.

—Pues sí porque...

Dejo la frase en el aire, cuando a lo lejos, veo que alguien que me resulta tremendamente familiar, cruza la esquina en dirección a nosotros. Kylian agacha un poco el rostro para saber el porqué de mi mutismo y, a continuación, dirige su mirada hacia el mismo punto en el que estoy inmersa.

—Es...

—Silvana —termino por él.

—Si antes la mencionamos, antes aparece. Verás cuando la vea mi hermano —bufa.

Avanza con paso firme y decidido, tan impoluta como de costumbre. Sus aires de grandeza y chulería no han cambiado para nada con el paso de los meses y, ahora tener, tiene poco, como aquel que dice. Ya que Paul le cortó el chorro hace mucho tiempo.

Cuando apenas quedan diez pasos para llegar a donde nos encontramos, se detiene a observarnos con el semblante frío y tenso, lo que me da una mala espina increíble, pero a la misma vez hace que saque a la Katrina furiosa y verdulera como ella me llama, porque si se da el caso, no dudaré en enzarzarme con ella, sea de la manera que sea.

Después de su parón misterioso, nos alcanza con rapidez quedándose en silencio durante unos minutos. Ninguno de los dos agacha la cabeza ante su imponente aparición, esperando que comience a hablar, y como es costumbre en ella, no tarda mucho en hacerlo.

—Vosotros dos —nos señala—, me habéis arruinado la vida.

La corto antes de que continúe.

—Déjalo ya, Silvana, basta de peleas innecesarias.

Me mira con desprecio.

—Y mírate, con una enorme barriga. —Se ríe como una tirana—. Ahora sí que estás fea y nada apetecible. Dudo mucho que mi hijo quiera ponerte una mano encima con esas pintas de ballena.

Kylian da un paso al frente para contestarle, y yo le detengo.

—Y tú —escupe con desprecio dirigiéndose a él—, enamorado de una asquerosa mujer que se sigue follando a su marido y, encima, la sigues como un calzonazos. Nunca creí que pudieses caer tan bajo.

—Quizás, no te has parado a pensar que esté aquí porque todo esto ya se ha resuelto hace tiempo, y porque, en realidad, tú —Kylian la apunta con dedo índice— has sido la única responsable de todo lo que ha pasado.

—Y no me arrepiento de haberlo hecho, era lo que os merecíais. Nadie osa usurparle el puesto a una anfitriona, y esta desgraciada lo ha conseguido —añade con saña.

Tomo una gran bocanada de aire antes de contestarle, cuando veo que Joan se da cuenta de la situación y de que su madre está con nosotros. Acelera el paso y cruza la carretera con rapidez hasta llegar a nuestro lado. Mira a su madre, y después a nosotros.

—¿Qué demonios pasa aquí? —Arruga el entrecejo.

—Nada, porque ya nos íbamos —añado agarrándole del brazo.

Me giro para marcharme, cogiendo el brazo de Kylian también, que la observa retador.

—Vamos, déjalo... —musito para que no me oiga.

Cuando doy un paso más, escucho cómo dice:

—De eso nada, bonita. Tú de aquí no te vas.

Y lo siguiente que oigo es el clic de algo que me imagino puede ser una pistola. Todos nos giramos a la vez, observándola sin dar crédito a lo que vemos. La gente que pasa por al lado corre en todas las direcciones. Las familias intentan tapar los ojos de sus hijos y se cambian de acera a toda velocidad y, así, se arma un revuelo desmesurado.

—Madre... ¿qué cojones haces? —pregunta Joan sin menearse.

—Lo que hace mucho tiempo tenía que haber hecho, acabar con ella —asegura furiosa.

Joan alza las palmas de sus manos en su dirección, y esta le apunta con el arma.

—Por favor, baja la pistola. No hagas tonterías, Katrina está embarazada.

Intento agarrar el brazo de Joan para que no siga avanzando hacia ella, pero él se suelta de mi agarre hasta que consigue ponerse delante de mí, protegiéndome. Kylian, por su parte, hace lo mismo, y queda justamente detrás de Joan.

—¡Apártate, Joan! —chilla ella.

—Escúchame...

No le deja terminar.

—¡¡No voy a escuchar nada!! ¡¡Me lo ha arrebatado todo!! —Me fulmina con la mirada—. Y ese bastardo que lleva en su vientre, ¡¡tiene que morir como ella!!

—Silvana, baja el arma. —Kylian interviene también.

Momento en el que vuelca su mirada de odio en él, y le apunta.

—Y tú, perro miserable. Debí de hacer lo mismo contigo el día que maté a tu madre. —Abrimos los ojos de par en par, intentado digerir lo que acaba de decir.

—¿Qué...? —Kylian comienza a palidecer.

—¿Qué coño estás diciendo? —inquire Joan con enfado.

—Síiiii —anuncia como una demente—, ¡yo la maté! Fui a ese asqueroso prostíbulo y, mientras te daba de comer, le pegué un tiro en los sesos. ¡¡Esa zorra se folló a mi marido cuando yo estaba embarazada de él!! —Señala a Joan.

Noto cómo mis manos comienzan a sudar, y un mal presentimiento me recorre las entrañas. Agarro la mano de Kylian cuando intenta dar un paso hacia ella, impidiéndoselo.

—¿Cómo has podido hacer tal cosa? —Joan ni pestañea.

Ella le ignora, y vuelca toda su atención en Kylian y en mí.

—Debí acabar contigo aquel día, y no pienso dejar que la historia se repita —sentencia.

—¡¡Tú no sabes de quién es el bebé!!! ¡¡Y no debe de importarte!!

Joan pierde los papeles dejándose la voz, y ella parece ajena a su presencia.

—No, mi niño, yo cuidaré de ti. —Le mira completamente ida—. No permitiré que esta hija de puta te arruine la vida como lo ha hecho conmigo.

Y, de repente, todo pasa a una velocidad de vértigo. Un fuerte fogonazo sale desde el cargador de la pistola, que Silvana sostiene con firmeza, y viene directo hacia mí, para impactarse contra mi vientre, a la misma vez que siento cómo una mano me aparta hacia la izquierda de mi posición con un fuerte tirón. Kylian corre hacia ella para intentar detenerla, y ambos caen al suelo haciendo que a Silvana se le caiga la pistola en la carretera. Él consigue estirar su mano hasta alcanzarla y, en un ágil movimiento la guarda en el

cinturón de su pantalón, mientras la inmoviliza.

Mi cuerpo se postra de un solo golpe en el suelo, agarrando la cabeza de Joan que cae desplomado hacia atrás, cuando el impacto de bala le atraviesa. Abro los ojos desesperada, y toco su cara con rapidez.

—¡Joan! ¡Joan!

Muevo los ojos hasta encontrarse con los míos y, a toda prisa, intenta mirar mi vientre. Los cierra durante un instante, momento en el que le muevo con brusquedad.

—¡Maldita sea, Joan, no cierres los ojos! ¿Me oyes? ¡¡No los cierres!!

Vuelve a abrirlos de sopetón, y puedo ver cómo están perdidos en algún lugar que no es en el que nos encontramos. Kylian se levanta con rapidez y llega hasta nosotros sacando su teléfono.

—¡¡Llama a una ambulancia!! ¡¡Ayuda!! —grito desgarrada.

Las lágrimas corren por mi rostro, haciéndome imposible verle. Pongo mis manos encima de la gran herida por la que no deja de salir sangre, haciendo todo lo posible por cortar la hemorragia. Joan comienza a palidecer, y noto cómo un extraño frío se apodera de su cuerpo inmóvil.

—Joan... Joan, por favor, mírame, ¡por Dios no te mueras! —suplico rota de dolor.

Oigo de fondo que Kylian chilla a emergencias para que se den prisa, pero siento que todo pasa a cámara lenta, y que el tiempo no avanza. Busco a Silvana entre la gente y, a lo lejos de la misma calle por la que vino, puedo ver que huye de nosotros.

Bajo mis ojos de nuevo a mi marido, y este, con dificultad, levanta la mano que no tiene cogida a la mía, y seca mis lágrimas como puede.

—No llores... —musita sin aire apenas.

—Joan... —Sollozo encima de su pecho.

—Sé que serás una excelente madre...

Sonríe un poco, al mismo tiempo que una tos bestial se apodera de él. Miro su boca, viendo cómo de ella sale un hilo de sangre. Elevo mis ojos cuando me encuentro con los de Kylian, que no paran de soltar lágrimas a la par que los míos, pero en los que contemplo un miedo atroz que no otorga nada bueno.

—No digas eso —murmuro con la voz estrangulada por el llanto—, ¡no te despidas de mí, joder!

Desconsolada, pego mi cabeza cerca de la herida, sin dejar de presionarla.

Alzo de nuevo la barbilla buscando sus ojos que, otra vez, se pierden en el horizonte.

—Joan... —Giro su rostro para que me mire—. No puedes irte, ¿me oyes? —suplico—. No puede nacer sin su padre...

Mi voz se pierde en el aire, dejando un terrible desgarró a su paso. Él me observa con verdadero amor, y escucho en un diminuto susurro cómo dice:

—Siempre lo supe... Te quiero, Katrina.

Epílogo

Dos meses más tarde...

—Ahhhhhhhhhhhhhh, ¡Dios cómo duele!

—¡Aguanta un poco, por el amor de Dios! ¡Me estás poniendo de los nervios! ¡Solo a ti se te ocurre la genial idea de querer tener al bebé en tu casa!

Arrugo el entrecejo como acostumbro a hacer y le doy un fuerte golpe en el pecho, con toda la mala leche del mundo.

—¡Eso es lo que quería Joan, le hacía ilusión! —grito.

—¡¡Pues haberte negado, que para algo tienes boca, maja!

Otra contracción me dobla por la mitad, ¡este dolor es desesperante! La matrona se acerca a mí a toda prisa, con lo necesario para poder dar a luz.

—Venga, muchacha, vamos a meterte en el agua, estás a punto de parir. La cabeza del bebé ya está cerca.

Soplo y resoplo. ¡Maldita sea la hora en la que le hice caso! Joan quería que nuestro bebé naciese en la nueva casa, y así se lo concedí, sin pensar en los jodidos inconvenientes que eso traería, porque para ser realistas, en un hospital estaría más segura que en mi propia casa o, por lo menos, eso pienso yo.

Entre los dos, me ayudan a ponerme en pie a duras penas, hasta conseguir meterme en la pequeña piscina improvisada que hay en el salón desde hace tres días. Sí, tres días con contracciones cada dos por tres, pero como no eran seguidas, he tenido que aguantar hasta el momento oportuno, ¡que es este!

—¿¡Qué cojones le queda?! —pregunto fuera de mí.

—Tranquilízate, no es bueno que te alteres —añade este.

—¡Vete a la mierda! ¡Tú tendrías que estar aquí, y yo dándote palmaditas en la espalda! ¡Hombre tenías que ser!

Kylian se pasa la mano por el pelo, desesperado, y escucho cómo dice:

—O le pisas al acelerador, o la ahogo con mis propias manos. —Le miro mal, y se calla escuchando lo que le dicen al otro lado de la línea—. ¡Que me está insultando!

Agarro mi vientre cuando otra contracción me invade, a la vez que veo cómo Enma, Susan y Erika salen de la habitación del bebé a toda prisa, con

los aparejos necesarios para el nacimiento.

—Tranquila, chiquilla, esto se te olvidará en cuanto veas su cara.

La matrona sonríe tras decirme esto, con cariño.

— Me muero! —susurro agotada.

—No, mujer, no te mueres. Todas parimos, y te puedo asegurar que nadie ha muerto por sus dolores. Aguanta.

Menos mal que es simpática, si no, ya sería lo que me faltaba.

A lo lejos veo que Kylian y las tres mosqueteras sacan de la bolsa del bebé todas las cosas: pijama, pañal, manta, etcétera. Y yo sigo resoplando como un búfalo. La puerta principal se abre de par en par, y no puedo evitar que, en medio de todo este dolor, una sonrisa se instale en mi rostro.

Joan deja las bolsas tiradas en el suelo, y se acerca a mí a pasos agigantados, quitándose la ropa hasta que se queda en calzoncillos.

—Si no supiera a lo que vienes... —susurro.

 l me mira con cara pícara, para después negar con la cabeza. Se agacha a mi altura y, sin pensárselo, entra en la piscinita y se sienta detrás de mí, agarr ndome con cariño. Deposita un beso en mi frente y pregunta:

— C mo est s?

— Genial! —ironizo.

—S  que no puedo sentir tu dolor, pero... por lo menos podrás pellizcarme.

Me tengo reír, gesto que dura medio segundo cuando las contracciones vuelven.

— Vaya! Por lo menos ha cambiado la cara —añade Kylian a nuestro lado.

Miro a Joan de reojo, y consigo darle un ansiado beso en los labios. Después del balazo que recibí, por parte de su madre, pens  que no sobreviviría. Estuvo una semana en estado crítico, pero, finalmente, comenzó a recuperarse con agilidad. No lo había pasado más mal en mi vida.

Silvana, por su parte, escap  y, al intentar coger un avión que la llevaría a otro país, las autoridades la detuvieron para después condenarla a prisión por la muerte de la madre de Kylian y, por supuesto, por el intento de asesinato hacia Joan, quien no titube  a la hora de declarar contra ella. Paul, en su caso, la deshizo de todo cuanto poseía, dejándola en una ruina total de la que jamás se recuperaría y, como tal, se separó definitivamente de ella, llegando a aligerar los trámites en menos de un mes.

Kylian compró un piso cerca de la casa de Erika y, últimamente, se le veía más distraído de lo normal con Susan. Se notaba que cuando ambos estaban muy cerca, las chispas saltaban. Joan no quiso hacer referencia a eso, puesto que son hermanastros, pero lo dejamos correr, ya que no había nada que nos hiciera sospechar y, en el caso de que se diese lugar, ¿quién éramos nosotros para interferir?

Enma no volvió a sacar el tema de Edgar, y la cosa me preocupaba cada vez más. La veía decaída, distante y pensativa a todas horas. Pude atisbar un nuevo colgante en su cuello, en el que la letra E, se distinguía en exceso. Me juró que era la inicial de su nombre, pero yo, conocedora de sus sentimientos, sabía que me estaba mintiendo.

—Joan, de verdad que no lo soporto —me quejo como una niña.

Sostiene mi mano con fuerza, dando un casto beso en ella.

—Tranquila, ya verás cómo pasa pronto.

Le miro horrorizada, ¡esto tiene pinta de no terminar nunca!

—Además, estás preciosa —añade.

Ahora sí que tengo que arrugar el entrecejo, y girar mi rostro.

—¿Me estás vacilando?

—Para nada. —Se ríe—. Los pelos a lo afro, tu cara de enfado, y esa barriguita te hacen condenadamente *sexy*.

—¿De verdad? —Alzo una ceja interrogante.

—De verdad, además —se pega a mi oído—, no sé si cuando acabe todo esto voy a ser capaz de verte sin ese abultado vientre.

Sonríe como un lobo, y yo lo fulmino con la mirada.

—¡Ni se te ocurra! —Le apunto con el dedo.

—Puedo ser muy convincente, Katrina.

Hasta en el peor momento, o el más doloroso en su caso, mi nombre en sus labios me hace delirar. Niego con la cabeza, y él sonríe. La matrona me informa que he de darme la vuelta, y así lo hago con la ayuda de mi marido. Apoyo las palmas de mis manos en sus hombros, y este sujeta mi cadera con firmeza.

—Bien, muchacha, cuando yo te diga, empuja.

Siento cómo remanga el corto vestido que he usado para el momento del nacimiento, y coloca sus manos bajo mi sexo. Noto una fuerte presión en la entrada, cosa que me anuncia que ya falta poco.

—¡Empuja!

Y así lo hago una y otra vez, hasta que las fuerzas comienzan a fallarme de manera terrible. Elevo mis ojos hasta encontrarme con los de Joan, que me piden tranquilidad en la medida de lo posible. Exhalo un fuerte suspiro, otra vez, y aprieto con todas mis fuerzas hasta que noto cómo se desvincula de mí. Ya ha llegado.

Joan sonrío con cara de felicidad plena, los saltitos de Enma no pasan desapercibidos para mí, ya que se ha colocado detrás de mi marido, y las voces de los demás inundan la estancia de alegría. Porque sí, quise que estuvieran si querían, y así ha sido.

Observo a Joan que derrama varias lágrimas de puro amor, coge mi cara con ambas manos y dice alto y claro en mis labios:

—Te quiero, mamá.

El llanto de un bebé hace que mis ojos se empañen y mi cuerpo se relaje encima de la persona que tengo ante mí.

—Te quiero, papá.

Fin

Sobre la autora

Me llamo Angy Skay, soy vallisoletana de nacimiento, pero andaluza de pura cepa, concretamente de Almería. Hace un tiempo, decidí expulsar de mi mente la cantidad de historias que nacían en mi cabeza, y de esa manera comencé a pulsar las teclas con brío. Me encanta leer, el riesgo y las locuras, y es por ello, que en mis novelas siempre encontrarás alguno de estos detalles. He de decir, que tengo debilidad por los personajes malos, y que, a pesar de ser una loca enamorada de la romántica, la acción, el humor y el erotismo, siempre persisten en mis novelas. Ahora, sin extenderme mucho, quiero mostrarte lo que podrás encontrar de mí, cuando desees abrir alguno de mis libros.

Entre el año 2014 y 2015, publiqué la *Serie Solo por ti* completa, con los volúmenes: *Provócame*, *Y quiéreme*, *Eternamente* e *Incítame*, donde podrás sumergirte en una historia llena de acción y pasión, con una intensidad desbordante. Después, me sumergí en alocado proyecto para hacerte reír, llamado: *Te robé un beso* (2015), *Y de pronto apareciste tú* (2016), *Rompiendo mis esquemas* (2016) y *Adueñándote de mi corazón* (2017), cuatro volúmenes independientes de la Saga *¿Te atreves a quererme?* ¡Porque es para pensárselo con estos personajes! Un nuevo proyecto se abrió paso junto con Belén Cuadros, y decidimos sumergirnos en un mundo celta, lleno de aventuras y acción con los volúmenes: *Ádh mór*, *Maureen* (2016), *Banníon Avenging*, *Taragh* (2017), de la *Saga Anam Celtic*. Y ahora, os quiero presentar una nueva historia llena de giros inesperados: *Sin ti no sé vivir*, un libro autoconclusivo editado bajo el sello digital Bookit.

Colaboré en la Asociación Todos con Cristian con el relato: *Nunca es tarde* (2016), y participé en la Antología Piel de Mariposa con el relato: *Un destino caprichoso* (2016). Ganadora de los premios CoraSon con *Provócame*, al mejor encuentro romántico, organizado por el JAR. Max Collins, protagonista de *Incítame* se llevó varios premios como mejor protagonista masculino en el II petit Sant Jordi (2015) y los premios Big Bang Novel (2016).

